

E. Pinilla de las Heras

B A R C E L O N A 1935 - 1959 .

(Memoria e Investigación)

+++++

Pensé sacar del fondo de mí mismo
a aquél que fui yo antaño
mas ay, que no tiene fondo el abismo
y si lo saco me ha de ser extraño.

Miguel de UNAMUNO (poema escrito en Noviembre
1936, pocas semanas antes de su muerte
en Salamanca).

I n t r o d u c c i ó n .

¿Por qué continuamente se está reescribiendo la Historia?

II . 2.

F I C C I O N E S T E Ó R I C A S
=====

II. 2. 1. - Duplicando la experiencia.

A) . En el verano de 1939 se restableció el servicio regular de navegación entre Canarias y Barcelona. No había entonces enlace aéreo civil. Los barcos llegaban abarrotados no solamente de funcionarios de confianza del nuevo Régimen, sino también de jóvenes canarios (de cierto nivel intelectual) que querían hacer carrera en esta ciudad. Barcelona conservaba su seducción de los años veinte y treinta.

En uno de los barcos llegó Urbano, ingeniero de comunicaciones, hijo del que después sería mi tutor. (Yo creía que le habían puesto de nombre Urbano por un acto de voluntad laica . . . o anticlerical; no era así: hubo un San Urbano que fué Papa). Urbano había sido republicano y con simpatías socialistas. Pero en junio de 1936, al terminar en Madrid un curso en la Escuela de Telecomunicaciones, se compró un pequeño Ford 6 CV y, a primeros de julio, con él se encaminó hacia Soria para pasar unos días con su padre. No llegó ni siquiera a Alcalá (que entonces la gente llamaba, con todas letras, Alcalá de Henares). En las afueras de Madrid fué apedreado por un grupo de muchachos, le rompieron los cristales del auto y le hirieron levemente. Entonces circulaba un auto particular, solitario, cada diez minutos, y no había talleres à gogo, como ahora, en cada pueblo. El auto quedó en un garage y Urbano siguió viaje por tren. Hay que añadir que Urbano explicó convenientemente a los apedreadores que él era socialista, pero uno

le contestó algo así como lo siguiente: "Tienes auto, y por tanto eres un señorito. Y en Madrid los señoritos son todos fascistas". Al parecer, aquella población se hallaba ya en estado quasi insurreccional, como otros lugares de España. El caso es que el Alzamiento militar sorprendió a Urbano en Soria (zona nacionalista) y el auto se quedó en zona republicana (donde debió hallar bien pronto, sino otro propietario, sí otros amos.)

En 1939, en Barcelona, Urbano contaba aquellas cosas con cierta amargura. Y cito una de sus frases tal como debió ser pronunciada, seguramente casi literal, porque se me quedó grabada, y porque después he oído, muchos años más tarde, ideas semejantes en otras personas. En el bien entendido de que no constituía una boutade ni una muestra de cierto humor inglés que se le había contagiado de sus amistades en Las Palmas.

-- Yo siempre he tenido sentimientos favorables a la emancipación del proletariado, a condición de que los proletarios eduquen a su prole en el respeto hacia los que no somos proletarios. -- Y después de una pausa, precisamente cuando uno estaba considerando si se trataba de una frase cínica, o de un juego brillante de palabras, venía la coda en serio: -- Las clases medias no vamos a suicidarnos para dar gusto a esa gente.

Pienso, a tantos años de distancia, que en esas sentencias se contiene una buena parte de lo que fué, inicialmente, la movilización inter-clasista a favor del nuevo Régimen. De modo similar a tantas otras paradojas históricas en cualquier país, aquélla era más bien una movilización contra, de lo que resultaba una adhesión al actor político-militar que, de momento, incorporaba ese contra. Dicho más explícitamente, fué una movilización contra la pretensión del proletariado urbano, de los marginales suburbanos, y de los campesinos sin tierra, en transformarse en ocupantes del poder, fuese por sí mismos o por la mediación de intelectuales que se decían sus representantes. Obviamente, esta fracción de intelectuales eran parte de las clases medias, y no es erróneo decir que la Guerra civil de 1936-1939 fué precedida, e incorporó, un conflicto dentro de ese enorme cajón de sastre clasificatorio que se designa por la etiqueta de clases medias. Ahora bien, la movilización contra era sumamente específica (contra los proletarios

de la industria, los rurales, y los lumpen de las grandes ciudades) en tanto que la adhesión al movimiento militar era sumamente inespecífica. Esto es algo que pudimos constatar tanto en Barcelona, entonces la capital más grande de España, como en Soria, la más pequeña.

En un mítin en el 'Olimpia' de Barcelona en 5 de febrero de 1933 el líder de Lliga Catalana, J. Ventosa i Calvell, había dicho que la derecha española no tenía un partido político ni un programa político, porque....

"Patria, Religió, Família, Ordre social... són afirmacions generals; això no és un programa" /+/.

En efecto, en el seno del amplio abanico de clases que habían ido sumándose al embrión del nuevo Estado, no había un proyecto político común, sistemático, coherente, racionalmente elaborado, con sus finalidades bien precisas y con sus límites indepasables, proyecto que mereciese el consensus, es decir, la congruencia de expectativas. Coexistían minoritarios e ilimitados sueños fascistas, maximalistas, al lado de minimalistas motivaciones pequeño-burguesas, meramente administrativas y de orden público, auspiciadoras de un retorno transitorio a un régimen de excepción (como había sido la dictadura de Primo de Rivera). Y en algun lugar del espectro político, entre los dos vértices, había el delirio, también maximalista y minoritario, que pretendía reconstruir el orden social estamental bajo una forma de Estado que restaurase la alianza del Trono y del Altar. Recuerdo haber visto (el libro desapareció más tarde de nuestra biblioteca) una publicación tradicionalista, impresa con todo lujo tipográfico y a varios colores, con abundantes esquemas, en la cual se detallaba hasta el pormenor jurídico y administrativo la re-creación de los Gremios de la sociedad estamental.

Cada fracción de clase, urbana, rural, semirural, empresarial, rentista, terrateniente, asalariada, pequeño-campesina, comerciante, burocrática, y los dos grandes supervivientes corporativos de la sociedad estamental pre-industrial (el clerical y el cas-

/+/- Lliga Catalana, Un Partit, una Política, Barcelona, 1933, Tip. Emporium, segona edició, pag. 243.

-trense), era portador de su propia cosmogonía (tácita o explícita), tenía su propio líder (más o menos visible en la arena política y más o menos vociferante, según se lo permitiese la censura militar de los media), tenía su propia imagen del país y su propio proyecto de futuro. En lo solo en que estaban de acuerdo era en que la República había sido un desastre político y en que había que restablecer la autoridad del Estado y una disciplina económica y social. Por ello cité antes una frase de Vicens Vives (escrita para un texto francés, capítulo sobre España), que da la clave descriptiva máxima con el mínimo de palabras: exuberancia intelectual e ineficacia política.

La dictadura de un militar profesional se impuso (en el sentido de que devino imperativa ante el espíritu de todos) precisamente porque los políticos de derecha no habían conseguido organizar, vertebrar intelectualmente, e institucionalizar, un gran partido político con un programa bien preciso y que reuniese la congruencia de expectativas de sus públicos. Los militares suplían a los políticos. Llegaban a la regiduría de la estructura del poder a causa de las carencias de éstos. Lo que era, a su vez, tanto más fácil por dos causas:

- primera, por el contexto general histórico (no solamente español) de extrema violencia;

- segunda, porque desde el primer tercio del siglo XIX una parte de los altos mandos militares había fabricado un hábito personalista solamente atenuado bajo Cánovas del Castillo y la vigencia de su obra constitucional: la tradición de constituirse ellos mismos en una especie de partido político, inorganizado como tal y sin máquinas electorales, pero poderoso como grupo de presión.

Entra en la lógica de las cosas que aquí el partido único fuese creado desde arriba por un acto de la autoridad militar máxima. Ese hecho diferencia profundamente el fascismo español de los partidos fascistas italiano y alemán y de sus satélites europeos. El partido fascista italiano y el partido obrero nacionalsocialista alemán habían nacido en terrenos marginales de las organizaciones políticas tenidas por respetables, socialmente hablando, y sus fundadores eran excombatientes y autodidactas de baja formación cultural, si bien con una formidable capacidad demagógica. Ambos parti-

-dos habían devenido totalitarios mediante golpes de fuerza que fueron a la vez intra-partido y contra adversarios liberales extrapartido (respectivamente en 3 enero 1925 en el caso italiano y el 30 junio 1934 en el alemán). Entra asimismo en la lógica de las cosas que FET y de las JONS (ese 'chiste lingüístico' según lo definió en una conversación uno de los seguidores de Gabriel Maura que había publicado, hasta el 18 de julio de 1936, el Avisador Numantino), se convirtiese en un partido político de una naturaleza diferente del partido fascista italiano y del partido obrero nacionalsocialista alemán. En apariencia los tres tenían a su frente un líder totalitario y las palabras Führer, Duce, Caudillo, significan lo mismo. Esa correspondencia de diccionario oculta realidades diferentes. FET se transformó pronto en un 'partido de caudillaje' en el sentido preciso en que el líder de la Lliga Catalana, Francesc Cambó, definía para España los partits de cabdillatge: "receptáculos de adhesiones para ser pagaderas con favores" /++/. En definitiva, ya entrado el decenio de 1940, FET y de las JONS, fuese en Soria o en Barcelona, era obvio que interesaba real y verdaderamente sólo a quienes militaban en ella y a quienes se veían obligados a adherirse para mantener los beneficios de un cargo burocrático.

Por ello aconteció asimismo que aquí el partido único nunca asumiese los comportamientos de terror totalitario que penetraban hasta el último nivel de la población, de las familias, de los barrios, las fábricas, las alcaldías, etc. Hubo episodios de terror totalitario inhumanos y puntuales, contra el posible renacimiento de líderes obreros, o contra periodistas claramente favorables a la causa británica durante la Segunda Guerra Mundial. Pero en toda ciudad de cierto tamaño permanecieron cantidad de matices, oasis de indiferencia, vida privada que seguía siendo lo que Unamuno llamó la intrahistoria, ajena a cambios ministeriales y a luchas intelectuales. Mi experiencia en este aspecto es concluyente en aquellos años, fuese en Soria-ciudad, en Calatayud, en Zaragoza, en Logroño, o en Barcelona por supuesto. 

/++/ - Lliga Catalana, volumen citado, 1933, pag. 184. La tesis de Cambó era que en España nunca había habido verdaderos partidos políticos, en el sentido primigenio (el sistema británico) del término. Admitía dos excepciones a los 'partits de cabdillatge', el partido socialista y la Lliga.

En el bien entendido de que se trataba de una anémica libertad, el fondo de la libertad civil o de la libertad de pensamiento, ejercidas en privado y de manera discontinua.

Y ésta es la otra dimensión que es preciso citar: no había movilizaciones públicas de las clases medias. Había públicos para determinados espectáculos, fuese una fiesta de la Organización Juvenil, o fuese la visita (más bien rara) de un ministro. A diferencia de lo que había acontecido en las dos matrices nacionales del fascismo, Italia y Alemania, donde las clases medias primeramente se movilaron contra el proletariado y sus líderes socialistas y comunistas, y después prosiguieron otra forma de movilización reivindicando un liderazgo mundial frente a los viejos imperios capitalistas (el inglés y el francés), aquí no hubo esta prolongación de las movilizaciones de clases medias hacia la arena internacional. Derrotada la República, volvió una especie de disgregación individual; ciertamente, cada uno con su etiqueta, vieja o novísima, pero en tanto en cuanto aquella etiqueta pudiera ser útil para el proyecto, la carrera, la defensa (o la sacralización) de los intereses privados del individuo o de su grupo (fuese éste de nacimiento o socialmente conseguido).

Este rasgo de no movilización del colectivo de clases medias en pos de unas metas internacionales, dándose por satisfechos los hombres con la derrota de "los rojos", la desaparición del parlamentarismo y de los políticos charlatanes y chapuzas, es otro de los rasgos que diferencia el fascismo español de aquellos años respecto de los fascismos europeos (incluidos los pequeños, como el húngaro o el rumano, el croata o el eslovaco, que pasaron vertiginosamente del estadio del nacionalismo conservador al estadio imperialista, a costa de alguno de sus vecinos). Solamente algunos escritores falangistas se pusieron a predicar que había que recuperar para el Estado español el norte de Africa. Parece que hubo quien visualizó como posible la recuperación de las islas Filipinas. Todas estas cosas no calaron en el resto de la población (mejor dicho, en la parte de población, clase media y media-alta, que se enteraba de estos argumentos). La diferenciación entre los fascismos europeos, en esta dimensión que cito, no podía ser comprendida en otras partes, ni siquiera en Italia. Hay un documento histórico excepcional sobre el contexto ideológico y motivacional-político de la época, en Europa, que es el Diario del Conde Ciano, ministro italiano de asuntos

exteriores. Durante casi siete años Ciano fué anotando, día a día, sus conversaciones con políticos y personajes, fuese en entrevista bilateral o en reuniones más extensas en las que él participaba o de las cuales Mussolini le transmitía lo substancial (sabiendo que su yerno llevaba un diario). En 16 de noviembre 1937 Ciano acompaña a Don Juan de Borbón, designado en el texto como 'futuro Rey de España', a una entrevista con Mussolini.

"Mussolini le dijo que sería más fácil para la monarquía hacer una política social (...) le aconsejó apoyarse en las masas rurales, más fieles y menos inquietas que las urbanas. Le dijo que diese a España un alma imperial. La guerra civil es hoy consecuencia del hundimiento psicológico de 1898, que determinó en el alma española la desesperación por un futuro indigno de su pasado".

Un año más tarde, en 25 de octubre 1938, en una entrevista con el embajador del gobierno de Burgos, Mussolini compara a Franco con Kemal Ataturk. (No cabe un mayor y más disparatado desenfoque. Kemal era un reformador laico, modernizante, europeizante, sofocador de la hipocresía y la apatía religiosas, un admirador de la Ilustración francesa, un militar progresista, ciertamente nacionalista pero no más). Dos años y medio más tarde Ciano escribe a Serrano Súñer cartas (cf. L'Europa verso la catastrofe, Milán, 1947-48, Arnaldo Mondadori editor, pags. 658-664) en las que exhorta a "la España falangista" primero a tomar todo el poder, y luego a sumarse al nuevo Pacto Tripartito, no siendo menos que la Croacia, que se adhiere a él, previa perspectiva de un Mediterráneo para siempre liberado de la flota inglesa (sic). Es obvio que en la cuna del fascismo no estaban informados de que "la España falangista" no podía tomar para sí todo el poder, porque éste ya estaba ocupado por otro (u otros) incumbentes, y en segundo lugar, que en España no había una opinión pública que presionase al Régimen para una aventura imperial (más bien sucedía lo contrario). En la cuna del fascismo ignoraban asimismo las relaciones entre el General Franco y el dictador portugués Oliveira Salazar, el cual no cesó de aconsejar a Franco de acuerdo a los intereses portugueses (y atlánticos) fundamentalmente probritánicos.

Esta des-movilización de las clases medias era un hecho perceptible en Soria como en Barcelona. Fué algo que impactó a mi padre comparando su viaje de 1939 con nuestro retorno en 1940 (poco antes del colapso de Francia en la Segunda Guerra Mundial). En 1939

había ido a visitar a una familiar nuestra que era funcionaria del Estado y encontró los locales hormigueando de jóvenes que entraban y salían, todos con uniformes militares, o falangistas, o carlistas, todos muy contentos de poderse saludar y de contarse recíprocamente sus fantasías de reciente heroísmo militar. Nuestra pariente, que era ya una mujer de cierta edad, estaba en el séptimo cielo. Le dijo a mi padre algo así como "¿No es un gozo ver tantos jóvenes, con uniformes tan preciosos, tantos muchachos que mañana serán gente importante?". En 1940 acompañé a mi padre a ver de nuevo a la funcionaria. En el local había solamente un labrador que venía a pedir algún papel burocrático. Y como era materialmente previsible, no había puestos bastantes, vacíos, en la nueva estructura del poder, para que los llenasen tantos jóvenes que en cada capital de provincia habían causado, en 1939, el gozo de viejas funcionarias del Estado, felices de verse rodeadas, aunque solo fuese por una media hora, de tantos futuros hombres importantes.

B) . Los libros de aquel periodo que entraron en casa, los he leído mucho más tarde. Dicen que la inclinación psicológica, y en cierto modo la necesidad interna, de enterarse de la realidad que nos rodea y de interpretarla, mediante la lectura de los libros del momento, reenvía a que el lector se halla en alguna de estas dos situaciones:

- se siente inseguro y necesita comprender, orientarse,
- pertenece a una familia que está ubicada en un terreno ambiguo en la estructura social, en la frontera mal definida entre dos, o más de dos, clases sociales. Carece, entonces, de un reconocimiento social positivo por parte de los otros, y trata de superar el handicap desarrollando su talento. Los medios son los libros.

Claro es que esta explicación (de imposible verificación, como tantas hipótesis culturales, psicosociales, o sociológicas) con-

-viene (acaso) a ciertos decenios de transición en la sociedad urbana, burguesa, europea o europeizada. (Digo europeizada, porque más tarde hallé en Buenos Aires que allí vivía, verdaderamente, no poca gente, descendientes de judíos o de centroeuropeos, a los que debía aplicarse el marco psicocultural y social que mencioné). Hay que añadir que en España no bastaban aquellas condiciones, aunque durante la República se leyó mucho, realmente mucho (según beatas, curas, terratenientes, y afines, se leyó demasiado). Las condiciones eran tal vez necesarias, pero no suficientes. Falta como siempre, la ecuación personal. Parece que hay

→ quienes nacieron con un odio visceral a los libros. Por eso don Eugenio D'Ors, hacia 1937 y 1938, decía a quien quisiera oírle en el Hotel del Norte y Londres, de Burgos, que en España la prehistoria no es una etapa sino una constante.

De uno de los libros que entonces, en 1940, me regalaron , Años decisivos, de Spengler (tercera edición, Espasa Calpe, Granada, 1938), no hablaré aquí. Se trataba de una traducción de Jahre der Entscheidung (Munich & Berlin, julio 1933), título que no es lo mismo aunque a primera vista parezca idéntico. Decían que los oficiales del ejército de Franco llevaban en su mochila un ejemplar de la obra de Spengler, afirmación que debe tomarse 'cum grano salis'. En todo caso lo significativo no era el contenido sino que mis amigos (los hijos de don Moisés Vitoria) estimasen que era ese tipo de libro el que debían regalarme. Estábamos, los adolescentes ya en tránsito hacia la juventud, en una especie de obsesión de voluntarismo. Había que forzar el destino en vez de dejarse arrastrar por él.

En su estudio sobre la Falange, Stanley G. Payne escribe que la obra de José Pemartín Qué es "lo Nuevo" /+/ fue por entonces "la publicación más espectacular, la cual pretendía demos-

/+/ José Pemartín, Qué es 'lo Nuevo': consideraciones sobre el momento español presente, Santander, 1938, ediciones Cultura Española. Hubo otra edición en Madrid, 1940, Espasa Calpe, que ignoro si es idéntica a la primera o fué corregida, extractada, etc. La primera edición tiene 486 páginas, por tanto cabe suponer que el profesor norteamericano usó la segunda, porque le imputa sólo 300 pags.

-trar, con gran aparato de diagramas, cómo se llegaría a instaurar en España un modélico Estado sindicalista y corporativo" (Stanley G. Payne, Op. cit., traducc. francesa, Paris, 1965, Ruedo Ibérico, pag. 178). Ese libro se lo regalaron, probablemente, a mi padre, y no lo leyó; el ejemplar está nuevo, con páginas aún plegadas. Es un texto increíble, con párrafos incalificables, que hacen pensar que fueron escritos en trance de obnubilación de la razón racional, o como dicen los franceses "dans un état second". Sin embargo, es preciso detenerse unos instantes en él, porque allí están no pocos de los motivos que resonaron durante dos decenios en la prensa del Movimiento en toda España, incluidos los diarios y semanarios que se publicaban en Cataluña, y en este aspecto el libro de José Peman-tín era, o funcionó como, una especie de enciclopedia seminal.

El autor procedía a diferenciar "lo viejo" de "lo nuevo". Los rasgos político-sociales de "lo viejo" eran:

- a) - el pueblo trabajador proletarizado, masa de obreros que dependen del mercado libre de trabajo humano,
- b) - la masa "producto de la sociedad desencuadrada de sus cuadros jerárquicos por debilidad política y anarquía económica",
- c) - la subordinación de lo Político a lo Económico: capitalismo liberal poder supremo de la política, oligarquías financieras regionales que disponen del Arancel, el Campo desvalorizado por su sumisión a las oligarquías financieras, la Propiedad desconectada de su función social, el Trabajo rota su solidaridad con el Capital por los odios de clases,
- d) - la disolución de la Nación y la cultura españolas, a causa de: el sufragio universal, el Parlamento nido de intrigas, la Autoridad Suprema (sic) minada por las rivalidades políticas, la influencia de las sectas en la política internacional, y en fin la destrucción de la Religión (aquí unas larguísimas tirades contra masonería, judaísmo, socialismo, comunismo, etc).

Los rasgos político-sociales de "lo nuevo" eran:

- a) - desproletarización del proletariado (incluye un extenso plan de seguros sociales, enfermedad, accidentes, paro, ancianidad, maternidad, viudedad, entierro, educación de la prole),
- b) - desmasificación del proletariado (incluye participación en beneficios, participación en la empresa, sindicatos locales separados (sic: separados) de patronos y obreros, y organizaciones corporativas nacionales donde se fusionan patronos y obreros,

c) - subordinación de lo Económico a lo Político (Capital productivo solidario con el trabajo, función social de la propiedad, Trabajo solidario del Capital, Organización Sindical Corporativa),

d) - Reorganización vital de lo Histórico (sic). Esta parte, que comprende los caps. V, VI, VII, VIII, IX, X, y XIII, desarrolla un dogma totalitario católico y fascista: "la Nación orgánica regida por la Autoridad Suprema", "los Partidos políticos radicalmente suprimidos", "el Caudillo Autoridad Suprema", "la Religión Católica religión oficial del Estado y... base intangible (sic) de la Educación Nacional", y en fin, lo que él llamaba "Fascismo intensivo", como base ideológica de todo el edificio político.

Uno no puede por menos de imaginar al autor, bajo el sol africano de Sevilla, devanándose los sesos para conseguir que su obra dejase tumbados de admiración a los lectores de clases medias y a los coroneles poco proclives a leer otra cosa que las Ordenanzas militares y algun periódico católico y tradicionalista.

El planteamiento tenía la utilidad de reflejar bastante fielmente los principios políticos -- en particular la crítica del capitalismo liberal-- que habían contribuido al éxito de los fascismos entre las clases medias acosadas por la crisis económica y en trance de proletarización, y entre las burguesías inquietas por el desarrollo internacional del que entonces se llamaba movimiento bolchevique. Ahora bien, un exámen más pormenorizado del texto va revelando que el objetivo fundamental, sólo explícito de modo transitorio y en alguna nota en letra pequeña, consistía en consolidar el poder económico y social de los grandes terratenientes andaluces, juzgados muy "beneficiosos para la Economía Nacional" (pag. 263). Es asimismo transparente que el autor consideraba con escasa simpatía la industrialización vasca y la catalana, que habían madurado gracias a la protección arancelaria; auspicia una autarquía que él llama básica, pero deja bien claro que las viguetas vizcainas no serán protegidas dado que las viguetas belgas son tres veces más baratas (sic, pag. 143). Y luego, hay los párrafos delirantes, híbridos de mala metafísica romántica alemana con dibujos de estilo oriental (como los círculos concéntricos con los que pretende sistematizar el movimiento de la historia), programas detallados (con presupuesto y todo) para la construcción de una gran flota de guerra (con 3 acorazados,

6 cruceros, 16 cazatorpederos y 40 nuevos submarinos, cf. p. 141). Dado que al mismo tiempo propone triplicar el presupuesto de la Iglesia, pagadero por el Estado, el lector quiere saber quién va a pagar todo éso. No hay en el libro respuesta a tan simple y sensata pregunta. Y entonces el lector empieza a pensar si todo aquello no era la ficción típica de los fascismos europeos. Mucho argumento sobre el proletariado y sobre la cuestión social. Mucha retórica sobre la cuestión nacional. Pero lo substantivo es que aquellos intelectuales con vocación política, le estaban diciendo a la burguesía capitalista 'nosotros vamos a resolverles a ustedes el problema del proletariado, a condición de que, juntos, desbanquemos a la vieja clase política, liberales corrompidos y cosmopolitas, y nosotros nos constituyamos en la sola clase política dominante'. En otros términos, las viejas clases medias y media-alta, tradicionales, arcaizadas por la fabulosa frivolidad cultural y la creatividad de los años veinte, y subordinadas al alto capitalismo, llenas asimismo de miedo ante los bolcheviques, habían producido de su seno, con la renovación generacional, unos jóvenes ambiciosos, agresivos, impacientes, nada motivados a **construirse** lentamente, a través de bufetes de abogado, la buena vida del poder social. La carrera política, con soluciones de fuerza y dogmas nacionales y sociales, era un instrumento más rápido. En vez de **empezar por la violencia**, como habían hecho los bolcheviques eliminando terratenientes, grandes comerciantes, y banqueros, lo que había que hacer era venderles a los grandes burgueses una fórmula combatiente en dos frentes (contra el alto capitalismo cosmopolita cuyos dineros y cuyo corazón estaban en la City, y contra el proletariado levantisco y sus líderes internacionales). De ahí la hyperdimensión de lo político y lo estatal en sentido estricto, el énfasis totalitario sobre el Estado, la minucia con que se dibujaban esquemas de una múltiple estructura de cámaras sindicales y corporativas, locales, provinciales y nacionales. Respecto a quién pagaría todo aquéllo, es tema que queda implícito: los campesinos con su productividad acrecida por la mística nacional y la austeridad religiosa, y las colonias ex-francesas y ex-inglesas cuando se las quitásemos.

Ahora bien, quizá esta radiografía es tendencialmente maquiavélica. Hay páginas enteras del libro de Pemartín que también permiten suponer que el autor creía sinceramente que estaba diagramando el orden político definitivo y perfecto. Es decir, que él era mensajero del

dogma del nuevo Estado. Su esperanza quedó fallida. El General Franco le otorgó, más tarde, solamente un pequeño cargo en el ministerio de Educación Nacional. Y la explicación congruente está en el libro de Payne: los capitalistas españoles preferían no tomar en serio aquel género de disertaciones, y confiaban en la prudencia del Caudillo.

Es posible añadir hoy que, dada la desconfianza instintiva, quasi zoológica, del General Franco hacia los intelectuales, abortaron su carrera política, a la que ambicionaban, quienes se propusieron escribir el evangelio del nuevo Régimen, fuese José Pemartin en lo político, o Higinio Paris Eguilaz en lo económico. (Del libro de este último, El Estado y la economía, Eds. FE, 1939, 401 pags, verdaderamente la exuberancia intelectual y la ineficacia política, hablaré en un acápite ulterior, porque era una obra de otro calibre, revela un experto en economía, y porque el tema interesaba directamente a los empresarios barceloneses).

En decenios posteriores me he tenido ocasión de estudiar textos de los fascismos europeos. No puedo predicar un conocimiento exhaustivo del asunto, pero sí es necesario decir lo siguiente: tanto en Italia como en Alemania, hasta la pequeña y católica Eslovaquia, eran textos escritos racionalmente, desarrollando una argumentación de acuerdo a ciertas reglas lógicas. El libro de Pemartin desafía la disciplina intelectual, pertenece a un territorio que causa, en una mente europea, primero perplejidad, y luego pánico, ante la evidencia de que su publicación fué estimada un acontecimiento político. No existía, respecto alguno por las palabras. Todo podía ser manipulado pasando de lo archiabstracto a lo archiconcreto, sin transiciones. /+++/.

Y finalmente, otra cosa. Aprendí por entonces que había en la Falange y en su entorno intelectual, tres escuelas diferen-

/+++/ - José Pemartin era primo hermano del escritor José María Pemán, nombrado por el General Franco presidente accidental de la Academia Española por Decreto firmado en Burgos en 1 de enero de 1938, art. 9. En junio de 1941 Pemán fué a Argentina a dar unas conferencias, y el líder de Lliga Catalana, Francesc Cambó, que residía en Buenos Aires, le invitó a comer en el Jockey Club "sede máxima del patriciado de Buenos Aires" (según recordaba Pemán). Allí Cambó le dió una carta privada para Joan Ventosa i Calvell, líder en Barcelona de la fracción de la Lliga que se mantenía no colaboracionista con el franquismo. Y en el mismo almuerzo, Cambó le dijo a Pemán, entre otras cosas, "somos un pueblo de dementes". (Cf. J.M. Pemán, Mis almuerzos con gente importante, Barcelona, 1970, Dopesa, pag. 310). Parece que Cambó pensaba en los aficionados a políticos.

-tes: la sevillana, la vallisoletana, y la barcelonesa. Había quien reducía la cuestión a diferentes estilos, como se decía por entonces con un término que estuvo muy de moda. De hecho las diferencias eran también substantivas: la escuela sevillana era el polo de lo político intelectualmente puro, esto es, jugar con palabras y más palabras, para que las realidades del poder económico y social quedasen intocadas. En decenios más próximos a nosotros a eso se le ha llamado, según un ejemplo literario siciliano, 'gattopardismo'. La escuela vallisoletana estaba focalizada sobre el problema social, con algún añadido místico castellano. Eran los auténticos nacional-sindicalistas, pero, no teniendo en su casa una experiencia de las luchas obreras como la que existía en las áreas peninsulares industrializadas, sus soluciones eran, no deliberadamente engañosas, de charlatanes de feria de abril, como las sevillanas, pero sí tan ficcionales como ellas. Los falangistas y jonsistas vallisoletanos no habían podido remontarse por encima de su experiencia de la comunidad rural castellana: el municipio de pequeños labradores propietarios, todos iguales, con pastos comunales, y con una especie de dignidad en la pobreza. Que una fábrica grande y moderna no puede albergar relaciones sociales igualitarias como las de la comunidad rural castellana (en pequeños municipios) solamente lo habían entrevisto aquéllos de los jonsistas que habían sido invitados a Alemania y habían conocido los gigantescos complejos industriales. Claro es que algunos de ellos pensaban, empero, que en el nuevo orden totalitario en Europa, España sería uno de los graneros de Alemania. Lo cual ahorraría construir aquí gigantescas industrias y, paradójicamente, tenía en última instancia poco de social, porque convenía a los grandes terratenientes cerealeros fuesen de la Meseta Norte o de la Andalucía Occidental. En fin, estaba la Falange barcelonesa. Esta incorporaba el polo cultural. Esa dimensión ya era perceptible en 1939 en el semanario Destino y en 1941 cuando se creó el vespertino La Prensa, y se acentuó a medida que los escritores de origen falangista, catalanes, se fueron distanciando de la estructura de poder en el Estado. Eran pocos, sumidos en el mar de la gran urbe, si bien con rasgos muy definidos. Eran gente más bien intelectual, partidarios de

una especie de despotismo ilustrado. Sabían francés, italiano, o alemán. Eran entusiastas lectores de Romano Guardini (unos) o de Gabriele D'Annunzio (otros), o de Rainer Maria Rilke (casi todos). Eran también sujetos pasivos de un espejismo: hablaban y escribían sobre este país como si Cataluña fuese la Rhenania liberal, urbana y civilizada, del siglo XIX pre-guillermiano, con artistas muy cultos, expertos marchands de tableaux de renombre universal, profesionales liberales en cuyas casas hay estupendas bibliotecas, niñas que tocan Schumann, estudiantes que sueñan con ir a civilizar cosacos a Rusia; o dicho de otro modo, una Cataluña ideal, como si las aguas del Llobregat en vez de bajar turbias de los tintes y acabados de las fábricas laneras y algodonerías, cantasen versos de Heine porque, no hay duda, la Lorelei está a la vuelta de un meandro entre Montserrat y el Prat de Llobregat.

He mencionado tres polos de la Falange: el político intelectualmente puro, palabras engañosas; el social sentimental y comunitario, pero de hecho pequeño-burgués, sin saberlo ellos; y el cultural, no menos ficcional, ignorante de la clase de población que tiene debajo, siempre nostálgico de Europa.

En definitiva este último sirvió para algo. Gracias a los falangistas o ex-falangistas catalanes, los adolescentes y los jóvenes aprendimos ciertos valores que sirven para endulzar la vida, cierta sensibilidad por la belleza en medio de un mundo salvaje e inhumano. Ya entrado el decenio de 1940 y en los primeros años del de 1950 algunos de los ex-falangistas barceloneses se reunían en casa de Elisabeth Mulder, traductora de Charles Morgen y una buena experta en Rilke. Era poca cosa, pero de ellos no podría decirse como de las otras escuelas falangistas, con unos versos de D'Annunzio:

Os buscamos en vano.
Ni un dolor conseguimos
mitigar en la tierra.
Fue nuestro llanto vano.
A ningún oprimido
vengamos en la tierra.
Nos alzamos en vano.
Queda en pos de nosotros
oblicuo surco estéril.
Hemos vivido en vano.

(Versión castellana de por Enrique Díez Canedo).

Invano,

II . 3 .

TESOREROS Y AVES DE RAPIÑA
=====

II. 3. 1. - Sobre conductas predatorias compatibles con
oratorias místicas.

A) . En Barcelona era conocido como En Pere Corominas. En el resto de España se le llamaba Don Pedro Corominas. Con sumo respeto. Me refiero a los años de la República. Había sido diputado a las Cortes Constituyentes por Lérida. Había colaborado intensamente, durante la dictadura de Primo de Rivera, con la burguesía bancaria de Barcelona, figurando en algunos importantes consejos de administración. Luego había evolucionado hacia la izquierda. Tenía buenas relaciones personales con el Presidente Azña (en 1932 Presidente del Gobierno, en 1936 Presidente de la República). Mi padre lo conoció . (o se lo habían presentado) un día en 1935 o principios de 1936 en la sede central de uno de los grandes Bancos en la calle Fontanella. Durante la dictadura de Primo de Rivera y hasta mediados del decenio de 1950 la calle Fontanella fué la gran calle bancaria de Barcelona. Allí estaban las sedes catalanas del Banco Hispano Americano (que era hasta principios del decenio de 1950 el Banco con mayor movimiento de capitales en Cataluña), del Banco Español de Crédito, del Banco de Bilbao, y de la Caja de Ahorros Provincial de la Diputación de Barcelona. El Banco de España no tenía todavía un edificio enfrente de la Telefónica, pero en la acera de Plaza Cataluña cuya continuidad peatonal era la calle Fontanella, había también impor-

-tantes sedes centrales de bancos, españoles, y mixtos (con bancos alemanes y franceses), de modo que existía una especie de continuum bancario, el cual terminaba en la parte alta de la Via Layetana, donde a su vez había una cantidad de pequeñas casas de banca de familias catalanas. Así, durante decenios, en la calle Fontanella coincidían, hacia el mediodía, los miembros de una especie de tribu privilegiada, todos ellos con complicadísimas relaciones de amigo-enemigo (o de competidor y socio a la vez, para decirlo en términos más burgueses y no necesariamente hipócritas). La calle Fontanella, los Bancos, y las casas de informes bancarios que había en los pisos de algunos edificios que hoy son ya casi una ruina urbana, eran asimismo matrices de reputaciones, tanto buenas como perversas. Se decía de don Pedro Corominas que había evolucionado hacia la izquierda como consejero político y bancario, porque en cuestiones de legislación bancaria y de clientela entre los miembros de los consejos de administración, le había ganado la partida Rafael Gay de Montellá. En Barcelona había, según parece, espacio para dos solos grandes especialistas en Derecho bancario. Rafael Gay de Montellá era el de las gentes de derecha, y Pedro Corominas el de las gentes de centro o centro-izquierda. Los recursos del primero eran más imponentes, porque publicaba mucho y tenía una especie de monopolio en la reproducción y comentario de textos legales. Reconstruyo estas cosas buceando en la memoria, y creo que en lo substancial el cuadro debió ser así. Quienes eran ya adultos me corregirán.

Don Pedro Corominas se había doctorado en Derecho por la Universidad de Madrid (la única que otorgaba tal título hasta que a principios del decenio de 1950 se organizaron unos cursos de doctorado en la Universidad de Barcelona). Lo había hecho con una tesis sobre el Poema del Mío Cid. Antes de devenir un especialista en Derecho bancario había sido un buen conocedor de las instituciones medievales castellanas y de la historia económica castellana. En 1917 había sido invitado a dar una serie de conferencias en Madrid, en la famosa Residencia de Estudiantes, cuna, invernadero, matriz, y foro de altísimo nivel científico, de los intelectuales y escritores laicos, republicanos, o potencialmente hostiles a la Monarquía, y centro de ediciones de una colección de ensayos que es sumamente notable (con autores como Eugenio D'Ors, Ortega y Gasset, Azorín, Unamuno, Gabriel Alomar, Fernando de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, etc). Sus conferencias dadas allí en marzo de 1917 las reelaboró don Pedro Corominas en el verano, en San Pol de Mar, y de ello salió un libro que lleva por tí-

-tulo El sentimiento de la riqueza en Castilla (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1917). Es difícil hallar ejemplo igual de un texto que, con una superficie tan mínimamente polémica y tan escasamente combativa, con tanta suavidad verbal, sea tan demoledor en sus entrañas. Era un catalán con una perspectiva de modernidad económica, progresista, cumulativa, y en cierto modo empresarial y colectiva, quien se enfrentaba a una tradición que era su objeto de estudio y a la que se sentía ligado con ambivalencia: una cierta admiración humana y una crítica histórica. Su trabajo constituía una diatriba profunda contra los comportamientos medievales castellanos en materia económica. Podría decirse que en algunos aspectos la empresa clave de don Pedro Corominas en 1917 sería repetida, de 1945 a 1959, por Josep Pla con no pocos de sus Calendarios sin fechas en el semanario Destino (con otro estilo, menos académico, otra experiencia, y claro es, otros argumentos, pero con una substantiva continuidad y afinidad en el fondo). El énfasis sobre el poder y lo político (en formas no institucionales, sino personales) debía repugnar profundamente en Cataluña, donde el valor central de la organización social debía ser la cumulatividad económica, patrimonial, eventualmente base material de una clase emergente, políticamente dirigente. Saco del olvido el libro de Pedro Corominas no solamente porque en los años 1940 a 1943 fué objeto de más de una conversación en casa y con el que sería mi tutor, sino también por lo siguiente: aparentemente era un trabajo caducado por los estudios historiográficos ulteriores, y sin embargo, vivíamos un periodo regresivo que actualizaba comportamientos arcaicos y que, extrayéndolos de lo hondo de la historia, cerraba el futuro a comportamientos más productivos y más racionales. La resaca de una Guerra civil es tierra fértil para los episodios regresivos, y éso aconteció tanto en Barcelona como en Soria y a lo largo y lo ancho de España.

Dejaré de un lado las hipótesis sobre el rechazo de instituciones y hábitos, en la Castilla medieval, procedentes de la Monarquía franca. En 1917 no se había resuelto todavía el debate entre expertos sobre si en Castilla habían existido, o no, verdaderas instituciones feudales, en el sentido sistemático, ésto es, con relaciones sociales de naturaleza feudal también en el área inferior de la sociedad (los vasallos y los cultivadores de la tierra), en algun modo orgánicamente trabadas a relaciones feudales en el área supe-

-rior (entre el monarca y sus feudatarios). Todas ellas constituyendo un sistema político, militar, y jurídico. Esos debates sobre la naturaleza del supuesto feudalismo castellano, carecen hoy de actualidad historiográfica: desde los estudios de don Claudio Sánchez-Albornoz en Buenos Aires y los de don Luis García de Valdeavellano en Barcelona existe acuerdo en que solamente en Cataluña hubo un régimen señorial con rasgos rigurosamente feudales, recibidos de la Monarquía franca (que fué el modelo europeo del feudalismo, o del feudalismo occidental). Lo que retiene, y retenía un interés en los años inmediatamente siguientes a la Guerra Civil, son las observaciones de don Pedro Corominas sobre los comportamientos individualistas, no institucionales, y más bien de tipo predatorio, en lo económico, coexistiendo con orientaciones igualitarias en lo político. La antinomia entre igualdad y libertad admitía una solución que Corominas llamaba impropriamente comunista, pero a su vez ésta requería la existencia de un supremo poder personal en el vértice de la formación social. Poder personal cuya legitimidad no era única ni esencialmente familiar dinástica, pues incorporaba también una adhesión definible como democrática o popular. Dicho de otro modo, y simplificando las hipótesis de Corominas: en las clases bajas (pero no las más bajas) la conjunción de individualismo económico y de igualitarismo político resultó necesariamente en una forma de sociedad y de organización política incompatibles con un sistema feudal estable y complejo, en una concepción de la riqueza y unos comportamientos económicos más bien predatorios, creadores de patrimonios fugaces y móviles, condenados a morir con su portador-poseedor. El poder, o más sencilla, la fuerza del combatiente (aunque subordinada a un episódico agregado o colectivo militar) era el instrumento para amasar ese tipo de riqueza personal, más fungible y dineraria que patrimonial.

// ese pueblo //...."no luchó por la posesión sino por el señorío; no suspiró por la propiedad de la tierra, sino por el fruto; no ambicionó la conquista de un territorio, sino el dominio corporal y espiritual del hombre". (Op. cit, pag 213).

(Incidentalmente habrá que reflexionar sobre la afinidad de esa actitud vital-espiritual con algunos rasgos orientales, poco compatibles con el espíritu occidental europeo pre-burgués).

Tres decenios más tarde don Claudio Sánchez-Albornoz matizó esas tesis de Corominas e insertó las descripciones de éste en un marco heurístico y comprensivo. En los años de la Segunda Guerra Mundial lo importante para mí (para mí oyendo las conversaciones de mi tutor, fuese con mi padre, o con Urbano, y en algunos casos conmigo mismo, mientras tomábamos el sol cómodamente instalados en una gran tribuna encristalada, en Soria capital, dominando la plaza llamada de Bernardo Robles y el mercado), era que aquellas lecturas de textos de la Primera Guerra Mundial escritos por un erudito catalán, pudiesen relacionarse con el análisis de comportamientos que aparecían en el nuevo Estado franquista. Se trataba de acciones que eran individualistas-predatorias, ejercidas por ocupantes de empleos político-administrativos, y que a la vez necesitaban de la existencia de una autocracia tácitamente plebiscitada por la gran mayoría de las clases medias y altas. Para hacer posible el individualismo predatorio de los nuevos jefes provinciales y locales esta autocracia debía permanecer más bien distante, no estar presente hasta los niveles inferiores de la organización política. El caudillaje del General Franco les convenía muy bien a aquellos substitutos de los antiguos grandes funcionarios del Estado y de los políticos profesionales, siempre que la autocracia se ejerciera estrictamente en la parte alta de la pirámide del poder, contra posibles rivales del autócrata y de su corte. Pues el así llamado Caudillo Franco, dada su profesionalización militar, vigilaba permanentemente en particular la jerarquía militar, sobre todo mientras fué considerado un primus inter pares entre otros Tenientes Generales o Capitanes Generales, mientras que dejaba una cantidad de espacios autónomos en los niveles más inferiores de la organización política del Régimen. (Y digo bien del Régimen, antes y mejor que decir del Estado, puesto que, como he escrito en otro lugar, lo que allí estaba haciéndose y fortaleciéndose era un Régimen, no un verdadero Estado con los atributos europeos occidentales) (+). Aquellos espacios no militares (aunque tampoco puramente civiles) de nivel inferior, estaban en las laberínticas redes políticas y administrativas provinciales, económicas, intervencionistas, jurídicas, y en las mal definidas fronteras entre

(+) - E.P.L.H., Crisis y anticrisis de la sociología, Barcelona, 1988, Ed. Barcanova, Temas Universitarios, pags. 7 y 8.

el sector privado y el público y, más grave, entre los propios poderes públicos. Los ocupantes de esos cargos producían, bien una oratoria de adulación personal al Caudillo, bien unos discursos pseudo-místicos sobre la Religión católica y el pasado imperial de España, o ambas cosas, al mismo tiempo que competían entre sí por los límites de sus respectivos territorios de acción, fuese ésta jurisdiccional o discrecional. Claro es que algunos de ellos se hacían asimismo sostener por fracciones de las clases inferiores necesitadas de alguna ayuda paternalista, o por funcionarios de diversas administraciones locales y provinciales deseosos de que el jerarca fuese tolerante con ellos y cerrara los ojos ante negligencias o picarescas. A estas 'ayudas' correspondió el hábito de recibir prebendas desde abajo. (El subrayado indica que uso aquí el término prebenda en el sentido no técnico. Bajo el franquismo no hubo en este país un régimen prebendario según el concepto weberiano del fenómeno histórico-político. Hubo la costumbre de vehicular regalos (de muy diversa naturaleza) a cualquier jefe político o administrativo que se prestase a ello y que, si bien no regía el principio electivo, aspiraba a que se le considerase representativo de una determinada clientela).

Funcionando muy mal las redes de comunicación telefónica, siendo muy lento el telégrafo, y raros los teletipos (excepto entre algunas oficinas en grandes capitales), no habiendo una red aérea civil como la existente ahora, la gran masa de comunicaciones entre autoridades dependía todavía del ferrocarril o de las formidables carreteras construidas en la época de Primo de Rivera (y que tanto habían impactado a Pierre Vilar cuando en 1933 inició su estudio sobre transportes en España). Esa situación implicaba que no pocas decisiones políticas y administrativas en el nivel local y provincial debían ser tomadas sin consulta al poder político personalizado en el centro. Se trataba de algo diferente a una división del trabajo en un país grande, plural y complejo. Era una especie de concesión de espacios discrecionales, involuntaria.

Así se explica la enorme relevancia social (no sólo política) que adquirieron en las provincias algunos personajes. Los años del decenio de 1940 y los de la primera mitad del de 1950 fueron la época de oro del gobernador civil y de su staff. Tanto el secretario político (privado) del gobernador civil como el secretario general de un gobierno civil (funcionario público) adquirieron un papel crucial en ciertas tomas de decisiones. Simplemente, porque el gobernador era un parvenu sin cultura política ni jurídica, y porque no se podía consultar al centro (o no se debía si la materia no aparecía como grave). Dadas esas condiciones, las cabezas del staff ocupaban un espacio que había quedado vacío. Y lo hacían sin publicidad, sin responsabilidad, y de acuerdo con redes eventuales de influencia constituidas por otros personajes locales (fuese el jefe provincial de Sanidad, el del Servicio Nacional del Trigo, el delegado de Sindicatos, el presidente de la Audiencia provincial o Territorial, etc). En algunas capitales de provincia se crearon una especie de cortes, o su caricatura, en torno a un gobernador civil ignorante y vanidoso. En nocturno rededor a una mesa de juego (que raramente era de bridge o de poker, más bien era de Mus subastado) se decidieron a veces cuestiones que ulteriormente tenían su reflejo en el Boletín Oficial (de la Provincia, o del Estado quizá).

Ahora bien: precisamente porque la autocracia era celosa de su absoluta integridad autocrática, en cuanto una de esas cortes provincianas y privadas (si bien constituidas con jefes políticos) devenía demasiado audible en el centro de la estructura del poder, era decapitada. El gobernador civil (o su equivalente en forma de personaje ambicioso) era cesado. Si el gobernador lo había sido de una capital grande e importante, como Barcelona, tenía cierta inclinación a escribir unas Memorias. Este fué el caso de varios gobernadores civiles de Barcelona desde 1946 a 1977, empezando por Bartolomé Barba Hernández. Su libro sobre dos años en el gobierno civil de esta ciudad, fué juzgado como una libertad inadmisibles y terminó con la carrera política (y militar) del autor. Si el gobernador civil cesado no tenía otra perspectiva futura que volver a su bufete de abogado (o montar uno ad hoc) lo que hacía era despojar la biblioteca del gobierno civil y llevarse a su casa la Colección Legislativa de España, o el Aranzadí, y sus complementos, dejando a cargo del Presupuesto público la reparación del acto predatorio. Parece que también en Sindicatos y en Sanidad había quien se llevaba los libros.

Acto predatorio mediocre y que reenvía no solamente a carencia de imaginación, sino asimismo a otra cosa más importante para comprender la naturaleza del Régimen y de la sociedad, a saber: que, dada la confusión en el seno de los poderes públicos (sin división precisa legal entre ejecutivo, legislativo, administrativo, etc) los jefes debían defender permanentemente sus acciones frente a otros jefes que consideraban que también tenían competencias sobre un asunto, y que además, se vigilaban unos a otros para poder cazar la oportunidad de denunciar, al centro, a un competidor. En España no hemos tenido novelistas que describiesen aquellas cortes provinciales como Zola lo hizo con la imaginaria ciudad de Plassans, dejándonos un análisis memorable de lo que eran las relaciones políticas y sociales entre notables provincianos bajo el Segundo Imperio (un régimen con tantas afinidades con el franquista, en particular en los períodos puramente autoritarios de ambos).

La extensión del abanico ideológico del que eran portadoras las clases medias y altas, solidarias de la dictadura militar, y que abarcaba desde el tradicionalismo carlista más reaccionario hasta un falangismo obrerista y disidente, explica también que hubiese una amplia diferenciación individual entre los jefes, sobre todo entre los gobernadores civiles, en sus respectivos estilos de gestión y de retórica. Dada la visibilidad pública y el protagonismo del gobernador, su figura era objeto de conversaciones, fuesen admirativas o críticas, en los hogares privados de clase media y media-alta. Obviamente, los burgueses poseían otra escala de valores, y en el caso de Barcelona la gran burguesía con un amplio conocimiento del capitalismo internacional podía mirar con cierta distancia irónica a aquellas individualidades que tan imponentes y atemorizadoras aparecían para las clases medias y la clase obrera. Volveré sobre este punto más tarde. Diré de momento que en Barcelona hubo un gobernador (Antonio de Correa Veghison) que, al parecer, se había tomado en serio un falangismo juvenil, paternalista, obrerista en la retórica, y que creyó que estaba destinado a ser un gran personaje político dentro del Régimen. Cultivó, según se me informó tanto en mis viajes ocasionales a Barcelona como posteriormente, una especie de pepinière de adolescentes falangistas relativamente rebeldes. No era el único caso en España ^{durante} la que ha

sido clasificada más tarde como 'época azul' (y que en rigor debe comprender no más realidades políticas que desde finales de 1940 al primer semestre de 1945). En otras regiones hubo también jerarcas nutridos de una fuerte germanofilia, o del ideario de las Jons, que se rodeaban de aprendices del Frente de Juventudes y que proclamaban de vez en cuando una sorprendente especie híbrida de autocracia y de democracia, la cual me recuerda párrafos de Corominas cuando éste describe la alianza de las clases bajas con el supremo poder monárquico, contra la clase alta, intermedia, de los señores. Obviamente, la transformación del Caudillo Franco en un líder populista análogo a Perón, era un imposible político y económico. En algunas revistas falangistas disidentes publicadas en Barcelona esta ilusión se mantuvo hasta mediados del decenio de 1950 a 1959, i.e., hasta coyunturas muy tardías. La casi totalidad de la sociedad de retorno a los valores burgueses, al negocio capitalista, y a múltiples jerarquías funcionales y sociales, ignoró la reedición de la fórmula celtibérica "del Rey abajo, ninguno", sorda para aquellos marginales lujos ideológico-intelectuales. Éstos tenían quizá algún sentido en los años de miseria y decadencia, pero no eran ya compatibles con una coyuntura de desarrollo económico y de diferenciación social creciente (que empezó, según unos, a finales de 1951, y según otros, en 1959).

Es el conocimiento pormenorizado de la acción pública y de las relaciones entre jerarcas políticos y determinadas fracciones de los grandes empresarios, lo que nos permite aprehender los matices que especifican la naturaleza de aquel Régimen. Sin ese conocimiento todos los gatos son pardos y el franquismo no se distingue dentro de la enorme variedad de los regímenes nacionalistas, fascistas, quasi-fascistas, o gruesamente definibles como dictatoriales. Dada la fuerza que habían adquirido los carlistas y los tradicionalistas, hubo quienes quisieron restaurar una sociedad estamental, con una organización económica regida por un sistema de Gremios (antagonistas de la fórmula falangista del Sindicato vertical). Esta ilusión de extrema derecha debió prender en ciertos personajes influyentes, porque en 1947 el profesor J.A. Maravall, uno de los grandes juristas y excelente catedrático, se consideró

obligado (o por lo menos estimó necesario) publicar en uno de sus mejores libros varios párrafos sobre el asunto. No puede hoy restablecerse el orden Gremial ni una sociedad estamental; no puede hacerse una sociedad feudal en el siglo XX, escribía J.A. Maravall en Los Fundamentos del Derecho y del Estado, Madrid, 1947, Editorial de la Revista de Derecho Privado. (Cf. pags. 75, 128, 191). Sospecho, por mi parte, que aquellos proyectos post-falangistas de reconstrucción de un orden estamental, debían tener algo que ver con la descomposición del carlismo en varias sectas dinásticas y con la privatización de políticos carlistas, un proceso de entidad menor, pero en buena medida análogo, al que mencioné en páginas anteriores sobre la privatización burguesa de no pocos jefes falangistas. Pues en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial era ya evidente que el Caudillo Franco no iba a proceder a una restauración monárquica personificada en alguno de los pretendientes carlistas. El galimatías legitimista y genealógico había adquirido tal dimensión de rompecabezas que me hacía recordar (no por afinidad jurídico-política, sino por el alto grado de complicación) aquella Cuestión de los Ducados que ocupó a los profesionales políticos europeos en el segundo tercio del siglo XIX. Se decía por entonces que solamente habían entendido el problema dos personas, un profesor alemán que se volvió loco, y Lord Palmerston (cuatro veces ministro británico de Asuntos exteriores), con la particularidad de que el cerebro de este Vizconde quedó tan fatigado después de entender el asunto, que al día siguiente se encontró con que había olvidado la solución. (Obviamente, el que entendió el problema y la solución fué Bismarck, quien hizo una guerra relámpago, germánica, contra Dinamarca).

B) . Los comportamientos cínicos y los orientados por el mero lucro personal, se incrementaron cuando la marcha de la Segunda Guerra Mundial devino desfavorable para Alemania y sus aliados.

Mis oídos de estudiante que madura rápidamente quedaron saciados de escuchar conversaciones patéticas, agónicas, a veces rezumantes de perplejidad e incluso de desesperanza.. Pues no hay duda de que no pocas familias de capitales provincianas, de clase media y media-alta, habían asumido un sincero idealismo paternalista con-

-gruente con las más solemnes declaraciones de los protagonistas de la victoria en la Guerra civil. Es impensable que el alud de proyectos y de buenas intenciones fuese fruto de la mala fé y de la voluntad deliberada de engañar. La legislación de los años 1936 a 1939 recogida en los volúmenes esmeradamente editados por Aldecoa, Burgos, y algunos de los decretos de la época azul, suelen ir precedidos de prolijas explicaciones que revelan la ideología, los criterios, los imagos, y las intenciones, de sus redactores, a veces con tan ingenua transparencia que se aprecia (desde nuestra perspectiva actual) hasta qué punto se engañaban ellos mismos. Etapa previa para ser capaces de engañar a sus clientelas. (Quienes hayan meditado sobre algunas frases en las Memorias de políticos del último tercio del siglo XIX y el primer tercio del s. XX en España, en el sur de Italia, y también en Francia, saben en qué medida ciertas representaciones de la propia clase social son coherentes con una visión del mundo, vínculo que se refuerza cuando se posee poder político que ha llegado como caído del cielo y se cree que es hora de poner aquellas representaciones en forma de programa). De pronto se dice que todo es posible, cada pueblo es natural y esencialmente bueno y la clave del problema está meramente en expulsar del escenario público a los políticos. Esta actitud venía de lejos, si bien para los fines que aquí importan bastará citar unos párrafos de José Pemartín en 1929:

"El pueblo español es esencialmente bueno y gobernable: he aquí la gran lección paradójica de todos aquellos desórdenes, huelgas y asesinatos. Porque fueron muy reprochables, pero todavía podían haber sido mucho más. El egoísmo y la inconsciencia de las clases conservadoras responsables, como detentadoras del poder político, si no justifica, atenúa hasta un grado casi absolutorio todo desorden social español. Pensemos y meditemos que en los campos andaluces había hombres, hermanos redimidos con la misma sangre de Cristo, familias con mujeres e hijos, a los que se daba para todo jornal, para que vivieran, setenta y cinco céntimos, unos pocos garbanzos negros de los que se dan a los cerdos y un poco de aceite de borra". (Subrayado en el propio original, José Pemartín, Los valores históricos de la Dictadura española, prólogo del General Primo de Rivera, segunda edición, Madrid, 1929, Publicaciones de la Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana, página 59).

La invocación religiosa no era casual. Sucedió lo contrario: con las furias anticlericales desde 1931 a 1936, el componente religioso, integrista, fundamentalista, y elementalmente maniqueo, se hizo mucho más poderoso, de modo que la población española quedó clasificada en 'buenos' (los católicos practicantes) y 'malos' (los no católicos). Ahora bien: esto implicaba a su vez que los católicos con alguna responsabilidad, capaces de pensar, fuesen conscientes de la necesidad de recuperar el proletariado. Este problema se convirtió en una cuestión religiosa más que económica o política. Había también personas que se percataban de que las clases media-alta y alta debían hacer algunos sacrificios (o soi-disant sacrificios, dadas las enormes distancias sociales y económicas). Leyendo las disposiciones administrativas, políticas, y legislativas, de los años 1936 a 1941, i.e., aquellos mastodónticos preámbulos en los que a veces se encuentran 21 o 22 líneas seguidas sin un punto y aparte, el lector es debidamente adiestrado, en algunas ocasiones, en el hecho de que los buenos católicos (sic) se han de sacrificar (sic) por los otros, los pobres, los descarriados, etc. Hay textos de antología, como las órdenes de 30 octubre 1936 y 19 noviembre 1936 que establecen la obligatoriedad del entonces llamado 'Plato Único', con sanciones para hoteles, restaurantes, etc., que no cumplieren aquella medida de caridad pública. Cuando se crea el Patronato Nacional Antituberculoso por un Decreto-Ley de 20 de diciembre de 1936 firmado por el General Franco en Salamanca, el apartado C del artículo 3º declara:

"La España sana habrá de sacrificarse por la España enferma, debiendo las clases acomodadas, que no sufren las graves contingencias, sacrificarse por las necesitadas" (++) .

(Tal como puede observarse, hay aquí una declaración de principios cuyo lugar debería ser el preámbulo del Decreto-Ley, no su articulado operativo o administrativo. El hecho era frecuente, quizá porque los preámbulos hubiesen sido, de otro modo, desmesuradamente extensos). En una de sus primeras disposiciones legales el ministro de Educación Nacional (Pedro Sáinz Rodríguez, más tarde, en la post-guerra, en semi-exilio en Portugal en la oposición monárquica al Régimen), autor de un decreto firmado en Vitoria en 16

(++) - Legislación del Nuevo Estado: disposiciones legales dictadas por el nuevo Estado Español desde el 24 de julio al 31 diciembre 1936, Burgos, 1937, Aldecoa, página 412.

de diciembre de 1938, anuncia a los súbditos que...

"Decidido al Ministro de Educación Nacional a que la cultura sea patrimonio común de todos los españoles, y a que no quede malograda ninguna capacidad natural por falta de medios económicos, prepara una organización general del régimen protector de los escolares. (...) La idea de Fichte de que 'todo talento es una preciosa propiedad de la nación que nunca ha de serle arrebatada', debe orientar la administración estatal de las Becas" (+++).

(Ignoro lo que opinarían los obispos del recurso a Fichte, filósofo juzgado gruesamente como peligroso panteísta, al menos por la última etapa de su actividad teórica. El hecho es reflejo de que en aquellos años había, en torno a Franco, algunos personajes cuya formación político-ideológica estaba más cerca de Berlín que de Roma. Neo-oportunismo, a la luz de sus biografías ulteriores). Ocioso es añadir que las promesas no fueron cumplidas. Sobre la hecatombe cultural entre niños y adolescentes de las clases obrera y campesina, entre 1939 y 1951, basta releer algunos discursos del ministro Ruiz-Jiménez, incluso ante las Cortes, en los primeros años del decenio de 1951.

En el territorio semántico de la música celestial debe ser incluida la fórmula del juramento que debían prestar los miembros de las Reales Academias, fórmula debida a don Eugenio d'Ors :

"Señor Académico: ¡Juráis en Dios y en vuestro Ángel Custodio servir perpetua y lealmente al de España, bajo Imperio y norma de su Tradición viva; en su catolicidad, que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad, representada por el Caudillo, Salvador de nuestro pueblo?" (Legislación del Nuevo Estado, Vol. VI, Burgos, 1938, Aldecoa, pag. 14, Orden de primero de enero 1938 firmada por el General Jordana, consecutiva al Decreto num. 436 sobre el Instituto de España y las Reales Academias).

Unos años más tarde yo pude escuchar de labios de uno de los Académicos, por supuesto en privado y con sonrisa volteriana, que al Supremo Pontífice Romano se le podía designar asimismo por

(+++) - Legislación del Nuevo Estado, vol. XIV, Apéndice XXIV, Disposiciones legales dictadas por el nuevo Estado español en el mes de diciembre de 1938, Zaragoza, 1939, Editorial Legislación del Nuevo Estado, página 72.

un ingenioso predicado: "el vicediós de las siete colinas" (fórmula más francesa que prusiana, si bien su ocasional usuario era el más insigne de los gobernantes prusianos, el Gran Rey Federico. Incidentalmente añadiré que el académico era catalán, no de la Lengua ni de la Historia sino de una Academia científica, que la expresión se la oí en su salón de Barcelona, y en un momento en que su madre se había ausentado para hacernos servir unas tazas de té).

Por entonces la coyuntura era ya de desencanto generalizado. Mi generación conoce muy bien esa experiencia recurrente. Primero hubo el desencanto con la República, aquel régimen lleno de buenas intenciones y que, antes de ser barrido por unos militares sublevados contra el orden (teórico) constitucional, lo había ya sido por el desencadenamiento de fuerzas profundas y primitivas que sorprendieron a los políticos, ilusos discípulos de los ilustrados y los jacobinos franceses. Inmediatamente después, llegó la caída de Francia en junio de 1940, un golpe sentido en lo más sensible del espíritu por todos cuantos habían mamado, de adolescentes, la cultura francesa, es decir, una parte no desdeñable de infantes (de ambos sexos) de clases medias acomodadas urbanas. En tercer lugar, llegó el hundimiento de Alemania, modelo substitutivo, en unos casos, del francés, y en otros casos su antagonista alternativo. En fin, sobre el descubrimiento de la realidad aquí dentro, bastará aportar un hecho simbólico, anécdota en apariencia trivial y quizá meramente debida al azar, pero imposible de producirse si las cosas no hubiesen ya enviado a la cuneta el alud de papel con solemnes declaraciones. En 1943 una editorial de Burgos, la misma editorial Aldecoa que tan cuidadosamente había editado la Legislación del Nuevo Estado, publicó las dos primeras ediciones de La familia de Pascual Duarte. Este documento terrible fué algo más que el manejo de cuartillas fundacionales de una moda literaria, el "tremendismo". Junto a otros testimonios no menos trágicos, presentes a millares en la memoria, explica que una fracción ilustrada de clase media urbana volviera la espalda a tantos proyectos castizos y populistas, como la redención del proletariado por la Religión católica. Nuestras miradas se volvieron a la cultura transpirenaica (otra vez!) fuese cultura francesa o historia alemana. La mayoría, más superficialmente, se refugiaron en leer novelistas ingleses.

El año 1943 fué el supremo año esquizofrénico. Grupúsculos falangistas eran contactados clandestinamente para que tropas alemanas, que todavía ocupaban Francia, pudiesen atravesar España y asediar Gibraltar, copando por detrás a los angloamericanos que habían desembarcado en el Norte de Africa. Al mismo tiempo otras clientelas de la misma clase social que aquellos falangistas, escuchaban al caer la noche los programas de la BBC y muchachos recién licenciados en Derecho se hacían presentes en los Consulados británicos para felicitar a funcionarios del Imperio resurrecto. Editoriales de Barcelona lanzaban a las librerías de toda capital importante, traducciones de Maurice Baring y de Charles Morgan, entretenimientos adecuados en un tiempo en que no existía la televisión, no había apenas vida urbana nocturna, y convenía enterarse de ciertas tradiciones imperiales bajo los reinos victoriano y eduardiano. O bien, supremo veneno, enriquecer el espíritu con un individualismo literario, ^{neo-}platónico, reescritura apócrifa y perversa del quietismo de Molinos, pero todo ello cocinado con salsa francesa, en la interminable espera de que los protagonistas de la novela se decidan a cometer adulterio.

En 1944 asistías con silenciosa congoja a la formación de una situación crispada. Aunque las condiciones económicas, con su dureza, absorbían el mayor tiempo de las conversaciones en la familia y con amigos de confianza, también emergía la percepción de que el Régimen y sus adictos (y una buena parte de las clases medias con cultura religiosa y con un patrimonio que defender) resistirían cualquier intento de revancha de los derrotados en la Guerra Civil. El miedo ante la posibilidad de otra guerra civil lo he oído en conversaciones en casa, en Soria con mi tutor, en el pueblo con el alcalde (un ganadero monárquico, poco después electo Procurador en Cortes), y mucho más frecuentemente con ocasión de viajes a Barcelona. Simultáneamente las ambigüedades semánticas del Régimen se hacían cada vez más menesterosas de ser traducidas para hallar un núcleo racional de inteligibilidad. Obscurum per obscurius. No es ilógico que los protagonistas sociales fuesen, desde entonces, cínicos, estraperlistas, negociantes, políticos rápidamente acogidos a la economía privada, decididos a acumular reservas monetarias suficientes para resistir nuevos años de acoso por las clases inferiores.

C) . - Quince años después de los que ahora estoy tratando, entra en mis archivos de literatura clandestina publicada en Barcelona, una hoja en ciclostyl contra las sinecuras y los negocios de algunos generales (casi todos, del Ejército de Tierra). Lo tardío de la publicación refleja un hecho verdaderamente diferencial del Régimen franquista respecto de sus afines (afines, pero no iguales) en Alemania, Italia, Japón, y países centroeuropeos que conocieron una experiencia fascista o quasi-fascista. Este hecho es, en España, que en los primeros decenios del franquismo el cuerpo de oficiales militares se benefició, comparativamente, bastante poco de las oportunidades de enriquecimiento personal. Establecidos en un territorio ambiguo en la estructura ocupacional, en el margen de la sociedad burguesa, solamente una minoría dentro del Cuerpo llegó a entrar en importantes consejos de administración de empresas públicas (sobre todo del INI) o para-públicas. Aquí los altos mandos del Ejército no procedían de un campesinado pobre, como era el caso del Japón. Por tanto, no eran individuos obligados a usar la carrera castrense como camino de enriquecimiento y de movilidad social ascendente. En aquella época era más bien la Iglesia la que, de vez en cuando, promocionaba hasta la jerarquía episcopal a hombres de origen social completamente desprivilegiado. Y por supuesto, los partidos políticos servían asimismo para lanzar a la plaza pública a individuos que de otro modo no hubiesen salido de una chusma indiferenciada y vocinglera. También es cierto que en España, desde mediados del siglo XIX, el cuerpo de oficiales, y en particular el generalato, ya no era coto cerrado de la aristocracia terrateniente. Eran familias de clase media provinciana, confortablemente ubicadas en un contexto social urbano, las que de generación en generación enviaban uno o más hijos a las Academias militares. Si este medio social se caracterizaba por una cierta seguridad económica dentro de las clases medias, por el contrario sufría de un desprivilegio cultural respecto a las clases más altas y respecto de las profesiones liberales y la élite universitaria. (Aserción que vale en la medida en que las clases más altas se hayan distinguido alguna vez, en España, por su cultura). Habría que precisar más la diferencia diciendo que unas fracciones de las clases más altas eran cosmopoli-

-tas, en tanto que aquellas clases medias urbanas, provincianas, cuna de mandos militares, se satisfacían con una cultura tradicional, local, religiosa, mediocre, y no pocas veces xenófoba. La diferencia es palpable cuando se piensa en el área social de reclutamiento para la carrera diplomática, cuyo nivel cultural era más elevado que el espacio social de donde salían los mandos militares. En el caso de Alemania el generalato y los diplomáticos procedían, ambos, de un colectivo social bastante homogéneo y privilegiado. De aquí sus vínculos positivos con los barones de la industria, con las empresas de armamentos y las industrias de exportación. En el caso del Japón los mandos militares (del Ejército de tierra) tenían en su mayoría un origen hasta tal punto desprivilegiado que odiaban a los grandes barones de la industria y de las finanzas y desarrollaron una ideología antiburguesa aliada a una mística nacional-religiosa (sobre todo entre las dos Guerras Mundiales, hasta que Japón perdió la Segunda, derrota con la que llegó la americanización y el aburguesamiento de la sociedad). En España los militares profesionales fueron poco exitosos en la utilización de su carrera como instrumento para una riqueza patrimonial y una posición social más elevada que fuesen, ambas, durables. Hacia el final del Régimen aconteció, además, que los presupuestos militares representaban, comparativamente a otros países europeos, porcentajes muy pequeños del PIB, de modo que las compras de los ministerios militares a empresas privadas no estimulaban (como había sido más bien el caso en los años del decenio de 1941 a 1950 y de 1951 a 1960) la búsqueda y el pago a intermediarios con uniforme y algunas estrellas en la bocamanga. En los llamados años del hambre (el decenio de 1941 a 1950) los chistes populares anti-Ejército se resumían en el parvo 'Todo por la tapia' con el cual se había substituido el lema 'Todo por la Patria' (escrito en letras negras en la fachada de cada cuartel, sobre la franja amarilla de la bandera española). (Quería significarse con aquéllo de 'todo por la tapia' que los sacos de patatas, lentejas o garbanzos, y algun otro producto de la Intendencia quizá algo más refinado, pasaban de noche del territorio militar al civil, para engrosar el mercado negro. Ejemplo predatorio también mediocre. Como he escrito y publicado en otro lugar, comparativamente a otros países capitalistas, aquí hemos sido unos pobres tipos incluso en la corrupción).*

* "Testimonio crítico", en la obra colectiva Dibujo de España, Alicante, 1988, Instituto de Estudios J. Gil Albert.

Mi padre se quedó muy sorprendido cuando en uno de nuestros viajes a Barcelona (debía ser a principios de 1942) un pequeño empresario le preguntó si tal vez conocía a algún coronel o teniente coronel que le ayudase a conseguir una licencia de importación de no me acuerdo qué cosa. Desde luego, mi padre no conocía ningún coronel dedicado a esos negocios. El asunto le pareció, además, rarísimo, y en definitiva indicador de que la especie debía ser muy poco numerosa y nada productiva. Hay que añadir que la obsesión en aquellos años era, no la exportación, sino la importación (lo cual añade otro rasgo diferencial respecto a otros regímenes afines al español, donde los negocios entre militares y burguesía industrial tenían como base las grandes empresas exportadoras).

Mi experiencia ulterior en el trato con mandos militares fué concluyente. Tenían unas carencias intelectuales demasiado visibles: una ignorancia casi total de Europa, de cómo funciona la política y las estrategias burguesas, cómo está hecho y se desarrolla el mundo post-estamental, el Estado secularizado, la dominación social a través del dinero en vez de a través de la autoridad. Sus mentes se habían concentrado en la conservación del status quo. En este aspecto eran aliados objetivos e inconscientes de algunos burgueses catalanes para los cuales quedaban entre paréntesis los años 1931 a 1939 y lo importante era que había retornado 'la normalidad', ésto es, un negocio moderado sin motines y sin desorden. Asimismo estos oficiales eran contrarios (como lo eran sus familias provincianas) a la industrialización de las pequeñas ciudades de tamaño intermedio. En aquellos años del hambre conocí bastante una ciudad que tenía una gran importancia en dos dimensiones, la militar, por su situación geográfica y como nudo ferroviario, y la económica por sus exportaciones de productos agrarios a Madrid y Barcelona, en largos trenes de mercancías; esta ciudad-- arquetipo de otras muchas similares en Aragón y en ambas Castillas-- era Calatayud. Un miembro de la clase media-alta me dijo un día que la fábrica de Riva & García (capital catalán) era bienvenida porque empleaba poca mano de obra, pero que la instalación de fábricas que creasen una clase obrera no sería bienvenida. Lo importante era la riqueza de la tierra ('la Vega', como se decía, 'del Jalón'). //+++//

//+++// Véase la generalización de esta mentalidad en mi ensayo 'La España intermedia', publicado como apéndice al libro En Menos de la Libertad, Barcelona, 1989, Ed. Anthropos.

Una parte de los beneficios generados por la posesión de tierra, fuese en alguna de las formas de renta o por la venta de productos agrarios, iban a invertirse en valores de renta fija adquiridos en la Bolsa de Barcelona. Había una preferencia por la Bolsa de Barcelona, respecto a la de Madrid, porque se consideraba a los agentes de Cambio y Bolsa de Barcelona más fiables, personas serias, poco proclives a la especulación, y buenos y honestos reseñadores de las cuentas de activo y pasivo. Obviamente, estos Agentes solían ser contactados a través de redes bancarias o trabajaban insertos en alguna organización bancaria.

La mentalidad y los comportamientos de rentista impregnaron durante decenios la sociedad española, una sociedad más proclive a conservar su estructura interna de distancias sociales, culturales y lingüísticas, que a asumir los riesgos de la movilidad y el desarrollo. Así se explica, para concluir esta descripción, que hubiera algunos generales del Ejército de Infantería que, habiéndose hecho un renombre en las guerras de Marruecos (o más tarde, combatiendo a 'los rojos') a lo que aspiraban era a tener un retiro pacífico, casados con una dama inglesa (como era ejemplar en Andalucía) y con hijos liberales (accionistas de Río Tinto o de algunas otras grandes empresas mixtas de capital internacional y español).

El respeto por el capital extranjero aparece en la Legislación del Nuevo Estado desde las semanas iniciales de esta criatura histórica. Cuando el General Franco era solamente el 'Jefe de las fuerzas expedicionarias del Ejército de Africa' (sic) la Junta de Defensa Nacional con sede en Burgos le autoriza por el Decreto num. 72 (de 28 agosto 1936) a la incautación de minerales de las minas de Riotinto "sin menoscabo de los derechos de la Compañía minera en cuanto no se hallen transitoriamente limitados por el presente Decreto, y cuidando la Administración de adoptar todas las medidas de contabilidad que garanticen en su día la liquidación con arreglo al precio medio del mercado durante el mes en que se efectuó la incautación". (Firmaba el decreto el presidente de la Junta, General Cabanellas. Ignoro en quién delegó el General Franco las instrucciones que se le daban, o cómo las cumplió, en su vertiginosa carrera hacia la Jefatura del Estado). [****].

[****]. Op. cit., Burgos, 1937, Aldecoa, págs. 47 y 48.

Ese texto, así como otros contemporáneos suyos, revela los valores de clase media tradicional que inspiraban a una gran mayoría de los militares sublevados. En su cosmogonía de la vida económica, veían primordialmente vínculos subjetivos entre una empresa y su (o sus) propietarios, una relación patrimonial duradera, no política, apenas dinámica, más bien individualizada y que era, por sí misma, paradigma social. Que las grandes empresas capitalistas se funden, se fusionan, se escinden, se venden, se compran, se pignoran, se convierten en madres o madrastras de otras, se apoderan de Bancos o se subordinan a Bancos, remuneran honestamente a sus accionistas o los engañan, sea con dividendos ficticios, sea por debajo de los dividendos posibles, sobornan a políticos o son parasitadas por políticos, se reducen a un país o tejen redes por muchos países, se reservan como un secreto conocimientos técnicos o venden a precios fabulosos conocimientos que sólo ellas saben que están a punto de quedar obsoletos, combaten ferozmente por cuotas de mercado contra otras empresas o entran en coaliciones con ellas en detrimento de los consumidores, etc. etc., eran cosas que pertenecían a otro mundo ajeno a aquella cosmogonía de los vínculos subjetivos y permanentes. Que Riotinto había participado en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial en la deterioración del cambio de la peseta mediante exportaciones de capitales o especulaciones con los cambios diferenciales (como hicieron todas las multinacionales asentadas en España), y que el justo precio del mineral en determinado mes del año era cosa más bien secundaria para los accionistas en la City o en el Palais de la Bourse, tampoco formaba parte de aquella mentalidad. De hecho cabe preguntarse si el Decreto num. 72 estaba, quizá inteligentemente, pensado no como unas instrucciones al General Franco, sino como un mensaje indirecto a la City. Y en este caso, constituía un indicador de la ambivalencia del naciente nacionalismo español respecto al capital extranjero: necesario por el subdesarrollo económico, industrial, y juzgado a la vez peligroso por sus eventuales retorsiones en un mundo exterior laberíntico, mal conocido incluso en sus lenguajes cotidianos. Así se explica que, tanto al final de la Primera Guerra Mundial, como al final de la Segunda, las fuerzas armadas españolas, o mejor dicho, aquéllos de sus jefes que hubiesen

podido estar enterados del asunto, se inhibieron en la oportunidad de nacionalización de empresas de los Imperios Centrales o de Alemania. Preocupados por problemas corporativos y por la formación de 'juntas' que eran un híbrido de grupo de presión, partido político sin programa electoral, y cabeza visible, ilegal, del estamento militar, o bien (al finalizar la Segunda Guerra Mundial) focalizados en el así llamado peligro comunista y en evitar la revancha de los vencidos en la Guerra Civil, los gobiernos españoles abandonaron prácticamente a los Estados Unidos la casi totalidad de las incautaciones de empresas alemanas. (El complejo industrial-militar norteamericano no data del discurso de despedida del Presidente Eisenhower al final de su segundo mandato presidencial; entonces recibió su bautizo. El conjunto de hechos que él designa data de 1919-1920 e incluye el saqueo de las grandes empresas industriales y financieras alemanas). En 1919 fueron financieros y políticos catalanes los que (haciendo valer sus relaciones y su germanofilia durante la Primera Guerra Mundial) vehicularon hacia España una cantidad de capital alemán que huía de la derrota, la incautación, las revueltas socialistas o bolcheviques. Cambó y sus colaboradores fundaron la CHADE con sede social en Madrid, inicialmente con un capital de 120 millones de ptas (lo que por entonces era una suma astronómica). Las relaciones entre Walter Rathenau, la A.E.G. berlínesa, y la oligarquía de la Lliga Regionalista, están todavía demandando una tesis doctoral, un libro similar al que, sobre este tipo de asuntos, aparecen cada año en cualquier país europeo. Este excursus era necesario para demostrar por qué, siendo el régimen franquista una dictadura militar en sus orígenes y en la constitución misma del nuevo Estado, no hubo aquí ninguna de las formas que ha asumido el militarismo en otros países. No fué un militarismo aristocrático, como el existente en Hungría bajo el Regente Almirante Horthy, pues en España predominaron los oficiales superiores de clase media y con mentalidad despectiva de la ya degenerada Nobleza. No fué un militarismo populista, como el de Argentina y de Perú entre 1945 y 1968. No fué tampoco un militarismo tecnocrático, como el de Brasil. En fin, no evolucionó hacia una profesionalización. En los decenios finales del régimen franquista, los decenios del acelerado

cambio de la sociedad española por el desarrollo económico, por los niveles (históricamente inéditos) de consumo, así como por el lanzamiento a la cuneta de toda clase de valores tradicionales y morales, podían oírse en privado, en casa de familias de militares, quejas plenas de amargura contra la política presupuestaria, la ausencia de planes de modernización militar, etc. Los militares se consideraban los olvidados del Régimen. Si la idea esencial de estamento es "la identificación entre servicio y privilegio", el concepto mismo de estamento había dejado de ser pertinente.

La creación de la Milicia Universitaria (decreto de 22 febrero 1941) para que los muchachos de las clases privilegiadas pudiesen cumplir el servicio militar sin rozarse con los mozos salidos de las clases bajas, incrementó el aislamiento social de los oficiales. Fué una de las causas de que aquí no hubiese ni la posibilidad de un militarismo populista. Los oficiales de graduación baja y los pertenecientes a la que, en los años inmediatamente posteriores a la Guerra civil se llamaba la 'escala complementaria' (no alumnos de Academias militares), tenían un desprecio suprahumano por los mozos analfabetos. (No sin ciertas razones: había una especie de frontera psicológica para hacerles entender o recordar determinados conocimientos más allá de un par binario; por ejemplo, en una unidad de transportes los cinco tiempos de un motor Diesel en un camión: aspiración, compresión, inyección, expansión, escape. Esta serie era demasiado larga y, por algún motivo que quizá los psicólogos sepan explicar, tendía a reducirse a dos o tres etapas, generalmente la primera, la tercera, y la final). Al mismo tiempo empezaban a llegar a edad militar quienes durante la Guerra eran aún bebés, y no habiendo vivido un mundo conflictivo ni habiendo sufrido penurias (a causa del relativo bienestar de sus familias y del ilimitado y permanente calor maternal) se ponían constantemente en ridículo por la ñoñez de sus comportamientos. Si se les invitaba a tomar una copa en un bar, pedían un vaso de leche. Y si el teniente o el capitán les lanzaba algún sarcasmo porque su equipo favorito de fútbol había perdido el domingo anterior, decían con voz de quejido "Sí, nos ha faltado un golín" (sic: un golín). Las profecías de Unamuno a principios de siglo sobre una clase media ñoña, mediocre, ramplona, se estaban cumpliendo. Esto tal vez tenía

implicaciones más profundas e históricas que las que sugiere mi incurable tendencia a la frívola trivialización. Entre la arcaica incapacidad de unos para asimilar la tecnología moderna, y la cursilería maternal de otros, resultaba imposible que el Ejército volviese a combatir en guerras del Norte de Africa, preludio de las peninsulares, décimonónicas o no. La cosa se vió bien clara en 1958 con la pseudo, o mini-guerrita, de Sidi Ifni. El clamor de las madres ante la eventualidad de que algun hijo tuviese que enfrentarse a tribus de moros, decidió que aquí la descolonización se haría en forma rápida, lavándose las manos del asunto, como si en Madrid hubiese un gobierno 'progre', humanitario, ilustrado, y universalmente pacifista. Ni una baja más.

Evidentemente, alguna diferencia, siquiera muy sutil, debía producirse para que no fuese posible la identificación entre el gobierno franquista y un gobierno 'progre', descolonizador, ingenuo, y universalmente pacifista. Y es que en Madrid parece que nadie se preocupó de la buena o mala suerte de las poblaciones nativas, abandonadas a su destino.

+++

II. 3. 2. - Las cuentas de la lechera .

A) . Dejo a las generaciones viejas el trabajito de explicar a las generaciones jóvenes, cuyos miembros tengan la curiosidad de leer algo de estas Memorias, en qué consistía la fábula de las cuentas de la lechera, que todos tuvimos que oír, reverentemente, de niños, en aquella época en que las muchachas campesinas llevaban los jarros de leche a la venta (tres jarros por muchacha: uno en cada mano y otro sobre la cabeza), época en la cual no había centrales lecheras que hiciesen el negocio. Trabajito explicativo y didáctico quizá no inútil, al menos para restablecer por unos escasos minutos la comunicación entre generación vieja y cohortes jóvenes, proceso informativo hoy roto, aniquilado por la sociedad permisiva y por el dinero fácil.

Vuelvo a los libros de aquellos años. Libros que a veces quedaron en la biblioteca sin ser leídos y que ahora recupero porque ellos demuestran cómo eran vistos los problemas, qué desafíos tenían prioridad, qué decían o pensaban los intelectuales o los universitarios, y hasta qué punto eran escuchados por los militares que decidían, en último término y sin apelación, si algo debía hacerse y cómo.

Antes mencioné la obra de Higinio Paris Eguilaz El Estado y la Economía (Santander 1939, ediciones FE, 401 pags.). Este libro se suponía de importancia para los empresarios catalanes, en la medida en que ambicionaba ser el discurso programático del nuevo Régimen en materia de organización económica. Su subtítulo era: 'Política económica totalitaria' (+) . Según los dicciona-

(+) La edición que manejo está impresa en Santander en diciembre 1938.

-rios el autor había nacido en 1907 en una pequeña villa navarra (a mitad de camino entre Pamplona y Estella), estudió Derecho en Madrid y Economía en Berlín. (La referencia municipal nativa está motivada por lo que luego se dirá). El texto es una enorme Biblia en la que se habla de todo, obedeciendo la compulsión enciclopédica que es propia de: (a) autores muy jóvenes; (b) vivir en años de crisis en los cuales se cuestionan instituciones, regímenes, normas, pautas, dominaciones políticas y sociales, modos de comportamiento colectivo y autoridades ; (c) pertenecer a un país radicalmente dividido, en todas aquellas dimensiones, en dos poblaciones excluyentes. Hay que tratar de todo porque la gente se posiciona dogmáticamente, y antagonísticamente, ante cualquier opción de la historia pasada, presente, y futura.

Yo no recuerdo haber oído hablar de este libro, ni a mi padre, ni a Urbano, ni al padre de éste, que luego sería mi tutor. Yo quería, todavía, ser neurobiólogo, a pesar de la oposición familiar a semejante vocación. Lo que me interesa ahora es transmitir situaciones y conciencias, sin cuya comprensión se engañan quienes escriben Historia y engañan a sus públicos. La motivación del autor era "la superación del Orden Capitalista" (tal como se asevera en varios lugares, y con esas mismas palabras en el subtítulo de la sección V del capítulo XI, Capitalización). Una parte considerable de la obra (casi un tercio) gira en torno a las fluctuaciones cíclicas y el problema de las crisis, reflejando el fuerte, dramático impacto, que la crisis de 1929-1937 tuvo en todo ciudadano en nuestro planeta, fuese banquero, empresario, campesino, rentista, o trabajador industrial amenazado por el paro. Que a la crisis le sigue la guerra, parece que era una imagen implícita en no pocos economistas, sociólogos, o políticos. Había que hallar una nueva vía, una tercera vía, entre capitalismo liberal (que el autor designa como capitalismo libertario) y el leninismo, dominio absoluto del Estado sobre la producción, el consumo, el ahorro, y en definitiva la vida. Este discurso, anticapitalista y antileninista,

congruente con una cantidad de manifestaciones ideológicas de líderes de la Falange, no debió fascinar mucho a otros sectores de la coalición victoriosa. Desde luego, no tenía que entusiasmar a banqueros y terratenientes financiadores de la Guerra civil, quizá interesó algo a unos pocos generales y coroneles, mucho menos a los empresarios, nada a los rentistas. Por el contrario, creo que prendió entre ex-sindicalistas en Barcelona y su conurbación obrera. Solamente así se explica la relativa facilidad con que, en la 'época azul', aparecieron aquí en cargos burocráticos y sindicales menores, hombres que habían tenido un carnet de la CNT (con la diferencia de que, en vez de hablar de 'los obreros', ahora hablaban de 'los productores', una curiosa reviviscencia del lenguaje saint-simoniano vía un híbrido de sindicalismo y falangismo). Puesto o no en negro sobre blanco, debió funcionar un programa de asimilación política y sindical de antiguos creyentes de la CNT y de los varios grupos escindidos de ésta, no violentos, todos igualmente anticomunistas. Se consideraba a aquella gente como un excelente arma contra el marxismo y contra la hegemonía del Komintern sobre el movimiento obrero. Hay ideas generales que prenden espontáneamente en los actores sociales, como los fuegos en el bosque antes de las lluvias de otoño.

La obsesión por el problema de la crisis estaba muy arraigada en España, a pesar de que, si se consultan indicadores estadísticos, nuestra economía no fué una víctima coyuntural de la envergadura con que lo fueron los Estados Unidos, Gran Bretaña, la República de Weimar, Brasil o Argentina. Muy poco antes de estallar la Guerra civil se publicó en Madrid una traducción de la obra de F. A. Hayek La teoría monetaria y el ciclo económico (Espasa-Calpe, 1936, 212 pp.), la cual incorporaba adiciones y correcciones del propio Hayek para una versión inglesa. Este libro lleva un largo y excelente prefacio del Prof. Luis Olariaga, catedrático de la Universidad de Madrid, presidente del Consejo Superior Bancario bajo la dictadura de Primo de Rivera. Juzgando con rigor científico, o más exactamente por su metodología y por su precisión analítica, los textos de Olariaga y de Hayek son bastante superiores al trabajo sobre las crisis por Paris Eguilaz y poseen un valor objetivamente más duradero. (Incidentalmente añadiré que todas estas cosas deberían serles

recordadas a los estudiantes ahora que en nuestras Facultades de Ciencias económicas se les hace seguir como librito de texto un mediocre producto de Nicholas Rau sobre ciclos económicos). Claro es que los autores de teoría económica o de historia de la teoría económica, se hallan casi siempre en posición inicial de ventaja sobre los que se proponen argumentar una teoría de política económica, en particular si han optado por subordinar la economía a la política (como era el caso, voluntariamente, de Paris Eguilaz). Él tenía una opción prioritaria y fundamentalmente política, al servicio de la cual ponía sus conocimientos teóricos económicos. Por ello su libro retiene una cierta verdad histórica. Ahora bien : a lo largo de la obra el autor modula no pocas veces su opción básica y, más que señalar un programa imperativo para los decisores políticos o el Poder ejecutivo, lo que hace es decirles a los políticos qué no deben hacer o qué no pueden hacer, a menos de enfrentarse a resultados contrarios a los esperados. Esta actitud es sobre todo relevante en los problemas de control autoritario de precios, sea en la producción o en el consumo; recomendaciones que no fueron seguidas en los casi dos decenios de intervencionismo estatal y sindical sobre los precios.

Hé de hacer abstracción de la teoría del autor sobre el ciclo económico y sus fases (considera cuatro "fases": producción, distribución, consumo, capitalización); ese exámen, para ser correcto, debería ocupar un largo espacio y estar escrito en términos técnicos. Ciñéndome a los problemas de política económica, es obvio que las grandes preguntas que por entonces se formulaban empresarios, economistas, banqueros, políticos, etc., eran del orden siguiente:

- ¿Cómo reducir, o evitar, el paro forzoso?
- ¿Cómo reducir, o evitar, la destrucción periódica de capital?
- ¿Cómo incrementar la riqueza y la fortaleza de la Nación, relativamente a otras naciones?
- ¿Cómo reducir, o evitar, perturbaciones sociales consecutivas a una distribución muy desigual de los ingresos?.

Debe quedar asimismo claro que únicamente una tenue minoría de personas se hacían simultáneamente estas preguntas, evidenciando una comprensión global del sistema económico; la inmensa mayoría de los actores económicos o sociales se focalizaban en una o dos preguntas de su interés directo e inmediato. En fin, la posición de Paris Eguilaz había devenido, súbitamente, privilegiada. Las autoridades de Burgos habían destituido, y expulsado de sus cátedras, a Flores de Lemus y a Prados Arrarte (ambos irían al exilio, el primero a París, el segundo a México); Olariaga estaba, en caso de estar aún vivo, en una cárcel en la llamada 'Zona Roja'. Otros economistas supervivientes eran en realidad hacendistas o técnicos fiscales. El primer ocupante de la cartera de Hacienda en el primer gobierno constituido por el General Franco (31 enero 1938) era un aristócrata (Andrés Amado Reygondaud de Villebardet) que había sido Director General del Timbre bajo la dictadura de Primo de Rivera. Ocioso es decir que este señor y su sucesor en el Ministerio, don José Larraz (9 agosto 1939 a 19 mayo 1941) de procedencia doctrinal demócrata-cristiano, abogado del Estado, no tenían la menor pretensión de 'superar el Orden Capitalista'. /+/.

Las soluciones de Paris Eguilaz tampoco lo hubiesen 'superado'. En su uso de este término hubo una hábil astucia semántica hegeliana: conservar llevando a un nivel más alto. Solamente algunas medidas se presentaban ciertamente como radicales, contrarias a la discrecionalidad de la iniciativa privada. En la cabecera de la pag. 12 aparece una afirmación que dice nada menos que el Capitalismo liberal, como forma de organización económica, es contrario a la unidad política de España. Y sin embargo, de esta aserción se siguen deducciones que son de naturaleza pragmática político-administrativa y que igualmente podían fundamentarse en otras bases lógicas que una filosofía de la historia de España. No practicando el autor una abstracción positiva (analítica) resulta que en sus aserciones están a menudo simultáneamente presentes tres entes: procesos económicos en sentido riguroso, actores económicos, y actores políticos. Si dejamos al

/+/- Sobre la figura de don José Larraz hablaré más tarde. Ya dimitido como Ministro, vino varias veces a Cataluña para dar conferencias en Vich (grafía de entonces), Sabadell, Barcelona, haciéndose aquí con un grupo de adictos, europeístas, demócrata-cristianos, etc.

borde de la mesa estas cuestiones que, en apariencia, competen solamente al juicio de la metodología, la terminología, y a veces la lógica formal, y concentramos nuestra atención en las cuestiones substantivas, entonces nos percatamos de que había en el autor una gran coherencia, vistos los problemas desde su particular inserción en la estructura social de la mitad Norte del país . Una sociedad con predominio (cuantitativo) de pequeños propietarios agrarios y de perceptores de rentas fijas (entre ellos, una mayoría de rentistas) pero ya con un cierto grado de industrialización en industrias de transformación, sobre todo medianas y pequeñas. Dentro de estos límites de estructura social, la coyuntura económica de la primera mitad del decenio de 1931 a 1940, había golpeado fuertemente. El desempleo industrial en las grandes urbes como Barcelona, había agravado, para los pequeños propietarios agrarios, el problema de la sobreproducción y la caída de rentas. Una política de precios del gobierno republicano completamente sectaria, favorable a los grandes propietarios cerealeros con alta productividad y a la vez al mantenimiento de un precio bajo del pan en los suburbios obreros, tuvo como efecto la insolvencia de una cantidad de pequeños propietarios que cultivaban cereales en tierras de secano, y la proletarización de no pocos. Los acreedores, usureros locales, Cajas, Bancos, se lanzaron sobre ellos. Yo fui testigo en 1935 de pequeños campesinos propietarios, en mi pueblo, que emigraban estacionalmente a Andalucía para ganar unos jornales en la recogida de aceituna, disputando ese salario a braceros andaluces y contribuyendo así a empeorar la situación social en el campo andaluz. El radicalismo social, fascista, de las Jons, encontró un ambiente receptivo en pequeños municipios de Castilla por motivos de la coyuntura, una terrible miseria, el acoso de los acreedores a los insolventes, razones todas ellas más decisivas y tangibles que una mística histórica que había sido ya olvidada. De este nicho social surge la paradoja de que la obra de Paris Eguilaz adquiriera una cierta modernidad cuando resulta que se plantea una extensa problemática sobre el crédito a corto y medio plazo y sobre la intervención gubernativa en el sistema financiero. Eran necesarias tres cosas: salarios altos en la industria (un salario real rodeado de un cierto contexto de protecciones legales que impidiesen su degradación, y además con tendencia, lenta pero firme, al alza); un sistema bancario moderno, apto para el desarrollo del crédito a corto y medio plazo con gestión privada y tipos de interés libres, y un crédito a

largo plazo, para inversiones en bienes de capital, con tipos de interés fijados por el Poder ejecutivo y con una administración centralizada de las Cajas de ahorro; en fin, tecnificación de la agricultura y traslado de trabajadores a industrias que él llama de capitalización (concepto algo más extenso que el de sector de producción de bienes de producción en la terminología de Marx).

El autor insistía en que su programa era anticrisis, pero no utópicamente anticíclico. Las fluctuaciones económicas podían reducirse en su intensidad, no extinguirse. Consecuentemente, la otra cara de la moneda de un programa fundamentalmente expansivo, eran los constantes exhortos a la estabilidad monetaria. Aunque el autor no lo dice, está claro que era este aspecto el que debía satisfacer las expectativas de un no pequeño sector de la población española constituido por perceptores de rentas fijas. La masa monetaria en circulación debía crecer de modo lento, continuo, y controlado, proporcionalmente al incremento de la población y al incremento de la Riqueza nacional. Debía ser permanente la intervención del Ejecutivo en la regulación de la oferta monetaria, a fin de reducir la amplitud de las fluctuaciones, fuesen inflacionistas o deflacionistas. Este control debería hacerse preferentemente a través de los tipos de interés y la movilización productiva de los capitales, sin necesidad de recurrir a la nacionalización de las instituciones de crédito. (En las páginas finales del capítulo sobre el proceso de capitalización aparecen, empero, propuestas mucho menos pragmáticas, inspiradas en modelos alemanes de la época, que hubiesen implicado un control estatal directo del ahorro y la desaparición de los Títulos de renta fija). Si exceptuamos estas adiciones de última hora, la mayor parte del plan tiene la apariencia de no contener otras cosas que las pertenecientes a formas hoy bien conocidas de economía mixta y convencional. Pero quedarse en este juicio sería anacrónico: es no recordar la situación de la ciencia económica e ignorar lo que fueron los debates entre liberales neo-clásicos y planificadores e intervencionistas, todo ello reflejado en posiciones antagónicas en las propuestas de política económica. El autor menciona a Keynes una sola vez, críticamente, pues recibe la opinión que veía en el economista británico un peligroso aficionado a la expansión del endeudamiento público. Con todo, en el programa anticrisis hay no pocas sugerencias comunes con aquella forma de keynesianismo espontáneo, empírico, e improvisado, que fueron las políticas presupuestarias, fiscal, de trabajo, y de endeudamiento público, del presidente norteamericano

F. D. Roosevelt (ex. gr., medidas para proteger el nivel del salario real o, al menos, impedir la flexión a la baja de los salarios nominales; el abandono del patrón-oro, etc). Al mismo tiempo, el autor debía ocultar, ante sus lectores tradicionales, técnicos hacendistas, y expertos en equilibrio presupuestario, que su programa anticrisis tuviera algo de común con aquella especie de fuite en avant que era el recurso en gran escala al endeudamiento público. Parece que cuando Keynes viajó a Washington, unos meses después de publicar su Teoría General, encontró allí una interlocutora en aquella mujer extraordinaria que era la ocupante de la cartera de Trabajo (Dept. of Labor) en el gabinete Roosevelt, miss Frances Perkins. Esta biógrafa de Roosevelt, autora de unas Memorias sobre su propia gestión, parece que sacó la idea de que la fórmula mágica anticrisis se reducía a Spend, Spend, Spend, Borrow, Borrow, Borrow. Alguien con mentalidad más compleja y sistemática transformó el catecismo imperativo en Spend, Borrow, Spend, Tax, Spend. (A posteriori, según aseguraron los críticos de Roosevelt, y a la cabeza de ellos John T. Flynn, Roosevelt no solamente había fracasado en graduarse en Derecho en Columbia University, sino que además no sabía una palabra de Economía) /++/. Cosa horrible, para economistas europeos formados en las severas universidades germánicas, todavía estremecidas de pánico ante la Gran Inflación que conmocionó la República de Weimar en su indefensa infancia.

Dada la estructura social en la mitad Norte de España, y lo extendido de la mentalidad de rentista, Paris Equilaz debía asimismo silenciar que, en el fondo de su análisis y de sus sugerencias, se hallaba una convicción keynesiana, aquella famosa que dice que "the rentier aspect of capitalism (...) will disappear when it has done its work".

La idea de mantener salarios reales al alza, debió chocar profundamente a empresarios y banqueros. Sobre todo en Cataluña, donde hasta 1957-1958 predominó entre los empresarios una imagen de sistema de suma cero en la relación Salarios / Bene-

/++/ John T. Flynn, The Roosevelt Myth, New York, 1948, Garden City, pag. 260. Este autor recurre a menudo al libro de miss Frances Perkins, publicado por Viking en 1946, The Roosevelt I knew.

-ficios. La indexación de los salarios (nominales) sobre el coste de la vida, no era tampoco realizable cuando la sección social del Sindicato vertical atendía reclamaciones individuales de asalariados contra unas empresas en particular, pero no era ella quien fijaba el salario monetario, sino Reglamentaciones del Ministerio de Trabajo. Los salarios indexados sobre el coste de la vida requieren, normalmente, negociaciones colectivas y sindicatos representativos; una de las grandes reformas de 1957-1958 fué precisamente la introducción de convenios colectivos bastante pormenorizados, por ramas de industrias. Mientras tanto, la cláusula de Paris Eguilaz según la cual la tendencia al alza del salario real debía moderarse en función del proceso de capitalización empresarial, no debió convencer mucho a sus lectores de 'la Patronal' (como se designaba en Cataluña al colectivo de empresarios). Pues en otras partes del texto propone unas medidas que siempre han sido, o bien resistidas, o bien tergiversadas, como la transparencia de los Balances y su publicidad, alguna forma de participación obrera en la gestión, y sobre todo (en otro capítulo, el dedicado a problemas fiscales) un Impuesto sobre la Renta muy severo y con publicidad de las rentas gravadas y de la cuantía del impuesto. Esto último era incompatible con tendencias y pulsiones muy profundas en la psicología colectiva de los españoles, y debía ser rechazado por toda clase de empresarios, no solamente los industriales (y al frente del pelotón, los banqueros y terratenientes).

Las concesiones a estos últimos, en el sentido de que no era urgente una reforma agraria, sino la tecnificación de la agricultura, y con ella la disminución de mano de obra por unidad de cultivo, tenía que dejarles indiferentes. Al fin y al cabo, ellos habían co-financiado y ganado la Guerra.

Para comprender, sin caer en anacronismos, la situación social, las representaciones sociales y económicas de cada clase ante la crisis, y los proyectos políticos, es sumamente útil leer las páginas que Paris Eguilaz dedica (129-131) a rebatir las tesis de Spengler sobre salarios políticos. La ideología

de Spengler consistía en un darwinismo social de una radicalidad como la que hemos oído entre algunos admiradores de las políticas económicas de Ronald Reagan y de Mrs. Thatcher al principio del decenio de 1981 a 1990. Los salarios industriales se han convertido en salarios 'políticos' a causa del excesivo poder de los sindicatos obreros. El obrero ha pasado a ser un pensionista de la sociedad. Los salarios 'políticos' obligan a una racionalización y a introducir un ritmo febril en la producción, y por tanto a ampliar la magnitud del crédito, a la aparición de capital ficticio, y a substituir el capital real por capital especulativo, el cual dura hasta que se produce un krach en la Bolsa, Etc. (Cf. en la edición española de Años decisivos, Espasa-Calpe, Granada, 1938, pp. 124 a 144) / +++ /. La teoría según la cual las empresas cierran a causa de los salarios altos, y su complementaria, que dice que Henry Ford estaba equivocado creyendo que un nivel alto de salarios es condición necesaria para sostener la vida económica sin depresiones, se hallan explícita y plenamente asumidas por Spengler, reflejando el punto de vista de conservadores británicos y norteamericanos en aquellos años de crisis. El argumento más fuerte de Paris Eguilaz, aparte los morales y sociales, en su crítica a Spengler, reside en observar que Spengler está reconociendo de hecho, sin decirlo, una economía estacionaria. / Habría que añadir, mediante una lectura más extensa de Spengler y de fragmentos que reproduce de otro libro anterior, los Politische Schriften, que esa economía en el Estado central necesitaba una acción imperial en los países de la periferia, que hoy designamos por Tercer mundo /.

La opinión de muchos empresarios españoles, empezando por los catalanes, cambió hacia finales del decenio de 1951 a 1960. En los Estados Unidos hubo un episodio recesivo en la economía, breve pero muy intenso, 1957-1958, y sin embargo los salarios no flexionaron a la baja. En Barcelona Josep Pla desarrolló en el semanario Destino una verdadera campaña, en artículos de gran formato (aparte de su popular Calendario sin fechas) en pro de ideas keynesianas vulgarizadas (sobre la función de la demanda).

Por lo demás, el extenso plan de Seguros sociales unifi-

/ +++ / - Hubo una edición anterior, de 1935, que no he podido manejar. En el libro de Paris Eguilaz se resume y extracta la larga argumentación de Spengler sin citar las páginas y a veces alterando su orden.

-cados, estatales, con órganos de gestión pública y centralizada, independientes de organizaciones sindicales y patronales, fué un plan apenas discutido, realizado en pocos años por el nuevo Régimen con un quasi-consensus general en la población. Con el tiempo dió lugar a una burocracia extensa y parásita de una magnitud como no se había imaginado al principio. De ésto no se ha de culpar a los fundadores; en otros países europeos sucedió lo mismo. Es evidente que Paris Eguilaz y otros coetáneos y contemporáneos suyos en la llamada 'Zona nacional', tenían unas ideas bastante ingenuas sobre la integridad, honestidad, competencia técnica, amor a la Patria, y desinterés por las ventajas privadas, entre los miembros de la burocracia. En el libro de Paris Eguilaz hay algun párrafo conmovedor sobre esas ideales personas que están por encima de los intereses de grupo, de clase, y de partido, y que solamente piensan en el bien de la comunidad y en la fortaleza del Estado. Es posible que tuviese in mente alguna lectura de Max Weber (cuyo modelo era la burocracia prusiana en la época de Bismarck y, todavía, en la de Von Bülow.)

Queda, en fin, el no pequeño problema de cómo sería factible un plan económico de aquellas características manteniendo la competitividad con el exterior y un nivel estable del cambio de la divisa nacional. Spengler era coherente cuando rechazaba la autarquía y el superproteccionismo, puesto que quería hundir los salarios que él definía como políticos y la fuerza de los sindicatos obreros, haciendo entrar en competencia, en el país central, salarios privilegiados con salarios asiáticos. Él sabía además que la exportación de productos de alta tecnología, fuese maquinaria pesada o medicamentos, era vital para el trabajo alemán. Por tanto, no podía ser un proteccionista a ultranza. La autarquía le parecía a Spengler una enfermedad propia de una sociedad decadente. No era tampoco un crítico, por principio, del capital financiero, en particular en aquellos años en que empresas alemanas se introducían en el mercado de los Estados Unidos. La opción de Paris Eguilaz era de nacionalismo económico bastante radical, sobre todo contra el capital financiero, y algo más matizada en lo que concierne al proteccionismo industrial.

"Para mantener de una manera permanente tipos de descuento bajos hay que independizar el dinero nacional, efectuando su desconexión con el mercado internacional, lo cual puede ser superfluo para las naciones con un nivel de vida elevado pero puede ser necesario para otras".

"Los entusiastas de una organización económica internacional en la que no haya traba alguna para el movimiento de capitales, deberían tener en cuenta que ésto va siempre en perjuicio de las naciones de menor progreso económico y que en último término es un contrasentido esta invocación a la internacionalidad del Capital mientras la base de la organización política (...) sean las Naciones" (Op. cit. pag. 88).

"La autarquía completa es difícil de conseguir" (...) "La autonomía económica contribuye a la atenuación de los movimientos de coyuntura" (...) "hace más fácil el mantenimiento del equilibrio de las balanzas, ya que cualquier alteración en las condiciones del mercado mundial no afecta de modo decisivo a la Nación que tiene su base económica en su mercado interior". (Op. cit., 1939, pag. 331).

Consecuentemente con este razonamiento Paris Eguilaz propugnaba una reducción de la parte desempeñada por el comercio exterior en el incremento de la riqueza nacional:

"...una disminución es conveniente desde el triple punto de vista de la seguridad nacional, del equilibrio de las balanzas y de la atenuación de las coyunturas" (Ibid. pag. 331)

Sobre el proteccionismo como instrumento para fomentar la producción nacional, enuncia condiciones obvias:

"si no se dispone de materias primas propias o de un gran volumen de mercado no surgirá (...) la producción nacional (...) Las tarifas deben ser selectivas, nunca generales" (pag. 333).

En otras páginas vecinas (330, 331) declara que el librecambio es pura utopía basada en la creencia de que la política estatal de todas las naciones tiene finalidades idénticas.

Con distintas variantes que conciernen más a cuestiones de matiz, este tipo de argumentos eran de la misma familia que los que venía esgrimiendo desde hacía años el Prof. P. Gual Villalbí, fuese en artículos en La Vanguardia, en sus clases en la Escuela

Superior de Comercio de Barcelona (luego titulada Escuela de Altos Estudios Mercantiles), en conferencias a los fabricantes catalanes, o en fin, en sus intervenciones en Madrid ante la Asamblea Nacional o en la Comisión de expertos para estudiar el restablecimiento del Patrón-oro. La doctrina de Gual Villalbí se resumía en un nombre: el proteccionismo integral (concepto sui generis que motivó alguna ácida crítica por parte de Flores de Lemus). Las cosas no acontecen, empero, por el vuelo azaroso y libérrimo de la voluntad ni de la imaginación. Durante los años de prosperidad contemporáneos a la Gran Guerra (1914-1918) y a la dictadura de Primo de Rivera (1925-1930) debió existir tanto en la clase alta de Barcelona como en gran parte de la clase media, una fuerte propensión marginal a la importación. Este fenómeno estimuló reactivamente, entre empresarios catalanes, la tendencia a pedir el reforzamiento de la protección a la industria nativa. Se opinaba que a causa de la debilidad o de la incompetencia de los negociadores españoles en la concertación o renovación de Tratados de Comercio (bilaterales) con los principales países, se veían burlados los niveles de protección ya conseguidos con el así llamado Arancel Cambó (de 17 mayo 1921, hecho definitivo por Real Decreto de 12 de febrero 1922, siendo Cambó Ministro de Hacienda). El "proteccionismo integral" era en 1928 una construcción doctrinaria económica tan macisa o más que el nacionalismo político de Paris Eguilaz en 1938; ésto es fácil de comprender en cuanto su ámbito empírico de reflexión y de aplicación era más concreto, unidimensional: se centraba en la reserva del mercado interior para la industria española. En aquella época las cuestiones arancelarias eran objeto de debates públicos de una intensidad menor que en el segundo tercio del siglo XIX, pero todavía de una gran vehemencia y, muy probablemente, con una mayor extensión social y una mayor generalidad pública (pues en el siglo XIX la inmensa mayoría de la población española no sabía lo que quería decir la palabra Arancel o sus sinónimos, Tarifa, etc). En su libro sobre El Derecho Arancelario Español (Barcelona, 1934, Ed. Bosch) la Dra Elli Lindner empieza el texto con una cita de Echegaray, Ministro de Hacienda, que decía nada menos que el Arancel es para la constitución económica de un país lo que la Constitución es para su régimen político. Es-

-ta perspectiva cobra nuevo vigor después de la Gran Guerra a causa de las crisis percibidas como de sobreproducción (1921 y, sobre todo, 1929-1937). En el libro de Gual Villalbí Política Económica (Barcelona, 1936, Edit. Juventud) hay párrafos concluyentes, por su radicalidad y dureza, contra las doctrinas libre-cambistas y contra las Potencias que, con sus exportaciones, sofocan el desarrollo industrial en los países menos avanzados. (Por aquel entonces Inglaterra era la bête noire del Profesor Gual Villalbí).

En lo que concierne a la organización política del Estado español las distancias entre Gual Villalbí y Paris Eguilaz eran considerables. Este último sueña un gran Estado, muy fuerte, sostenido por el Partido Único y por el proletariado :

"No hay duda de que un proletariado industrial numeroso, que sienta las ideas nacionales, que tenga fé en el Estado y que está encuadrado jerárquicamente en organizaciones sindicales, puede ser una de las bases más firmes de apoyo de un Estado Totalitario" (Op. cit., 1939, pag. 334).

Paris Eguilaz era intelectual orgánico de nadie; primero, porque en España el Estado siempre fué una entelequia; y segundo, porque como decía nuestro amigo 'el Doctor', de la condición proletaria los proletarios quieren salirse lo más pronto posible.

Gual Villalbí era ciertamente un intelectual orgánico, portavoz de una burguesía industrial joven, individualista, con gran dinamismo económico y cultural pero con baja capacidad política. Si se sabía actuar con habilidad, alternando la estaca y la zanahoria, y con la ayuda de Dios (i.e., del Tiempo), el proletariado dejaría de ser un irracional intruso histórico.

La astucia de la historia, o la ironía de la razón histórica, quiso que, decenios más tarde, Gual Villalbí y Paris Eguilaz estuviesen trabajando juntos en el mismo edificio madrileño y en el mismo organismo, el primero como Ministro Presidente del Consejo de Economía Nacional, y el segundo como Secretario general de dicho Consejo. Dentro del programa de apertura a Europa consecutivo al Plan de Estabilización, ambos colaboraron en las orientaciones, estructuración, y aprobación, del nuevo Arancel (1960), más técnico, selectivo, pormenorizado, y en definitiva menos proteccionista (con su aplicación en el tiempo) que el Arancel Cambó.

B) . Afirma un dicho popular que de los libros a los hechos va un trecho. Poca gente había previsto que los compromisos en materia proteccionista en vez de nacer de discusiones empíricas entre economistas, funcionarios del Ministerio de Comercio, y portavoces más o menos representativos de fabricantes y terratenientes, saldrían, o vendrían impuestos, por circunstancias de facto que por entonces no estaban teorizadas en los libros. En los dos primeros decenios del Régimen del General Franco la escasez de medios de pago exteriores se constituyó en uno de los problemas más graves, una especie de guillotina mortal para no pocos proyectos públicos y privados.

A lo largo del primer tercio del siglo España había acumulado (en su Banco de Emisión) considerables reservas de oro, había incrementado sus exportaciones de minerales, productos agrarios y manufacturas industriales, y había atraído capitales extranjeros. Dentro de ese periodo la Guerra llamada Europea, o Gran Guerra, fué un óptimo negocio no solamente para los fabricantes catalanes sino también para todos aquéllos que, en el país, podían mover al alza los precios de sus actividades o de sus mercancías. En el decenio conocido como de "los felices veintes", las fuentes de las que obtener medios de pago exteriores se diversificaron, y a los minerales, los cítricos, los vinos, el corcho, los frutos secos, se añadieron textiles, calzado, incluso ejemplares de automóviles de lujo como el 'Hispano Suiza', fabricado en Barcelona. Llegaba además a España (como sabían muy bien los directores de algunos grandes Bancos, a la cabeza de ellos el Hispano-Americano) un flujo de dinero, permanente a pesar de oscilaciones coyunturales, que procedía de los españoles trabajando en América. Al amparo del alto nivel de protección arancelaria empresas extranjeras instalaron aquí filiales participantes en la explotación del mercado interior, empresas que (se suponía) aportaban capital,

nuevos productos, técnicas más modernas, fuese en la producción, la organización, o la gestión. En la industrialización tuvo también una parte la industria pesada. La Maquinista Terrestre y Marítima fabricaba unas colosales locomotoras de vapor para la línea MZA, para los Ferrocarriles Andaluces o para la así llamada Compañía de Caminos de Hierro del Norte de España, unos monstruos bellísimos que despertaban nuestro entusiasmo de infantes con los ojos siempre abiertos a un mundo que cambiaba día a día. Saliendo de Barcelona a las ocho de la mañana, llegábamos a Soria alrededor de las 6 de la tarde. Cuando una empresa mixta de capital español y británico, la S.M. (Santander-Mediterráneo) inauguró su ferrocarril entre Sagunto y Burgos, podíamos transbordar en Calatayud y llegar a Soria hacia las cinco de la tarde. Los capitalistas británicos (la familia Gilmour, si recuerdo bien) habían hecho construir unas superlocomotoras capaces de devorar el desnivel desde el Mediterráneo a la parte más alta de la Meseta, y además unos vagones de primera clase cuyo lujo un tanto complicado y dócimonónico (espejos, lamparillas con pantallas de encajes, mesitas lacadas móviles o semiempotradas, etc) atraían memorias novelescas, fuese de literatura rusa sobre la época zarista, o malas traducciones francesas que envolvían aquel ocaso con un aroma vicioso de boudoir. Dado que la Monarquía había caído hacía pocos años, la gente de pueblo llamaba a los vagones de la S.M. el tren de Su Majestad. Ese ferrocarril estaba planeado para exportar enormes cantidades de naranjas desde la huerta valenciana al puerto de Santander. La Guerra civil hizo abortar el proyecto, y las poderosas locomotoras, capaces de tirar pendiente arriba una docena de vagones de mercancía frutera, tiraban entonces de solamente tres vagones, un furgón postal, uno de primera, y otro de tercera, todos rodeados de vapor (y del frío de la alta Meseta soriana).

Tres aspectos condicionaron limitativamente el desarrollo económico de aquella época:

a) - fué más espectacular que sólido y duradero: el proceso de urbanización, concentrado en unas pocas localizaciones, era de intensidad mayor que la propia industrialización. Este tipo de urbanización en enclaves, más fuerte que la industrialización, generaba de momento mercados con promesas brillantes, pero sumamente vulnerables a la coyuntura. Sólo las empresas con respaldo bancario o con una buena tasa de autofinanciación, resistían bien a una imprevista caída de la demanda;

b) - la parte del comercio exterior en el incremento de la Renta Nacional siguió siendo muy reducida, comparativamente a otros países europeos más avanzados;

c) - el sistema financiero era todavía patrimonial y tradicional, inadecuado para una expansión del crédito a medio y largo plazo correlativa a la generación de nuevos empresarios y nuevas actividades. Predominaba como negocio bancario el crédito comercial a corto plazo, renovado, la colocación de Títulos, etc. No había un Mercado oficial de divisas: cualquier necesidad de moneda extranjera era vehiculada a una plaza en el exterior (preferentemente Londres). Por tanto, siendo manejada por operadores extranjeros, la peseta tendía a convertirse en medio de exportación de capitales (a menos que hubiese factores muy sólidos, decisivos para mantener una cotización estable o al alza. Poca gente sabe hoy que en 1919 España le hizo un préstamo a Estados Unidos...)

Que un país que era, en su conjunto, rural, atrasado, y agrario, difícilmente amamantaría un crecimiento de las fuerzas productivas dilatado (en el tiempo) y extenso (en el espacio), y que sería necesario y urgente el fomento de las exportaciones para que no quedase sofocada la industrialización, es algo que habían visto unos pocos privilegiados, fuesen economistas como Bernis o burgueses catalanes como Frederic Rahola o Rafael Vehils (creadores en Barcelona, respectivamente, de la Casa de América y del Instituto de Economía Iberoamericana. Por entonces los mercados iberoamericanos eran desde aquí percibidos como más accesibles y prometedores que los europeos, y a Argentina, Brasil y México se los otorgaba

la categoría de países que estaban en el umbral de devenir Potencias económicas internacionales. No se sabía que la transición desde sistemas oligárquicos a presuntas democracias de masas, no era cosa hacedera, en el peor de los casos sin fuertes resistencias y episodios revolucionarios, y en el mejor, sin una experiencia de generaciones en la buena gestión de un régimen representativo, contemporáneo a profundas labores de educación cívica y política de la población). /++++/.

Las fuentes primigenias para obtener medios de pago exteriores no se habían secado, pero en los mercados internacionales el cambio de la peseta se fué degradando ya en los meses finales de la dictadura de Primo de Rivera. La situación se hizo alarmante desde la caída de la dictadura y, poco después, con la caída de la propia Monarquía. Dado que éste es un libro de Memorias, no resulta idóneo el texto para introducir una referencia teórica que (quizá) solamente algunos economistas con curiosidad científica podrían apreciar. Me limitaré a decir que, viendo la literatura de la época, parece concederse un papel desproporcionado a la pura especulación. Los escritos más razonados en términos técnicos revelan que no se sabía bien si la degradación del cambio era efecto de movimientos al alza en la estructura de los precios interiores, o si, recíprocamente, era la caída del cambio la que estimulaba la distorsión alcista de los precios internos, o bien si la variable independiente era la exportación de capitales, o en fin, si eran los saldos negativos fuese de la balanza comercial o del balance de pagos. Los gastos de la guerra de Marruecos y las alteraciones del orden público, cuartelazos, etc., aparecen a veces simultáneamente con los discursos teóricos. Expertos en estadística como Flores

/++++/ - En 1954 hubo en Barcelona un intento de revitalizar el Instituto de Economía Iberoamericana. Con este motivo visité su sede, en Via Layetana 28. Allí me recibió un señor que, en una de las conversaciones ulteriores, me enseñó varias condecoraciones que le habían sido otorgadas por el rey Alfonso XIII. Toda una planta estaba llena de archivos económicos. Creo que era el tercer piso del edificio. Una sala tras otra albergaba estanterías de acero con documentos internacionales, informes comerciales, revistas económicas, boletines bancarios; todo quedaba suspendido a partir de junio o julio de 1936. Era ya un enorme museo. No había ni una mecanógrafa. Ese Instituto había sido pensado para competir con el organismo del mismo nombre sito en Hamburgo, y que en 1925 tenía ya renombre internacional.

de Lemus o Fernandez Baños tenían algunas ideas claras sobre el asunto, sin conseguir transmitir las al público ilustrado. Desde 1914 el Poder ejecutivo tuvo que intervenir en el tráfico de divisas, inicialmente por motivaciones que no eran genuinamente de escasez; al final de la dictadura de Primo de Rivera la situación se había agravado de tal modo que el Poder Ejecutivo se reservó una especie de monopolio en la gestión de ese tráfico, creando primero un Comité Interventor de Cambios, y después un Centro Oficial de Contratación de Moneda. Los gobiernos de la Segunda República mantuvieron las políticas intervencionistas. En el útil libro de la Dra Elli Lindner (Barcelona, 1934, Edit. Bosch, Cf. pp. 94 a 139) se va describiendo la formación y adopción de una doctrina intervencionista, desde las primeras medidas empíricas y meramente coyunturales hasta la elaboración de un pensamiento coherente. La Dra Elli Lindner cita párrafos de declaraciones y discursos del Ministro Marcolino Domingo :

"En ningún orden de una economía racional la actividad privada puede desbordarse anárquicamente haciendo lo que quiera hacer. Obligado el Estado a tutelar la economía, a dirigirla, cada actividad privada ha de hacer lo que deba hacer" (discurso en Valencia, marzo 1933, reprod. parcialmente en Lindner, Op. cit. pag. 109). (Cursiva en el original)

"La Economía ha de dirigirse. Ha de dirigirse, sobre todo, en países como España y en épocas como la actual. Dirigir no quiere decir estatizar, ni socializar, ni capitalizar. Quiere decir dirigir". (Declaraciones al periódico El Sol, 6 diciembre de 1932, en Lindner, Op. cit., pag. 110).

La economía dirigida no la inventó, pues, el Régimen del General Franco. Lo que éste hizo fué extender, burocratizar, y desarrollar hasta los límites del absurdo irracional y antieconómico, unas ideas preexistentes y que por entonces recibían una cierta, no desdeñable, aceptación internacional. El Régimen del General Fran-

-co tampoco fué quien introdujo en este país la industrialización por substitución de importaciones. Ésta se venía practicando por lo menos desde el principio de la Primera Guerra Mundial, siempre en productos que por su parte en el consumo de la población ofrecían escasas dudas en cuanto a la demanda. Lo que se hizo durante el Régimen franquista fué (además de descubrir el concepto mismo de industrialización por substitución de importaciones) complicar, distorsionar, diferenciar e hibridar, sus referentes empíricos. Ya de suyo ese concepto es sumamente problemático, un ente abstracto que recubre una amplia variedad de referentes y de posibles modelos teóricos. Entre la Gran Guerra Europea y la Guerra civil española no había sido portador de una dimensión xenófoba o, en medida apreciable, nacionalista. Se daba por aceptado que en la industrialización por substitución de importaciones podía (y debía) participar el capital extranjero, atraído por un mercado español de capacidad creciente. Y así fué en algunos productos. Se sabía que ese tipo de joint ventures (término actual, entonces se decía empresas mixtas, o simplemente empresas extranjeras) no iba a tener efectos de arrastre sobre otras ramas, y desde luego no iba a estimular en lo más mínimo la aparición de un sector productor de bienes de producción (y tampoco la exportación, puesto que tanto entonces como en nuestros días, la participación de capital extranjero en una empresa suele ir ligada a prohibiciones de exportación, por lo menos hacia el país de la casa matriz). Solamente la industria textil catalana tuvo importantes efectos de linkage (término que empezaba a usarse en el ámbito anglosajón): producción de maquinaria textil nativa, y a su vez, para producir ésta, producción de maquinaria metalúrgica. En el País Vasco había ya una incipiente industria de máquinas herramientas, la cual se desarrolló bajo el Régimen del General Franco precisamente porque en las condiciones en que se fué alargando el proceso de substitución de importaciones, exigió éste que se crease una industria nacional de máquinas herramientas. De lo dicho se deducen los siguientes aspectos que particularizan el proceso español respecto a otros modelos u otras experiencias:

a) - Fué muy dilatado en el tiempo. Si se sigue un criterio riguroso (no extensivo) apoyándose para la lectura únicamente en textos legislativos, duró desde 1959 a 1959-60. Pero si el historiador se atiene a criterios de facto, entonces la frontera de 1959 resulta menos real, y en no pocos aspectos es una frontera de papel. Basta pensar en la fabricación de maquinaria agrícola, fuertemente intensificada precisamente en el decenio de 1961 a 1970. /++++/. Además las medidas liberalizadoras de 1959-60 provocaron, en conjunción con otras fiscales, un renacer de las demandas proteccionistas, sobre todo en Cataluña /++++/.

b) - Tuvo una clara dimensión xenófoba, nacionalista, con transparentes dimensiones de desconfianza hacia el capital extranjero y con disposiciones legales limitativas de su participación en empresas españolas, en la repatriación de beneficios, en la valoración de las aportaciones tecnológicas, en la presencia de técnicos y directivos extranjeros en los órganos de dirección de las empresas, etc.

c) - Estuvo siempre subordinado a una variable aleatoria, puramente empírica, no planificada, que era la escasez de medios de pago exteriores. La importación de materias primas y de bienes de capital (necesidades crecientes de maquinaria) dependía de la demanda exterior de productos agrarios españoles. Cuando hubo un desastre natural, como las heladas en el litoral mediterráneo en 1956, la Administración se quedó casi sin reserva de divisas.

/++++/ En la primera mitad de ese decenio hubo lo que se llamó 'fiebre de tractoritis', con una mecanización acelerada de las labores agrícolas contemporánea a grandes migraciones rural-urbanas. Hacia el final del decenio existía, en algunas áreas, una deficiente utilización del parque de tractores, mal amortizado. Yo hice una comunicación sobre algunos de estos aspectos, entre otros, a un seminario internacional celebrado en Dubrovnik, Yugoslavia, en octubre de 1965. Cf. E.P.L.H., Crise de la société rurale espagnole, documento D.IX., Centre de Sociologie Européenne, Paris.

/++++/ Basta leer el enérgico editorial de La Vanguardia (19 julio 1964) titulado "En torno a un telegrama", sobre "la preocupación que se siente en los medios industriales ante el proyecto de reducción lineal de los aranceles de aduanas". Después de una larga argumentación sobre la conexión entre ciertas medidas fiscales y la reducción arancelaria, el editorial concluía diciendo: "LA VANGUARDIA no puede por menos de recoger (...) las preocupaciones que afectan a los medios económicos de Cataluña y de España entera, deseando recibir respuesta a preguntas angustiadas..." →

=====

FINAL DE LA NOTA 6 DEL PIE DE LA PAG. 213

Viene del pié de la pag. 213 : preguntas angustiadas".

Poco más de un año más tarde La Vanguardia tenía que dedicar media página al problema de las nuevas rebajas arancelarias, consagrandolo otro editorial con el título "Un Problema Inesperado" (Cf. La Vanguardia, Barcelona, 7 septiembre 1965, pag. 15). El gobierno había acordado en Consejo de Ministros de 13 agosto anterior, modificar el Arancel rebajando los derechos transitorios coyunturales en una serie de partidas, con el fin, según dice el preámbulo del Decreto, de frenar el alza de precios en el interior del país. El texto se publicó el 30 de agosto, comprendiendo un largo anexo. El editorial de La Vanguardia pocos días más tarde desarrollaba una muy extensa argumentación, menos enérgica que la de julio del año precedente. Empieza reflejando...

"...un movimiento de inquietud entre nuestros industriales textiles, que se ven particularmente afectados por la disminución de la defensa contra la competencia exterior que hasta ahora les había protegido. No es novedad afirmar que el desarrollo de nuestra industria textil durante los últimos cien años se efectuó al amparo de unas elevadas barreras arancelarias, primero, y de una política de cuotas y contingentes desde 1939 hasta 1959, convirtiendo el mercado nacional en coto cerrado".

Más tarde añade:

"La reducción arancelaria prevista (...) viene a alterar radical e inesperadamente este panorama". (...) (...) "Una rebaja de los aranceles que protegían hasta ahora a la industria textil introduce un problema adicional en un sector que: a) Desconoce por completo la competencia internacional (...) b) Cuenta con una estructura industrial arcaica y con un sistema comercial primitivo. c) Atraviesa un periodo de reorganización y modernización".

Y después de comentar los motivos aducidos por el Gobierno y de negar su pertinencia por lo que concernía a la industria textil, no responsable de alzas de precios, señalando, en cambio, "la reducción de las rentas agrícolas debida a la crisis del campo español", el editorial concluía con este enunciado categórico:

"No es ésta precisamente la mejor coyuntura para enfrentar a nuestra industria textil con la competencia exterior".

Más adelante me referiré a un extenso artículo de J. Vicens Vives titulado "El Proteccionismo Catalán" y publicado doce años antes en el semanario Destino (28 noviembre 1953). Era un trabajo profético, además de ser uno de los más importantes artículos escritos por el Prof. J. Vicens Vives para aquel semanario barcelonés.

d) - La gestión de ese bien escaso se llevó a cabo mediante expedientes burocráticos, una forma de comercio de Estado, clasificándose las empresas según la magnitud de sus demandas de divisas; a los contingentes que pudiéramos llamar físicos, por mercancías, se añadieron los contingentes monetarios, con un sistema de cambios múltiples. Ciertas empresas obtenían cambios preferenciales con el dólar en torno a diez pesetas, y otras recibían cambios prohibitivos con el dólar a treinta pesetas o más. (El procedimiento empezó a funcionar en diciembre de 1948, con el dólar USA alrededor de 9 ptas, y terminó en julio de 1959 con un US \$ en 60 pesetas). Las licencias de importación administrativamente justificadas por inexistencia de producción nacional o por necesidad de bienes de capital precisamente para obtener una producción nacional, dependían factualmente de las autorizaciones de compras de divisas. Dada la diversidad de producciones industriales, en su gran mayoría bienes intermedios, este dédalo burocrático generó una multitud de combinatorias posibles, cada empresa de cierta magnitud desarrollando sus estrategias y su tráfico de influencias. La situación está vívidamente descrita en un artículo que bajo el título "Trouble in Spain" publicó Charles R. Hargrave en The Wall Street Journal, 21 octubre 1949, texto de una cierta extensión al cual pertenecen los siguientes párrafos:

"Existen más de un centenar de estos cambios especiales, según el artículo de que se trate; por ejemplo, un exportador que venda a los Estados Unidos puede recibir, por cada dólar que gane, desde 12.59 ptas hasta 21.90, en tanto que un importador de artículos americanos puede tener que pagar por cada dólar desde 13.14 ptas hasta 27.37. Si a esto se añaden los cambios especiales para el turismo (25 ptas) y para repatriación de capital (....) el resultado es uno de los más complicados sistemas de cambio que el mundo ha tenido. Sistema que está copiado del que el Dr Schacht introdujo en el Tercer Reich, pero con una diferencia: los alemanes son maestros en el arte de hacer funcionar las más complejas regulaciones gubernamentales, y los españoles no lo son. Banqueros y hombres de negocios, cansados de luchar un día y otro contra la lucrocracia oficial, habían esperado que Franco aprovecharía la oportunidad de volver a un cambio único basado en el valor exterior real. Pero, como otros

dictadores, Franco odia la idea de devaluación, la cual trae la pesadilla de un alza de los precios interiores. Nadie ignora en España cuán barata está en Zúrich la peseta billete (...) aunque sean contados los españoles que cruzan la frontera (...) El control sobre los cambios es solamente un ejemplo de las regulaciones que cubren todas las esferas de actividad. Materias primas, manufacturas, víveres, comunicaciones, importaciones y exportaciones, todo está sujeto a cupos y tasas. Teóricamente, casi todo lo que un hombre o una mujer hace o dice está controlado. Por fortuna, lo está sólo en teoría, porque el español es una de las personas más incontrolables del mundo".

En el ámbito empresarial se crearon una cantidad de distorsiones que, en unos casos, constituían frenos a la producción y a la capitalización, y en otros eran subvenciones estatales indirectas a las empresas, haciendo imposible el funcionamiento de reglas de competencia y falseando la prioridad de las ganancias de productividad. Cuando uno hablaba con los empresarios encontraba solidaridades y enemistades enigmáticas, que tenían sus motivaciones en relaciones y/o en expedientes que no constan en los balances ni en las memorias de las Sociedades anónimas. Así dice bien el Prof. Luis Angel Rojo, en un trabajo publicado en francés, que se estableció un système d'aides multiples, el cual dió lugar à une politique économique hésitante et contradictoire; y como es obvio, las contradicciones devenían tanto más fuertes cuanto que una de las pocas cosas originales era...

"la ferme volonté de forcer le rythme du développement économique au moyen d'une industrialisation rapide mise en oeuvre par l'action de l'État". (Luis A. Rojo, "Le Commerce extérieur" pags. 949 y 946 respectiv., en la obra colectiva L'Espagne à l'heure du développement, Paris, 1967, Presses Universitaires de France). //7 bis//.

// 7 bis // - Se trata de un grueso suplemento, en forma de libro, al tomo VIII, num. 32, de la revista Tiers Monde, bajo la dirección del Prof. François Perroux.

Los jefes de empresa que se beneficiaban de este pseudo-sistema barroco, **discrecional**, eran visceralmente franquistas, y había que ser prudente para no meter la pata en una conversación. Y en fin, como es casi ocioso añadir, en aquellas circunstancias las empresas se veían obligadas a hinchar sus empleos administrativos, agobiadas por problemas de licencias y contingentos, además de todo el papeleo de un sistema de seguridad social, ayudas monetarias a los asalariados con familias numerosas, y otros ítems establecidos para garantizar el pleno empleo (humano), la paz social, las relaciones paternalistas, etc., aunque hubiese al mismo tiempo una ineficacia creciente en el mejor uso de los factores de producción. De donde, un alza continua de costos, menos exportaciones, menos divisas.

e) - En el primer decenio de su operación, por lo menos, la industrialización por substitución de importaciones incluyó, desde su concepción política en los órganos decisivos del Estado, un importante componente relacionado con la Defensa nacional. Este aspecto es ya visible en los textos de Paris Eguilaz y se acentuó y materializó desde la creación del Instituto Nacional de Industria en 1941. Hubo una conformidad pública-privada en extender el criterio de Defensa nacional; por ejemplo, caían dentro de él cosas como tejidos susceptibles de ser utilizados en la confección de uniformes para la tropa o en la fabricación de paracaídas.

f) - Dadas estas condiciones, es algo difícil comprender que se produjese paralelamente un estancamiento intelectual, científico, y técnico, de la envergadura del que se produjo. Y sin embargo, este rasgo es uno de los que más particularizan el caso español respecto de otros países en los que, si bien es cierto que la industrialización quedó estrangulada por

causas semejantes a las nuestras, no hubo decremento en la eficiencia del sistema universitario por lo que concierne a la conservación del stock de conocimientos científicos y a mantener un flujo constante de acumulación y renovación. En España ese nivel se empobreció, lenta pero sensiblemente, a medida que desaparecían los grandes docentes (de universidad y de instituto) que habían sobrevivido a la Guerra, las instituciones pedagógicas empezaban a masificarse, y las expectativas de las generaciones más jóvenes se focalizaban en una titulación lo más rápida posible y un acceso a la sociedad de consumo (esta última, generada por la propia conjunción de urbanización + industrialización). Ya en el decenio de 1961 a 1970 se publicaron algunas advertencias alarmantes sobre el abismo al que estaba cayendo la calidad de la enseñanza secundaria, con su impacto asimismo en la universitaria. Estas voces (más tarde citaré algún ejemplo) fueron silenciadas, porque una de las cosas que interesaba a los gestores del Régimen era precisamente el ensanchamiento cuantitativo de la clase media-alta, con buenos niveles de consumo, y éstos eran automáticamente inducidos por salidas rápidas y exitosas de las instituciones universitarias. Este entorno cultural resulta reacio a ser puesto en ecuaciones, y por tanto irrita a los economistas que consideran que esas tendencias sociales caen fuera de sus intereses. Pero el proceso tenía también una relación factual e importante con la industrialización, porque ésta se llevó a cabo sobre todo a través de empresas de tamaño pequeño y mediano, extendiéndose el minifundio industrial; lo cual implicaba a su vez (tanto entonces como hoy) imposibilidad o indiferencia para la investigación tecnológica intra-empresa, la dependencia constante de licencias extranjeras, la ceguera para el lenguaje científico o las innovaciones. Otro tanto puede decirse del bajo nivel técnico en la formación empresarial. En 1957 se redescubrió la así llamada organización científica del trabajo (i.e., el taylorismo); del asunto se apoderaron pronto los abogados laboristas, con un nuevo territorio de acción: la negociación de convenios colectivos.

En una sociedad de compartimentos quasi estancos, como era entonces en grado sumo la sociedad española (hasta el punto de que es problemático hablar de una sociedad, en singular) existían percepciones individuales bastante lúcidas sobre cada problema, pero no existía la transmisión del conocimiento. La dicotomía entre abogados e ingenieros era por entonces muy marcada, tanto o más que en la época en torno a la Primera Guerra Mundial. (Me limitaré a recordar un exhorto de Guillermo Graell que cité en mi libro sobre los empresarios catalanes: en este país sobran abogados y faltan ingenieros). Los abogados habían hallado una divina justificación de las más fáciles de sus actitudes: la lucha contra la arbitrariedad tanto gubernativa como burocrática, la necesidad de retornar a un régimen de garantías. No es cierto que no se dijese cosas importantes en aquellos años de estancamiento económico (en el sector privado) y industrialización forzada (en el sector público). A finales de mayo de 1950 (y primeros de junio) tuvo lugar en Madrid el Segundo Congreso Nacional de Ingenieros. (El primer Congreso se había celebrado treinta y un años antes, en 1919, también en Madrid. Estas cosas hacen comprender la fruición con que los estudiantes leíamos aquéllo de Ortega: España camina por la historia con paso de tardigrado). El Congreso de 1950 muestra a los ingenieros más preocupados por la libertad económica, la abolición de los controles, cupos, tasas, fijación gubernativa de salarios, despilfarro del capital público en empresas estatales de rentabilidad menor que en la empresa privada, la corrupción burocrática, etc., que por problemas de tecnología. (Por el contrario, los ingenieros en el congreso de 1919 se habían interesado sobre todo --al menos leyendo los resúmenes de la época-- por cuestiones de cambio tecnológico y de industrialización). Las prioridades de los abogados --la seguridad jurídica, el Estado como garante de la libertad y de la seguridad, la falsa oposición entre competencia y eficacia, de un lado, y democracia de otro, etc-- eran prioridades que habían contagiado a los ingenieros. El Congreso de 1950 se transformó en una especie de ágora liberal, pro iniciativa privada, contra la corrupción falangista, incluso se auspició la privatización de la Seguridad Social... Ahora bien, este

contagio era asimétrico, unidireccional, compulsivamente inducido por las dificultades artificiales cotidianas, y por tanto fué de corta duración. Los abogados no se contagiaron de las que debían haber sido preocupaciones de los ingenieros, y así tardaron tres lustros en aparecer abogados de empresa con mentalidad y orientaciones de managers, gente con capacidad de decisión propia (no meros leguleyos al servicio de los propietarios), capaz de analizar un Balance sin tener que pedir la traducción a alguno de los contables de la empresa. En cierto modo puede afirmarse, analógicamente, que las instituciones educativas practicaban su propio proteccionismo, paralelamente al que hacía fosilizarse, con el dinero fácil, a la empresa privada. Las universidades procreaban licenciados cuyo horizonte profesional era la propia universidad o las oposiciones para alguno de los cuerpos de funcionarios considerados de élite. Hubo una expansión deforme del alumnado de las Facultades de Derecho, etapa previa y necesaria para una cantidad de oposiciones a empleos vitalicios: liquidadores de utilidades, interventores de fondos, cuerpo general de Hacienda, etc. Fué la época en que se hizo célebre, en Barcelona, la magnanimidad del catedrático de Derecho Administrativo (y durante un tiempo Decano de la Facultad de Derecho), Dr Pi i Sunyer (entonces don José María Pi y Suñer), con su dictum "Ya le suspenderé la vida" (excusa consecutiva a un aprobado demasiado generoso). Obviamente, el Derecho administrativo tenía poco que ver con la industrialización, a menos que... fuese el propio Estado el propietario y gerente de las empresas. Novedad que tardó tiempo en penetrar en las lecciones magistrales. Por ello constituyó un hecho atípico el libro de J.L. Villar Palasí Administración y Planificación (Madrid, 1952, Ediciones Cultura Hispánica), libro mal escrito, con notable carga de ambivalencias, pero sumamente interesante para comprender los debates privados entre juristas jóvenes dentro de aquel contexto de inmovilismo político, aislamiento internacional, xenofobia, y pretensiones de régimen milenarista. En el texto se reivindica que el Derecho administrativo nace y se desarrolla para crear un sistema de

garantías que protejan al ciudadano de la arbitrariedad del Poder. En aquellos años en que el General Franco viajaba continuamente de capital de provincia en capital de provincia pronunciando discursos contra el siglo XIX, J.L. Villar Palasí introduce un párrafo que dice:

"Pese a cuantos dictérios puedan aplicarse al llamado estúpido siglo XIX, lo cierto es que con el sistema del liberalismo burgués el derecho llegó a su máxima perfección. El jurista, como clase social, supone una clase dominante. El científico y el técnico quedan en segundo lugar. Los más bellos florones del pensamiento jurídico proceden justamente de esa época" (Op. cit. pag. 74).

Con el decurso económico-social europeo, el dominio de la burguesía y la constante expansión de las funciones del Estado, se produce una Ciencia de la Administración cuyos criterios no son los immanentes al Derecho administrativo:

"Los principios fundamentales de supremacía de la ley, generalidad y universalidad de la norma, el sistema de su propia formulación, han ido gradualmente desapareciendo" (pag. 75).

Dado que el Estado "goza hoy de una competencia universal a priori" (pag. 96), "la finalidad estática de la garantía ha dado paso a la finalidad dinámica de la eficiencia" :

"Mientras lo que se haga constituya un proceso eficiente, lo mismo da que conduzca a las estrellas o al infierno. La pauta, la medida, la criba, están hechas hoy de eficiencia y no, como quería Montesquieu, de aquel ressort de plus qui est la vertu" (p. 128).

El autor se plantea sucesivamente los problemas derivados de las nuevas relaciones entre discrecionalidad, eficiencia, legalidad, legitimidad, control jurídico, y la que él llama "la justicia del caso concreto" , dentro de una nueva vigencia de los principios fundamentales del Estado de Derecho. En esta exploración de una concertación positiva entre eficiencia y garantías generales mediante nuevas técnicas de control (no burocráticas), hay párrafos llenos de interés y de actualidad. El autor rechazaba la pretensión de "extender el concepto de servicio público a la producción de intereses económicos" (p. 153), y niega contundentemente que todo acto de

la Administración sea servicio público: el concepto técnico de servicio público es inadecuado para la actividad industrial de la Administración (pag. 156) :

"El tiempo, grand voleur, ha robado (...) su eficiencia a los antiguos sistemas y técnicas de control, nacidas para supuestos radicalmente distintos. Pensemos qué funcionamiento tendría una empresa estatal, inepta para asumir un riesgo industrial, con prohibiciones de minoración de ingresos y de gastos, sin posibilidad de transigir salvo ley especial, abrumada de papeles y de oficios, de certificados de créditos disponibles, de contratación de créditos futuros, para una tarea ágil, que ha de decidirse y realizarse con brevedad" (p. 133).

Dicho de otro modo: no es por la vía reglamentaria por donde pueden resolverse los problemas de la gestión económica eficaz en el ámbito intra-empresa pública, ni tampoco los problemas de coordinación, colaboración, dirección política no contradictoria, inter-empresas del sector público. Este argumento era portador de una gran fuerza en unos años (1951 - 1952) en los cuales la adhesión a la letra de los reglamentos era una forma de huir ante las perplejidades sobre el inmediato futuro, no sólo del Régimen sino también del país. Años en los que no siempre era fácil (entre catedráticos en ejercicio) deslindar perplejidad y complicidad.

Aunque, repito, el libro estaba mal escrito, mal organizado, y además mal impreso (una típica chapuza española por lo que concierne a erratas, textos en alemán e inglés) su problemática era fundamental y conserva un valor. Resumo los puntos-clave, traduciendo a nuestro lenguaje actual:

:-: hay que hacer funcionar eficazmente un sistema de economía mixta dentro de un Estado de Derecho,

:-: hacen falta nuevas técnicas de control legal dentro de un sistema general de garantías;

:-: es preciso situarse críticamente ante dos desviaciones de los principios inmanentes del Estado de Derecho,

- una tecnocracia cuya sola legitimidad sería la eficiencia;
- la traslación de los problemas de control a los jueces, por una dejación de la función política directiva.

Sobre este último punto, conviene leer lo que se dice en pag. 114:

"El control de los jueces sobre la actividad de la Administración, si se parte del principio de legitimidad y no del estricto de legalidad, parece que no hace sino trasladar la discrecionalidad de aquélla a los Tribunales. Y aparece entonces la cuestión: Quis custodet custodes?".

O en otras palabras: el concepto, y los referentes empíricos, de Estado de Derecho, no son reducibles al control judicial. "El Estado de derecho no supone un mero control judicial" (pag. 105). Proposición de gran importancia en un país demasiado sentimentalmente inclinado a la casuística del caso concreto y a la justicia particularizada contra la propia ley, como si cada persona, física o jurídica, fuese portadora de su propio fuero.* Con esto se cierra el círculo: la calidad del sistema depende de la virtud de sus hombres, este hombre que, según recuerda leyendo a Pascal (pag. 114) "es a la vez juez de todas las cosas e imbécil gusano de tierra".

Ahora bien, esa conclusión, tan del estilo de la época, era más bien moral e individualista. Olvida el contexto institucional educativo y formativo de los hombres-ciudadanos, entre ellos los jueces. Puestos a citar a Montesquieu y a Pascal, no estará de más recordar que el primero relacionaba la virtud de los jueces con el nivel de cultura cívica de la población, siendo difícil que haya buenos jueces en un país inculto. // Cf. mi exégesis de un texto de Manuel Sacristán, sobre Montesquieu, en En Menos de la Libertad, Barcelona, 1989, Ed. Anthropos, pags. 137 a 142 // . Y por lo que atañe a citas de Pascal, es pertinente traer aquí dos que lo son en grado sumo, una sobre la naturaleza humana y la otra sobre las leyes :

* La cursiva es de EPLH (1990).

"Es demasiado peligroso hacer ver al hombre hasta qué punto es igual a las bestias, sin mostrarle su grandeza. Es también peligroso hacerle ver demasiado su grandeza, sin su pequeñez. Es aún más peligroso dejarlo en la ignorancia de lo uno y de lo otro. Pero es muy ventajoso representarle lo uno y lo otro" (Pensées, I, 10).

"Es peligroso decirle al pueblo que las leyes no son justas, porque si obedece es porque las considera justas. Por éso es preciso decirle que debe obedecer porque son leyes, como se obedece a los superiores, y no porque son justas, sino porque superiores son". (P., I, 78).

El primer texto dice que lo decisivo para que una sociedad sea verdaderamente humana es la inteligencia. Sin ella los hombres tenderán a comportarse como ignorantes: unos con la pretensión de ser ángeles y otros muy satisfechos de acercarse a las bestias. El segundo texto dice que hay una jerarquía de lenguajes y que esta jerarquía es necesaria para el conocimiento y para la paz civil y debe ser enseñada.

Era trágico constatar, en aquellos años, qué pocos parecían ser conscientes de la hecatombe educacional española. (Un proceso del que se sufren todavía los efectos, agravados por los anti-cánones de la sociedad permisiva). Creo que solamente en Barcelona y en las pequeñas Barcelonas de la costa mediterránea, había quienes calibraban la magnitud del proceso regresivo. El plebeyismo contagiado a las clases altas, la decadencia del aprendizaje, la juventud apática, son temas reiterativamente tratados por Josep Fla y por otros colegas suyos en el semanario Destino. Ellos veían que se trataba de algo más profundo y grave que la inexistencia de un Estado de Derecho, sistema general de garantías, o la problemática rentabilidad de la empresa industrial pública. Era algo que tocaba la médula misma de la existencia del país, a menos de producirse una reversión enérgica y global.

Cuando J.L. Villar Palasí fué nombrado Ministro de Educación Nacional (17 abril 1968) era ya demasiado tarde para luchar con éxito contra aquel proceso regresivo que venía de muy lejos. Por el contrario, era todavía tiempo para tratar de adecuar el sistema educativo, como input de conocimientos técnicos, a las demandas del sistema económico. Su reforma me fué designada (yo llevaba ya años viviendo fuera de España, y debo reproducir el testimonio de amigos y corresponsales) como una reforma modernizadora y neo-capitalista. Dado que no la he estudiado y cae fuera del ámbito de mis Memorias, me limito a dejar los predicados en su sitio, suponiendo que sean otra confirmación de la astucia de una historia (no providencial, por supuesto).

Es ya casi un tópico decir que el poder completo y perfecto se construye sobre tres fundamentos: la fuerza, el dinero, y el saber. En aquella época (el decenio de 1951 - 1960) el Régimen tenía la fuerza, pero no podía legitimarla. Todo saber moral había sido entregado al juicio de la Iglesia Romana. Y el constante riego de discursos religiosos se producía sin siembra, i.e.e., sin incremento del conocimiento moral ni del civil, los cuales son, como la inteligencia, fruto del ejercicio de la Razón. El clero monopolizaba la retórica con apariencia moral y espiritual, para sus propios intereses, despreciando sea al Estado que le regalaba prebendas a cambio de nada, sea al pueblo incapaz de entender la superchería. (Por lo demás aquel clero zafio e ignorante no podía legitimar nada, ni siquiera a sí mismo. Sobre el asunto, reenvío al lector curioso a los primeros capítulos de mi libro En Menos de la Libertad, Barcelona, 1989, Ed. Anthropos).

No pudiendo legitimar su fuerza, ni ser legitimado por el saber, el Régimen acabó buscando la legitimación por el dinero. Y en parte la consiguió, pero un decenio más tarde, con la prosperidad general.

Hablemos, pues, del dinero.

g) - Este aspecto que es menester comentar, en el contexto institucional y social, es el siguiente: en el Régimen coexistían lenguajes y actos contradictorios que son clasificables en tres definiciones: la revolucionaria, la contra-revolucionaria, y la restauradora. Esta última predominó en definitiva, en el largo plazo, sobre las otras dos. Volver a ortodoxias administrativas y económicas propias de los decenios pre-republicanos, era una garantía de prudencia desde el punto de vista de los militares. La cúpula militar, y dentro de ella un cuerpo con una cierta conciencia de Estado y no solamente corporativa, el Jurídico del Ejército del Aire, acompañado en este aspecto por algunos altos mandos de la Armada, juzgaban que eran prudentes aquéllos políticos y/o grandes funcionarios del Estado que mantenían sus distancias (en plural, *i.e.*, selectivas) respecto a proyectos ideológicos fascistas (con pretensión de ser de izquierdas) y asimismo respecto a nostalgias tradicionalistas del Antiguo Régimen (la unión del Trono y el Altar). El retorno a ortodoxias de los años veinte y del periodo de gobiernos conservadores durante la Segunda República, fué visible en cuestiones de Hacienda Pública. El edificio de la Hacienda Pública era considerado de naturaleza esencialmente administrativa, coto privativo de juristas y abogados del Estado. Sus funciones, estrictamente regladas con la apariencia del Estado de Derecho, debían poder incluirse aproblemáticamente en cada cueva del edificio: imposición, recaudación, inspección, tesorería, ordenación de pagos. (A nadie se le hubiese ocurrido por entonces, ni en España ni en otro país europeo, que los dineros públicos en vez de estar en el Banco de España, estuviesen en cuentas corrientes en Bancos privados). Los decisores en la Hacienda Pública, especie de territorio autónomo de la economía, tenían sus acciones pautadas por normas de equilibrio presupuestario, reducción del endeudamiento público y asimismo de la carga financiera del servicio de la Deuda en proporción al gasto público y a la Renta nacional. Entre los funcionarios más antiguos regía el dictum de Echegaray sobre "el santo temor al déficit". El presupuesto ordinario (bianual) debía estar en equilibrio; la responsabilidad por un presupuesto extraordinario caía

sobre los políticos. Estos debían ser asimismo tenidos por responsables por lo que concierne a las emisiones de Deuda Pública para cubrir gastos extraordinarios. Varios autores que a finales del decenio de 1951 a 1960 estudiaron el tema, han sostenido la hipótesis de que esta visión funcional y estática de la Hacienda Pública fué la dominante hasta el año 1957 inclusive. La idea de que la Hacienda podía ser un factor dinámico para el desarrollo económico no habría sido aceptada en años precedentes, al menos dentro del marco institucional y técnico de inmediata referencia. Así se explicarían dos hechos que, en su propia individualidad, son ciertos, i.e.: que la Hacienda Pública tuviese siempre sus horizontes limitados por los menguantes productos de la recaudación fiscal (cada vez más lejos de las necesidades del Sector Público, tanto a causa del anquilosamiento de las bases imponibles y del arcaísmo de la legislación fiscal, como del fraude o de la pura y simple inexistencia del acto fiscal), y segundo, que en virtud de la concepción de la Hacienda como reguladora del equilibrio monetario, se practicasen sin más paliativos formas burdas del stop and go, provocándose artificialmente episodios de recesión económica y bursátil como los de 1947-1948.

Según esta hipótesis la modernización de la Hacienda Pública tiene lugar con las grandes reformas de 1957 que permitieron incrementar los recursos fiscales y adecuar tanto los conceptos como los actos de la Administración.

Ahora bien, la lectura del material histórico (e incluso mi propia experiencia juvenil en la colaboración con juristas y otros intelectuales que, en Barcelona, esperaban jugar un papel en la que entonces se tenía por inevitable y no demasiado lejana caída del Régimen), sugieren que las cosas eran mucho más complejas y no pueden reducirse a aquella idea. Debo añadir que esa idea incluye como corolario que la expansión del gasto público desde 1952 se debió, casi únicamente, a una respuesta empírica del Régimen a las grandes huelgas ^{de} 1951 en Barcelona (y en amplitud menor y más breve en alguna otra ciudad norteña), tropismos de un animal que se ve de pronto acorralado, no fruto de un pensamiento racionalmente organizado. Creo que lo correcto para la verdad histórica es decir que las huelgas aceleraron el cambio de política económica sin, por ello, terminar con los procedimientos burocráticos tan estupendamente descritos por Manuel de Torres como "régimen de expediente y

balduque" (cf. ref. en nota al final del Capítulo). El estancamiento en las producciones fundamentales, tanto agrarias como las básicas para la industria (sobre todo la aparente incapacidad para incrementar los volúmenes de producción en cereales, en fundición de hierro y acero, y la gravedad de los rendimientos decrecientes en otras ramas, como la ganadería), ha inducido a los analistas de épocas muy posteriores a asumir, como idea generalizada, que también en el ámbito monetario hubo una situación bastante uniforme de inmovilismo. Pero es evidente que ésto no fué así y que las tensiones en la esfera monetaria fueron intensas. Precisamente la rudimentaria y rígida comunicación entre política fiscal y política monetaria hizo que esta última tuviese que luchar en solitario con los problemas de inflación y depresión. (Hay que añadir que algunos episodios depresivos fueron causados por factores naturales, como la terrible sequía de 1949, o las heladas en el litoral frutícola mediterráneo en 1956). No existiendo por entonces ni el conocimiento analítico ni *los datos estadísticos pertinentes*, la política monetaria se inscribía en lo que un economista llamó la prehistoria científica (con gran disgusto del Ministro de Hacienda). Se conocía en grueso el volúmen de la circulación fiduciaria, la magnitud de los préstamos del Banco de España al Tesoro, y la Deuda Pública lanzada al mercado de capitales, pero se desconocían otros componentes de la (o las) diferentes masas monetarias integrantes de medios, actuales o potenciales, de pago, financiación, e inversión. En consecuencia las políticas de contención de la inflación eran burdas, actuando sobre la circulación fiduciaria y el crédito (en volúmen más que por la acción de los tipos de interés, por entonces bastante baratos comparativamente hablando con los tiempos actuales). Ha de precisarse asimismo que el mercado de capitales, además de ser rudimentario, estaba escindido (o mejor dicho, bloqueado) por la existencia permanente de subscripciones obligatorias de Deuda Pública, y otros activos del Sector Público, por Mutualidades y Montepíos Laborales, Cajas de Ahorro, Compañías de Seguros, etc.

La sensibilidad en cuestiones monetarias era muy fuerte en Barcelona. Había aquí todavía un conjunto de casas de Banca y de pequeños Bancos catalanes (comprendiendo algunas con sede en pequeñas ciudades del interior del Principado), conjunto vulnerable a coyunturas de recesión y/o a medidas monetarias restrictivas por parte de las autoridades. En el sector agrario catalán los problemas no eran

tan graves como en los sectores industrial y de comercio. Durante todo el decenio de 1941 a 1950 hubo en el agro catalán una cierta prosperidad (sostenida por la fuerte demanda urbana de productos alimenticios y por la producción española de fertilizantes que fué, por aquella época, una de las realizaciones positivas en la vinculación entre sector público y sector privado). En la industria y en el comercio en la gran urbe, toda restricción monetaria se traducía en situaciones depresivas de una espectacularidad inimaginable a priori. Los créditos a medio o largo plazo accesibles en la Banca oficial eran dados "con cuentas-gotas", según frase de uno de mis interlocutores. No había crédito oficial a la exportación. Los empresarios que tenían contratos de suministros al Estado o entes del Sector Público, se hallaban en situación de privilegio mediante la simple negociación bancaria de tales contratos (adelantos o descuentos sobre la cifra del negocio). Si tenías títulos de Deuda o cualquier otra clase de papel público, o si un familiar o un amigo te prestaba los datos de emisión y número de los títulos, era posible pignorarlos sin la condición de depositarlos, pero el sistema estaba sujeto a revocación sin previo aviso en cuanto el Banco (o la casa de Banca) necesitaba incrementar recursos líquidos en término de días. En 1949 Mario Conde, presidente del Consejo de Administración del Ferrocarril Metropolitano Transversal de Barcelona (i.e., el llamado popularmente Metro Transversal, sociedad municipal con capitalistas privados) publicó en La Vanguardia un par de artículos contra la política monetaria del Gobierno. En uno de ellos (L.V. 19 marzo 1949) explica a sus lectores, y por extensión a los verdaderos destinatarios, los altos funcionarios del Ministerio de Hacienda, por qué una restricción cuantitativa en la circulación fiduciaria provoca una verdadera recesión en los negocios y en el consumo, por la vía de la disminución de la velocidad de circulación del dinero. Resulta conmovedor, quasi patético, releer en 1991 aquel texto de 1949, una especie de lección pedagógica elemental (y unilateral, a pesar del párrafo conclusivo que sugiere que aquel Mario Conde tenía también una perspectiva más larga de las cosas). De una manera semiclandestina economistas o empresarios catalanes estuvieron asimismo en la fuente de algunas publicaciones privadas sobre el empobrecimiento general del país y los errores monetarios. (En mis notas de la época constan

varios documentos de esa índole que circularon en copias al carbón o en ciclostyl -- no se disponía de fotocopiadoras--, textos sin firma pero que reenvían a personas bien conocidas en el ámbito empresarial barcelonés, como P. Salisachs Roviralta, o un economista, J. Serra, que trabajaba para la Caja de Jubilaciones de la Industria Textil, organismo creado en 1946). Yo mismo produje en 1949 un extenso escrito de esa naturaleza, con la pretensión de responder a un discurso pronunciado por el General Franco ante las Cortes, discurso triunfalista y numantino, ignorante de la manifiesta decadencia económica del país. Este trabajo, de unas 40 págs., debía ser impreso clandestinamente, según una decisión de don Juan Ventosa, ex-ministro y uno de los líderes de la Lliga, opinión que compartía Antón María Muntañola, abogado, cuyas orientaciones yo seguí en el escrito. Pero fallaron los intermediarios con una imprenta dispuesta a correr el riesgo (policial y penal); el original quedó en un estado lamentable con el paso de los años, escondido con otros documentos en un lugar sin misericordia. Debe precisarse una cosa, y es que la literatura clandestina de la época, procedente de partidos políticos en el exilio (Toulouse, México, etc) o de sus sucursales en el interior, era de un nivel grotesco, sin posible contacto con la realidad y sin capacidad alguna de movilizar a la gente; repetía clichés de lustros anteriores sobre el tema de Franco lacayo de Mussolini y Hitler, y otras frases similares que todos los que habíamos vivido la Segunda Guerra Mundial sabíamos que eran falsas (pues, como está hoy más que demostrado por la investigación histórica, la política exterior de Franco consistió en ir alargando palabras y promesas tanto a Mussolini como a Hitler, hasta que fué evidente que el resultado de la Guerra sería adverso para las Potencias del Eje). Las publicaciones clandestinas procedentes del exterior no alcanzaron una dignidad y una calidad tanto técnica como política, hasta que Miguel Sánchez-Mazas publicó en 1957 en Ginebra (con dinero de un sindicato internacional de obreros metalúrgicos, socialdemócrata) sus folletos sobre Renta nacional y renta salarial (fascículo I) y Notas sobre la alimentación de los españoles (fasc. II). (Sobre otras publicaciones clandestinas con buenos análisis económicos, hechas en Barcelona en 1948-1949, cf. los apéndices a En Menos de la Libertad, Barcelona, 1989, Ed. Anthropos).

Hecho este excursus, proceda retornar al tema principal.

Es una cuestión que está todavía abierta y a la cual los historiadores no han dado respuesta satisfactoria, la de saber cómo vino a ocurrir que la industrialización en el periodo de aislamiento exterior, no desembocó en una inflación del tipo que conocieron (o han conocido también más recientemente) otros países en vías de desarrollo, ésto es, el descontrol monetario que llega a esas situaciones en que hay papel moneda del tamaño de un pañuelo y con una cantidad de ceros. No estará de más recordar que en 1959 Francia se encontró con una problemática de este carácter, teniendo que 'procrear' una nueva unidad monetaria (el NF) y recoger el papel antiguo. En otros países como Brasil, Argentina, etc., se han dado asimismo, en forma más espectacular, cambios de unidad monetaria consecutivos a inflación de varios ceros. Por qué ésto no aconteció en España y el Plan de Estabilización de 1959 resultó uno de los más exitosos (o el máximamente exitoso en la época) hasta el punto de devenir un modelo teórico, es una pregunta que contiene en su seno una premisa factual, a saber: es cierto que se había creado en el país una especie de cultura de la inflación, es cierto que las emisiones de Deuda Pública inmediatamente pignoradas (y por tanto monetizadas) tenían efectos inflacionistas. Pero es también evidente que al mismo tiempo debían actuar (y actuar con fuerza) causas o procesos antiinflacionarios; de lo contrario España hubiese entrado en la espiral incontrolable común a otros países (tanto autoritarios como democráticos).

Lo que estoy diciendo es de sumo interés, porque ahora las nuevas generaciones no tienen ni idea de lo que es una inflación de varios ceros y una crisis en la cual hay que retirar de circulación los billetes. Más bien se cree ad libitum que el Tesoro Público es inagotable y no solamente puede, sino que debe, suministrar fondos para toda clase de proyectos. (Aunque algunos sean propiamente delirios de prestigio. Cuando en 1965 estuve en Yugoslavia con una misión francesa, fuí testigo de apasionadas discusiones entre yugoslavos porque cada república, incluso las más pequeñas, quería tener su propia Opera Nacional, su Ballet Nacional, su siderurgia nacional, su fábrica de automóviles nacional, su gran cimiteria nacional, su...etc., sin tomar en cuenta ni el costo ni la pequeñez del mercado llamado nacional. Un viejo profesor, Sava Obradovich, asistía a todo aquello con consternación, y un día me dijo: cuando Tito muera este país se desintegrará).

En los grupos en que yo trabajaba en Barcelona a finales del decenio de 1941 a 1950 y principios del de 1951 a 1960, grupos de profesionales decididos a "reconstruir una élite política bien formada, capaz de dirigir el país cuando el Régimen se hunda", teníamos el convencimiento de que las administraciones públicas estaban creciendo desmesuradamente, constituían un lastre inútil, eran por sí mismas fuente de comportamientos inflacionarios, y esterilizaban una parte del escaso capital disponible. Por ello después de un inicial periodo de focalización en la política que pudiéramos llamar 'pura', i.e. problemas constitucionales y de conjugación de la libertad con la estabilidad (cf. mis referencias más tarde al concurso del Centenario de Cánovas del Castillo, en el cual se me dió un premio por un trabajo inédito sobre el pensamiento político de Cánovas), entramos a ocuparnos de problemas del desarrollo económico, relación entre educación y desarrollo, administración pública, y temas similares. Nunca conseguimos obtener información fiable o fidedigna sobre algunos items, y cuando en 1964 un organismo internacional (privado) me confió la responsabilidad de crear un seminario sobre administraciones públicas, resultó que no solamente nosotros, sino el propio Gobierno español, ignoraba cuál era (entre una media docena de estimaciones) la cifra más verdadera o aproximada sobre el número de funcionarios públicos. Lo que sí era evidente, ya desde 1954 o 1955, es que la impresión intuitiva sobre una superburocratización era falsa. Cuando el Ayuntamiento de Barcelona publicó con todo detalle su plantilla de funcionarios (Boletín Oficial de la Provincia, Anexo al num. 311, año 1956 : Escalafón de los Funcionarios y Obreros de Plantilla de la Corporación en 1º de marzo de 1955) encontramos que un simple cociente aritmético usado como indicador de burocratización (+) era bastante inferior al de otras grandes ciudades (europeas o americanas). Otro tanto podía deducirse de los primeros buceos empíricos hechos por autores del resto de España sobre el número más probable de funcionarios. Finalmente, llegamos a la conclusión de que, en contra de las creencias no sólo nuestras sino también de la opinión pública que podía interesarse por estas cosas, el país estaba bastante poco burocratizado. Era la mala calidad humana, el despotismo, la incompetencia técnica, el auto-embrollo, lo que hacía que entonces (entonces y siempre) se formase un juicio tan peyorativo de la burocracia que éste incluía la suposición de masas sobrantes.

(+) Proporción del total de funcionarios municipales sobre la población urbana, respectiv. 7.010 / 1.401.686 (año 1955). (Ayuntamiento de Barcelona, sin conurbación). En marzo 1959 los funcionarios ascendían a 8.600, de ellos unos

FINAL DE LA NOTA DEL PIE PAG. 232.

=====

500 altos funcionarios, incluyendo los pertenecientes a Cuerpos nacionales del Estado. Los cocientes se mantenían entre 5 y 6 funcionarios por cada mil habitantes. En la medida en que yo disponía de documentación fidedigna sobre otros países, y consultando ahora notas de la época, veo que sus cocientes fluctuaban en torno a 20 funcionarios por cada mil habitantes. En 1957 el semanario barcelonés Destino publicó muchos datos sobre el Ayuntamiento de Barcelona, al parecer por sugerencia del teniente de alcalde de Hacienda, Narciso de Carreras. Destino mantuvo durante un par de años una sección permanente titulada "Barcelona en cifras". Era una sección llena de datos y observaciones; cf. por ej. el análisis con todo detalle del presupuesto municipal para 1958, en el num. de Destino de 2 noviembre 1957. Aquel análisis incluía las remuneraciones fijas, las extraordinarias, eventuales, etc., de los altos funcionarios, un insólito caso de transparencia informativa.

Por lo que concierne a la totalidad de funcionarios, locales y provinciales, la aserción que dice que España no estaba por entonces sufriendo un proceso de hyperburocratización, es asimismo cierta. Los cocientes apenas llegan a 10 funcionarios por cada mil habitantes. En Estados Unidos, en 1955, las personas empleadas en la Administración en las ramas local y estatal (no federal) eran 4.734.000, i.e., 28.6 por cada mil habitantes. Obviamente, este cociente era todavía más alto incluyendo la administración federal.

Hacia finales del decenio de 1951 a 1960 reapareció en España un hecho psico-social que ya debió existir, en menor escala, en los años veinte: consiste en que los jóvenes recién salidos de la universidad o de una escuela superior, tienden a rechazar empleos de funcionario público que obliguen a vivir en medio rural de modo permanente. Con la difusión, en el mercado del automóvil, del Seat-600, fabricado en Barcelona, empezó a haber funcionarios que se desplazaban a las aldeas o municipios sin vivir in situ. Este hecho incrementaba la visibilidad urbana de los funcionarios en capitales de provincia o en localidades urbanas comarcales.

Hay que tener presente que una misma persona reunía no pocas veces varios empleos de funcionario público, de modo que un mismo individuo aparecía, a lo largo de la semana, desempeñando roles diferentes. Este hecho se explica no solamente por la baja remuneración de algunos empleos, sino además por una causa política: al final de la Guerra civil la depuración de funcionarios y el exilio de los republicanos habían mermado considerablemente las filas de la Administración, tanto la central como la local. Los Presupuestos Generales del Estado introducían una confusión estadística al contabilizar, no personas, sino empleos. Esta realidad causó no pocos errores de cuantificación en los primeros estudios que se hicieron (a mediados del decenio de 1951-1960) sobre cuál sería en verdad el número de funcionarios públicos en España y cuál el nivel del pluriempleo. Como dije antes, diez

años más tarde una organización internacional (no gubernamental) me encargó dirigir un seminario de seis meses sobre problemas de racionalización de la Administración pública; con este motivo constituimos un dossier bibliográfico, encontrándonos con un caos de estimaciones cuantitativas en todos los niveles: administración central, administración local (diputaciones y municipios), algunos organismos regionales, organismos autónomos, etc. (no incluyendo Instituto Nacional de Previsión ni los Sindicatos llamados Verticales). Parece que ya en 1955-56 Antonio Perpiñá Rodríguez hizo una muestra de 5.724 funcionarios, en Madrid y otras provincias, para tener idea del fenómeno del pluriempleo. Este aparecía en 60% de los encuestados, y dentro del subcolectivo con más de un empleo resultó que 30% acumulaban más de un cargo público, 32 % simultaneaban cargo público con empleo privado, y 38% tenían cargo público con actividad por cuenta propia. Véase Antonio Perpiñá, ¿Hacia una sociedad sin clases?, Madrid, sin f. (pero es de 1957), Ediciones Euramérica, y Antonio Perpiñá, La Estructura de salarios en España, estudio sobre el salario diferencial, Madrid, 1962, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En otro trabajo anterior, publicado en septiembre de 1957 en la Revista Internacional de Sociología, num. 59, A. Perpiñá estimaba que el 'índice de burocratización español' era, como máximo, de 6 %, incluyendo empleados trabajadores manuales de las corporaciones públicas, cuando en Suecia era de 16.78 %, en Estados Unidos de 11 %, etc. Otras referencias bibliográficas que me fueron útiles son las siguientes:

- + Miguel Beltran Villalba, Datos para el estudio de los funcionarios públicos, publicados en la revista Documentación administrativa, editada por el Centro de Formación y Perfeccionamiento de funcionarios de la Presidencia del Gobierno, Madrid, num. 83, novbre 1964.
- + Alberto Gutiérrez Reñón, Estructura de la burocracia española, publicado en Revista Española de la Opinión Pública, num. 3, Madrid, Marzo 1966.
- + Luis Jordana de Pozas, Formación y perfeccionamiento de los funcionarios públicos en España, en "Actas del coloquio internacional sobre formación de funcionarios", Madrid, 1960, publicaciones del Boletín Oficial del Estado.
- + S. Royo Villanova, La Función Pública en la Administración pública y el Estado contemporáneo, Madrid, 1961, Instituto de Estudios Políticos.
- + F. Garrido Falla, Necesidad y obstáculos de la reforma de la función pública, en la revista antes citada, Documentación Administrativa, Madrid, enero 1961.
- + Antonio Carro Martínez, Reivindicación y reforma del funcionariado español, en la misma revista cit., Madrid, abril 1963.
- + Joaquín Ramón Herrero Fontana, La remuneración de los funcionarios públicos, en "Actas de la III Semana de estudios para la reforma administrativa", Madrid, 1963, y en Documentación administrativa, octubre 1963.
- + I. Ballester Ros, El personal al servicio de las corporaciones locales, en Revista de estudios de la vida local, Madrid, abril 1963.

Y en fin, los volúmenes de la Comisaría del Plan de Desarrollo sobre Factores humanos y sociales, los anuarios estadísticos de las Corporaciones locales, etc.

Es obvio que la transparencia informativa de 1957-58 en el Ayuntamiento de Barcelona, con datos de remuneraciones extras, plantillas eventuales, etc., fué en aquella fecha un fiat excepcional.

Semejante suposición lo que hacía era simplificar hasta la caricatura una estructura muy compleja, en la cual se mezclaban procesos y situaciones contradictorios. Reforzaba la suposición el conocimiento de la parte desmesurada que tenían las contrataciones de Fondos Públicos en el mercado^{de} capitales (aspecto que trataré luego), con la hipótesis de que el Estado y el resto del Sector Público necesitaban cada vez más dinero para pagar a su gente. Asimismo reforzaba la suposición una percepción intuitiva dentro del sistema educativo, nivel superior. Había una cantidad de muchachos de carreras técnicas que ya sabían, sea porque se lo habían dicho sus padres, sea porque ellos habían llegado a tal conclusión espontáneamente, que debían buscar empleo al servicio del Estado o en administraciones públicas o para-públicas de nivel subordinado al estatal. Para quienes teníamos, ya desde pequeños, una irreverente actitud iconoclasta (no libertaria, que es otra cosa), era más bien objeto de melancolía o de sorna el espectáculo de muchachos que se pasaban años estudiando la selva legislativa y fiscal en cuanto su horizonte de vida (su "destino", como se decía entonces), su seguridad subjetiva y la afectiva de sus familias, residían en que el chico llegase a ser, vitaliciamente, Inspector Técnico del Timbre. El así llamado Impuesto del Timbre fué, hasta mediados del decenio de 1961 a 1970, una cosa fabulosa, con tantas incursiones en tantos campos, que en determinadas transacciones actuaba como un impuesto adicional sobre el Patrimonio. Suponíamos, con cierto fundamento, que el Estado absorbía una parte desmesurada de los licenciados universitarios en determinadas carreras, detrayéndolos del sector privado. En realidad lo que ocurría era que había pocos egresados cada año, y que un país todavía predominantemente agrario y en situación de estancamiento industrial no ofrecía muchas alternativas de empleo duradero. (Por el contrario, la ya visible y creciente urbanización ofrecía empleos sobre todo comerciales y de negocios, con riesgo, inseguridad, altos beneficios eventualmente, picaresca, etc., cosas que no eran precisamente lo que querían los universitarios). Cuando el Instituto de Estudios Agro-sociales elaboró y publicó, por encargo de la FAO, el Plan de Desarrollo de la Región Mediterránea, quedaron claras, negro sobre blanco, dos dimensiones de la situación: pocos

licenciados cada año y, a la vez, sumamente funcionarizados. En el curso académico 1952-1953 se titularon, en todo el país, 32 ingenieros agrónomos y 21 ingenieros de montes; en el curso académico 1956-1957 fueron respectivamente 45 y 23; 80 % de los primeros y 84 % de los segundos entraban al servicio del Estado. (Cf. Instituto de Estudios Agro-Sociales, Programa de Desarrollo de la Región Mediterránea, Madrid, 1959, pags. 155, Cuadro num. 64, y pag. 343).

Cuando empezaron a publicarse los primeros estudios fiables sobre Renta Nacional de España, y cuando se publicaron los primeros volúmenes de Contabilidad Nacional siguiendo el modelo contable de la entonces llamada OECE, vimos que los gastos corrientes anuales del Estado en bienes y servicios más los intereses de la Deuda Pública, ascendían a magnitudes en torno, apenas, al 15 % de la Renta Nacional. Hay que precisar que aquellas estimaciones de Renta interior y del PIB estaban más bien por debajo de la realidad, como hicieron ver correcciones ulteriores de las series. Aquella proporción era inferior a la que suponíamos en Barcelona, desorientados en parte por las vergonzosas carencias en materia de información macroeconómica, y en parte por una inferencia que, viendo que el Régimen era prácticamente todo en materia política, el Estado era también un monstruo en comparación a la sociedad civil. De hecho, el Estado era una especie de enano déforme, mal conjuntado, incompetente, pero al mismo tiempo excesivamente presente en determinados procesos, dada la pequeñez del marco institucional económico. Así en 1952 y 1953 la contratación de Fondos Públicos alcanzaba nada menos que 49 % y 50 % del total de contratación de valores mobiliarios en las tres Bolsas de valores (Madrid, Barcelona, Bilbao) más colegios de Corredores (estimación sobre totales en pesetas efectivas, lo cual introduce la hipótesis de que, siendo las emisiones del sector privado a contrataciones a veces superiores a los valores nominales, la proporción atribuible a los Fondos Públicos podía ser incluso más alta del 50%). (El cambio de coyuntura económica y los cambios en el Gobierno, son visibles en el hecho de que la proporción citada bajó a 26 % en 1957 y a 30 % en 1958). El asunto tenía una importancia capital en Barcelona, dadas las necesidades de financiación de las empresas y la capacidad de las casas de Banca y los pequeños Bancos catalanes. También en este aspecto

no eran pocas las paradojas. En conversaciones con altos cargos de algunas casas de Banca podías oír sugerencias en favor de la nacionalización del Banco de España y de tres o cuatro de los grandes Bancos españoles, como se había hecho en Francia desde diciembre de 1945 con la nacionalización de la Banque de France y los cuatro grandes Bancos franceses de depósitos. La racionalización detrás del argumento consistía en suponer que, una vez burocratizados, los grandes Bancos españoles se fosilizarían en la rutina, perderían autoridad y cuotas de mercado, dejarían mayor autonomía al resto de la Banca, y sobre todo más oportunidades a las pequeñas bancas provinciales y locales. Con ello se detendría asimismo el proceso de absorción de pequeños Bancos por los Grandes, proceso ya visible en los años 50, aunque no en la magnitud que alcanzó en el decenio de 1961 a 1970 y primeros años del siguiente. Aquel hipotético gran bloque de Bancos nacionalizados debería absorber, junto a las Mutualidades Laborales, Montepíos, etc., el grueso de emisiones de Fondos Públicos, de modo que se reconstituyese un verdadero mercado de capitales como el que existía antes de la Guerra Civil. Y desde estas bases, podría asimismo innovarse en la gestión bancaria y financiera, con las casas de Banca ayudando a la introducción de sociedades en Bolsa, a la transformación de empresas familiares en sociedades anónimas, al lanzamiento y gestión de emisiones, a la fusión de empresas, a la instalación conjunta en Iberoamérica, etc., ésto es, a funciones más cualitativas y personalizadas que el simple crédito a corto y medio plazo, redescuento de papel comercial, pignoración de Fondos Públicos, y poca cosa más. En La Vanguardia de 13 julio 1952 se publicó un artículo de H. Paris Eguilaz sobre "Los límites de la Deuda Pública". Era un texto notable por su brevedad, su sobriedad, su disciplina pedagógica, y su orientación. Aparecía en una coyuntura de controversias sobre el tema y en unas circunstancias en que el Régimen estaba aún lejos de reunir la seguridad en la continuidad que obtuvo en 1953 con el Concordato con la Iglesia Romana y los Acuerdos de Defensa Mutua con los Estados Unidos (septiembre 1953). Paris Eguilaz enumeraba qué aspectos en la ejecución de planes económicos de desarrollo eran más compatibles con una financiación por Deuda Pública, y qué otros aspectos eran más bien negativos; la conclusión consistía en admitir algo que estaba ya insinuado en su libro de 1939 (y en trabajos ulteriores), a saber, que la relación capital / producto es más alta en las inversiones públicas, la productividad menor (implícitamente, también la productividad del trabajo era inferior), y que la rentabilidad es asimismo menor y a plazo más largo. Los empresarios y banqueros catalanes encontraron muy de su gusto el

texto, tanto más oportuno cuanto que el autor hubiese podido ser, tres lustros antes, el economista oficial de un imaginario Estado totalitario.

A mediados del decenio 1951-1960 Benjamin Higgins era ya conocido como un experto en problemas de financiación del desarrollo, aunque estaba lejos de alcanzar la fama que tuvo en 1959-1960 con un buen tratado sobre el tema. Por causas que expliqué en otro lugar (cf. En Menos de la Libertad, pp.170, 399) la Embajada de los Estados Unidos en Madrid me enviaba documentación de interés económico y político no solamente sobre América sino también sobre problemas académicos más generales. Fué leyendo un texto de 1954 de Benjamin Higgins sobre la relación entre instituciones políticas y requisitos para un desarrollo económico equilibrado (no inflacionario) cuando me di cuenta de que lo que pretendíamos con nuestros trabajos voluntaristas, técnicos, espontáneos, patrióticos y gratuitos, era poco menos que la cuadratura del círculo. Recuerdo haber comentado el asunto con Tristán La Rosa, en uno de los viajes de éste a Barcelona, y más tarde con Santiago Nadal, jefe de la sección de Extranjero de La Vanguardia (y ex-director de una Enciclopedia Política en varios volúmenes cuyo jefe de redacción era Pinilla de las Heras y que debía editarse, para no pasar por la censura previa, en Buenos Aires, enciclopedia que quedó inconclusa e inédita). En España sufríamos un Estado que era a la vez enano y monstruoso, dos cosas desgraciadamente compatibles. En aquel contexto institucional iba a ser imposible una reforma política racionalmente decidida e implementada, simultánea con una liberación de recursos monetarios para que el sector privado desarrollase el dinamismo que ya había tenido en el primer tercio del siglo. Injertar un cerebro cartesiano en aquel cuerpo, era una ilusión.

Después de tres años de Guerra civil y seis años de austeridad forzada a causa del aislamiento durante la Segunda Guerra Mundial, más otros tres años de bloqueo político y financiero exterior, llevábamos doce años de depresión. Hacia 1949-1950 parecía evidente que no había otra salida que la financiación inflacionista del desarrollo. En las masas urbanas que habían conocido otras circunstancias más prósperas era difícil reprimir más tiempo las tendencias a un mayor consumo. Benjamin Higgins se preguntaba en qué condiciones pudiera ser admisible la financiación inflacionista, y

decía:

- si el Gobierno es responsable de una gran parte del programa,
- si lo dirige eficazmente, sin tomar en cuenta la situación presupuestaria,
- si es capaz de regular la inversión privada, evitando una mala asignación de los recursos privados y requiriendo a la empresa privada para que se adecúe al plan de desarrollo,
- si, a pesar de las tensiones inflacionistas, es capaz de evitar alzas cumulativas de precios,
- si es capaz de controlar la estructura y volumen de las importaciones,
- en fin, si es capaz de gestionar una economía como las de Guerra, o lo que Galbraith llama economía en desequilibrio.

Ahora bien, al terminar este enunciado de condiciones, Higgins tenía un párrafo que debo llamar, algo irónicamente, casi genial y destructor de todo el argumento: "Un Gobierno que sea política y administrativamente lo suficientemente fuerte para dirigir una economía en desequilibrio, probablemente será también capaz de financiar su programa de desarrollo sin inflación" (Benjamin Higgins, Financing Economic Development, en International Conciliation, num. 502, Marzo 1955, publicado por Carnegie Endowment for International Peace, N. York. Cf. pags. 288-289). El problema era, en otros términos, fundamentalmente de las instituciones políticas y de la clase de Administración Pública disponible. Si usted dispone de un buen Estado, un buen gobierno, y una buena Administración pública, puede usted ahorrarse los riesgos de recurrir a la inflación. O bien es usted ya (probablemente) un país desarrollado.

Volviendo a las preguntas iniciales sobre por qué causas no cayó el país en una inflación de varios ceros y no hubo que retirar de la circulación billetes del tamaño de un pañuelo] pienso que los elementos de la respuesta están ya sugeridos. El tamaño raquítico del Estado y de las Administraciones públicas, comparativamente hablando con otros países. La mentalidad hacendística de clase media, anticosmopolita, de cultura no capitalista, de muchos mandos militares, con la sobrevaloración del ahorro privado, del equilibrio presupuestario, una moral de austeridad, y otros rasgos afines. De este modo no hubo aquí las enormes subvenciones a fondo perdido a empresas estatales, que fueron la plaga durante decenios de otras economías,

I
(como en Francia),

ex.gr. Argentina. La colocación obligatoria de emisiones de Fondos Públicos en las Mutualidades Laborales congeló una cantidad de dinero, que fué detraído de la circulación, contrarrestando los efectos inflacionistas de la monetización de la Deuda Pública (vía su quasi inmediata pignoración, fuese por particulares o por la Banca privada). Poco se ha dicho, que yo sepa, sobre las reservas legales acumuladas por las Mutualidades Laborales (65 % de ellas en Fondos Públicos emitidos o garantizados por el Estado, más 15 % en Fondos Públicos no estatales, clasificación que incluía cosas como el Canal de Isabel II, la Asociación de la Prensa de Madrid, las Juntas de Obras de Puertos, etc). En 1957 las Mutualidades Laborales tenían en sus reservas 9.500 millones de ptas en Fondos Públicos estatales, más 2.500 millones en valores no estatales de organismos o empresas públicas. El 20 % restante eran subscripciones de emisiones privadas. Como bien decía un texto de La Vanguardia comentando la entonces inicial movilización de estos recursos hacia la formación profesional obrera (entonces llamada pomposamente 'universidades laborales'), "la fructificación de esta semilla supone la transformación del problema obrero de España efectuada precisamente por los propios obreros" (L.V. 4 noviembre 1958). Es decir, con el ahorro forzoso de la clase obrera se había frenado la inflación y se había contribuido a la industrialización; concretando más: con el ahorro de la clase obrera en las regiones ya industrializadas, que era donde las empresas cumplían, más o menos bien, las disposiciones legales de retención obligatoria de cotizaciones, porque en las áreas rurales y en las latifundistas cada gran propietario hacía, a través de sus apoderados, lo que le daba la gana. En fin, la reglamentación administrativa de los salarios (hasta 1956-1957) dispensaba a patronos y obreros de la negociación; en muchas empresas, sabiendo el empresario que era imposible que el trabajador o el empleado viviese con aquel salario lo que hacía era reducirle la jornada de trabajo a fin de que pudiera tener otro empleo en otro lugar; así el pluriempleo, en actividades no infrecuentemente muy heterogéneas, fué una constante desde 1939 hasta mediados del decenio de 1961 a 1970. Queda, con todo, otro factor que debió desempeñar su papel con una gran fuerza, y que se olvida en las discusiones académicas. Este factor era el bajísimo nivel de consumo de la mayoría de la población. La primera encuesta sobre gastos familiares la hizo el Instituto Nacional de Estadística en marzo de 1958; hasta entonces solamente se disponía de datos aislados, conseguidos por organizaciones católicas en algunos barrios de grandes ciudades. Ya se suponía que los gastos de alimentación absorbían la mayor parte del presupuesto familiar (50 % o más), pero no se sabía con la fiabilidad

que emerge de la técnica estadística, lo que era una situación de pauperismo, las viviendas sin baño, los gastos prácticamente nulos (apenas 1 % mensual) en cultura y educación, etc.

En suma: se había establecido una especie de equilibrio en la austeridad. Un Estado mal administrado, pero enano. Unas masas rurales todavía empleando su capacidad de producción para el autoconsumo. Unas masas urbanas proletarizadas, luchando por la supervivencia en un entorno material que conservaba la osamenta de los decenios de prosperidad anteriores a la Guerra civil: piedra, mármol y mobiliario urbanos que escondían lo que había detrás, frustraciones vitales, mugre, indiferencia al lujo o a lo superfluo de las minorías.

+

C) - Esta descripción presenta un Estado y unas Administraciones menos fuertes, más incoherentes, y por tanto bastante incapaces para llevar a término planes políticos, de lo que se deduce de Historias preponderantemente políticas del Régimen. Basándose los autores en la capacidad represiva contra los llamados 'enemigos interiores', atribuyen a la generalidad del Estado y de las Administraciones una fortaleza y una unidad de las que carecían. La capacidad represiva, policiaca, fué eficaz para el Régimen porque asimismo los partidos políticos clandestinos, o los grupos espontáneos de resistencia, cometieron errores colosales, fruto del individualismo anarcoide.

Si estoy bien informado, creo que pueden contarse con los dedos de una mano los jefes de empresa catalanes que han escrito memorias sobre aquellos decenios (de 1939 a 1959), y lo publicado es todavía menos que lo escrito. Si el Régimen podía ser relativamente fuerte, piramidal, rudimentario, un bloque cementado por estar siempre a la defensiva y sin otro proyecto que mantenerse lo más largamente posible en la ocupación del poder, por el contrario el Estado y las Administraciones estaban llenas de agujeros. Hubo algunas personas que se atrevieron a decir, con lenguaje suave, cosas verdaderas y fuertes. Esto ocurrió sobre todo cuando llegó la hora de la verdad, en forma de agotamiento de las reservas de oro y divisas, la caída en picado del cambio libre de la peseta en el mercado monetario de Tánger, y el alza de precios y de salarios, en el conocido círculo vicioso inflacionario en el interior del país. El Gobierno se dirigió en 1958 a diez organismos públicos o para-públicos con un cuestionario preguntando qué había que hacer en materia de ordenación económica. En el documento de respuesta de uno de esos organismos (el Consejo Superior de Cámaras Oficiales de Comercio, Industria y Navegación) hay un párrafo que dice:

"Una economía de mercado no puede digerir mecanismos intervencionistas que carezcan de función impulsora, ni podrá expansionarse (...) cuando indeclinables dictados de seguridad jurídica se hallen a merced de jurisdicciones ocasionales".

(Cf. Contestaciones al Cuestionario económico del Gobierno, Madrid, 1959, vol. num. 5 de 'Documentación económica', Oficina de Coordinación y Programación Económica, pag. 41, segunda edición).

En términos más llanos, se le estaba diciendo al Gobierno que esos organismos ocasionales actuaban arbitrariamente (lo cual implica que había funcionarios que tenían precio). Los empresarios se sentían en inseguridad jurídica, no menos que los opositores al Régimen relativamente conocidos o tolerados. Es obvio que los hechos precisos, más que anécdotas, sólo podían conocerse mediante conversaciones con los protagonistas, y que a estas alturas en el tiempo se ha perdido ya una parte de la verdad histórica.

Una estructura de relaciones de aquel tipo, que no son puramente económicas ni meramente monetarias, requiere que cada decisor, tanto público como privado, goce de un territorio propio de absoluta discrecionalidad, reservado a su voluntad. No debe tener que explicar, o justificar, sus decisiones ante otros (sean familiares, colegas o subordinados en la empresa privada, o sean funcionarios en el organismo público). Y es ésto precisamente, este fenómeno no reglado por normas administrativas ni estatutarias, el que prevaleció durante decenios paralelamente a las relaciones administrativas regladas por normas aparecidas en el Boletín Oficial del Estado. Ahora bien, el fenómeno no se daba sólo en el ámbito del intervencionismo económico, público o para-público, con la empresa privada. También se daba dentro de la estructura de las Administraciones (como ya intenté describir en un capítulo anterior). Así se explica, por ejemplo, que ciertas medidas políticas enfáticamente sugeridas en el libro de Paris Eguilaz, no fuesen implementadas, y con probabilidad contribuyeron a la marginación política (relativa) del propio autor, relegado a cargos no políticos en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Primera entre ellas, la creación de un superministerio de Economía y Hacienda, que de hecho hubiese tenido más poder que el del propio jefe del Gobierno. Segundo, la subordinación de las Haciendas locales, concretamente las municipales, al control gubernativo y al hacendístico centrales. Paris

Eguilaz tenía párrafos venenosos contra la autonomía municipal (rasgo bien sorprendente en un navarro, nativo de una región de Fueros). Se comprenden algunas de sus críticas porque entonces el país llevaba ya un siglo de folklore político: cualquier codicioso particular, o cualquier demente, se apoderaba un día del balcón del Ayuntamiento y proclamaba desde allí cualquier cosa, fuese Viva la Pepa (i.e. la Constitución de 1812), o un rey de otra dinastía, o un cantón separatista, o una república federal, o un soviét, o el comunismo libertario. Se comprenden también algunas de sus críticas, con el debido conocimiento, porque los caciques y hacendados locales tenían en el Ayuntamiento un territorio de discrecionalidad o arbitrariedad que es el referente empírico a la palabra "alcaldada", vocablo sin análogo en otras lenguas europeas. Bajo la apariencia legislativa democrática, como la Ley de Estatuto Municipal de 8 marzo 1924, eran "los privilegiados locales" quienes mantenían "divididos a los habitantes" de modo que "el Municipio se ha convertido... en el Anti-Estado" (sic) (Op. cit., 371 y 372). En fin, existía también, o había existido hasta constituir un fenómeno de disfunción política, la situación de penetración de las administraciones municipales por entes privados económico-corporativos como los gremios empresariales de profesiones indispensables para la vida cotidiana. Así encuentro en la obra de Ceballos Teresí Historia Económica, Financiera y Política de España en el Siglo XX (Madrid, 1931, Edit. El Financiero) la descripción de un hecho que corresponde a los años anteriores a la dictadura de Primo de Rivera, y que se reproduce en Barcelona en los decenios de 1941 a 1950 y 1951 a 1960 (con más fuerza bajo la alcaldía de A. M. Simarro) y que consiste en lo que Ceballos Teresí designaba como 'dominación del Municipio', la cual pasa de 'los gremios políticos' (i.e., los partidos políticos) a 'los gremios mercantiles':

"...el parasitismo intermediario de los comerciantes detallistas se ha infiltrado de tal modo en la vida municipal que (...) es la causa fundamental de la carestía de la vida, de las explotaciones del consumidor (...) los intereses de gremio siempre opuestos a los del vecindario" (Op. cit., Madrid, 1931, tomo IV, pag. 439).

Ceballos Teresí creía que la eventual solución se hallaba en un gobernador civil honesto y fuerte [otra ilusión weberiana] y Paris Eguilaz veinte años más tarde creía que la solución era

poco menos que abolir la autonomía de los municipios. Conviene que precisemos que sus respectivas referencias políticas no eran las mismas: Ceballos Teresí hablaba de la burocracia municipal de una gran ciudad (Barcelona), no de la clase políticamente dirigente (y esta distinción es asimismo pertinente cuando yo digo que se reproduce decenios después el fenómeno del parasitismo de los gremios mercantiles). Paris Eguilaz apuntaba sus armas más arriba y en otro sentido, contra los miembros de una clase económicamente dominante, o dicho de modo más exacto, contra unos colectivos de clase media y media-alta de los cuales emergían hombres, políticamente disponibles, dispuestos a apoderarse de la gestión de unos municipios. La designación de aquella gente como clase es, quizá, un favor que se les hace, pues no tenían ideología común, hablaban lenguajes diferentes, y sus orientaciones políticas (si las tenían, por encima del oportunismo y la carrera) eran asimismo diversas. La adhesión formal al Partido único redujo aquella dispersión durante el Régimen franquista, sin anularla. Bastaba hablar, en un ambiente de privacidad familiar, con algunos alcaldes, para percibir distancias latentes verdaderamente enormes. Cuando el Régimen resucitó las Cortes (1942) instaurando una ficción de sistema representativo, tuvo inicialmente que recurrir a manipulaciones a fin de evitar que entrasen como Procuradores en Cortes determinados alcaldes. Esta práctica se abandonó (creo) desde 1952; el nuevo Reglamento de Organización, Funcionamiento, y Régimen jurídico de las Corporaciones Locales no contemplaba el caso del Gobernador civil presionando a un colectivo de alcaldes-electores para que cooptasen a uno de ellos en vez de a otro. El vacío legal anterior había permitido que cada clan ejerciese una especie de abuso de poder sobre otro clan gemelo. En una época de pobre desarrollo económico, el poder era la industria más rentable. Y el país estaba lleno de codiciosos (entonces como siempre), individuos de pequeña cultura, algunas nociones jurídicas, dinero disponible para conseguir colaboraciones de funcionarios y tener acceso a documentación crucial al nivel local, proyectos puntuales de obras públicas o servicios, etc. Además, en el estilo propio de aquella gente, los cánones no podían ser ni racionales, ni universales, ni europeos. "Bien he

de mandar yo en el Ayuntamiento, porque en mi casa quien manda es mi mujer".

Todavía recuerdo la cara de consternación de mi padre después de oír la frase, pronunciada con el autoconvencimiento de ser tan ingeniosa como definitiva.

+++

Notas, aclaraciones, y referencias bibliográficas

=====

correspondientes a la Parte Segunda .

=====

II. 1. 1. A) . - Autobuses Roca. - La línea de estos autobuses que quedó extinguida en 1939 fué la que cubría el trayecto desde (según decían los letreros y es comprobable por una Guía urbana de la época) "Francisco Layret a Hospital de San Pablo", ésto es, desde un lugar del Paralelo conocido popularmente por Chicago, vía Ronda de San Pablo, c. Borrelli, c. Provenza, hasta el Hospital. Quedó otra línea, que pudo funcionar dos o tres años más, desde el cruce Pelayo-Balmes hasta la Plaza Ibiza en Horta. El garage de aquella compañía de autobuses estaba en Mallorca 541, y hacia el 24 o 25 de enero de 1939 fué saqueado por los restos en desbandada del Ejército republicano. Parece, según se me describió más tarde, que los fugitivos se llevaron cuatro o cinco autobuses con el ánimo de llegar hasta la frontera francesa. Pero aquellos pequeños monstruos panzudos, especie de hipopótamos pintados de verde, que se arrastraban rodeados de humo por las calles del Ensanche, y que apenas podían contener unas 40 personas, no llegaron más allá de Mataró. Muchos años más tarde, en una de las tertulias (o reuniones informales, ya que el substantivo tertulia lo habríamos rechazado como peyorativo) de la revista Laye, alguien me habló de una novela de un autor catalán en la cual el protagonista era un autobús Roca que había sobrevivido a un bombardeo de la aviación italiana en 1937 (en el lugar llamado Chicago, que recibió tres o cuatro bombardeos), fué reparado, y en enero de 1939 fué el único autobús Roca que llegó a Francia, para unirse a sus gemelos franceses. Ignoro quién era el autor de esta novela, si fué publicada, y si el episodio final era imaginado o sucedió realmente. (Sobre las 'tertulias' de Laye véase Laureano Bonet: Laye, Antología, Barcelona, 1988, Eds. Península).

II. 1. 2. B) . - Frontones. - Yo no era un entendido ni en juego de pelota a mano ni en frontones, pero sí puedo decir que también en ese tema existía una jerarquía social bien marcada. El frontón de lujo, para muchachos y jóvenes (varones) de familias de la burguesía textil, próximo a sus oficinas en la parte baja de la derecha del Ensanche, era el "Novedades". Este frontón estaba en la Gran Vía entre Paseo de Gracia y Vía Layetana. Nunca lo visité; entre compañeros de clase en el Instituto Balmes se hablaba a veces de él con una sonrisa cómplice (por lo visto el frontón tenía, además de unas excelentes duchas, un bar donde a mediodía podían encontrarse algunas chicas que entonces eran definidas como "de media virtud"). El frontón más plebeyo era el así llamado "Principal Palas" (luego Principal Palace) sito en la parte baja de las Ramblas, cerca de la Plaza de Santa Mónica. Con la popularización de los frontones los muchachos de la burguesía abandonaron el juego de pelota, como ejercicio físico, y lo substituyeron por el tennis, deporte entonces muy minoritario y para el cual era preciso trasladarse en auto a alguno de los clubs, fuese a Montjuich, fuese a Pedralbes (lugares que en aquella época estaban considerados como remotos, extraurbanos). Se dice en el texto que la mayoría de los frontones se hallaban ubicados entre la calle Buensuceso y el Puerto, pero es preciso mencionar una excepción de talla, a saber, el "Frontón Sol y Sombra". Este se encontraba en el cruce de la Gran Vía con la calle Marina (rebautizada en 1939 del Emperador Carlos I) frente a la Plaza de Toros Monumental. Era un frontón de grandes proporciones, vecino a un café enorme con el cual se comunicaba, un café como los berlineses de los años treinta, lleno a todas horas de una multitud comerciante, de empleados, bohemios, grupos familiares, viajeros, forasteros, jugadores de ajedrez, esperantistas, mamás con niñas en edad de merecer, algo increíble, estallante de vida hasta primera hora de la madrugada, incluso durante los años del hambre. Conocí el lugar porque a veces acompañaba a una chica con la cual había ido al Cine Tetuán. Y el café Sol y Sombra tenía, en algunas épocas, una formidable, voluntariosa, y autóctona Jazz-Band, que en la noche veraniega podía oírse hasta la calle Sicilia.

II. 1. 3. C) . - Josep Pla . - Los artículos de Pla sobre Sanz del Río y el krausismo fueron publicados en el semanario Destino en mayo de 1941, bajo el título general de "Sanz del Río y la fortuna del krausismo en España". En algunos aspectos se trata de un complemento, en historia de la filosofía, a la Historia de la Segunda República española, publicada en 1940-1941 por Pla, en cuatro volúmenes, en ediciones Destino. Hay, empero, otros aspectos que se distancian de la crítica al krausismo, al socialismo, y a la rebelión de las masas (explícitamente citados como elementos originarios "de la revolución española" en el artículo de 24 mayo). Pla consideraba con ironía, y en algún párrafo con cierta sorna, la introducción en España de las doctrinas de aquel semidesconocido profesor alemán, aparente discípulo de Schelling. Y generalizaba, en términos muy similares a lo que había hecho Menéndez Pelayo, la crítica a la tendencia española al papanatismo y al mimetismo ante cualquier extravagancia transpirenaica importada como algo importante, o ante cualquier efímera moda. En este aspecto los artículos de Pla tenían en mayo de 1941 una posible intencionalidad, ya que en nuestras Facultades de Filosofía los espíritus más supuestamente originales y selectos se jactaban de estar estudiando, en el original alemán, Sein und Zeit (Heidegger), y hablaban de este filósofo como de la última palabra en Ontología. Transcribo unos párrafos de Pla que conservan su vigencia y están escritos con la inimitable sorna del gran escritor catalán:

"Hemos presenciado también en nuestra época fenómenos parecidos al de la llegada de Sanz del Río a Madrid. Con nuestro difunto e inolvidable amigo Joan Creixells habíamos comentado muchas veces las singularidades de este fenómeno. Creixells conocía la materia, pues había sido pensionado en el extranjero. El pensionado llega trayendo en sus maletas unos libros misteriosos, la última palabra en la materia, obra de un profesor desconocido en España, la verdadera lumbrera en ciernes, la estrella montante del firmamento. Los libros son guardados en los cajones mejor cerrados del futuro profesor, y su difusión entre la élite se produce oralmente, difusión de oreja a oreja. Y ya comprenderá el lector que la existencia en España de un joven ciudadano que guarda en los cajones de su mesa un misterio auténtico (...) ha de implicar la entrada automática, o casi, del interfecto en el profesorado. Luego, el profesor se casa y a veces un editor publica la traducción (adaptación) del misterio que constituyó la base de su carrera".

II. 1. 3. C) . Donoso Cortés . - Durante los años 1939 y 1940 por lo menos, la Compañía del Ferrocarril Metropolitano Transversal tuvo la ocurrencia de hacer imprimir algunas frases solemnes, en letra con apariencia gótica, en unas placas de cartulina blanca enmarcadas en madera y protegidas por un cristal. Estos letreritos aristocráticos estaban colgados en los andenes de las estaciones del Metro, casi siempre en el lado externo de una especie de offices de madera y cristal donde se hallaba, rodeado de teléfonos prehistóricos y de planos, el correspondiente jefe de estación. Los cuadritos contenían frases de Franco, José-Antonio Primo de Rivera, etc. Un día descubrí en Plaza Universidad un letrero nuevo e insólito. "El principio electivo es cosa de suyo tan corruptora, que todas las sociedades civiles, así antiguas como modernas, en que ha prevalecido, han muerto gangrenadas". Aquel texto me pareció tan chocante como la firma: DONOSO CORTÉS. Lo comenté en casa. Mi padre disponía de mucho más tiempo que yo para investigar en la biblioteca si aquéllo era una invención o si había sido verdaderamente escrito, o dicho, por Donoso Cortés. Teníamos (y tengo todavía) una edición de las Obras de Don Juan Donoso Cortés, bajo la dirección y con un prólogo de don Juan Manuel Ortí y Lara, Catedrático de la Universidad Central y Miembro de la Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, Madrid, 1904, editorial de San Francisco de Sales. El texto citado se halla en el volumen II, pag. 194, y pertenece a un discurso "Sobre la situación de España" pronunciado en el Congreso de los Diputados el 30 de diciembre de 1850. Parece que el Marqués de Valdegamas no se percató de sus libertades con el principio de no-contradicción: estaba en el Congreso y podía pronunciar discursos gracias al principio electivo. Pero la lógica nunca ha sido el punto fuerte de los políticos españoles, en las disertaciones teóricas, ni entonces ni ahora.

La razón instrumental tiene fines que la razón racional no conoce.

II. 1. 3. C) . Elecciones y decisiones. - La anulación del principio electivo implicó que quedaron abolidas toda clase de votaciones. Prevalecía el sistema de nombramiento a dedo, la caricatura hispánica del Führerprinzip. Con el restablecimiento de las Cortes (1942) y las primeras elecciones municipales (en Barcelona en 1948) por un complicado sistema de fraccionamiento y restricción del cuerpo electoral (de hecho, se trataba de cooptaciones dentro de colectivos más o menos extensos), quedó parcialmente rehabilitado el principio electivo. Entre tanto, se había producido una confusión. Dado que no había votaciones públicas para ejercitar el principio de representación ciudadana, tampoco había votaciones en el seno de organismos cuando los dirigentes debían tomar una decisión. Toda votación parecía sospechosa de adhesión a las costumbres del antiguo régimen (que entonces era la República, siendo el modelo alemán lo moderno). Creo que fué el Conde de Romanones, un personaje popular en la época de la Monarquía por su talento y por sus marrullerías, quien un día protestó en una sesión de la Real Academia de la Historia. Insistió en que una decisión se sometiese a votación. Los otros académicos tuvieron, según contaba un traidorzuelo irreverente, un verdadero escalofrío. Esto debía ser en 1941, año del Nuevo Orden Mundial, según decían.

La omisión de votaciones planteaba un problema en los Ayuntamientos. O bien los tenientes de alcalde habían sido previamente objeto de briefing por el Alcalde, y la votación era ociosa, o bien se producía una situación a la japonesa: no había unanimidad y se aplazaba la toma de decisiones hasta que la hubiese. Bajo la alcaldía de Miguel Mateu y Pla esta era la situación en Barcelona, según se me informó años más tarde. Pero con el Barón de Terrades ocurrió algo inesperado, no previsto por los reglamentos ni por el espíritu pragmático local: resultó que en un par de sesiones (no sé si eran Plenos u otro colectivo de regidores más minoritario) el Alcalde se durmió. Los concejales siguieron disertando suavemente sobre toros y fútbol hasta que fué posible volver al Orden del Día.

La no vigencia del sistema representativo obligaba a introducir alguna clase de relación entre el concejal y los ciudadanos que fuese por lo menos complementaria del nombramiento desde arriba. Así se establecieron los "días de visita pública" para cada

concejal. La sección de información municipal de La Vanguardia noticiaba periódicamente a los habitantes de cada distrito sobre cuál era el día de la semana en que el concejal podría recibirles en el edificio del Ayuntamiento. Repasando la colección del periódico pueden leerse reiterativamente anuncios como los siguientes: "El concejal delegado del distrito X, don Emilio Compte Pi, ha señalado para recibir al público todos los miércoles no festivos de 9.30 a 10.30 horas" (L.V. 15 febrero 1949). El concejal del Distrito IX, Pedro Oller Tintoré, recibía los lunes de 11 a 12, etc. Ignoro la amplitud de funcionamiento de este ersatz de democracia. Cuando en casa teníamos que resolver algún asunto burocrático municipal nos dirigíamos al entonces así llamado alcalde de barrio, el cual estaba, en nuestro caso, en una farmacia a la vuelta de la esquina. Recibía a la gente en la rebotica, simplemente con una mesita, un par de sillas, y un cuaderno para tomar notas. Durante unos años ejerció de alcalde de barrio el propio farmacéutico. Como es obvio, este señor no se anunciaba en los periódicos.

Los empresarios con un prestigio social local eran considerados muy idóneos para ocupar altos cargos municipales. Cuando los distritos de Barcelona se ampliaron de diez a doce (julio 1949) fueron nombrados tenientes de alcalde J. Ribera Barnola y Esteban Sala Soler, respectivamente para los distritos XI y XII.

II. 1. 4. D) . - Control burocrático de la empresa privada.

La comparación entre 1939 y 1955 por lo que atañe a la documentación que las empresas industriales debían presentar a la Administración para establecimiento de nuevas fábricas o ampliación de las existentes, muestra algo más que la necesidad gubernativa de prever la demanda de materias primas, materiales, maquinaria, divisas, que constituían bienes escasos. En 1939, en vísperas de la Guerra Mundial, en casi todos los países en proceso de desarrollo e incluso los industrializados, se practicaban medidas de intervención sobre la empresa privada, por lo menos en forma de declaración obligatoria de ciertos datos y de proyectos. En el caso español lo que se desarrolló, paralelamente a una considerable burocracia ad hoc, fué un proceso de constante y progresiva reducción del margen de autonomía y discrecionalidad de las empresas, tanto en materia de instalaciones y ampliaciones (dependientes del Ministe-

-rio de Industria, cuya autorización previa era necesaria) como en fijación de precios (con intervención sindical, juntas de precios, y complicados procedimientos que eran una pesadilla para los fabricantes). En 1939 las empresas quedaron clasificadas en 4 grupos, los más importantes el a) y el d), respectivamente industrias de carácter local e industrias de tamaño medio y grande. Los documentos e información que se les exigía comprenden siete ítems en el primer grupo y nueve en el otro, y el contenido es el habitual como: capital de la empresa, número de obreros y empleados, maquinaria que se ha de instalar, producción prevista, mercado que trata de cubrir. En el grupo de empresas mayores la información incluía alguna cosa que remite a una mentalidad más policial que económica, como "nombre y datos profesionales del Gerente" (cf. Comisión de Incorporación Industrial y Mercantil num. 2, Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona, Extracto de las principales disposiciones de carácter económico dictadas por el Gobierno del Estado español, Barcelona, 1939, Impr. Casa Provincial de Caridad, pp. 32 a 42). En 1954-55 los dossiers, por triplicado, se habían convertido en algo monstruoso. Una hoja impresa de la Delegación de Industria de Barcelona contiene 17 ítems, cada uno de los cuales es a su vez un mini-dossier: copia de la escritura de constitución de la Sociedad, capital antes y desde la ampliación, procedencia del capital, relación de la maquinaria y su valoración, y (lo que era obviamente resistido en caso de innovaciones técnicas) "detalle del proceso industrial". Debían acompañarse asimismo ejemplares de las Memorias de la empresa, sociedad anónima .

Inevitablemente las grandes empresas tuvieron que superburocratizarse. Había que conseguir una autorización previa incluso para instalar un ascensor o un grupo electrógeno. Toda esta situación era un adecuado ejemplo de la peste que los economistas liberales centroeuropeos llamaban Nacionalcolectivismo,^{+/}término que aplicaban a los regímenes de economía intervenida, fuesen de derecha o de izquierda. En los primeros meses de 1950 visitó España el economista liberal, social-cristiano, Wilhelm Röpke, por entonces profesor en Ginebra y autor de varias obras doctrinarias traducidas al español. Los problemas de escasez de formación de capital, superburocratización de las empresas, estupidez gubernativa, están reflejados en un artículo en la Neue Zürcher Zeitung (14 mayo 1950) cuya traducción circuló ampliamente entre los empresarios barceloneses, algunos entrevistados por Röpke.

^{+/} Nationalkollektivismus.

La irritabilidad empresarial ante los controles burocráticos llegó a ser tan extensa e intensa que los partidos políticos en la oposición se percataron de que el tema constituía un buen argumento. Tanto más cuanto que los discursos desnudamente políticos, las noticias de pactos o semipactos entre monárquicos, socialistas, cristianodemócratas, etc., no suscitaban interés dentro de España. En un folleto de La Voz del Exilio, vol. II, Toulouse, Octubre 1947, Ediciones Democracia y Libertad, Partido Socialista Obrero Español, aparece un párrafo que dice:

"El Partido Socialista Obrero Español (...) ama por encima de todo la libertad y aspira a la libertad económica considerándola garantía suprema de todas las libertades humanas" (Loc. cit., pag. 20. El texto pertenece a un "Llamamiento dirigido por la Comisión nombrada en la Asamblea de delegados del PSOE celebrada en Toulouse, a todos los antifranquistas españoles").

Que la libertad económica sea la garantía de todas las libertades humanas, realmente resulta un poco fuerte como cosa suscrita por un Partido obrero y socialista. Es más de lo que hubiese aspirado a hacer creer Adam Smith entre su clientela intelectual y política. El bondadoso y civilizado profesor escocés escribió algunas interesantes cosas sobre la libertad de los empresarios, sobre todo cuando éstos se coaligan para fines contrarios al interés público. Claro es que el economista Smith no confundía cuestiones morales referentes a la libertad humana, con cuestiones políticas de legislación económica, y cuestiones sobre las propiedades empíricas del mercado libre, regulador de precios, estimulador de la eficiencia, sistema el más conveniente para productores y consumidores. El mercado como sistema, objeto científico, es algo muy distinto de la garantía suprema (nada menos) de todas las libertades humanas.

En 1949 el Profesor Hayek vino a Barcelona para visitar a sus correligionarios liberales y antisocialistas. En aquella ocasión se hubiese sentido tan maravillado como gozoso si sus amigos de Barcelona le hubieran leído el párrafo conclusivo del manifiesto de Toulouse. ¡Quién le habría dicho que entre los exiliados españoles en el Midi francés contaba con imitadores tan perfectamente instruidos! ¡Y tan conocedores de la historia de la humanidad que pensaban, al parecer seriamente, que en este planeta no hubo libertades humanas hasta que llegó en el siglo XIX la libertad de los burgueses, la de Monsieur Say y la de Monsieur Bastiat!

===

II. 1. 4. D). - Violencia pública y violencia privada .

El problema que se insinúa en el texto es de una extrema complejidad y admite diferentes tratamientos. Hay que responder a preguntas del orden de las siguientes:

- ¿Por qué causas en los primeros meses de la Guerra Civil se formaron espontáneamente, tanto en el lado nacionalista como en el republicano, bandas compuestas por 3 o 4 individuos, aleatorias, no sujetas a organización jerárquica alguna, las cuales se dedicaron a asesinar oponentes políticos o religiosos?

- ¿Se trataba de individuos ya predispuestos a aquel comportamiento?

- ¿Hubo una especie de droga-adicción en el asesinato de modo que cada banda se profesionalizó, por así decir, en las ejecuciones?

- ¿Eran siempre, verdaderamente, individuos jóvenes, grosso modo entre 18 y 25 años?

- ¿De qué clases o grupos sociales procedían?

- ¿Tenían alguna noción del mal, o algún criterio moral?

- ¿Cómo había sido su socialización, para que ésta se transformase en ese comportamiento individual?

- ¿Qué factores contextuales podrían explicar, o contribuir a explicar, la adopción de la violencia asesina en aquella magnitud?.

Es fácil ver que estas preguntas remiten a análisis pluridisciplinarios, no exhaustivos: histórico-sociales, económicos, antropológicos, psicológicos, etc.

Es difícil transmitir ahora al lector el sentimiento de estupor, primero, y de horror seguidamente, que invadió a no pocos ciudadanos de Barcelona (y desde luego a mi padre, a mi gobernanta la viuda Herbst, y a mí mismo) cuando los anarquistas y las llamadas Patrullas de Control, o individuos sueltos sin fe ni ley emergiendo de esos colectivos, se pusieron a asesinar a docenas de religiosos y religiosas, médicos, abogados, arquitectos, burgueses, empresarios, etc., cuyos cadáveres aparecían de madrugada en las estribaciones de Vallvidriera o de la carretera de la Rabassada (grafia de entonces).

Algunas de estas bandas, erráticas e impredecibles en sus territorios y en sus modos de acción, incursionaron en zonas rurales, bien porque alguno de los componentes de la banda era inmigrado suburbial de origen rural y tenía cuentas antiguas que liquidar, bien porque eran llamados por algún revolucionario marginal en la localidad, o en otros casos porque el comité anarco que ocupaba el poder local tenía alguna relación, no jerárquica ni organizada, con una banda de la gran urbe. El lenguaje popular designó durante meses a estas bandas como "los incontrolados". Y si, como bien decía Leibniz, conocemos diferenciando, aquella apelación señala precisamente el rasgo diferencial entre un conjunto de rasgos comunes con otros tipos de terrorismo. Lo característico de aquel fenómeno es que se trataba de individuos aleatoriamente coaligados, portadores de una voluntad de matar, sin recepción de órdenes superiores, sin jefes aparentes, sin una organización común a todas, o la mayoría, de las bandas, y sin conocimiento público de su existencia ni por las autoridades estatales republicanas ni por las autonómicas, los partidos políticos ni los sindicatos. Por tanto, fué algo distinto de los componentes de las Strafexpeditionen nazis, de las razzias del partido fascista italiano, de los 'escuadrones de la muerte' centro- y sudamericanos, o en fin, de la Triple A argentina, formas de terrorismo privado a veces pagadas con dinero público o con dinero de terratenientes, y organizadas por algún individuo dirigente, más o menos conocido, con graduación militar. Al fin el silencio se rompió en Cataluña porque un valiente sindicalista de la CNT dijo que aquella forma de terrorismo individual ensuciaba el movimiento obrero (opinión que le costó la vida), y el Presidente Companys dijo, a finales de octubre de 1936, que si aquéllo continuaba, él no podría seguir donde estaba; i.e., como jefe -- nominal -- del gobierno autonómico. Más tarde, ya en 1938, el gobierno de la República (el estatal) hizo constituir tribunales ad hoc y fusiló media docena de terroristas que pudieron ser localizados o que fueron denunciados por la población. Pero entre tanto, reinó la más lamentable cobardía.

En la inmediata postguerra los vencedores en la Guerra civil hicieron un uso instrumental del terrorismo precedente, como una de las justificaciones del alzamiento militar. Ahora bien, en la entonces llamada Zona Nacional hubo asimismo un fenómeno de terrorismo individual e incontrolado. Y que este hecho era moralmente shocking para mentalidades distintas de las aquí predominantes, tiene su prueba en que el gobierno italiano encargó a principios de 1937,

a su primer embajador cerca de la Junta militar en Salamanca, Roberto Cantalupo, que hiciese ante el General Franco las gestiones necesarias para que el poder que se estaba institucionalizando (i.e. militar) terminase con ejecuciones sumarias en Andalucía, en las que no estaba claro qué parte procedía de terrorismo individual y cuál era por sentencias de tribunales militares.

El problema del mal, y más exactamente de la voluntad humana deliberada para el mal, empezó a preocuparme cuando todavía estábamos, en 1935, en Soria, y mi padre fué objeto de amenazas de parte de un familiar y vecino nuestro. Después de la Guerra civil quise saber qué clase de explicaciones, racionalizaciones, o argumentos afines a estas últimas, se tenían por más pertinentes en el juicio de lo acontecido en el país. No obtuve otra idea más brillante que la siguiente: Que hay épocas en que Dios abandona el mundo y los hombres quedan entregados a la acción del demonio. Es superfluo añadir que se trataba de respuestas de sacerdotes. Y no parecían ser conscientes de que esa clase de palabras lo que hacía era plantear inmediatamente una serie de preguntas más difíciles y apremiantes: ¿Por qué Dios abandona el mundo? ¿Cómo lo podemos saber los hombres? ¿Qué signos nos lo indican? ¿Qué hay que hacer para resistir al imperio del demonio?. El lector actual, en 1991, se sonreirá ante el carácter medieval de estas preguntas; pero así eran las cosas hacia 1939, 1943, en los años de gran crisis moral y espiritual. Finalmente, la conversación quedaba cortada en seco de modo autoritario: Doctores tiene la Iglesia. Y uno salía del trance aureolado peyorativamente con la imagen de muchacho impertinente, preguntón, dado a pensar demasiado (lo que siempre fué, según Cervantes y su eximio exégeta don Américo Castro, una inclinación muy peligrosa en este país).

Por lo demás, ¿qué podía exigirse de los cerebros eclesiásticos en una época en que los obispos, e incluso el Cardenal Primado con sede en Toledo, Mons. Enrique Fla y Deniel, multiplicaban los textos sobre la urgencia de alargar hasta el tobillo las faldas de todos los ejemplares, de cualquier edad, del sexo femenino, y la necesidad imperiosa de prohibir el baile agarrado?.

Muchos años después constaté que el Terror plebeyo en la Revolución francesa había despertado, como reacción, una cantidad

de reflexiones y análisis sobre libertad y necesidad en el ser humano, conciencia e inconciencia del mal, determinismo y voluntad, la diferencia entre la acción humana no racional y la acción en el animal. En estas reflexiones, mezcladas con argumentos religiosos, hubo considerables tonterías, y lo genuina, realmente importante, es muy minoritaria. Cuando el pensador había sido un entusiasta de la Revolución francesa (como lo fueron casi todos los Ilustrados en Occidente y los participantes en el movimiento de la Aufklärung en el mundo germánico), y frente a la realidad del Terror se encontró obligado a subrayar sus distancias públicas y su más cauta visión del hombre y de la historia, entonces se produjeron algunos escritos de calidad y que conservan su fuerza. Obviamente, esta creatividad tenía que ser mayor, o más madura, allí donde existía viva una cultura filosófica y ética, hábitos de examen racional de conciencia, autonomía sistemática en filosofía, *i.e.*, las ciudades y universidades de tradición protestante. La tradición filosófica idealista alemana estaba llegando a su máxima madurez. Sus cantos a la libertad del espíritu no tenían otro límite que el cuidado del filósofo para que alguna autoridad no le declarase públicamente ateo. (Y de aquí, quizá, ciertas espectaculares denuncias de difamación y reivindicaciones de no-ateísmo). Y, dado que a esta parte occidental del Rhin había materialistas audaces y convincentes que pretendían ser científicos, y filántropos ciegos para la realidad del mal, aquellos idealistas alemanes se esforzaron al mismo tiempo en ser, y aparecer, como realistas, y esto en dos dimensiones: no sólo en sus fundamentos epistemológicos, sino también en sus escritos que hoy clasificamos como antropológicos. Fue el caso del joven Schelling. Cuando estaba en la Academia de Munich terminó un ensayo titulado Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana (Philosophische Untersuchungen über das Wesen der menschlichen Freiheit, para una edición de sus Philosophische Schriften, Landhust, 1809). Soberbiamente escrito, este trabajo más bien breve contiene destellos de gran penetración sobre libertad y necesidad, libre albedrío y determinismo, conciencia e inconciencia del mal, abordajes que están en las antípodas de los lugares comunes que siguen oyéndose ahora sobre esos problemas. (Digo abordajes, no soluciones; criba del trigo; distanciamiento crítico de los lenguajes de los filósofos y de los eclesiásticos, lo que no es poco). El lector puede prescindir de las últimas veinte páginas, irritante anticipo de lo que sería el idealismo teosófico, romántico, místico, y delirante, del Schelling ulterior, y en algunas frases penosa reescritura de la misma sopa en el Schelling anterior (lo que le había valido, más tarde, algún sarcasmo del joven Marx, en un apéndice a su disertación doctoral).

Después de lo que allí quedaba dicho sobre el ser humano y su lugar en la creación, los vínculos primigenios entre necesidad y libertad, el hombre como acción y voluntad en devenir, y la actualización de la posibilidad del mal en el individuo, uno comprende que hubiese filósofos ateos, educadores fichteanos y neokantianos; lo que uno no comprende es que se siguieran diciendo ingenuidades sobre el mal como una especie de eclipse de la razón, o como el mal que le llega al individuo heterónomamente, desde la sociedad. Este error trágico, tardía lectura populista de lo que en Rousseau era un a priori metódico, estuvo muy extendido en la España de los krausistas y sus epígonos, los neokantianos y los educadores de la Segunda República. Elite con pretensión de supercivilizada, y víctimas de sí mismos y de la población que tenían debajo.

Ahora bien, todos mamamos de jóvenes en ese equívoco. En 1969 la Universidad Autónoma de Madrid me invitó a participar en un seminario sobre el tema general de las ideologías en la España de hoy. Envié desde París, y luego defendí en Madrid, una ponencia sobre la relación entre violencia pública e ideologías en la sociedad española inmediatamente anterior a la Guerra Civil. No hay en aquel texto ni una leve insinuación sobre causas intrínsecas a los individuos; todos los factores eran contextuales. Tampoco se explicaba en qué modo los individuos interiorizaban la violencia pública para aplicarla a causas privadas y transformarla en violencia privada. Esta autocrítica no implica que los factores contextuales estuvieran mal seleccionados o mal definidos. Al contrario; los sigo pensando como realmente actuantes. Lo que creo ahora es que esa selección era radicalmente insuficiente. Es más: creo algo grave, ya razonado por mí en En Menos de la Libertad (pp. 222 - 234 : La racionalización de la violencia y el des-aprendizaje colectivo), a saber : tendencialmente esta población se halla en situación de inconciencia ante el mal, y por tanto es vulnerable, indefensa, ante el terrorismo. País de mucha moral tribal, pero de poca ética personal.

Para una explicación rigurosa, siguiendo cánones de razonamiento (ya que la prueba de las hipótesis es imposible) el problema no consiste en ir acumulando variables contextuales. El método admite todo cuanto sea plausible y validado por la experiencia, biográfica o documental, o ambas. La cuestión está en

explicar con universalidad y coherencia un grupo de relaciones entre propiedades del entorno y atributos de los individuos. Y como fruto del exámen, presentar esquemas de explicación que sean válidos para otros hechos semejantes de violencia que es a la vez privada y colectiva.

El caso es un buen ejemplo de la dificultad del método científico en ciencias sociales. No resuelve la dificultad explicar que, por disolución del orden legal y de los vínculos sociales todo individuo estaba entonces en situación de anomia, y además que (como me dijo un ex-capitán médico del Ejército republicano) los asesinos eran en su mayoría, bien ex-carcelados, bien psicópatas fugados del hospital, y el resto "vagos y maleantes" (expresión jurídico-penal de la época) a quienes alguien había distribuido armas, sin determinar su acción posterior. Estas explicaciones son descriptivas, ad hoc, y valen en el nivel conversacional. La amplitud y duración de los hechos requieren otros planteamientos. El concepto mismo de anomia exige una especificación. ¿En qué medida reenvía a la disolución del orden institucional -- en el sentido más extenso de este último término, i.e., incluyendo instituciones sociales y culturales que pautan los comportamientos de la vida cotidiana --, y en qué medida reenvía al naufragio de toda clase de valores y de normas en el propio individuo? Un concepto aislado no constituye una explicación. En el escrito que antes cité, ya en la primera página del ensayo, y todavía con profundo acento kantiano, dice Schelling que "ningún concepto puede determinarse aisladamente: es la demostración de su relación con el todo lo que le da su perfección científica". Aserción verdadera en sí misma, apodícticamente, y trascendente a la práctica científica. Lo que nos está diciendo es que las relaciones entre el todo y la parte son recíprocas, no sólo en el ámbito conceptual sino también en su substrato empírico. En términos más próximos al problema: el entorno (determinadas propiedades suyas) actúa sobre el individuo (portador de determinados atributos), y a su vez el individuo tiende con su acción a reforzar aquella parte del entorno que conviene para su propia acción, su comportamiento, su justificación. Por tanto el individuo no es un nihilista indiferente a valores y que permanece aislado, solitario como tal individuo, disponible para coaligarse temporal y aleatoriamente con otros individuos semejantes a él. El asesino potencial se transforma en actual en cuanto siente que satisface una necesidad. Ha asumido el Mal en la definición misma de

Schelling: una voluntad individual que impone su particularismo. La voluntad de este particularismo se estima a sí misma como libertad y como necesaria. Y con ella suprime un universalismo. La actualización del Mal empieza con la voluntad de un particularismo.

Obviamente, el universalismo implica también una trabazón entre necesidad y libertad. Pero aquí el concepto y sus referentes empíricos se sitúan en otro nivel, que es supra-individual.

Ignoro si Durkheim, durante su época de estudio en Alemania, tuvo ocasión de leer el breve trabajo de Schelling u otros análogos de pensadores alemanes de los primeros decenios del siglo XIX, indirectamente provocados por la reacción anti-revolucionaria o por la consternación ante el Terror plebeyo durante la Revolución francesa. Probablemente Durkheim no leyó nada de aquéello, porque en 1886 Schelling había sido ya archivado entre los clásicos del romanticismo y había otros filósofos que atraían la atención del público (Hartmann, Wundt, Schäffle, Nietzsche, etc). En aquel decenio Durkheim no había elaborado todavía su teoría moral de bases sociológicas. Ahora bien, la distinción durkheimiana entre individualidad y personalidad, aunque sea puramente analítica, es aquí de suma pertinencia heurística. Tanto el individuo como la persona, emergente sobre aquél, interiorizan materiales (representaciones colectivas, hábitos, comportamientos, etc) que son sociales. Pero la construcción de la persona implica una jerarquía. La persona es portadora de otro nivel de conciencia. La conciencia del individuo expresa el cuerpo y sus estados. La conciencia de la persona reelabora e interioriza valores y vínculos sociales. En su nivel más cualitativo percibe que en la sociedad, y en otras personas, hay algo que es sagrado.

En otro libro he recordado a los lectores que a principios de siglo Unamuno enunció (simplemente enunció, no elaboró) una distinción análoga a la de Durkheim entre individualidad y personalidad. Y el entonces joven Unamuno decía que la educación católica tradicional que se daba a los adolescentes en España (o en su Vizcaya natal) creaba seres con máxima individualidad y mínima personalidad.

Con lo que queda dicho hasta aquí, basta para advertir que argumentos como el que recurre al concepto de anomia, y explicaciones que reenvían al vacío de poder, la debilidad del Estado, la incompetencia de los gobernantes (más bien cobardía), son insuficientes para comprender (en el sentido weberiano) la acción de una cantidad de individuos que necesitaban matar, repetitivamente. En un análisis con rigor científico sería incluso pertinente reducir la extensión de la

noción de contexto (cuyos referentes son institucionales) y sustituirla por la de entorno del individuo (construida con referentes más próximos, culturales, educativos, sociales, territoriales: el barrio, el suburbio, o en el caso de los asesinos de la Zona nacionalista, jóvenes carlistas, miembros de las Juventudes de la CEDA, etc., determinados colegios religiosos, o poblachones de terratenientes a la defensiva rodeados de un proletariado que ya no reconocía jerarquías sociales, etc). Ahora se ha puesto de moda el término clusters, que es ciertamente más apto para cubrir la interacción recíproca entre el individuo y su entorno. El contexto resulta demasiado extenso para los individuos sin poder alguno.

Puestas las cosas en estos términos, es factible establecer órdenes de pertinencia, desde los más externos (la crisis económica, la violencia mundial generalizada, las guerras en Asia, en Africa, en América del Sur, contemporáneas con la formación de una cultura de la violencia en Europa y concretamente en Cataluña) hasta otros que implican necesariamente la interacción del individuo con, o contra, su entorno. Pensemos que la crisis fué precedida por un periodo de plenitud, lujo, expectativas al alza, maravillas técnicas súbitamente introducidas en la vida cotidiana aportando horizontes inimaginables para el habitante rural, como la radio y el cine, espejismos permanentes, urbanos, que hacían explotar los cerebros de los adolescentes. En una nota al pié de página en capítulos anteriores recordé que Barcelona pasa en siete años de 730.000 a Un millón de habitantes. Como todo desarrollo económico capitalista, éste fué fuertemente desigual, en la dimensión territorial horizontal y en la vertical o social. Era un tiempo de ubicua, generalizada, difusión de utopías, pero sin formación de una cultura política. O en otras palabras (aspecto central en mi comunicación al seminario de la Univ. Autónoma de Madrid en 1969) las ideologías eran débiles relativamente a unas utopías que eran muy fuertes. La ideología desempeña en determinados contextos y coyunturas una función positiva en la medida en que codifica aspectos de la realidad. La utopía imagina un futuro ideal o trata de restaurar un pasado mítico. Estas particulares especies de representaciones colectivas se insertaron en una situación de frustración, tanto para las clases altas como para la baja clase media y los lumpen (no sólo los proletarios, fuesen campesinos o industriales). Las clases económicamente dominantes habían dejado de ser políticamente dominantes, y en muchas provincias y en vértice del Estado ya no eran tampoco políticamente dirigentes. No había políticos al timón ni empresarios dispuestos a reformar para

conservar. Como se dice en mi texto de 1969, el concepto mismo de sociedad española era en 1936 problemático: había un mosaico de sociedades disjuntas (y en rigor, en el concepto y en los hechos, la sociedad en el sentido durkheimiano había desaparecido. Nada era ya sagrado. Ni el hombre).

En fin, las clases altas habían fracasado en una capacidad que es fundamental en las formaciones sociales: la violencia latente ha de mantenerse oculta, enmascarada, disimulada detrás de un bosque de legalidades y legitimidades parciales. Que las formaciones sociales (fuese en el campo andaluz o en la fábrica en Cataluña) descansan en última instancia sobre la fuerza y que en ese nivel el Derecho es el lenguaje del Poder, son conocimientos que deben reservarse a unos pocos, precisamente porque el recurso a ellos no puede (ni debe) ser permanente. La paz civil implica que las clases subordinadas siguen, sin resistencia visible, la lógica de las clases dominantes. Esta no era la situación. Los jóvenes hijos de terratenientes o de fabricantes burgueses, iban armados, con una pequeña pistola en el bolsillo. La 'cultura' de la pistola determinó incluso la fabricación de auténticas maravillas de artesanía, como la Astra con incrustaciones de nácar. Y si un joven burgués tenía un incidente en digamos las Ramblas, en una noche de farra, al día siguiente los lenguajes populares o los semanarios satíricos habían construido su particular adaptación de algún viejo Quatrain plébéien de las revoluciones transpirenaicas del siglo XIX, generalizando para toda una burguesía barcelonesa lo que era, a lo sumo, descripción de la cadena generacional en una familia:

Abuelo negrero,
Padre banquero,
Hijo caballero,
Nieto pistolero.

(Esta estrofa, no sé si de 1935 o ya más antigua y reelaborada, perdió en tierras del Caribe y del Río de La Plata su carácter político y se convirtió en una mera descripción del fracaso de familias de Cantabria o Galicia, emigradas: Abuelo negrero, Padre caballero, Nieto pordiosero. En Barcelona, o en la costa catalana, Hijo caballero significaba, probablemente, ennoblecido por el rey Alfonso XIII).

El odio a las clases altas era más impactante en la clase media, y en particular la media-baja, que en las clases trabajadoras industriales urbanas. Entre los trabajadores de la tierra en Cataluña debió existir una situación de clusters, unos más pacíficos, con vigencia residual de la vieja jerarquía social, y otros rebosantes de violencia latente. No sé si correspondían a una realidad extensa o no, pero años después de la guerra se me contaron, en pueblos donde los trabajadores alternaban trabajo agrícola con trabajo en fábricas textiles, casos increíbles del acoso sexual a las muchachas de la fábrica textil por parte de contramestres, encargados, jefes de personal de la empresa, etc.

Esta situación de clusters, unos estallando de violencia latente, otros más pacíficos, siempre en esperanza del milenio final y feliz, se daba asimismo en Andalucía. Extraigo del olvido histórico el texto siguiente, que describe a maravilla lo que era la situación en ciertas áreas del campo andaluz:

"Yo he vivido largos años en Andalucía, he administrado allí justicia, he estado en contacto con las necesidades del campo en aquellos pueblos. Voy a relatar a la Cámara //el Congreso de Diputados, Segunda República// un caso impresionante que ha quedado en mi memoria y que quiero que todos conozcáis. Se trata de un cortijo en un pueblo del partido judicial de Carmona y propiedad de un gran señor. (...) Este gran señor vive en Madrid, y aquí venían de Sevilla, como las moscas a la miel, aspirantes al arriendo del cortijo. Por amistad o por influencia con el administrador se conseguía el arriendo, por ejemplo en 50.000 ptas, y el arrendatario que obtenía en Madrid el arrendamiento en 50.000 ptas marchaba a Sevilla y allí lo subarrendaba a otro caballero de Carmona que daba por él 80.000 ptas, y ya el sevillano constituía una renta o base de capital de 30 mil anuales que le permitían pasar las tardes detrás de las vidrieras del Círculo de Labradores. El de Carmona sub-arrendaba aquéllo por lo cual pagaba 80, a 100 a otro individuo de El Viso, quien se constituía otro buen pasar con la diferencia; y el de El Viso parcelaba las tierras y las entregaba directamente a los cultivadores para obtener 130. De manera que aquéllo que a los cultivadores les costaba 130.000 de sudores y esfuerzos, cuando llegaba al dueño había quedado reducido a 50 y la diferencia se había distribuido entre los señoritos de Sevilla, Carmona, y El Viso, para gastarlo en chatos de manzanilla". (cf. La Reforma Agraria: debate sobre la totalidad, en Arturo Mori, Crónica de las Cortes Constituyentes de la Segunda República Española, Madrid, 1932, editorial Aguilar, tomo VII, pág. 475.) (Del discurso del diputado, por Madrid-provincia, Luis Fernandez Clérigo).

Es obvio que la peste parásita era la burguesía intermediaria. El 'gran señor' era un ocioso incompetente y absentista. Esta red de relaciones

sociales forman una genuina variable contextual. Los individuos tienen comportamientos sociales que están determinados de modo heterónomo por la estructura de clases sociales. Y acciones que se les aparecen, a ellos mismos, como autónomas, reproducen propiedades de la identidad de cada clase. Eventualmente practican una reacción, sea directa, o bien indirecta, o bien parasitaria, frente a otra (u otras) clases presentes en la singularidad de cada contexto económico-social, dentro de una dimensión de dominación a subordinación. Puede así explicarse, en parte, que años más tarde las víctimas del terrorismo anarco fuesen proporcionalmente más en la burguesía media que en la clase alta o aristocracia (o sus equivalentes territoriales). Cabe añadir que aquella burguesía parásita e intermediaria contribuía a una coyuntura de inestabilidad económica y laboral, inseguridad en la cadena de situaciones personales, e impotencia de los proletarios, eslabón final. Y en fin, reactivamente, la utopía de los de abajo se focalizaba de modo patéticamente absoluto en la abolición de cualquier rasgo de jerarquía social: "naide es más que naide", "todos hemos nacido iguales", etc.

Sobre los nexos entre inseguridad y agresividad se hicieron una cantidad de estudios en la Alemania de Weimar, motivados por la gran crisis mundial de los años treinta y el ascenso político de los nacionalsocialistas, en un clima de violencia pública que, con todo, no se transformó en violencia privada, y a la vez colectiva, de la forma que asumió en España. Con lo dicho queda claro (o eso espero) por qué es preciso distinguir esta violencia, tipificándola como de naturaleza diferente a otras violencias, las de Estado, las para-estatales, las de milicias de partidos políticos con fracciones militarizadas, la violencia discontinua de policías locales, la de milicias privadas, etc. Es de otra cosa de lo que he venido hablando: una interacción recíproca entre determinadas propiedades de un contexto y los atributos de determinados individuos sin fé ni ley. Es así como de una violencia pública nace una violencia privada, la cual luego deviene colectiva no por organización sino por acumulación. /+/ .

/+/- Mi comunicación al seminario antes citado en la Universidad Autónoma de Madrid, diciembre 1969, se halla en el volumen colectivo (con J. Solé-Tura, J. Prados Arrarte, Carlos Moya, Antoni Jutglar, J. Jiménez Blanco, etc) Las ideologías en la España de hoy, Madrid, 1972, Ed. Seminarios & Ediciones. Hay algunas erratas de cierta importancia. El final de la comunicación está alterado por la censura.

II . 1. 4. D) - Los ministros de industria y la modernización industrial de Cataluña.

En la época que cubren estas Memorias, los sucesivos ministros de industria en gobiernos presididos por el General Franco fueron los siguientes:

- Juan Antonio Suanzes, ingeniero de la Armada, 31 enero 1938 a 9 agosto 1939,
- Luis Alarcón de la Lastra, teniente coronel de Artillería, 10 agosto 1939 a 16 de septiembre 1940,
- Demetrio Carceller, ingeniero del Instituto Industrial de Tarrasa, de 17 septiembre 1940 a 20 de julio 1945,
- Juan Antonio Suanzes, segunda vez, de 21 julio 1945 a 18 de julio 1951,
- Joaquín Planell Riera, primero profesor mercantil por la Escuela Superior de Estudios Comerciales de Barcelona, después oficial de Artillería, de 19 julio 1951 a 9 julio 1962.

Era opinión común en mis informadores de la época que el comportamiento del ministerio de industria fué, hasta 1951, bastante hostil a los proyectos empresariales catalanes, ampliación y modernización de fábricas, instalación de nuevas empresas industriales. Solamente empresarios con influencia y vínculos políticos en Madrid resolvían rápida y favorablemente sus problemas. A veces las dilaciones de meses o años en un expediente tenían como pretexto la escasez de divisas (lo que reenviaba el asunto a otro ministerio), otras veces la existencia de empresas fabricando el mismo producto, y muy pocas veces explícitamente lo que parecía ser el argumento decisorio pero nunca escrito, a saber, que estando ya Cataluña muy industrializada y siendo la industrialización una vía de ampliación de la clase obrera y base de conflictos sociales, clientelas para partidos revolucionarios, etc., había que equilibrar el mapa industrial español favoreciendo la industrialización de otras provincias con preferencia a las catalanas. Ahora bien, en 1951 tanto el INI (Suanzes) como el nuevo ministro (Planell Riera) descubrieron que los empresarios y los banqueros sabían lo que son economías externas, y que una empresa industrial prefiere instalarse en un territorio donde ya existe una tradición industrial, hay redes de comunicación, mano

de obra calificada, centros de formación profesional, teléfonos, almacenes, bancos locales, etc. La provincia de Barcelona ofrecía un tejido industrial, económico, y social, sin paralelo en otras áreas del Estado. Se dirigieron hacia Barcelona y Tarragona inversiones extranjeras o de capital mixto, y desde 1958 cambió radicalmente la actitud de la burocracia estatal ante las demandas de empresarios catalanes. A este cambio contribuyó Gual Villalbí como Ministro-Presidente del Consejo de Economía Nacional.

En el periodo que algunos historiadores han llamado negro (por asociación fonética con negativo) hubo en el Ministerio de industria un director-general que se esforzó, según se me informó, en paliar la rigidez de la directiva (oral) que decía que la industrialización en Barcelona era desaconsejable por motivos políticos. El ingeniero Antonio Robert y Robert (nacido en Barcelona en 1907, estudiante en la Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona), fué de 1945 a 1948 director-general de Industria y Secretario general técnico del Ministerio (entonces llamado de Industria y Comercio). Robert fué un hombre de cierto prestigio por varios motivos: había estudiado en Estados Unidos, publicó varios libros, algunos de ellos bien leídos por economistas y empresarios, y en 1949 se marchó del Ministerio para dirigir una empresa privada (farmacéutica) y siguió en el sector privado hasta que el Consejo de Ministros (19 febrero 1958) le nombró miembro permanente del Consejo de Economía Nacional (que presidía Gual Villalbí). Los libros de Antonio Robert y Robert tenían como tema central la necesaria industrialización de España, una teoría que no era fácil de defender en una época en que los 'pensadores' (para llamarlos de alguna manera) del Régimen o de las clases sociales tradicionales, pensaban abiertamente que España había llegado tarde a la división mundial industrial y que debía especializarse en la agricultura como Portugal o la Argentina (teoría que Franco abandonó en 1949, según parece por consejos de Suanzes). Sobre el problema de la continuidad de la industrialización catalana, los libros de Robert sugieren una actitud ambigua, explicable porque están escritos en épocas de crisis, escasez, bloqueo de recursos exteriores, y el problema mayor no era entonces ampliar industrias sino asegurar mercados para las ya existentes. Varias veces dice que la industrialización del resto de España creará más y mejores mercados para la industria catalana, y que ésta no puede salir de sus crisis periódicas sin un mercado español denso y de buen nivel de consumo. (Incidentalmente añadiré que esta tesis se encuentra ya en textos de la Lliga Regional-

-lista de la época de la Primera Guerra Mundial, hacia 1916-1917).

Robert era hombre de ideas muy simples pero claras. Un buen resumen de su pensamiento más tardío se encuentra en La Vanguardia del 5 febrero 1961, con motivo de su conferencia dada en Barcelona (Instituto de Economía de la Empresa + Escuela Superior de Ingenieros Industriales) bajo el título "Modernización estructural de la economía española". Robert se planteaba las condiciones necesarias, no suficientes, para llegar a tener salarios europeos, precios competitivos, y plena ocupación; propugnaba una reforma del mercado de capitales, la institucionalización del crédito a medio y largo plazo, nuevas formas de inversión, movilización de dinero bancario que permanecía ocioso en forma de preferencia de liquidez, infraestructuras a cargo del sector público, etc.

En los años cuarenta y cincuenta, i.e. en el periodo de dos decenios anterior a ese programa, tanto Planell como Robert aparecían como gestores o ejecutores modernos, en medio de una tribu de gente arcaica, prehistórica. Ambos conocían bien países extranjeros, en particular Estados Unidos, en tanto que muchas otras jerarquías políticas que circulaban en la cúspide del Régimen no se habían asomado jamás al otro lado de los Pirineos. Planell había sido, durante la Segunda República, agregado militar en la Embajada de España en Washington.

++++

II. 1. 4. D) - Influencia y poder. - La diferenciación entre estos dos conceptos se halla bien establecida en la ciencia social. Véase, por ej., G.K. Roberts, A dictionary of Political analysis, Londres, 1971, Longman. Ahora bien, esta diferenciación tiende a hacerse en términos de probabilidades, y así en el texto citado se dice que la influencia se ejerce más bien en un contexto competitivo (lo cual implica un número de actores o de colectivos de actores) en tanto que el poder, el cual posee intrínsecamente una alta probabilidad de ser obedecido y de obtener determinados efectos, implica un contexto menos numeroso, e incluso muy reducido, de actores. En el caso que nos ocupa del escaso poder de los Consejeros Nacionales de la época (1940 - 1955, grosso modo) pero su alto grado de influencia, es preciso poner la aserción en relación con la estructura piramidal del Régimen, limitada a unos pocos centenares de personas, y con la estructura jerárquica de las administraciones públicas, difusa, extensa, con redes de comunicación pobres, mal establecidas.

Cuando en estas Memorias se describe la situación y acción de algunos gobernadores civiles y los espacios vacíos de discrecionalidad personal, hay que tener en cuenta aquella carencia de directivas escritas, fundamentales, y además la necesidad de los contactos personales por intermediarios políticamente calificados (los portadores de la capacidad de influir, fuese en asuntos públicos o privados, para sus respectivas clientelas).

Solamente el conocimiento directo de la época puede explicar la frondosidad de estos árboles, nacidos de savia individual y subjetiva, híbridos de empirismo y de irracionalidad.

El fenómeno fué reduciéndose en magnitud, sin desaparecer, cuando mejoraron las comunicaciones telefónicas con el centro. Baste recordar que el entonces así llamado cable telefónico coaxial entre Barcelona y Madrid se inauguró en 1956, como una extensión del cable Madrid-Zaragoza exigido (y en parte pagado) por la ayuda técnica de los Estados Unidos, un subproducto de los acuerdos de Defensa Mutua de septiembre de 1953. Hasta 1956 tener una conversación telefónica entre Barcelona y Madrid (via operadora manual) era una aventura que podía durar días.

II. 2. 1. B) - El vespertino "La Prensa" . - Ya en época de la Segunda República, y durante toda la duración del Régimen franquista, los lunes no aparecían los periódicos matutinos de gran circulación. Los periodistas no trabajaban los domingos, y en las grandes ciudades salía solamente a la venta la así llamada Hoja del Lunes, la cual era generalmente gestionada por la asociación de periodistas de cada capital. Barcelona había tenido, durante la Segunda República, varios diarios vespertinos, algunos en lengua catalana. Eran diarios muy politizados, de duración más bien efímera. La tradición de abundante prensa vespertina, que gozaba de un mercado extraordinario los lunes en la medida en que era la primera en dar resultados deportivos del domingo, se perdió en 1939 y 1940. La familia Peris Mencheta mantuvo un diario vespertino, El Noticiero Universal, antiguo periódico republicano-liberal. El vespertino La Prensa, financiado por Falange, apareció en 28 de mayo de 1941, con un tiraje inicial de 79.450 ejemplares, edición en gran formato (algo mayor que La Vanguardia). La coyuntura era favorable porque después del periodo de no hostilidades en el Continente europeo desde junio de 1940 (derrota de Francia) y de paz en el Este (periodo de colaboración URSS - Tercer Reich), en abril de 1941 la guerra se extendió a los Balcanes, Eslovenia fué anexionada al Tercer Reich, y Hitler emprendió la invasión del resto de Yugoslavia y de Grecia; es decir, la Segunda Guerra Mundial se extendía a todo el Mediterráneo central y oriental. El primer director de La Prensa fué J. Sanchez Gómez, periodista muy conocido en Barcelona ya en la época republicana y adherido al nuevo Régimen en 1939. Este vespertino tuvo inicialmente bastante éxito. Aunque seguía las consignas de la cadena "Prensa del Movimiento", era menos radical que su colega matutino Solidaridad Nacional (continuador falangista de la clásica Solidaridad Obrera, cenetista), era menos acusadamente pro-nazi en asuntos internacionales, y tenía secciones deportivas, culturales, de arte, teatro, hechas por periodistas locales, no necesariamente falangistas. Algunas jóvenes figuras que luego se distinguieron en el semanario Destino, o en La Vanguardia, o en otras publicaciones, empezaron su carrera periodística y literaria en La Prensa. Convertido en un periódico relativamente liberal y cultural, La Prensa mantuvo un alto tiraje hasta 1965 (72.000 ejemplares). Luego decayó rápidamente, víctima de directores incompetentes, burócratas, incapaz de adaptarse a las tendencias más liberales y abiertamente reformistas asumidas por otros periódicos. Federico Gallo,

un periodista bastante popular en los últimos años del franquismo (y gobernador civil de una provincia valenciana durante la así llamada Transición democrática), intentó mantener el periódico, ya ex-falangista, en competencia con Tele/express, otro vespertino, producto de un periodismo más dinámico, mucho más moderno y avanzado, órgano de una nueva intelligentzia, y expresión (en la medida en que la censura lo permitía) de ideas democráticas y catalanistas. El duelo lo tenía perdido La Prensa ya de entrada. En particular cuando se hizo cargo de Tele/express Tristán La Rosa. (Otra paradoja de las muchas que encierra este país: treinta años antes La Rosa, director de la entonces única revista cultural barcelonesa, Leonardo, Las Ideas y las Formas, era al mismo tiempo crítico de arte en La Prensa, y de allí pasó en 1946 o 1947 a La Vanguardia. El mundo cultural fué durante decenios tan canijo, que siempre aparecían y reaparecían las mismas personas; por éso decía una famosa canción que aquí "ens coneixem tots"). Cuando murió en marzo de 1979 La Prensa apenas vendía 7.000 ejemplares, sufría un déficit de 102 millones de pesetas y perdía unas 260 ptas por ejemplar y día. Josep Meliá, secretario de Estado para la información en el gobierno Suárez, ordenó el desmantelamiento de la empresa. (Según documentación reunida por J. Montabés Pereira para su estudio La Prensa del Estado durante la Transición política española, Madrid, 1989, Centro de Investigaciones Sociológicas.) .

I I. 3. 1. A) - Donde se habla de gobernadores civiles en Barcelona, de sus secretarios políticos, y de tragicomedias personales. -

Que yo sepa por constancia escrita y pública, los gobernadores civiles de Barcelona que dejaron una descripción de su gestión y de sus problemas bien en forma de Memorias, bien en textos políticos de naturaleza afín, han sido: B. Barba Hernández, R. Martín Villa, y M. Sánchez Terán. El primero lo hizo en la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial que puede ser etiquetada como post-falangista, y más precisamente como de institucionalización del franquismo en tanto que Régimen político autoritario, diferenciado de los fascismos centroeuropeos, con restauración formal de una Monarquía a la voluntad del dictador, etc. Los otros dos (Martín Villa y Sánchez Terán) lo hicieron ya al final del Régimen e inicio de la llamada Transición democrática. Barba Hernández quería justificar su gestión como si hubiese sido un político, cosa totalmente insólita y fuera de contexto en la época. Su libro fué muy mal recibido tanto por sus superiores militares como en la cúspide del Régimen. Treinta años más tarde, los otros dos gobernadores civiles eran genuinamente políticos que con sus escritos querían, bien contribuir a su propia carrera (Martín Villa), bien a la historia de la Transición (Sánchez Terán). Parece que el General Felipe Acedo Colunga, del Cuerpo Jurídico del Ejército del Aire, gobernador de 1951 a 1960, inició la redacción (o el dictado) de unas memorias, las cuales quedaron incompletas e inéditas. De este hecho debe tener conocimiento quien fué durante los últimos años de la estancia del General Acedo en la Plaza Palacio, su secretario político: un periodista barcelonés que años más tarde se hizo valorar por sus artículos escritos con talento, colaborador de medios de comunicación inequívocamente pro-democráticos (cuando llegó esta coyuntura). Sobre el perfil humano y político del General Acedo, reenvío a las páginas que le dediqué en En Menos de la Libertad (Barcelona, 1989, Ed. Anthropos). Ese perfil queda mucho más completo y

diversificado (podría decirse que procrea varios perfiles no siempre paralelos) en mi Diario (segundo volumen de estas Memorias). Según mis informadores, cuando este mallorquín llegó como Gobernador a Barcelona en 1951, tenía un pensamiento político limitado a unas cuantas ideas rudas y represivas, autoritarias y simples, aproblemáticas y arcaicas. Aquí cambió algo, no mucho, pero lo que cambió era significativo, no sólo en pensamiento sino también en carácter: se hizo más civilizado, un hombre más receptivo a la complejísima realidad social y cultural barcelonesa a la vez local y cosmopolita (cherchez la femme). Al cesar en el gobierno civil de Barcelona, Acedo fué nombrado Delegado del Estado en la Compañía Telefónica. Casi veinte años más tarde ese mismo empleo recibió Sánchez Terán, ya en Régimen democrático, después de vivir la Transición en la barcelonesa Plaza de Palacio.

El teniente coronel de Estado Mayor B. Barba Hernández, tuvo también un secretario político que merece la atención de la micro-Historia, el abogado, descendiente de una conocida familia 'carlina', J.C. de Sobregrau. Yo conocí a J.C. de Sobregrau dos decenios más tarde, en 1966, porque, por recomendación de otro abogado, se encargó de mis asuntos mientras yo estaba en América del Sur trabajando para un organismo científico del Estado francés. Sobregrau era (o así me lo pareció) un honesto profesional de la abogacía. Tenía un bufete un tanto anticuado en la calle Trafalgar. Era hombre abierto al diálogo, con quien se podía discutir de todo excepto de religión. Portador de un integrismo macizo, expresaba reservas sobre la orientación dada a la Iglesia Romana por el entonces novísimo Concilio Vaticano Segundo. Aparte este matiz, era indudablemente un hombre más inteligente que el gobernador Barba Hernández, el cual dejó mal recuerdo en Barcelona por dos causas:

- primera, su conspicuo anacronismo político, sin comprender que hacía tiempo que el General Primo de Rivera había muerto;

- segunda, su insensibilidad para los problemas sociales, las condiciones de vida de la clase obrera, la dureza de la existencia cotidiana, los abusos sobre el vecindario por las grandes compañías de servicios públicos (de capital privado), la libertad de los estraperlistas para cualquier clase de

negocio.

En una época en que los gobernadores civiles eran como virreyes, responsables de todo problema de la sociedad civil, Barba Hernández actuaba según pautas administrativas y defensivas, no creadoras ni participativas, aislado de la ciudad. /+/ .

Por el contrario, J.C. de Sobregrau gozó de cierta libertad al contribuir, aunque fuese sólo en función consultiva, a la autorización de una cantidad de actos culturales en catalán, creación y convocatoria de premios literarios (privados, como el Joanot Martorell), reediciones y nuevas ediciones de libros en catalán, música coral catalana, representaciones de teatro, etc., hasta el punto de que Nestor Luján escribe en el número XIV de Leonardo: las Ideas y las Formas que "en 1946 se inicia una nueva etapa de la literatura catalana" (revista citada, pag. 154, hacia el final de su comentario a una nueva edición del Viatge a Catalunya de Josep Pla). Esta etapa de libertad cultural no duró mucho, tanto por causas económicas (la terrible crisis de 1948-1949) como porque el sucesor de Barba Hernández en el gobierno civil, un médico de Zaragoza, Baeza Alegría, se hallaba animado por ideas todavía más simples que aquél, se rodeó de profesionales de la ya fosilizada burocracia falangista, caciques municipales, y además algún paisano suyo, gente sin talento, sin categoría, y sin amor por el país.

Baeza Alegría terminó en 1951 su gestión en el gobierno civil de Barcelona con una auténtica tragedia personal, la cual, a la luz de la micro-Historia, entra en la clasificación de tragicomedia gruesa y colectiva, híbrido de picaresca hispánica y de revuelta popular. El ingenio ciudadano, rebosante de hastío por la mala gestión, la inflación, el hambre, le organizó al gobernador una especie de vaudeville de arrabal, una liaison con una cupletista de gran éxito en el Paralelo. Fué una de las cosas más originales, sorprendentes, espontáneas, y al mismo tiempo crueles, que ha producido esta ciudad en toda su historia. El lector debe remitirse a las páginas de mi Diario que hablan de la huelga general de 1951. Al paso de los años sigo creyendo que fué algo espontáneo, aunque tengo muy presente aquel dictum de Lenin que, cuando

/+/ Barba Hernández dejó un libro titulado Dos años al frente del Gobierno civil de Barcelona; cito de memoria, libro desaparecido de mi biblioteca (en este país no se deben prestar libros: no te los devuelven) y desaparecido de la circulación.

le dijeron que en no sé qué ciudad había estallado una huelga espontánea, dió un puñetazo sobre la mesa y exclamó: ¡No hay huelgas espontáneas! Pero es que hacía falta ser un genio de la organización para obtener los resultados barceloneses de 1951, y sinceramente, los partidos políticos entonces en la clandestinidad eran algo folklórico, unas tertulias de nostálgicos, incapaces de acción colectiva.

Otro gobernador civil que tuvo, esta vez en el largo plazo, un mal final, fué Correa Veglison. Este hombre reunió por vez primera en Barcelona (27 diciembre 1940) los cargos de gobernador civil y jefe provincial de FET y de las JONS, que antes habían estado separados entre, respectivamente, Wenceslao González-Oliveros (un profesor de filosofía de la Universidad de Salamanca, convertido en gobernador civil de Barcelona por una ocurrencia, al parecer, del propio Franco) y Demetrio Carceller Segura (de quien he hablado bastante; era un ingeniero industrial graduado en Tarrasa, falangista ya antes de la Guerra civil). Correa Veglison llegó a Barcelona procedente del gobierno civil de Gerona, donde estuvo muy poco tiempo, y por tanto ignoro si le cabe alguna responsabilidad en el fusilamiento del periodista y escritor catalán Carles Rahola (uno de los atropellos singulares, individuales, injustificables incluso en tiempo de guerra). Alguien me dijo que fué el alcalde de Barcelona, Mateu y Fla, quien sugirió a Franco que Correa sería un buen gobernador. El personaje ha sido objeto de interpretaciones opuestas e incompatibles por quienes, decenios más tarde, pudieron informarme sobre él. Era un ser complicado. Hay quien le atribuía un carácter muy individual, más bien raro, con rasgos religiosos místicos, buena fé en asuntos sociales y un sentido no hipócrita de la justicia social, honestidad personal, capacidad para ser obedecido; y hay quien me lo describió como un fascista fanático, pro-nazi, lleno de ambición política, demagogo entre adolescentes de las clases bajas afiliados (aunque solo fuese por el pan y las lentejas) a la Organización Juvenil, un intrigante, y luego, desengañado ya del Régimen, profesional de consejos de administración y negocios en la periferia del Poder. En el decenio de 1950 un conocido canónigo barcelonés, con alguna autoridad en el Arzobispado y muy presente en asuntos políticos, incluso clandestinos, me dijo que la religiosidad de Correa Veglison, solitaria y mística (o pseudomística) despertaba desconfianza entre "els capellans catalans". Esto no es sorprendente, porque la reedición literaria y retórica del misticismo castellano de cinco siglos antes, fué una de las cosas que ni podía caer bien en Cataluña ni podía ser tomada en serio.

Como le oí una vez a Joan Estelrich (todavía joven), éso del misticismo es asunto de habitantes de mesetas áridas y desérticas o de arenales africanos; en los vergeles mediterráneos tenemos religiones con alimentos más jugosos. (Esto no le impidió al ex-dandy, cuando entró en años, interesarse por los místicos rusos). Cuando yo fui redactor-jefe de la Enciclopedia Política Argos, el director de esta obra, que quedó inconclusa e inédita, Santiago Nadal, opinaba pestes de Correa Veglison. Hacia finales de 1943 el gobernador le envió por quince días a la cárcel de la calle Entenza, sin procedimiento judicial alguno, porque Correa había encontrado abominable un artículo de Santiago Nadal en el semanario Destino y una nota suya de política internacional en La Vanguardia, más bien pro-británicas, anti-nazis, y sugeridoras de que la Segunda Guerra Mundial la iban a perder las Potencias Totalitarias. Nadal corrió el riesgo de pasar meses en la cárcel, si no se hubiesen movilizado en su favor, frente a la arbitrariedad gubernativa, el ex-alcalde Baron de Viver, el ex-presidente de la Diputación, Conde del Montseny, y otras personalidades.

Creo que puede decirse con certidumbre que Correa Veglison autovaloraba altísimamente su gestión en Barcelona de 1941 a 1945 inclusive, estaba convencido de que él había realizado "la adhesión de Barcelona al Régimen", y en consecuencia estimaba que el Régimen, y el General Franco en particular, nunca se lo habían agradecido. Que el desenlace de la Segunda Guerra Mundial y sus relaciones con falangistas y sindicalistas profascistas, le convertían en un personaje molesto, es cosa que no debió comprender con la necesaria transparencia. Entre 1946 y el Plan de Estabilización de 1959-1960 Correa Veglison no tuvo (si estoy bien informado) cargo político alguno de importancia, excepto el de Consejero Nacional del Movimiento por designación del propio Jefe del Estado. (Supongo que ese cargo, por lo demás sin ninguna autoridad ni poder, le correspondía ya de oficio, en cuanto ex-gobernador de Barcelona, así como un escaño en las Cortes). En mi Diario Correa apenas es citado y las pocas veces lo es retrospectivamente, porque pertenece a un periodo anterior al hábito juvenil de llenar cuadernos con referencias a la vida pública de la semana o del mes. Ahora bien, después de un periodo de interdicción de residencia en Barcelona (creo que por decisión de alguna autoridad militar que suponía que Correa conspiraba con otros viejos falangistas) en

marzo de 1966 reaparece en esta ciudad como miembro del consejo de administración o 'Junta rectora' (sic) de una entidad bancaria, la así llamada Caja de Crédito Popular de Cataluña. Esta entidad se proponía ser una especie de Banco de la pequeña y mediana empresa. La Vanguardia de 23 marzo 1966 dedicó al asunto, y al propio Correa, cierto relieve tipográfico (casi una página íntegra). No muchos años más tarde, Correa era expulsado del Movimiento, detenido por unas horas en Madrid, y procesado. Ignoro más detalles porque en aquella época (1972) yo vivía en París y la noticia la recibí oralmente por una estudiante catalana que había venido a graduarse en la Sexta Sección de la École des Hautes Études.

Diez años más tarde oí una interpretación de esta definitiva ruina personal y política. Carrero Blanco y Correa Veglison eran ambos nativos de La Montaña santanderina, de villas próximas, y sus respectivas familias, clase media-alta acomodada, no siempre habían estado en buenas relaciones. Al parecer, Carrero Blanco (que ya en 1937 era secretario político del General Franco en Salamanca, y que contribuyó a la caída y encarcelamiento del jefe falangista de izquierda populista, Hedilla, oriundo también de Santander) odiaba a Correa Veglison, considerándolo otro hedillista en potencia sino en acto. Cuando Correa se metió en negocios capitalistas, Carrero Blanco lo hacía vigilar constantemente, hasta que los amigos de Correa comprendieron que éste tenía el dudoso privilegio de ser objeto de la enemistad del Vicealmirante y ya, de facto, Primer Ministro. Si esta descripción es correcta, entonces cabe aplicarle al caso el dictum francés rural: La vengeance est un plat qui se mange froid... .

Correa Veglison debía ser hombre portador de atributos poco ordinarios: despertaba en otras personas, bien fascinación, bien repulsión. Hacia 1952 o 1953 un empresario textil catalán que había leído uno de los libros de éxito escritos por el Dr Gregorio Marañón, la biografía de Enrique IV de Castilla, me dijo que Correa tenía rasgos, en lo físico y en lo psicológico, afines a aquel monarca. Como nunca leí las, por

esos años, muy apreciadas investigaciones histórico-literarias del Dr Marañón, he de limitarme a dejar constancia de aquel juicio (emitido por un empresario de cultura y poco proclive a decir cosas al azar). En el mismo periodo o a la mitad del decenio de 1951 oí palabras de casi devoción hacia Correa Veglison por parte de un maestro de primaria y de unos oficinistas de clase media-baja los cuales, siendo adolescentes, le habían conocido en funciones de Jefe provincial de Falange. Correa se personaba en los así llamados 'cuarteles' o en los campamentos campestres del Frente de Juventudes (ersatz de los Scouts del periodo republicano), hablaba con los muchachos, les estrechaba la mano, se interesaba a veces por sus problemas, compartía el comedor con ellos, los adulaba y los amestraba con un lenguaje quasi religioso y a la vez cívico, hacía leer en voz alta, en torno a la mesa, algun párrafo patriótico del Joven Mártir José-Antonio. Eran unos años, 1943-1944, en que el país estaba en paz, fuera corría una guerra espantosa, el hambre (la de 'los rojos') había quedado atrás, la otra (la de Franco) estaba aún por venir, el campo producía de nuevo, un país que ya no estaba dejado de la mano de Dios, un país que podía haber seguido siendo el primero del mundo si no hubiera sido por la mala voluntad de los protestantes, los revolucionarios franceses, y finalmente los comunistas. Los chicos de origen obrero o menestral que nunca habían tenido un contacto humano con el poder político, procedentes de familias humilladas por la Guerra Civil, quedaban subjetivamente impresionados para mucho tiempo. Era algo patético registrar este fenómeno, más psicológico que ideológico, diez años después.

Está por escribirse un tratado sobre la socialización política de les pauvres d'esprit. Aunque, pensándolo mejor, acaso sería demasiado peligroso ~~.....~~ dada la tradicional astucia y vileza de los políticos del país, entonces y ahora. No conviene ilustrar a las zorras; sobre todo si es inútil tratar de ilustrar a las ovejas.

Pues había otra cara de la moneda. Y es que la gobernaduría de Correa Veglison en Barcelona coincidió, en parte, con la presencia en la Capitanía General de la Cuarta Región Militar, del General Moscardó. Este caballero ya había dejado triste memoria en Soria, a donde llegó en 1938 como jefe de la Segunda Brigada (Soria-capital nunca había tenido, hasta entonces, guarnición permanente . Lo que explica tantas cosas de la sociedad civil de la ciudad. Obispado lo tuvo muy tarde, en 1959, por decisión de Juan XXIII, que instaló allí

al titular de la sede de Osma). El General Moscardó adoptó en Barcelona la tendencia contraria a sus predecesores, a saber, conmutar sentencias de muerte de los tribunales militares. Había en la ciudad, en 1943, la impresión de que se estaba fusilando todavía a presos que en 1940-1942 habrían sido indultados. Si esta percepción correspondía a los hechos o no, es problema de investigación histórica cuantitativa. Años más tarde se me dijo que probablemente era cierto que bajo la capitania-general de Moscardó, se fusiló a más gente de la necesaria (sic), pero que ésto era disculpable por el pasado personal del General (que había perdido un hijo en el Alcázar de Toledo en circunstancias lamentables) y porque en 1943 era claro que las Potencias del Eje iban a perder la Segunda Guerra Mundial y aquí, en España, había que atemorizar ya de entrada a los partidarios de la revancha. Se me dijo también que el Gobernador Militar de Barcelona, un catalán, el General Coll Fuster, consiguió **influir positivamente** en conmutación de sentencias, evitando fusilamientos tardíos. En todo caso, tanto Correa Veglison como miembros conspicuos de las clases altas, se inhibieron de todo aquello con perfecta tranquilidad de espíritu, o hipocresía, con el argumento "no es asunto mío, es cosa de la jurisdicción militar".

Así volvemos ahora a la macro-Historia.

Hay una pregunta que surge casi inevitablemente cuando se considera la serie de los gobernadores civiles de Barcelona. Limitándome al tiempo que cubren estas Memorias, tenemos: un profesor de Filosofía con pretensiones de lingüista; un falangista populista con una baja graduación militar; un teniente coronel de Estado Mayor; un médico en ejercicio privado de la medicina y con poco historial político antecedente; un general del Cuerpo Jurídico del Ejército del Aire con un curriculum impresionante como fiscal militar ya desde los episodios revolucionarios de 1934. ¿Qué criterios se seguían para la designación de gobernador en la ciudad y provincia más importantes del país desde el punto de vista económico y civil? ¿Había una distribución alternativa entre militares y civiles, o entre la Secretaría general del Partido Único y el Ministerio de la Gobernación? ¿O se trataba, como tantas otras cosas en el país, de nombramientos improvisados, en función de una circunstancia y de los personajes disponibles? ¿Hasta qué punto intervenía en la decisión final el propio Jefe del Estado?

Deberíamos tener ya respuestas relativamente satisfactorias a estas preguntas, como fruto de la investigación historiográfica. Pero no las tenemos. Hay solamente indicios de que a partir de 1940 los Ministros Secretario-General, por una parte, y de Gobernación, por otra, llevaban al Consejo de Ministros sus respectivas propuestas para cubrir un gobierno civil vacante, o bien se habían puesto previamente de acuerdo sobre la misma persona, y el General Franco era quien decidía en última instancia. Pero hay asimismo indicios para suponer que, a la lectura de algun informe del servicio de información militar, era el propio Jefe del Estado quien decidía el cese de un gobernador civil y tenía preparado, in mente, su sucesor. En los gobiernos civiles de poca importancia, eran más bien los ministros quienes se ponían de acuerdo. Y así existieron 'abonados' a la rotación de un gobierno civil tras otro, circulando por la Península, como fué el caso de Fermín Sanz Orrio (hasta que llegó, ya tarde, a Ministro de Trabajo, 1957). Por conversaciones de Gual Villalbí con unos periodistas en 1964, en su Tarragona nativa, sabemos que los Consejos de Ministros eran a veces muy largos, duraban más de un día, y Franco se hacía explicar en detalle cuestiones técnicas, o bien aplazaba hasta el día siguiente una decisión para que dos, o más de dos ministros, concertasen una posición o una decisión. En cierto modo aquéllo debía ser una especie de traducción hispánica de una técnica japonesa: no hay decisión sobre un punto crucial sin previo consenso de todos. Ahora bien, las explicaciones de Gual Villalbí pertenecen a una época tardía, cuando Franco (que no sabía una palabra de economía) se encontró frente al alud de legislación que trajo consigo el Plan de Estabilización y los convenios con el Fondo Monetario Internacional /+/. No sabemos si este modus operandi era ya el mismo en el decenio de 1941-50 y en los años inmediatamente antecedentes y posteriores. Parece plausible establecer que, en el caso de Barcelona, González Oliveros y Baeza Alegría

/+/. El ministro de Hacienda de la época (1959) Mariano Navarro Rubio, tuvo que explicar un día en Consejo de Ministros (si mi información es correcta) por qué las empresas estatales (INI) o para-estatales (Renfe, etc) que recibían préstamos, subvenciones, o créditos, bien del Tesoro, bien del Ministerio de Hacienda, bien del Banco de España, estaban obligadas a pagar intereses. Parece que Franco no entendía bien esta necesidad económica, aunque entendía la posible pertinencia de la obligación jurídica. Su argumento era: si el prestador y el prestatario, son el Estado, ¿por qué el Estado se ha de pagar intereses a sí mismo?

fueron designados gobernadores civiles precisamente porque eran civiles y por elección del propio General Franco entre otros candidatos eventuales. Ambos fueron un fracaso. Wenceslao González-Oliveros se paseaba por la ciudad con un carnet y un lápiz anotando rótulos públicos y privados, anuncios comerciales, nombres de bares, restaurantes, cinemas, etc., que estuviesen en catalán, francés o inglés. A él se debe que la clásica palabra francesa internacional restaurant recibiera el regalito de una e final transformándose en restaurante, que el cinema Maryland pasase a llamarse Cine Plaza, y que el salón del Hotel Ritz conocido de siempre por el Grill fuera bautizado en cristiano como La Parrilla del Ritz. Además este hombre, que más entrado en años hizo una carrera pedagógico-burocrática en el Consejo Nacional de Educación y como Procurador en Cortes, escribía en un castellano tan barroco y complicado que resultaba a veces ininteligible. Recuerdo a mi padre hacia finales de 1939 o principios de 1940, bajándose los lentes hasta la punta de su nariz, con La Vanguardia desplegada, y murmurando con perplejidad: No sé si ésto está escrito en serio o si es una payasada.

Por lo que concierne a Basza Alegría, parece cierto que abandonó el gobierno civil llorando. La ciudad le era demasiado grande. Su gran vanidad personal, con rasgos de donjuanismo, había hecho de él una especie de enemigo público número uno, pero no en el sentido trágico, sino en el grotesco.

Así aconteció que Franco dejó al ministro de la Gobernación, Blas Pérez González, la designación del sucesor de Baeza Alegría. La ciudad no le vino demasiado grande al General Acedo Colunga. Este era un hombre de envergadura, una fuerza de la Naturaleza, capaz de visitar en pocas horas, en una misma mañana, mercados donde faltaban patatas, la estación de Francia para devolver gratis o a cargo de la Renfe, a la Andalucía nativa, a trenes de inmigrantes en busca de trabajo, la Universidad si había alguna osadía estudiantil demasiado ruidosa, la playa de la Barceloneta para imaginar lo que sería "su" Paseo Marítimo, telefonar a Madrid para que un barco con cereales que venía desde el otro lado del Atlántico fuese desviado desde Cádiz a Barcelona ya que él no podía garantizar que a la semana siguiente se cociese pan en los hornos de la Ciudad Condal por falta de trigo, etc etc. Era un hombre que quería estar en todo y que además creía que era su deber, como autoridad paternalista, estar en todo. (Véase la página que le

dedicó La Vanguardia, 26 de septiembre de 1965, cuando murió súbitamente, en San Sebastián, por un infarto de miocardio. Es una página de antología, citas del New York Times, una foto aérea del Paseo Marítimo, y un editorial titulado "La honestidad". Un texto impactante, porque revela el autoengaño del periodista y, a través de él, podemos profundizar en el autoengaño del propio General Acedo. Había llegado a Barcelona como un Intendente en la Monarquía Absoluta francesa y se iba en plena expansión urbana, entonces llamada neo-capitalista, con los grandes planes urbanísticos del Alcalde Porcioles ya en marcha o esperando los dineros de Madrid. Los inmigrantes llegaban a miles cada semana, y por doquier había obras públicas y privadas, enormes bloques de viviendas, que aunque años más tarde resultaron de pacotilla sirvieron de momento para dar techo a los desgraciados y para enriquecer a las constructoras...). Un observador perspicaz me dijo que entre 1951 y 1956 Acedo Colunga había sido "el burro de carga" y que el verdadero gobernador de Barcelona era el ministro del Interior, Blas Pérez González. Es probable que hubiese mucho de verdad en este juicio. El ministro de la Gobernación conocía muy bien Barcelona. Había sido aquí profesor de la Facultad de Derecho hacia el final de la Monarquía, Decano o Vicedecano en funciones de esa misma Facultad, profesor de Derecho civil en la Universidad Autónoma de Barcelona bajo el rector Bosch Gimpera, era republicano, tenía buenas relaciones con abogados y juristas barceloneses (como los Trias de Bes)... ¿Cómo un hombre con esta biografía, además no falangista, no adherido a partido político alguno, llegó a ser, de 1942 a 1957, durante quince años, el férreo ministro del Interior, la personalidad-clave en la seguridad y en la inmovilidad del Régimen de Franco?

Si éste fuese un país normal europeo tendríamos ya libros, biografías, tesis doctorales, sobre personajes como éstos, similares a los ^{textos} que se han producido en Francia sobre figuras de la colaboración con los alemanes, miembros de la milicia de Vichy, ministros de Pétain, biografías ciertamente críticas pero escritas con una curiosidad a la vez histórica, política, y humana. Pues no es solamente un problema del maniqueísmo permanente en la vida pública del país. Es también un problema de curiosidad, y por tanto, de niveles de lenguaje y de conocimiento. Si digo que Blas Pérez González hizo durante quince años la sale besogne que convenía al Régimen en general, y al Jefe del Estado en particular, y que fué porque ambos coincidían en un lema director, Quieta non movere, planteo las cosas en

otro nivel de lenguaje que las Historias en venta. Trato de técnicas del poder. Algunas clásicas de siglos. Los hombres pasan; ellas no.

II. 3. 1. A). - En Pere Corominas . -

En el texto se dice que con la llegada de la Segunda República, Corominas había evolucionado hacia la izquierda. En rigor debería decirse que había evolucionado por segunda vez hacia la izquierda, pues en sus años de adolescencia y juventud parece que tuvo implicaciones, no meramente literarias, con el movimiento anarcosindicalista existente ya en Cataluña. Fué uno de los abogados defensores de F. Ferrer y Guardia. Luego, como Eugenio d'Ors y muchos otros intelectuales, se acomodó bastante bien con la situación de orden y prosperidad durante la dictadura de Primo de Rivera. En 1966 hice un par de visitas al Casal Catalá (el republicano, pues había otro que era franquista) existente en Buenos Aires, c. Chacabuco 863. Don Pedro Corominas había muerto en la capital argentina en 1939. Allí un exiliado ya anciano me dijo unas palabras un poco fuertes sobre la inocente complacencia que los catalanes de principios de siglo habían tenido con los anarquistas y sobre la eventual reproducción de ese error por parte de nosotros, la generación mucho más joven.

II. 3. 1. A) . - Populismo y discrecionalidad gubernativa. -

En el sentido técnico y moderno el concepto 'populismo' define las características comunes a un grupo de regímenes políticos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en particular en Iberoamérica (aunque también en Egipto se ha definido al régimen de Nasser como un populismo). La incorporación de las masas obreras y campesinas al sistema político mediante organizaciones pseudodemocráticas, la industrialización por substitución de importaciones, la concentración del poder en manos de un líder plebiscitario, y decisiones aparentemente antioligárquicas, anticapitalistas, o contra las élites territoriales o nacionales arcaizantes, son algunos de los atributos analíticos que concurren en el concepto de populismo. Este concepto ha sido aplicado también al Régimen de Franco en uno de sus periodos claramente diferenciable, el así llamado de la época azul. Esta implicación suele hacerse en base a las tendencias obreristas de una parte de la Falange, eventualmente asumidas por el aparato gubernamental.

La gestión social (más social que política) de algunos gobernadores civiles admite muy bien ser definida con el término actual de populismo (entonces no en uso). Fué uno de los rasgos que contribuyeron al creciente distanciamiento, primero, y a la hostilidad después, de empresarios y de propietarios respecto a la nueva oligarquía política.

Un gobernador civil claramente populista fué, en Barcelona, el General Acedo Colunga. Y ésto paradójicamente si nos atenemos a la dimensión ideológica, ya que Acedo sentía algun furor contra aprendices sindicalistas y falangistas obreristas. La esfera de acción del populismo era más difusa, más general, menos clasista, y más orientada contra las viejas, impotentes e inorganizadas, fracciones de la burguesía propietaria tanto urbana como rural. Un cumplido ejemplo es el caso de los deshaucios. Durante la Segunda República el problema de los deshaucios, en plena crisis económica, había revestido caracteres graves, sino por la magnitud cuantitativa de las masas afectadas, sí por la publicidad de los conflictos y porque muchas veces las partes antagónicas habían estado vinculadas por relaciones sociales personales más típicas de la sociedad tradicional que del capitalismo anónimo y salvaje. Esto vale para los deshaucios rústicos y asimismo para los urbanos. En los Juzgados de Barcelona los deshaucios urbanos de obreros

durante la época republicana (pre-guerra civil) eran fuente de incidentes, objeto de eco en la prensa de izquierda y en los partidos políticos (los cuales no estaban entonces aislados, como están ahora, de los problemas cotidianos y más angustiosos de la gente sin recursos). A los juicios de deshaucio enviaban los abogados a sus jovencísimos pasantes recién salidos de la Facultad. El juicio de deshaucio era para ellos la primera experiencia del mundo judicial, y un instrumento de endurecimiento. Con la desaparición de la propiedad privada quedó abolida aquella manifestación jurídica de un problema que era social y no solamente económico. El asunto volvió a plantearse bajo el franquismo. Hay que distinguir aquí dos cosas. Para el Régimen, dados los contextos de origen de sus mayores autoridades, era la violencia colectiva rural latente un problema mucho más importante que la violencia individual urbana. Acabar con la violencia rural siempre latente tenía prioridad sobre el problema de los desheredados urbanos. La incoherencia de políticas, digamos paliativas, fué menor en el primer ámbito que en el segundo. El Régimen intentó tener una continuidad política en los complejos problemas de los asentamientos rústicos, mediante una legislación profusa, renovada con frecuencia, y que quería ser paternalista para los pequeños cultivadores de clase media-baja. La escasez de alimentos, la fácil colocación de cosechas, y la compra oficial garantizada por organismos como el Servicio Nacional del Trigo, contribuyeron a la calma social en medio rural tanto como las medidas jurídicas sistematizadas en torno a unas pocas ideas simples, fundamentalmente la prórroga forzosa de contratos. Otro carácter tenían los problemas en las grandes urbes. Desde el final de la Guerra civil se consideró que el deshaucio era, en principio, un problema de orden público (sic). Ávido de reconquistar, para un bloque conservador en el poder (i.e., antes, en rigor, de la época azul propiamente dicha, la cual solamente empieza a finales de 1940 como mimesis del triunfo en Europa de las Potencias fascistas), el Régimen impuso de facto un congelamiento de contratos, dejándose las decisiones a la discrecionalidad de cada gobernador civil. Consideradas las cosas desde el punto de vista legal, el problema alcanzó un momento crítico en 1947 (i.e. transición de la época azul a la católica integrista). El Consejo de Ministros decidió desautorizar al gobernador civil de Madrid, el cual había impedido, de facto, el cumplimiento de una sentencia de deshaucio dictada por un Juez de la capital. El Gobierno decidió dar

la razón al juez y a la propietaria del edificio, y estimó que no era ya pertinente el criterio de problema de orden público que había aducido el gobernador civil. (Cf. la argumentación que ocupa las págs. 6898 - 99 del Boletín Oficial del Estado de 29 de Diciembre de 1947: "Decreto por el que se resuelve el recurso de queja de la Audiencia Territorial de Madrid contra el Gobernador civil de la provincia por invasión de atribuciones"). Este documento necesita ser interpretado en el contexto de la época, todo y siendo expresión de los laberintos políticos e intelectuales de sus redactores: mediante una reiterada errata de fecha, dan como legislación franquista una que era de la Segunda República.

La discrecionalidad política del gobernador civil era una de las condiciones necesarias para la adopción de decisiones de tipo populista. Otra condición era la confusión de poderes en la figura del gobernador; y desde este análisis, queda claro que el gobernador civil, como figura política fundamental en cada provincia, era la antítesis del Prefecto en el régimen administrativo francés. Los Prefectos eran (son) funcionarios altamente profesionalizados, dotados de una gran cultura jurídica y administrativa, salidos de instituciones formativas ad hoc.

El Régimen franquista inició precisamente en 1947 un largo proceso de cosmética institucional, pero hasta octubre de 1958 no legisló de modo jurídico-administrativo y organizativo sobre los gobernadores civiles, mediante un Decreto que el Prof. García de Enterría estimaba, en alguno de sus puntos, "de dudosa legalidad".

Las tendencias a acciones de tipo populista exigían no solamente la discrecionalidad y la confusión de poderes, sino asimismo que éstos fuesen muy extensos. El ejemplo paradigmático lo dió en Barcelona el General Acedo Colunga. Enfrentado al problema de la vivienda, la deterioración del hábitat urbano, la clausura de la ciudad en sus límites de 1936 a causa de la siniestra coyuntura económica, el General Acedo empezó tomando medidas de facto contra los inmigrantes andaluces, devolviéndolos por la fuerza a sus lugares de origen. El diario madrileño 'Pueblo' tomó el asunto en su mano señalando que la movilidad territorial de los españoles no podía ser abolida, y mucho menos por actos de fuerza sin base legal alguna. El periódico falangista barcelonés 'Solidaridad Nacional' desarrollaba por su cuenta una crítica social, dirigida nominativamente contra el Alcalde Simarro. Este había sido objeto inicialmente del apoyo del General Acedo, el cual llegó a imponer una multa

al diario que era, oficialmente, el órgano nacional-sindicalista en Barcelona . También el semanario Destino desarrollaba desde 1951 una campaña contra el Alcalde Simarro, en particular por tres problemas: accesos a Barcelona, alojamiento, barracas; esta campaña culminó con una especie de juicio global, individual y personalizado, contra Simarro, en el editorial de Néstor Luján publicado en 16 de febrero 1952: "Al doblar la esquina: Ante el Congreso Eucarístico". El gobernador civil salió en defensa del Alcalde y en vez de sancionar al semanario Destino consideró, tres días más tarde, que los burócratas del Movimiento eran una víctima más aislada, dócil, y sin solidaridades públicas entre las clases medias y la burguesía. Así el periódico falangista se vió multado el 19 febrero por un pequeño artículo titulado "Las censuras al Municipio y sus censores", como (dice el texto oficial) "acto contrario al orden público y al prestigio de la Autoridad que encarnan los Excmos Ayuntamiento y Alcalde de Barcelona, a los que afecta y menoscaba" (sic. Cf. Solidaridad Nacional, 19 y 20 febrero 1952). Sin embargo, poco después el General Acedo fué distanciándose del Alcalde Simarro, en particular desde que una fundación privada, de directa inspiración en el Obispado, emprendió colecta de fondos y obras para paliar el problema de la vivienda. Las llamadas "Viviendas del Congreso" , un nuevo barrio en el área septentrional de Barcelona que entonces era poco menos que un mero descampado con famélicas cabras y ovejas adornando el paisaje, fueron la consecuencia de aquellas iniciativas eclesiásticas. Entonces el General Acedo decidió hacer también algo en el problema de la vivienda, para las clases sociales propiamente marginadas y lumpen. Desde 1953 empieza una expansión urbana de la ciudad que fué de naturaleza jurídica y empresarial diferente de lo que años después todas las grandes urbes han conocido por la acción de los promotores inmobiliarios. Pues la figura del promotor inmobiliario, con sus rasgos bien definidos y actuales, no existía. Se trataba más bien de adjudicatarios de obras con dinero público; ésto es, un negocio con escaso riesgo. No es sorprendente que algunos de los productos finales fuesen, como dije antes, de pacotilla.

Lo dicho hasta aquí ilustra las complejidades del populismo y la selectividad política de éste respecto a diversos públicos. Abusando de su posición central en el escenario cívico, el General Acedo trataba de jugar con ellos como un gato con ratones indefensos. En noviembre de 1952 tuvo un conflicto con el "Gremio de confiteros" (los propietarios o vendedores de pastelería y dulces) porque éstos cobraban el peso de las bandejas (que por entonces no eran todavía de cartón prensado sino de al-

-gun material más duradero y de más precio) conjuntamente con el peso de los dulces. El Gremio se defendió por el método de preguntar al cliente si quería los dulces en bandeja o sin, y si quería la bandeja, la cobraba aparte. Entonces el General Acedo publicó una nota en la prensa (cf. La Vanguardia, 30 noviembre 1952) en la que decía que al fin y al cabo los dulces los compran las clases pudientes (sic!) y que si éstas no querían defender sus derechos, allá ellas. En la misma nota, en la cual anunciaba que se querellaba contra el corresponsal en Barcelona del diario parisino Le Monde (por el asunto de La Víspera, una publicación clandestina imitando a La Vanguardia en formato reducido)⁺ el General Acedo realizaba una sorprendente radiografía de sus métodos de "energía suave y limitada" (sic). Y por lo que atañe al problema de la vivienda concluía diciendo:

"La propiedad urbana tan sistemáticamente castigada no tiene en mí un atacante sino un regulador que, fiel a la doctrina del abuso del derecho que constituyó la tesis doctoral del gran mártir Calvo Sotelo, limita solamente el caso del propietario que atenta a la comunidad, pero está presto a defender los inalienables y necesarios derechos de la propiedad individual, encarnados en la misma condición humana".

Muestra antológica de los escritos del personaje (y de la superficialidad de sus conocimientos históricos, pues Calvo Sotelo había gozado raras veces -- excepto en los meses inmediatamente anteriores al estallido de la Guerra civil-- de las simpatías de la burguesía barcelonesa). Los comportamientos sociales (más sociales que políticos en sentido estricto) de autoridades gubernativas que, fuese por convicción personal, por ambición de crearse unas clientelas o unos públicos adictos, o como medida de prevención para evitar alguna alteración del orden público, caracterizan una de las épocas del Régimen franquista, implicaban a su vez que el gobernador civil tuviese que ser una especie de forcené combatiendo cada día contra algún hecho imprevisto: los precios de las patatas, los abusos de la compañía del gas en sus relaciones con los consumidores, o la autoliberdad que se había otorgado algún periodista. Implicaba asimismo algo que

=====

+ / Sobre esa publicación clandestina, véase mi resumen en En Menos de la Libertad, Barcelona, 1989, editorial Anthropos, pags. 102-104 .

ha sido apenas mencionado (y mucho menos estudiado), y es que ese tipo de gobernador civil no era recibido en la privacidad de las casas de la alta burguesía o de la aristocracia, ex.gr. para cenas en la residencia principal, fines de semana en el campo, etc. Y no porque estas familias no fuesen franquistas (lo eran cuasi incondicionalmente, en la medida en que este adverbio es aplicable a la política); es que los señores de esa clase social tenían sus contactos directos con Madrid e incluso con El Pardo, y no necesitaban pasar por el intermedio de un gobernador civil populista, siempre acosado por problemas de cuyo origen él no era responsable y que afrontaba de modo más o menos pintoresco. En Barcelona al General Acedo le costó bastantes años traspasar esa barrera social, por el lado alto de la pirámide.

En fin: es obvio que el populismo pertenece a una época en que la urbanización era mucho más intensa que la industrialización. Por ello no solamente en Barcelona, sino también en otras ciudades españolas, ex.gr. Sevilla, en el decenio de 1951 a 1960 la gestión del gobernador acaba ejemplificándose en la aparición de nuevos barrios de viviendas. Una parte considerable de esta población se ocupaba en la propia construcción y en servicios personales tradicionales (i.e., servicio doméstico); la ocupación mayoritaria en la industria corresponde a un decenio más tarde.

Está por escribirse, que yo sepa, una historia a nivel micro de lo que fueron políticas del suelo, políticas de urbanización, y planes nacionales y locales, para paliar los problemas de vivienda, durante los tres primeros decenios de existencia del Régimen del general Franco. En la medida en que tuve que ocuparme del asunto, de modo un tanto retro, en el decenio de 1955 a 1964, esa historia es algo asombroso por sus contradicciones y por la multiplicidad de centros de decisión. Algunos espíritus críticos pudieron manifestarse ya en la época, sobre todo con el cambio de gobierno en 1957 que permitió una mayor libertad de expresión (siempre que el opinante fuese un técnico). Es sumamente útil leer el extenso prefacio que el prof. Manuel Perez Olea (bien conocido en Barcelona) escribió para la edición en español del libro de Peter Self Los problemas del crecimiento urbano, Madrid, 1958, Instituto Estudios Políticos. Ese prefacio contiene una crítica profunda, a veces dura, de las políticas urbanísticas del Régimen, así como de la mimesis tendente a aplicar a Barcelona disposiciones que tenían como efecto hacer de Madrid una megalópolis con suburbios mal integrados, mal comunicados, y reserva de terciarios poco calificados.

En lo que concierne a la documentación sobre Barcelona hay que examinar la prensa de la época, a nivel anecdótico como la sección titu-

-lada 'La Calle' del periódico falangista Solidaridad Nacional, que describía a veces con documentos gráficos algunas de las miserias urbanas de principios del decenio de 1950, y a nivel doctrinario o ideológico nada anecdótico, los artículos de abogados, publicistas, ex-políticos demócrata-cristianos (como Baldomero Argente) en La Vanguardia. Medidas como la municipalización o intervención de solares dentro del casco urbano para evitar la especulación salvaje, fueron auspiciadas mucho antes de que los poderes públicos intentasen ponerlas en práctica (cf. por ej. el art. 'Tres fórmulas' de Baldomero Argente en La Vanguardia, 16 diciembre 1952)

Una documentación de interés histórico, aunque ya algo tardía, cubriendo el problema para los años 1956 a 1962, se encuentra en Ministerio de la Vivienda, Secretaría General Técnica, Las necesidades de vivienda en Barcelona y su comarca, documento 45/62, Madrid, con mucha información estadística y sociológica que no se ceñía a problemas de vivienda.

====

II. 3. 1. A). - Fórmulas versus periodización . -

Ya Pierre Vilar al publicar la cuarta edición de su Histoire de l'Espagne (Paris, 1958, Presses Universitaires de France) demostró la necesidad de periodizar diversas fases en la historia del régimen del general Franco (cf. Op. cit. pag. 124 y sigs). Esta técnica es algo más que un recurso formal; responde a cambios substantivos en la naturaleza misma del objeto histórico. La periodización debe corresponder a sucesivas cogniciones no arbitrarias. Obviamente, en las antípodas de ella se encuentran las fórmulas simplificantes y generalizadoras. También en Francia, en el decenio de 1951 a 1960, hubo los publicistas que abusaron ad nauseam de etiquetas cada vez que se referían al Régimen del general Franco. Una de esas etiquetas reunía tres términos: modo de producción feudal, fascismo, y militarismo. Hoy es posible percatarse, ya de entrada, de que se trata de una superchería con apariencia marxista, en la cual unos términos sumamente extensos y llenos de dimensiones contradictorias, dispensan del ejercicio científico del pensamiento.

El daño que ha hecho, para el análisis histórico, la mala lectura de Marx, es patente en este caso. En su prefacio a la primera edición de El Capital Marx había escrito que en el análisis de las formas económicas no es posible emplear el microscopio ni reactivos químicos. La capacidad de abstracción, decía, ha de substituir esos instrumentos. Y poco después añadía que estaba escribiendo para lectores motivados en aprender y con capacidad de razonar por sí mismos.

A lo que parece, por capacidad de abstracción los scidisant marxistas entendieron echar mano de nociones o de conceptos susceptibles de tomar la apariencia de fórmulas como en las ciencias 'duras' (el abuso de MPF, MPC, aplicadas al buen tun-tun) y a la vez útiles semánticamente por su indefinida extensión. En aquel mismo texto Marx había escrito que era fácil dar nombres a los grandes conjuntos, pero que lo cognitivamente interesante era analizar las células. Sus verbales, falsos discípulos de apenas un siglo después, ignoraban lo que era particularizar cada objeto histórico, construyéndolo por análisis. Así las etiquetas lo mismo podían aplicarse a España que al Japón (e incluso arrastraban un poco de verdad en el caso del Japón, pero no en el de España. ¿Dónde estaba aquí el Modo de Producción Feudal?).

El artilugio metodológico alcanzó el absurdo cuando los soi-disant marxistas periféricos y provincianos se pusieron a copiar y radicalizar las etiquetas de los expeditivos y poco autocríticos franceses. Así hacia 1972 o 1973, cuando yo estaba en la que todavía era Sexta Sección (Ciencias económicas y sociales) de la École des Hautes Études en Paris, un investigador francés interesado por temas españoles me habló de un texto (que yo no llegué a leer) que versaba sobre 'el modo de producción extremeño' (sic!), modelo analítico -- creía el joven autor-- a añadir al modo de producción asiático, el antiguo, el feudal, y el capitalista. Enfrentado a las perplejidades observacionales de su región, con terratenientes arcaicos, pequeños campesinos, braceros sin tierra, campos de algodón subvencionador con dinero estatal, y desmotadoras catalanas in situ muy rigurosas a la hora de modernizar, calibrar la calidad, y comprar la materia prima textil, el aspirante a sociólogo se había inventado una nueva forma, pintoresca, de generalizar y de particularizar.

Ahora bien, hasta lo grotesco puede ser significativo. Y es que no era suficiente periodizar en etapas nada arbitrarias la historia política, superestructural, del Régimen del general Franco. Esta era la periodización de una colosal ficción institucional. Debajo de ella y de la aparente unidad social, política, e incluso sociológica y económica, se escondían realidades disjuntas, entes sociales regionales muy diferenciados entre sí. La estructura de clases sociales, los sistemas de estratificación y de movilidad social, los medios, fines y usos de la dominación social y patrimonial (distinta de la estrictamente política) eran (y siguen siendo) diferenciables en algunas grandes unidades analíticas. Así había, al lado de la historia periodística de la ficción institucional, la verdadera historia con tempos propios, clases dominantes distintas, modos y valores de concebir la vida que estaban separados por abismos en el tiempo y en el espacio, comportamientos culturales antagónicos, recíprocamente no comprensibles para los propios actores. Cada gran formación social tenía su propio tempo, incluso en la demografía.

Esto ya era visible en los simples estudios de demografía urbana que en el decenio de 1941 a 1950 y primera mitad de este último publicaba la Revista Internacional de Sociología, del Instituto Balmes del CSIC, en particular sobre datos de Madrid y Barcelona. Hay un corto periodo en que todo aparece como congelado por la miseria, y Madrid y Barcelona tienen una tasa bruta de natalidad bajísima

(relativamente hablando a los precedentes de principios de siglo) con 16.1 por mil para Madrid y 14.5 por mil para Barcelona (año 1951, excluidos, creo, los llamados hechos transeuntes). Pero en pocos años Madrid cambia y dispara su natalidad hasta alcanzar 26.6 por mil de tbn (que era el indicador estadístico entonces usado) ya en los primeros años del decenio de 1961, mientras Barcelona queda fijada en torno al 15 por mil. Muestra de una sociedad todavía recluida sobre sí misma a pesar del cambio de coyuntura económica, poco confiada en el futuro, con unas clases medias más bien escépticas, un patriciado que ha desaparecido como tal (aunque sigan existiendo las familias, los patrimonios, y los herederos: sus comportamientos no constituyen clase: hay los individuos, no los hechos).

Esta morosidad catalana hasta los primeros años del decenio de 1961, si bien sobre todo visible en los dos decenios anteriores, fué objeto de algunos comentarios, quizá tardíos (cuando el fenómeno empezaba a desaparecer, pero era más impactante a la observación ingenua por el contraste) en textos sobre la ciudad de Gerona publicados en el semanario Destino, bajo el lema común Gerona ciudad dormida. (Véase, ex. gr., el art. 'Panorama de una ciudad', por Romano -- pseudónimo de M. Brunet, Destino, 26 julio 1952, hasta las cartas al director, Gerona ciudad dormida, Destino, 28 febrero 1959).

Un libro lleno de información de interés sociológico sobre el tránsito de los decenios de 1920-1930-40 a la situación del decenio de 1950 en su primera mitad, se encuentra en los tres vols. de Josep Lladonosa, La ciutat de Lleida, Barcelona, 1959, ed. Barcino. Hay datos que producen una mezcla de tristeza y consternación, indicadores de la stimmung de toda una sociedad sui generis: las casas de juego y la prostitución clandestina, la caída vertical de los alumnos en la Escuela Normal del Magisterio: 250 varones y 285 muchachas en el año 1930, 128 varones y 304 muchachas en el curso 1951-1952, etc (cf. Op. cit. vol. III, pag. 72, cap. 'L'ensenyament').

En otros términos: también dentro de Cataluña había diferencias vitales e intelectuales de cierta intensidad, tanto como pudiese haberlas entre Andalucía oriental y Andalucía occidental.

Tanto más necesario, para una labor científica, era establecer, ante el mosaico español, modelos analíticos que no quedasen recluidos en la cronología institucional. (Cf. mi ponencia Crise de la société rurale espagnole, Centre de Sociologie Européenne, Paris, para el seminario en Dubrovnik, doc. ix-1965).

Con lo dicho queda clara la miseria intelectual de esas simplificaciones que liquidan el Régimen del general Franco en: periodo azul, periodo tecnocrático, neo-capitalismo. Y tan frescos.

II. 3. 1. B) . - Los casos incausados del idealismo lite-
 - rario.

Desde 1942 hasta 1955, aproximadamente, hubo en Barcelona, entre los lectores de clase media alta, alumnos de Filosofía, muchachas ociosas de familias ricas, críticos literarios, nurses inglesas e irlandesas, y también no pocos varones burgueses de todas edades, una singular fascinación por las obras de dos novelistas ingleses, traducidas por la editorial J. Janés, a saber, Maurice Baring y Charles Morgan. Este fenómeno de subyugación idealista creo que fué únicamente barcelonés. En Madrid y en Zaragoza encontré algunas muchachas y algunas madres de muchachas que habían leído a Baring, sobre todo la novela simplemente titulada 'C', publicada por Janés en dos volúmenes. Pero a Charles Morgan creo que no lo leyó nadie, o casi nadie, en la capital y en otras ciudades mesetarias. Es probable que hubiese en Valencia-ciudad admiradores de Charles Morgan, otra fascinación más susceptible de ser explicada a causa de la relación intelectual de Charles Morgan con el escritor y místico valenciano Miguel de Molinos. De la obra fundamental de éste, titulada Guía espiritual del camino interior del alma (primera edición publicada por Fray Juan de Santa María en 1675), se hicieron dos ediciones modernas, ambas antes de la Guerra civil, a saber: la de Rafael Urbano (Barcelona, 1906), y la del prof. E. Ovejero y Maury (Madrid, 1935) ⁺. Es posible que desde finales del siglo XIX hubiese habido tanto en Barcelona como en Valencia algunos pequeños clanes elitistas, no necesariamente intrauniversitarios, interesados por el neoplatonismo de origen inglés, el cual incluía un singular, extravagante, culto molinosista. Tal vez una burguesía decadente de fin de siglo encontraba un cierto deleite en el quietismo, y esta actitud espiritual se repite durante los dos primeros decenios del régimen de Franco, cuando había en España una orquestación delirante de los místicos castellanos. Cuando yo hice, años más tarde, unos extramural studies en Cambridge, paso para mi admisión como investigador en la École des Hautes Études en Paris, descubrí que en Inglaterra había existido una moda molinosista por obra del traductor de Molinos, J. Henry Shorthouse, autor de

⁺ - El título exacto de esta última edición dice: Guía espiritual que desembaraza el alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz; Madrid, Biblioteca de Filósofos Españoles, 1935.

una, en su tiempo, muy famosa novela, John Inglesant (1882). En los decenios de 1920 y de 1930 Charles Morgan aparecía, según creo, como un continuador de aquella fuente, con un desarrollo intelectual, filosófico, y unas dimensiones aristocrático-eróticas, que probablemente estaban solamente in nuce en los precedentes históricos. Dicho esto, cabe adelantar ahora la hipótesis de que la fascinación por las novelas de Morgan entre algunos colectivos burgueses e intelectuales en Barcelona, correspondiese a los elementos siguientes, algunos de los cuales son instrumentales:

-- Asumir un tipo de religiosidad, digamos mediterránea, que era la antagonista a la sequedad del misticismo castellano.

-- Una especie de snobismo pro-inglés en unos decenios en que el mundo oficial español había sido, con pocas excepciones, indiscriminadamente germanófilo.

-- Un fuerte elitismo, en el sentido de distanciamiento cultural y moral (no sólo económico y social) respecto a las clases bajas.

-- Un modo sutil de rebeldía contra la iglesia católica tradicional, pues al fin y al cabo Molinos había sido un conspicuo heterodoxo.

-- En fin, por parte de jóvenes burgueses de ambos sexos, y de algunos varones burgueses, millonarios, libertinos ya maduros, un instrumento para seducir muchachas dentro de la misma clase social, llevándolas a relaciones eróticas, rodeadas de una curiosa, fascinante, palabrería idealista.

-- En un contexto de gran pesimismo ambiental, de un escepticismo humano correlato de la pérdida del protagonismo social y político, se da tanto en Barcelona como en Buenos Aires (como atestiguan reflexiones de Jorge Luis Borges) una aceptación de la filosofía de Schopenhauer, enmascarada estéticamente por el neoplatonismo. Y en esa circunstancia de descreimiento en la delirante iglesia oficial, de renuncia al combate político burgués, y de provincianismo o de marginalidad, resulta que el sexo adquiere una preeminencia particular. Not the fruit of experience, but experience itself is the end, había escrito Walter Pater, otro de los grandes cantores de la secta.

Más tarde hubo en Barcelona adictos de Charles Morgan por otra razón: éste fué presidente del PEN CLUB internacional protector del PEN catalán. Terminaré esta nota recordando que Morgan inventó el término, hoy de moda, the Permissive Society (véase Reflections in a Mirror, second series, Londres, 1947, Macmillan, pag. 221 y sigs).

II. 3. 1. C) . - Las empresas alemanas en España. -

Supongo que en Alemania se debe haber escrito alguna, o más de una, disertación doctoral sobre el caso de las empresas alemanas incautadas en España al final de la Segunda Guerra Mundial. Mis jóvenes camaradas de estudio, o de infancia, que eran pro-alemanes (no necesariamente pro-nazis) pronunciaban de vez en cuando gritos de indignación. Pues no pocos personajes del Régimen, no solamente falangistas y militares sino también negociantes, importadores y exportadores, intermediarios bancarios, etc., habían vivido desde 1936 de dinero alemán. El asunto muestra que el Régimen se plegó por entero a las presiones de los Estados Unidos (Francia y el Reino Unido jugaron papeles muy reducidos), las cuales fueron conducidas con el estilo que en el lenguaje de la diplomacia internacional de la época se definía como 'a trote de caballo'. Por una Ley de 17 julio 1945 el Estado español se incautó no únicamente de los bienes del III Reich en España sino también de todas las personas jurídicas alemanas, quedando bienes, inmuebles, fondos bancarios, etc., inmovilizados. Un Decreto-Ley de 23 abril 1948 dispuso la enajenación de la mayor parte de las inmovilizaciones. Y pocos días después un Convenio Internacional de 10 mayo 1948 estableció la expropiación de los bienes alemanes en España en beneficio de los Estados vencedores en la Segunda Guerra Mundial. El texto íntegro (versión inglesa) de ese Convenio se publicó en The Department of State Bulletin, Washington, vol. XVIII, num. 463, 16 mayo 1948, pg.653.

Diez años más tarde los ministros de Asuntos Exteriores Castiella y Von Brentano negociaron un Convenio de restitución parcial (mínima) y tardía, y se desbloquearon algunos bienes que todavía habían escapado a la apropiación americana. (Convenio hispano-alemán de 8 abril 1958, completado por protocolos adicionales, publicados en Boletín Oficial del Estado, Madrid, 26 junio 1959).

A finales del decenio de 1951-1960 las participaciones alemanas más conocidas, por su magnitud, en Cataluña, eran una de la Krupp en 'La Maquinista Terrestre y Marítima', las del Commerzbank en el Banco Comercial (antes Banco Alemán) Transatlántico, las editoriales Labor y Herder, una empresa de rodamientos a bolas, etc. Además de la revista del Ministerio de Comercio Información Comercial Española, es útil consultar la sección ad hoc en la obra Le Marché Espagnol, Paris, 1961, Centre National du Commerce Extérieur, un trabajo muy com-

-pleto, lleno de datos sobre España, cuya segunda edición fué dirigida por un jurista barcelonés entonces en el exilio, Ramón Viladés.

II. 3. 2. B) - El Instituto de Economía Iberoamericana.

El intento de dar nueva vida (1954) al Instituto fundado por los mejores dirigentes económicos de la Lliga Regionalista durante la época de esplendor y prosperidad coincidente con la dictadura de Primo de Rivera, fué un intento que fracasó por una razón crucial: el Instituto de Barcelona se hubiese convertido, de hecho, en un satélite del centro de estudios del mismo nombre creado en 1950 en Madrid por Alfredo Sánchez-Bella (centro que más tarde alcanzó renombre cuando se incorporó a él un catedrático, Prados Arrarte, que había sido del Partido Comunista de España y vivía en el exilio en México).

La fracción de la Lliga Catalana dirigida en Barcelona por Narciso de Carreras hizo fracasar las negociaciones con Madrid, a pesar de la buena voluntad inicial.

II. 3. 2. B. g) - Ref. bibl. Manuel de Torres. -

Véase la obra publicada póstuma Relaciones estructurales y desarrollo económico: las tablas Input-Output como instrumento para la programación económica de España, Madrid, 1960, Organización Sindical, pag. xviii. Manuel de Torres había sido director del Instituto Valenciano de Economía y colaborador del centro de Sanchez-Bella arriba citado en diversos seminarios internacionales e iberoamericanos.

II. 3. 2. B. f) - "Cervantes era conocido por el Manco de Trafalgar".

Los primeros indicios de la hecatombe educacional coincidente con la masificación de la enseñanza media desde mediados del decenio de 1951 a 1960 y el hundimiento de los niveles cualitativos en el acceso a la universidad, aparecieron en la prensa de manera más bien anecdótica. No hubo una reflexión sobre el problema porque en aquel periodo las distancias en educación pública entre España y el resto de países del Occidente europeo podían medirse, de modo impactante, por meros indicadores cuantitativos. Recuerdo bien que el diario Pueblo de Madrid publicó (debía ser hacia 1954 o 1955) que un profesor de bachillerato madrileño, hablando de los Premios Nobel españoles, tan escasos en materia científica, citó como ejemplo el de "Don Ramón y Cajal" (sic! El profesor no sabía que el eminente biólogo se llamaba don Santiago).

Este peccadillo no es nada comparado con lo que vino después. En Barcelona La Vanguardia empezó a editar desde 1963 un suplemento semanal de educación, y allí empezaron a salir cosas alucinantes, casi todas sacadas de exámenes escritos de final del que entonces se llamaba bachillerato superior o de pruebas de ingreso en la universidad, e incluso de exámenes trimestrales universitarios.

"Leer un examen trimestral universitario es una experiencia desalentadora, deprimente. A veces cree uno hallarse en presencia del archivo de un demente. Aparte las faltas de ortografía (...) resulta casi imposible hallar unas líneas correctamente escritas sin faltas de sintaxis y de léxico. Y no digamos nada de la concatenación de ideas, de la forma de razonar, de encadenar los razonamientos". (Editorial en el suplemento citado, bajo el título "Algo funciona mal", La Vanguardia, 25 abril 1965).

Otros autores verdaderamente asustados lo que hicieron fué copiar 'perlas' (véase "Otra vez exámenes", La Vanguardia 19 julio 1964; "Las perlas de otoño", La Vanguardia, 25 octubre 1966, entre otros muchos textos de tipo similar). "Fenicia estaba en el norte de Italia, entre los rios Tigris y Eufrates". "La Iliada la escribió Arquímedes en hebreo". And so on. Algunos de estos textos ocupan media página entera de La Vanguardia. Yo no vivía entonces ya en España; los recortes los debo a antiguos colaboradores(-as) de la época en que hicimos, con dinero francés, las investi-

-gaciones sobre el empresariado catalán y sobre la crisis de la sociedad rural. Al parecer, según me escribieron, hubo una reacción corporativa de los docentes y cayó el telón del absoluto silencio. Lo que importaba era cerrar cuantitativamente el hiato estadístico entre España y Europa en cuanto concierne a bachilleres superiores y licenciados universitarios por cada 100.000 habitantes.

Ciertamente que existían reacciones elitistas (en el sentido restrictivo, corporativo, o pseudoaristocrático) que no tocaban la médula del asunto, i.e., la bajísima calidad de los docentes y la suma permisividad de los exámenes. Cuando, en agosto de 1965, se legisló sobre la Enseñanza Técnica Superior, hubo una reacción de alumnos de buenas familias madrileñas habituadas al numerus clausus en las privilegiadas Escuelas de Ingenieros. Una hoja clandestina en cyclostyl protestaba contra la plebeyización de la enseñanza y sugería que en lo sucesivo a cada niño español se le diese al nacimiento, al ser inscrito en el "registro civil, algun diploma universitario, acompañado desde ya con una tarjeta que dijera "Obsequio del Caudillo".

Años más tarde, cuando yo estaba en la Sexta Sección de la École des Hautes Études en Paris, y cada mes de septiembre recibía, mediante entrevista personal, los estudiantes que venían a hacer un doctorado, me tocó en dos casos pasar por la penosa circunstancia de rechazar a estudiantes cuyos expedientes universitarios españoles estaban llenos de sobresalientes, pero que no sabían definir qué es un concepto y cuáles son las reglas de una construcción conceptual.

Yo no podía entonces imaginar que con el transcurso de otros quince años, también Francia quedaría herida por el proceso: "Napoleón descolgó el teléfono y llamó a Blücher: Dáte prisa, estoy en dificultades".

Claro es que en Francia el asunto toca colectivos, poblaciones, situadas en un nivel mucho más bajo. Es característico de las clases medias de un país periférico convertir en central lo que en el país central es payasada ocasional o marginal. Ahora la hecatombe alcanza hasta los privilegiados entre los periféricos. Cuando escribo esto oigo por una FM de Barcelona, en el texto previo a una audición del Don Juan de Mozart, que el argumento se remonta a una pieza de teatro de Zorrilla (sic). Al parecer en

// FINAL DE LA NOTA SOBRE HECATOMBE CULTURAL //

esta emisora saben muy bien en qué siglo vivió Mozart pero no han mirado ni un diccionario para ver cuándo vivió el tal Zorrilla. Y desde luego, nunca han oído hablar del Maestro Tirso de Molina ni del teatro del Siglo de Oro español. Bien es verdad que, como dice un refrán italiano Il ridicolo non ha mai ucciso nessuno.

Pasa a 299 .

I I . 3. 2. B. g) - La razón racional, pragmática, burguesa, a menudo voz en el desierto.

En otros lugares he descrito (+) hasta qué punto a finales de los años cuarenta y durante todo el decenio de los cincuenta hubo en Barcelona profesionales liberales que, si bien no compartían los archipublicitados principios fundamentales del Régimen, deseaban mejorar la gestión pública e iniciar un proceso, que sería irreversible, de transformación institucional y política. Harry W. Richardson dice sólo una parte del fenómeno cuando habla de profesionales liberales dispuestos a colaborar técnicamente, pero no políticamente, con el Régimen (++). Pues había una motivación que no era mera negatividad, sino que quería positivamente que se echasen al basurero de la Historia algunas dimensiones políticas del Régimen; si bien ésto había que hacerlo sin recurrir a la violencia. Estos trabajos intelectuales presentaban dos rasgos:

a) eran habitualmente colectivos, pequeños grupos de cuatro a seis personas, no necesariamente de la misma ideología o de las mismas aspiraciones finales; por ej., yo estaba bastante más a la izquierda que otros con quienes colaboraba. Dado que eran trabajos gratuitos, espontáneos, cívicos, o como se quiera hoy definirlos, había que distribuir los esfuerzos para que fuesen económica, individualmente, posibles. Lo que tiene su importancia en una coyuntura de escasez y de empobrecimiento casi generales.

b) el producto final solía ser, o bien un texto para impresión en la clandestinidad, o bien un documento largo, bizantino, sofisticadamente razonado, que se enviaba a intermediarios políticos residentes en Madrid. (En algunos casos, a la secretaría de Don Juan de Borbón que funcionaba en Estoril).

(+) - Esteban Pinilla de las Heras: "La investigación paralela: un testimonio crítico, 1949-1984", en la obra colectiva Dibujo de España, B. Oltra comp., Instituto de Estudios Juan Gil Albert, Alicante, 1987 (pero no aparecido hasta principios de 1989). En Menos de la Libertad, Anthropos, 1989.

(++) Harry W. Richardson, Política y planificación del desarrollo regional en España, versión española, Madrid 1976, Alianza Universidad.

Es obvio que eran puntos de vista burgueses, y más concretamente los pertinentes para intereses de la burguesía industrial catalana, los que llegaban a expresarse o transmitirse en escritos de esa naturaleza. Ahora bien, la defensa del interés particular era entonces conciliable con la reivindicación del interés público. Lo cual acontecía cuando se visualizaban los problemas desde una lógica de Estado, antagonista de la lógica de supervivencia del Régimen.

Siendo muy fuertes las percepciones o representaciones de un proceso de descapitalización (dificilmente mensurable con rigor dada la precariedad estadística en la época) una de las cuestiones cruciales era la irracionalidad en el uso de los fondos públicos. Cuando se publicaron las bases para la Reforma Fiscal de 1957 el jurista Antonio Muntañola (auxiliar de Pi y Suñer en la cátedra de Derecho administrativo) publicó un extenso comentario en la Revista Jurídica de Cataluña.

"Uno de los extremos de la Ley que sólo elogios puede merecer, es que parece proponerse establecer la unidad de caja y la unidad de presupuesto, poniendo coto a la más que excesiva multiplicidad de cajas y presupuestos autónomos que en 1954 ascendía nada menos que a 992. Esta orientación se deduce del contenido del art. 39 de la Ley, que autoriza al Ministro para convenir con los organismos autónomos (...) la determinación de bases imponibles (...) arbitrarios, cánones, y otras exacciones que perciban. De llevar a feliz término este propósito, la tributación subyacente entrará en (...) desaparición, como demanda la técnica moderna". (Antonio Muntañola, "Algunas consideraciones sobre la reforma tributaria", en Revista Jurídica de Cataluña, año LVII, num. 1, pp. 22 - 23; el subrayado en el original).

La reivindicación de la unidad de caja para todo el Estado (ya positivamente legislada en 1908 y, como de costumbre, incumplida) se acompaña del interés particular de ver desaparecer la pequeña, incoherente, antieconómica, burocrática, selva fiscal de exacciones y tributos fijados arbitrariamente por una cantidad de organismos y que eran la plaga de las empresas, no sólo en Cataluña pero sí especialmente aquí dada la riqueza y complejidad de las funciones económicas y la diversidad de sus sujetos.

Una Ley de 26 diciembre 1958 estableció normas para el cumpli-

-miento de aquellas buenas intenciones. Ahora bien, mediante la simple lectura de los índices alfabéticos de la Colección Legislativa de España se constata que el Gobierno se encontró con el no pequeño problema de clasificar y recolocar a los funcionarios de organismos suprimidos. Todavía en 1974 el rubro "Organismos Autónomos" cubría (en el índice general de la Colección Legislativa) nada menos que 98 items. Y ésto a pesar de las enérgicas críticas que sobre el problema había publicado, algo más de un decenio antes, el Informe sobre España del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRD: versión española, revisada por el Banco Mundial, Madrid, 1962, Oficina de Coordinación y Programación Económica, pags. 150 y sigts., donde habla de casi 1600 organismos autónomos con un abanico caótico de fuentes de ingresos propias). Hacia el final del Régimen fué necesaria una Ley de 21 junio 1975 para dar empleo al personal con carrera universitaria e integrado en escalas especiales.

La sensibilidad barcelonesa sobre este tema procedía ya de mediados de los años cincuenta, y se comprende en la medida en que una parte de aquellos organismos percibían tasas y arbitrios no sometidos a aprobación ni fiscalización legislativas. Tal como dije en el texto, teníamos una carencia dramática de información sobre los ingresos y gastos del Sector público; los Presupuestos generales del Estado cubrían solamente una parte de la demanda de información. Dado que el Régimen no promulgó una Ley de asociaciones hasta 24 de diciembre de 1964 (implementada y desarrollada en Barcelona un año más tarde, véase Boletín Oficial de la Provincia de Barcelona, Año XXVII, num. 293, 8 diciembre 1965), los juristas y economistas que deseaban estudiar públicamente estos problemas debían hacerlo constituyendo algún centro de estudios puesto bajo el teórico, formal, o retórico manto, de las organizaciones del Movimiento. Así a raíz del Plan de Estabilización de 1959 aparece en Barcelona (o tal vez se le da nueva vida) una soi-disant Cámara Político-Jurídica. Este ente organiza unas conferencias en el Fomento del Trabajo Nacional, y entre ellas es de destacar la que da don Segismundo Royo Villanova (entonces Rector de la Universidad de Madrid) sobre reforma de la Administración Pública (cf. La Vanguardia, 26 abril 1960). Allí se hizo una radiografía de la situación de la Administración, con

198 Cuerpos diferentes de funcionarios civiles del Estado.

"El régimen actual de la función pública no cuida de mejorar la formación del empleado civil después de su ingreso al servicio del Estado. Con lo cual el funcionario se convierte en un empírico sin aspiraciones y sin curiosidad" (La Vanguardia, 26 abril 1960).

Cuatro años después, en trabajos que han quedado inéditos, yo proponía la simplificación de los Cuerpos de funcionarios civiles del Estado a dos grandes colectivos: a) el de funciones técnicas superiores, diferenciado internamente por sus especializaciones y competencias; y b) el general administrativo, diferenciado jerárquicamente por la organización misma. Y doce años más tarde, regresado al país, volvía a sugerir esta necesidad. Los partidos políticos entonces ya operantes a la luz pública no querían ni hablar, empero, de racionalizar la Administración. Lo que querían era tener cada uno su mayor clientela de funcionarios posible.

++++++

I I. 3. 2. B. g) - Algo más sobre dinero .

Una de las consecuencias que se extraen de la lectura de tantos documentos de la época, es que muchos problemas de naturaleza económica, y en particular los financieros, estaban ya sobrediagnosticados. Lo que explica quizá, al menos en parte, el éxito del Plan de Estabilización de 1959, en el cual la participación catalana no fué pequeña. Hubo transitoriamente una conjunción de intereses y de percepciones entre ciertos miembros del Poder ejecutivo y la burguesía industrial y financiera. Coyuntura de ruptura con la burocracia y de saneamiento monetario, hasta que la burocracia retornó a su poderío gigantesco, enmascarado por la producción de informes más literarios que técnicos. Balzac en su tiempo (1835) había visto lúcidamente: los hombres de Estado se caracterizan por pensar y aplicar fórmulas precisas en todos los casos, con métodos análogos a los de jueces o médicos. La burocracia, en cambio, produce a lo sumo disertaciones. Es un poder gigantesco mis en mouvement par des nains (+).

Hay que añadir que en Barcelona podían decirse y publicarse análisis que en Madrid hubiesen sido altamente impertinentes o bien ociosos, porque nadie hubiera prestado atención. Y que este entorno algo más inteligente estimulaba también a los miembros del Ejecutivo. Véase este texto, declaraciones del entonces Ministro de Hacienda, Mariano Navarro Rubio, en privado, recogidas un mes más tarde para publicación en una nueva revista barcelonesa, Fomento de la Producción, num. 1, diciembre de 1960, pag. 5 :

(*) H. de Balzac, Les employés, Paris, reed. 1876, Calmann Lévy, sobre todo pags. 138 a 143, una serie de reflexiones actuales y antológicas sobre hombres de Estado, burócratas, mediocridad general, hipertrofia del intervencionismo gubernativo, aristocracia parásita, y carrerismo de parvenus. Resultado de una educación mediocre que produce tant d'ambitions et si peu de capacités (p. 131).

"El problema de la Banca española ha venido consistiendo (...) en la existencia de una gran cantidad de dinero en cuentas corrientes que excedía de sus necesidades de comercialización. El flujo del dinero a las cuentas corrientes ha venido siendo muy superior al que la Banca necesitaba para el giro comercial. Naturalmente, lo empleaba en la financiación de empresas, la inmensa mayoría de las veces en la financiación de sus propias empresas. Este procedimiento ¿es incorrecto? En absoluto, no. Yo, que he creído que en España no podemos llevar a ultranza la especialización de la Banca, porque no hay un volumen de negocio suficiente (...) opino que no podemos generalizar en sentido estatutario la división de funciones de la Banca. Entiendo, por el contrario (...) que debe ser una Banca mixta. Sin embargo, hay un momento a partir del cual la Banca mixta pasa de ser ortodoxa a ser heterodoxa, y es cuando capitaliza más allá de su capital y reservas, o sea cuando emplea recursos ajenos en su capitalización. Este fenómeno (...) exige una política de drenaje de las carteras de valores hacia las sociedades de inversión (...) Precisamente la consigna del Ministro a la Banca para que no compre más valores, ha producido la conocida estrechez de nuestras Bolsas. Las Bolsas se podrían ensanchar cualquier día; bastaría con decir a los Bancos que ampliasen su cartera de valores, tal como muchos Bancos sin duda desearían. Pero sería un ensanchamiento artificial (...) Estas son las razones que indujeron al Ministerio a dictar la Ley de sociedades de cartera..."

Las palabras del ministro iban, en parte, contracorriente de uno de los clichés de opinión del momento, a saber, que había que forzar la máxima especialización posible de las organizaciones bancarias. Este es un país de modas y clichés con poca coherencia lógica: quienes sostienen hoy una cosa, dicen lo contrario (a veces sin percatarse) uno o dos años más tarde. Más genuina y permanente era por entonces en Barcelona la preocupación por el funcionamiento, expansión, y accesibilidad a actores privados, del mercado de capitales. En agosto 1959 tuvo lugar en la Facultad de Derecho un seminario internacional sobre relaciones entre Poder ejecutivo, Bancos centrales responsables de políticas monetarias, y mercado de capitales. A este coloquio aportaron ponencias varios especialistas norteamericanos. Hay que tener presente, para comprender los juicios y opiniones de la época, que se creía que el Estado era un distorsionador del mercado y un actor excesivamente presente. No había estudios sobre la Deuda pública como los que se publicaron más tarde: véase por ej. en la revista Anales de Economía, segunda época, los estudios en la materia de Gabriel Solé Villalonga (octubre 1963), Antonio Sanchez-Pedreño (julio-septbre 1963), Ana Martínez y Tomás Méndez (Abril-Junio 1964).

Parte Tercera.

Differentia specifica

Aujourd'hui, notre société, dernier terme de la civilisation, a distribué la puissance suivant le nombre des combinaisons, et nous sommes arrivés aux forces nommées industrie, pensée, argent, parole. Le pouvoir, n'ayant plus alors d'unité, marche sans cesse vers une dissolution sociale qui n'a plus d'autre barrière que l'intérêt.

B A L Z A C, La Peau de chagrin.

Cette civilisation prend la division infinie pour le progrès.

B A L Z A C, Les employés .

III. 1. - La travesía del desierto, segunda etapa.

A) . "Esto es la soberbia española elevada al cubo". -
 Recuerdo la frase porque tanto mi padre como yo soltamos la carcajada. Era un día ya de otoño. Estábamos paseando los tres, mi padre, su primo hermano que después sería mi tutor, y yo, por el principio de la Dehesa, después de haber ido a visitar a un pariente nuestro que era contratista de obras y vivía en el Espolón al lado del edificio de Telégrafos. Allí tenían abierta la radio (era mediodía) y desde Radio Madrid alguien había soltado uno de los discursos delirantes que se oían por entonces. Era el año 1941. El Tercer Reich había invadido ya Rusia Blanca y Ucrania y se esperaba la derrota total de la Unión Soviética para antes de finalizar el año. El General Franco se había convertido en el gran precursor de la cruzada mundial anticomunista. Los Estados Unidos y el Japón todavía no habían entrado en guerra; de hecho, en Berlín seguía abierta la Embajada americana. Según parecía deducirse, era la Divina Providencia la que estaba obedeciendo las premoniciones, o las ideas, del Caudillo Franco, y no exactamente a la inversa.

Don Antonio, mi futuro tutor, había sido apasionadamente republicano, admirador (como mi padre) de Fernando de los Ríos y del Profesor Besteiro, sin por ello afiliarse al PSOE. Maestro de primaria, llegó a ser inspector y profesor en la Normal del Magisterio en Soria. Era un hombre alto, recio, aristocrático en su aspecto, con un rostro que recordaba de modo impactante por la afinidad, los retratos de Bismarck de antes de la Guerra franco-prusiana. Era, o había sido, un afrancesado. Había viajado varias veces a París, la última de ellas llevándose a su único hijo, Urbano (que en 1941 iba y venía entre Barcelona y Las Palmas, según los azares de su trabajo o la imposibilidad de romper una liaison con una mu-

-jer canaria). Este afrancesado cuyo modelo humano, intelectual, cultural, social, político, y nacional, era el instituteur francés de la Tercera República, positivista y laico, centralista y pedagogo de una civilización que no podía ser más que francesa, era paradójicamente un aficionado a la opereta vienesa. Y a veces insinuaba curiosas reflexiones sobre matices o argumentos que a mi padre, o a la viuda Herbst (si era durante una comida en mi casa) y desde luego a mí mismo, nos hubiesen pasado desapercibidos. Cuando Pygmalión pide a Venus que quite la vida a Galatea y vuelva a convertirla en estatua, había allí algo más que un recurso teatral. El desconocido noble austríaco que había ideado el argumento de Die schöne Galatea poseía, sin duda, una profunda sabiduría de los desengaños humanos: hay cosas, quasi-seres, que es mejor que permanezcan como símbolos inanimados (lo cual no quiere decir muertos), pues es sumamente peligroso darles vida y libertad.

Racionalizaciones. Este afrancesado había sufrido cuatro golpes para él muy duros:

- un matrimonio con una mujer enérgica y mandona, maestra de primaria como él, nativa de La Puebla de Montalbán;
- la desintegración lamentable, sangrienta y circense, del proyecto ideal, intelectual, de Segunda República;
- el retorno absoluto, tiránico, inquisitorial, del dogmatismo de los curas, el cual convertía en superfluos, o en quasi-delincuentes, a los maestros laicos;
- en fin, la inesperada, alucinante y súbita, caída de Francia en junio de 1940.

Don Antonio había venido varias veces a Barcelona, ya antes de la dictadura de Primo de Rivera y, sobre todo, durante la Exposición de 1929. Entre los recuerdos que conservaba estaba un grueso catálogo, un verdadero peso fuerte bibliográfico, sobre El Arte en España, una muestra antológica que creo que se exhibió en el Palacio Nacional de Montjuich. Simpatizaba con los afrancesados barceloneses, que por entonces eran muchos. Nunca había viajado ni a Roma ni a ningún otro punto de Italia (y en esto se diferenciaba de los barceloneses para los cuales Italia, incluso bajo Mussolini, era una experiencia necesaria). Hablaba siempre en voz baja y fría, pues había sido operado de la garganta y llevaba una prótesis gutural. Pero sus frases podían ser, y lo eran cuando estaba indignado, cortantes, secas, agudas y terribles. Contra los curas. Contra el señoritismo madrileño y

más en particular contra el andaluz. Contra la subcultura de la guitarra y de la frase. Contra los clanes de mujeres ociosas de clase media, víboras de sacristía, lenguas expertas en la difamación. Contra los militares dedicados a intrigar unos contra otros. Contra la pérfida Albión, compradora de lealtades de políticos corrompidos, fuese en Madrid o en Sevilla, siempre orientada a hacer de España un satélite político, una especie de Portugal-Bis. Admirador de la ciencia que él creía pura y dura, experimental y positiva, era soberbiamente despectivo con el charlatanismo y sobre todo con el que se practica al amparo de la universidad. En conversaciones en privado era asimismo un patético y reiterativo enemigo de las cuatro profesiones que él juzgaba culpables de la destrucción del país: periodistas, abogados, políticos, y curas. "Todos esos cuyo negocio consiste en una habilidad en manejar palabras".

Con ésto queda suficientemente sugerido (para quien sepa leer) que don Antonio reunía en su cerebro algunas cosas muy lúcidas y también no pocas contradicciones. Allí yacía la probabilidad de ser a la vez un hombre anti-Régimen y un sobre-estimador de ciertas cualidades personales del General Franco. Esto lo habíamos visto ya en 1939, en nuestro primer viaje de retorno al pueblo después de la Guerra civil. Resultó que valoraba al General Franco por ser 'muy prudente' y por no emprender acciones sin haberlas madurado, organizado, o lo que fuere, a veces durante meses y meses. En otros términos: los períodos de estancamiento sin apenas combate abierto alguno, durante la Guerra civil, que tanto indignaban a Mussolini y a su ministro el Conde Ciano (basta leer el Diario de este último y la transcripción de comentarios del Duce) hasta el punto de que en la capital del fascismo se llegó a pensar que Franco tenía perdida la guerra, eran para don Antonio una muestra de prudencia. Franco conocía el nivel de chapuza a que puede conducir la indisciplina, el espontaneísmo, las rivalidades personales entre mandos, etc. Y antes de lanzar una ofensiva, se abstenía de actuar. 'Prudente' quería decir, por tanto, valorado no por su carismática acción, sino más bien por su inacción. Un rasgo algo oriental, y desde luego nada fascista en una época en que todos los fascismos europeos eran como locomotoras lanzadas a toda marcha hacia sus respectivas catástrofes.

Muchos años más tarde, en mis conversaciones con empresarios catalanes, pude constatar que esa manera de ver se hallaba bastante generalizada. Se practicaba una disociación artificial entre el Régimen y la persona del Jefe del Estado, como si los peores rasgos de aquél (del Régimen) se hubiesen ido formando malgré Franco, con la inacción de éste. Y así no era infrecuente oír a empresarios catalanes decir "Ah, si Franco hiciera tal cosa", o "Ah, si Franco hiciese ésto", o "Si Franco hiciese aquéllo". Pero el Jefe del Estado no hacía ni "tal cosa", ni "ésto", ni "aquéllo", según las conveniencias de cada opinante. Era un enigma.

Ahora bien: por debajo de la superficial coincidencia había un drama. Y es que don Antonio pertenecía (o había pertenecido) a un colectivo de intelectuales y pedagogos con una fé maciza, ingenua y entusiasta, en la educación pública y laica como uno de los instrumentos esenciales para construir una sociedad europea y moderna. Lo cual implicaba que esa sociedad sería un resultado histórico de trabajos racionales, constantes, populares y ciudadanos. Mientras que para los empresarios catalanes la sociedad burguesa, tanto la de Barcelona como la de algunas capitales comarcales catalanas, ya era la mejor sociedad posible dentro del imperfecto mundo humano. En esta sociedad todo el que tuviese amor al trabajo y capacidad de ahorro, saldría adelante. Si había miserias y tragedias particulares no era culpa de la sociedad, sino de carencias en los individuos: unos porque eran portadores de alguna tara heredada, otros porque sus padres o sus familias no les habían adiestrado en el trabajo útil y perseverante, otros en fin porque la codicia (la codicia, no la ambición, que es otra cosa) les había deslumbrado haciéndoles creer que se pueden quemar las etapas. Los culpables eran los individuos, no la sociedad. En cambio, o más bien por el contrario, para don Antonio y sus coetáneos y co-profesionales, la sociedad estaba aún por ser creada. Vivía aquí una población primitiva y rebelde. Durante un siglo, quizá desde Carlos III, no existió una verdadera clase dirigente. Era preciso volver a empezar por los fundamentos mismos de la educación: enseñar a pensar, a escribir, calcular, y sobre todo, a evitar hablar sin pensar previamente. Tarea de generaciones. Y el drama consistía no sólo en lo acontecido (la Guerra)

con el aniquilamiento de todo el proyecto pedagógico-político, sino además, y muy gravemente, en lo que don Antonio consideraba como algo inhumano, un crimen contra las posibilidades humanas de los españoles, a saber: que en las escuelas públicas y privadas y en los primeros años de bachillerato, la memorización había substituido a la razón. Ahora imperaban los recitales de carrerilla, como se decía, ésto es, el catecismo de Pio X (no el catecismo del Concilio de Trento, que fué un texto razonado y más o menos razonable en los combates intelectuales contra luteranos y otros protestantes, sino el catecismo de Pio X, un mediocre aborto de la burocracia clerical), y la memorización de la lista de los reyes godos, y el Santiago y cierra España, y unas cuantas referencias en frases hechas a Santa Teresa de Jesús, la evangelización de los indios, los mártires Calvo Sotelo y José-Antonio, y la tabla de multiplicar. Y prácticamente, nada más. Las escuelas de magisterio se despoblaron, y curas, frailes, alguna monja, tenían la batuta de los cánticos infantiles memorizadores.

Se acabaron las visitas escolares quincenales o mensuales a talleres, fábricas, aserraderos o granjas experimentales. No me consta que fuesen prohibidas explícitamente por algún texto legislativo (como fué prohibida ya por la Junta de Defensa, la coeducación de niños y niñas), pero cayeron en desuso, pues ¿qué podían aprender de bueno los niños con la contemplación del trabajo proletario? En Soria había, además de algunas fábricas de harinas y algunos grandes aserraderos que elaboraban la madera de los pinares, una gran fábrica-taller de carrocerías y autocares de línea sita en un enorme y viejo edificio al principio de la calle Mayor. La empresa Gonzalo Ruiz, concesionaria de una cantidad de transportes de viajeros por toda la provincia, tenía sus propios talleres de mantenimiento y además una cierta fabricación propia como carroceros; durante la República admitió que de vez en cuando fuesen llevados allí los escolares en visitas pedagógicas. Parece que el efímero ministro de Instrucción Pública, el tortosino Marcelino Domingo, organizó estas cosas para toda España, así como las 'Misiones' (que eran laicas a pesar de su nombre) que recorrían los pueblos con aparatos de cine y fonógrafos. Don Antonio no participaba de mística proletaria alguna (ya cité antes una frase, entre clínica y profunda, de Urbano); pe-

-ro valoraba en grado óptimo el trabajo industrial mediando razones particulares nada convencionales (como creación de riqueza otra que la agraria, etc). Trataré de poner algo de orden lógico en lo que a veces estaba poco claro para nosotros, sus oyentes.

Primero: el aprendizaje en el uso de herramientas y de máquinas es necesario para que cada adolescente comprenda, con realismo, las relaciones productivas entre causas y efectos. La resistencia material, objetiva, de las cosas, obliga a una disciplina mental. Todo adolescente debería aprender trabajos manuales.

Segundo: En el trabajo industrial se conocen los errores que se cometen. Quien trabaja con herramientas o con máquinas no puede ostentar un orgullo innato. Sabe que comete errores, y los rectifica. Algo muy importante en un país como el nuestro, en el cual "los españoles que no tienen que trabajar se consideran todos nacidos primos hermanos de Dios".

Tercero: El trabajo industrial crea una moral colectiva. Don Antonio no se refería a la dignidad que alcanza el hombre que gana su vida con su trabajo, sino a otra cosa: la colaboración necesaria entre varios individuos, con abstracción de sus psicologías, para conseguir una obra bien hecha.

Este temario se inscribía familiarmente en discursos contra la ociosidad de las clases medias, ociosidad voluntaria en cuanto estaban poseídas de la idea de que el trabajo es una especie de maldición. Había no pocos puntos comunes con juicios y opiniones que siempre se habían sostenido en Barcelona, no sólo entre los empresarios catalanes. Otras dimensiones eran más discutibles. Entre los jóvenes fanáticos de Bakunin que creían, leídos sus folletos, que era preciso destruirlo todo antes de poder construir la sociedad comunista más justa y perfecta, debió haber no pocos diestros manufactureros. La disciplina mental presuntamente conseguida no les sirvió de vacuna contra la loca utopía. Otro tanto podía decirse de utopías pequeño-burguesas más recientes en aquellos días, o en los nuestros también. Don Antonio hubiese asentido entusiásticamente a lo que dice un proverbio turco que yo encontré en 1964, pero que ya no le pude transmitir: "Un cuchillo no es ni verdadero ni falso; es quien lo empuña por la hoja quien está en el error". Estas verdades llenan de júbilo estético a los wittgensteinianos actuales, si bien no son portadoras de verdades más substantivas que muchos buenos

refranes populares contrastados por la sabiduría convencional a lo largo de generaciones.

Don Antonio no sabía apenas nada sobre Ciencia económica (carencia habitual por entonces). La inflación mermaba sus rentas de capital, complementarias de su sueldo del Ministerio. Creía que mi padre tenía razón en opiniones sobre la protección al trabajo y a la industria nacionales frente a los tiburones extranjeros, pero no podía decir por qué en términos positivos o con apariencia científica. Tampoco podía sugerir cómo, y quién, obligaría a trabajar, y en qué, a las clases medias ociosas, rentistas, propietarios agrarios que arrendaban y subarrendaban sus fincas, familias con complicados clanes femeninos parásitos del resto (ya que la tasa de soltería femenina seguía siendo muy alta, cosa visible incluso para cualquier profano en demografía). Don Antonio creía en la emancipación de la mujer mediando la cultura y el trabajo, no simplemente (como según parece había sido el caso en la coyuntura prerrevolucionaria) por el recurso de que la mujer se decide, ella también, a gritar "No me da la gana", sin asumir respeto alguno por valores del espíritu.

Un día que estábamos en el Círculo de la Amistad entró para sentarse cerca de nosotros un hombre muy bien trajeado, con bastón y sombrero. Se puso a mirar silenciosamente una partida de ajedrez, mientras tomaba un café. Tenía un rostro taciturno, algo peor que serio, triste. Cuando se marchó, saludando con un leve movimiento del sombrero, don Antonio murmuró: "Coronel de Estado Mayor. Pero un gallina. En casa tiene cuatro hienas y un cura". Lo de "cuatro hienas" era una manera de hablar. No recuerdo la miscelánea femenina alrededor de la mujer del militar, cuñadas solteras, una hija ya mayor también soltera, una tía materna, qué sé yo, todas convenientemente pastoreadas por un capellán que extraía donativos para la parroquia y congregaciones religiosas privilegiadas.

Uno de los libros que don Antonio me regaló, y que se conserva en impecable y virgen lozanía, es la traducción española (hecha por J. Gutiérrez-Gili para Editorial Araluce, Barcelona) de una obra famosa en los años que precedieron a la Guerra Europea y en los felices veintes, El Alma de España, de Havelock Ellis. Editada en Barcelona en 1928 por aquella editorial que tenía un precioso

chalet de ladrillo rojo y cerámica modernista en el chaflán de la Gran Vía con Llansá (lado de abajo, donde luego se instaló un canódromo), era una traducción de la octava edición inglesa. Hoy es trabajoso explicarse cómo fué posible que en textos anglosajones de historia de la antropología, la psicología de los sexos, o del psicoanálisis, se considerase a Havelock Ellis como un talento científico, precursor de Freud. Medido por nuestros cánones presentes era un aficionado rebosante de literatura y de citas ad hoc, de preferencia de etnólogos o pseudosexólogos alemanes. El colosal éxito editorial del Alma de España llegó al punto de que en Madrid se fundó una revista, tendencialmente regeneracionista, con ese mismo título. Sin duda el éxito editorial de Alma de España se debió más a aspectos pintorescos y chocantes para los europeos del Norte, que a sus valores intelectuales o científicos. Cincuenta años más tarde un hecho análogo aconteció con el libro de Nina Epton sobre las mujeres españolas, publicitariamente presentado como un ensayo sobre el amor entre los españoles (primera edición en Londres, Cassell, 1961). (No tengo noticia de que exista traducción española. Et pour cause!) Ahora bien, si las reconsideramos en tanto que documentos, ambas obras son valiosas: están llenas de observaciones personales, diálogos, cuadros de costumbres, relaciones de trabajo y de amor (o de sexo) en coyunturas hoy desvanecidas, y en fin, ambas obras conllevan juicios a menudo inteligentes, aunque no sean susceptibles de prueba. Havelock Ellis tenía párrafos admirativos sobre las mujeres españolas bravas, enérgicas, primitivas, analfabetas, pero formidables trabajadoras y, además, guiadas por una especie de certero instinto, muy superior al del hombre, en los problemas del hogar y de la familia. Esta pintura debe ponerse en el contexto económico de la época: el trabajo agrario exigía que las mujeres estuviesen en el surco o en los pastos ya al alba, y además que pariesen hijos y cuidaran de la casa; es obvio que esas féminas debían ser bravas, plenas de energía y de recursos físicos, y no solamente portadoras de buena voluntad. Havelock Ellis matizaba ya, empero, algo que es más visible en el libro de Nina Epton, posterior en casi medio siglo: "La mujer de clase media lleva una vida de evidente inferioridad que le hace difícil revelar sus auténticas cualidades. En esta esfera social es donde se ve más incapacitada: carece del privilegio de la fortuna y de las ventajas de la libertad" (Op. cit.

Barcelona, 1928, pp. 115-116).

No creo que don Antonio hubiera conocido a Angela Figuera, aunque esta maestra (de origen vasco, si la memoria no es infiel) vivió bastantes años en Soria, los bastantes para tener poca simpatía por Antonio Machado. Hacia 1948 escribió un poema mucho más verdadero, genuinamente femenino, que tantas fábulas de las feministas actuales:

Bien sabéis cómo era yo de tierna,
 Cómo canté mi arcilla y mis claveles.
 Cómo broté el suspiro y la sonrisa.
 Cómo me dí a la lluvia y a los vientos,
 Y al fuego del varón, y a la tarea de concebir
 y de alumbrar con grito.

Siempre extasiada en el descuidado gozo
 como una niña al borde del sendero.

Hoy el silencio y el olvido han matado hasta el recuerdo de la mujer poeta.

De modo que tampoco es tan sorprendente que don Antonio pusiera el grito en el cielo cuando le insinué que mi vocación era la de estudiar biología y llegar a ser neurobiólogo. Mi padre estaba ya bastante enfermo y creo que la radical oposición de don Antonio a aquella extravagante ingenuidad, fué una de las causas que le indujeron a nombrarlo testamentariamente como mi tutor. Era una paradoja. El afrancesado palpitante de pasión cordial por las Luces y por la ciencia experimental y positiva, se cerró en banda: Nunca, nunca, nunca. El país no lo merece. Aquí hay lugar a lo sumo para un científico en cada especialidad. En vez de discípulos tiene perros que le acosan para derribarlo. Esfuerzos intelectuales agotadores y desinteresados pagados con sueldos de hambre. No estimado por nadie. Despreciado por su propia familia. Vigilado por los censores clericales, siempre al acecho de una frase de la cual pudiera deducirse

que las conexiones entre neuronas son prueba de la no existencia del alma, sobrenatural obsequio de la Providencia divina. Nunca, nunca, nunca. Etc.

En 1949 don Antonio pasó unas semanas, en invierno, en Madrid. Volvió indignado. Un mundo de mangantes y de busconas (sic). /Estas dos palabras no tenían entonces el sentido fuerte que les dan ahora algunos diccionarios./ El país estaba hundiéndose en una cloaca. El Régimen apenas duraría unos meses. De momento, traslados de reliquias de santos, procesiones por todas partes, y el despotismo clerical más

deseducador e insufrible. Censura de cine: la biografía de Pasteur protagonizada por Paul Muni (un film de la Warner de 1935 o 1936) había sido prohibida. La muerte del Espíritu y, con ella, la de su buena hija, la Razón. Colegios privados con frailes pederastas. El hormiguero de los pícaros: funcionarios podridos, tan contentos con el discreto sobrecito como meros rateros. Alcaldes de provincias que en sus levíticas villas comulgaban cada semana y presidían procesiones pero que en Madrid visitaban a escondidas "Pidoux" (un famoso local en Avenida José-Antonio num. 20, con una red de teléfonos y unas cuantas bellezas averiadas y superpintadas, dignas para aquella clase de clientes). Pensiones llenas de estudiantes para Oposiciones, memorizadores del Código penal, heredando de unos a otros las 'chuletas' y las chinches. Mamás en cacería cotidiana, a la busca de algún inocente provinciano poseedor de bastante dinero y de ninguna experiencia femenina, obnubilado precoz, casadero con una pobre niña que de otra manera iba para soltera. Mediocridad y astucia. Mugre y criados de librea. Horterismo y pretensiones de ecumenismo universal. "Lee las descripciones de la vida en Madrid en tiempo de Carlos II, en el libro de viajes de la Condesa D'Aulnoy. Es lo mismo, lo mismo, doscientos cincuenta años después". (El libro lo leí mucho más tarde. Para entonces Madrid se había industrializado, y en algunos intersticios sociales había florecido una ética del trabajo. Quizá demasiado tarde).

Cuando a principios de 1948 me dieron en Barcelona uno de los premios del cincuentenario de Cánovas del Castillo, don Antonio me felicitó friamente. Era obvio que él, republicano veterano (aunque no combatiente), visualizaba con escasa simpatía una nueva Restauración del estilo de la de Cánovas. Para él era casi preferible (y tal vez sin 'casi') el Despotismo Ilustrado al régimen de partidos políticos, fuese el despotismo de Aranda, Campomanes, o el más lúcido y diplomático, endulzado de música vienesa, de José II de Habsburgo.

En 1954 la Embajada de los Estados Unidos en Madrid me invitó a un seminario político-cultural, organizado por John T. Reed, la primera reunión civil de libre discusión después de los acuerdos militares España - Estados Unidos de septiembre anterior. El seminario se celebró en un hotel de San Lorenzo del Escorial y yo concurrí con una ponencia sobre accionariado obrero y cogestión en la industria, que yo proponía fuese efecto de alguna clase de participación sindical en cada capital social. (En Barcelona fué el silencio sobre

-tas

de la moda francesa, empezando por la recién descubierta Marie Claire. A don Antonio más bien le molestaba que esa chusma fuese (si es que era algo) políticamente republicana. Aquellos pedagogos republicanos no querían esas clientelas. Habían puesto, como se dice ahora, el listón muy alto. Eran patéticamente patrióticos. Anhelaban que la capital de España engendrara élites culturales capaces de medirse con las de París. Y que el rebaño de sotanas español tuviera una cúpula de purpurados como la de la Iglesia de Francia. Y de pronto descendían a tierra y descubrían que aquí nunca hubo un Felipe IV el Hermoso, un monarca capaz de trasladar el Papado a Aviñón si éso era necesario, i.e., un rey que triunfa en luchas simétricas a aquellas en que había fracasado Alfonso X El Sabio, rey de Castilla y efímero emperador electo de Alemania.

Con todo, yo nunca oí en labios de mi tutor la expresión "esta mierda de país". Frase que se convirtió en latiguillo entre la progresía intelectual de Barcelona desde finales de los años 50 (a pesar del desarrollo económico consecutivo al Plan de Estabilización). Una vez, avant la lettre, yo proferí algo parecido, y don Antonio me cortó en seco: El país no es una mierda. Aquí hay muchos hombres que trabajan, y que trabajan duro. Sea en la tierra, en la mina, o haciendo pantanos para las centrales eléctricas. Y el país conserva los restos de un pasado que fué importante, muy importante, uno de los primeros de Europa. El drama es que los que mandan no representan a los que trabajan. Todo está envilecido por una mentalidad de mujeres de clase baja. En cuanto se derrumbe el Régimen, pasaremos en poquísimos años de la dictadura de los curas a la dictadura de las putas.

Cuando a principios de 1948 me dieron en Barcelona uno de los premios del Cincuentenario de Cánovas del Castillo, don Antonio me felicitó friamente. El visualizaba con escasa simpatía una nueva Restauración monárquica del orden de la de Cánovas. Casi era preferible el Despotismo Ilustrado, fuese el de Aranda, Campomanes, o el endulzado de música vienesa, de José II de Habsburgo.

En 1954 la Embajada de los Estados Unidos en Madrid me invitó a un seminario político-cultural, organizado por John T. Reid (un agregado cultural de una gran valía humana, que poco después fué enviado a la Embajada americana en la India). Era la primera reunión civil de libre discusión después de los acuerdos militares España - Estados Unidos de septiembre 1953. El seminario se hizo en un hotel de San Lorenzo del Escorial, y yo concurrí con una ponencia sobre accionariado obrero y cogestión en la industria. (En

Barcelona fué el silencio sobre

el asunto. Únicamente el semanario Revista, recién creado por el empresario Alberto Puig Palau, publicó de trasmano dos líneas). Yo había planeado regresar a Barcelona pasando por Soria: necesitaba recuperar, para las vacaciones, el libre uso de la casa, en usufructo por el veterinario municipal y comarcal (quien pagaba alquiler cuando le venía en gana), y, después de casi cuatro años de ausencia, quería ver a don Antonio y a otros familiares y amigos. Pero el que había sido mi tutor me envió antes una carta irónica preguntándome si yo había elegido como profesión la de benefactor público. Y si ésto era en serio, era romántico; y si era cínicamente para hacer negocio, entonces peor todavía.

Casi dos decenios después, un día en París, le oí a Raymond Aron sentenciar que cuando no podemos hacer ciencia hacemos moral.

Don Antonio vivió lo bastante para entrever el desarrollo estrictamente económico llamado neocapitalista y, con él, la dilución de tantos odios y tensiones que en los decenios precedentes fueron provocados no sólo por la miseria del entorno sino también, desde dentro, por hábitos atávicos (que en este país se sumergen y reemergen como Guadianas del comportamiento social). Los signos externos de nueva riqueza no hicieron variar en lo substantivo sus juicios morales sobre una gran parte del país. En ausencia de una genuina clase dirigente en lo alto de la pirámide, y, en su base, de una clase obrera industrial fuerte y consciente de sí misma, el país seguía dominado por la arbitrariedad individualista, la ruindad, la bajeza, los mediocres negocios, y las astucias e intrigas matrimoniales, de las clases medias provincianas y del inframundo social y cultural de los parvenus de Madrid.

La colección de refranes secretos que había reunido, junto con su mujer, en un trabajo amateur de investigación por tierras de Toledo y de Soria, se perdió. Urbano no encontró el pequeño cuaderno manuscrito; quizá lo prestó y, claro es, nunca se lo devolvieron. Pero Urbano y yo recordábamos algunos de esos refranes secretos:

- Besa la mano que no puedas morder.
- Esclavo serás de lo que hables; dueño de lo que calles.
- Mujer ociosa, Satanás por esposa.
- Al muerto, tierra; y al vivo, la viva.
- El que por Aragón se casa, gran mula trae a casa.

Etc. Verbales reflejos de desengaños personales y colectivos, cuando

se está de vuelta de espejismos inducidos por una educación infantil, no evangelizadora sino angelizadora, y el adulto llega un día a percatarse de que vive en una sociedad de verdugos recíprocos.

Poco a poco se fué quedando solo, con Eugenia, una sirvienta (como se decía por entonces) competente, seria y devota. Pese a las virtudes de Eugenia, don Antonio creía que le sisaba como una sanguijuela.

Una de las últimas cartas que recibí de él, fué en respuesta a mi envío de una publicación mía, de las que yo hacía abundantemente (con varios pseudónimos: Arevaco, Steparius) dentro y fuera de España, en los años cincuenta y principios de los sesenta. Su carta no concernía en absoluto al contenido de mi texto. Eran unas pequeñas objeciones sobre sintaxis y puntuación.

De joven había hecho ciencia, en lo alto de la pirámide pedagógica. Luego bajó a hacer moral. Ahora había descendido hasta el sótano: la sintaxis.

Quizá algún inglés practicante del análisis de los lenguajes cotidianos, wittgensteniano o no, le habría considerado un ignoto hermano venido a menos, perdido por la más española de las crueldades: la inhumana indiferencia.

B) - El escenario urbano, piedra, cemento y hierro, estaba como detenido en su mismidad, fuera de cualquiera de los caminos de la historia. Urbe y barrios parecían haberse contagiado del estancamiento económico y del inmovilismo político. La ciudad y sus gentes se habían replegado sobre sí mismas. Entre viejas películas ya rayadas de tanto pasarlas por los cines de barrio, nacían extrañas supersticiones: apariciones de la Virgen allá o más allá, hongos milagrosos que eran como la penicilina de los pobres, nuevas loterías clandestinas, la fascinación de la fortuna súbita.

Dios te dé ventura,
Que saber no és menester.

La actitud venía desde el siglo XVII, según descubrimos con espanto cuando llegaron los primeros libros de Américo Castro, editados en Buenos Aires, sobre el enigma histórico que es España.

Y sin embargo, había que luchar contra ese Mal Absoluto. Éramos unos pocos. Pocos, mal avenidos, pero en algunas cosas, unos privilegiados. Había que trabajar, primero de todo, elevando la experiencia a conciencia. Así renació el autoanálisis, y con él las preguntas sobre nosotros y ellos, sobre los errores cometidos y sobre el futuro.

La Razón era temerosa y archiminoritaria, pero no había muerto.

Cada vez que venías a Barcelona desde Soria, Jalatayud, Logroño, Zaragoza, o Madrid, el impacto era mayor, signo de una creciente distancia mental e intelectual. Este efecto era independiente del tamaño urbano del lugar de origen de tu viaje. El espíritu vive de modo sutil y discreto, en la mirada de una chica, en una palabra dulce y justa, en un detalle en la decoración de una vitrina, en la inesperada sonrisa de comprensión cuando has dicho algo fuera del repertorio vulgar e imbécil.

Era preciso realizar a la vez tres cosas: ganar algún dinero, aprender a vivir, orientarse en el laberinto.

Lo primero que uno hacía era comprar los últimos números del semanario Destino, incluso yendo a buscarlos a Pelayo 28. Para quien no haya vivido aquellos lustros de oscuridad y de oquedad, cuando en el país se extinguían una a una las pocas revistas que quedaban, es imposible comprender la sobrevaloración voluntarista de cada frase atrevida, de cada punto de mira original desobediente de las pautas obligatorias contenidas en instrucciones oficiales para la prensa. Pues no sólo había la censura previa (aspecto represivo) sino también circulares con instrucciones, a veces artículos de consigna con los párrafos completos ya redactados para ser reproducidos en cada provincia (aspecto endoctrinador, el cual duró hasta 1952 o 1953). Prosperaban una cantidad de chupatintas que pretendían justificar el presente recurriendo a un pasado imaginario y producían una literatura hinchada de pseudotrascendencia, pseudomística, pseudoreligión, pseudonación, pseudocomunidad, pseudohistoria. Que sobre esas bases, en las que lo único no ficticio era el negocio de los editores, sería imposible edificar un futuro colectivo, parece que apenas lo percibió nadie, más allá de contadas individualidades críticas.

Tampoco cabía hacerse ilusiones. Entre 1945 y 1955 lo que podía aleatoriamente encontrarse en las páginas de Destino era más la lucha contra la estupidez que la rebeldía contra la autoridad. La tirada del semanario era reducida, poco más de dos docenas de miles de ejemplares cada sábado. La necesaria especialización de los redactores vetaba la posibilidad de lanzar manifiestos, proyectos comunes de futuro. Liberalismo y anglofilia eran abstractas, indefinidas orientaciones generales. El editorial titulado "Los Puntos sobre las íes" (19 mayo 1945) había levantado ampollas no únicamente entre las burocracias del Régimen sino también en fracciones burguesas y de clases medias que pensaban (o sentían) como un error de la Providencia el final de la Segunda Guerra Mundial. Yo viví por dos semanas en Barcelona un clima de pánico burgués, incluso de discretas peticiones a las autoridades a recibir armas, en caso de una insurrección revanchista de "los rojos". Nadie estaba dispuesto a tolerar que le colectivizasen de nuevo las fábricas.

Esta súbita re-politización no duró mucho. En 1946 la revista Leonardo, las ideas y las formas, publicó una reflexión polí-

-tica bajo el título "Proyecto: Urgente tarea" (volumen IX, diciembre 1945, pero aparecido meses después, pp. 285 - 287), texto que era de facto una invitación a la creación informal de una especie de club o seminario de debate político. No respondió nadie. Yo trabajaba en la editorial que producía la revista (Alejo Climent, en la Plaza Medinaceli) y si allí llegaban textos espontáneos sea para la propia revista, sea para la editorial, eran en gran parte novelas femeninas estimuladas por el éxito de Carmen Laforet en el primero de los Premios Eugenio Nadal (de Destino). Fuesen ciudades de diez mil o de trescientos mil habitantes, era igual: por las calles del centro no había otra cosa que uniformes, sotanas, monjas, mujeres vestidas de negro; detrás de los visillos alguna ex-maestra o una muchacha que iba ya para tía soltera, escribía cosas increíbles e imaginarias, creyendo que la gloria de Carmen Laforet se reproduciría cada año; novela rosa en la que de pronto la protagonista, no se sabía cómo ni de quién, quedaba embarazada (lo que por entonces era extrema osadía) y, ayudada sigilosamente por una amiga, abandonaba la criatura recién nacida en el secreto torno nocturno del hospicio, previo campanillazo, también sigiloso, a la Hermana portera... Ciudades donde no había ni un cine-club, ni una revista, ni una orquesta de cámara, apenas una sala de exposiciones para pintores ya conocidos; ciudades que cuando se agravó la coyuntura económica (1948 a 1950) poblaban sus bares de noche con prostitutas a la caza de los intermediarios agrarios que hacían negocio con el 'estraperlo'. La producción literaria inédita femenina incorporaba los sueños del "hallazgo feliz del príncipe esperado" (J.M. Castellet, Notas sobre literatura española contemporánea, Barcelona, 1955, ediciones Laye, pag. 47), "solución de sus problemas económicos" (ibid). Y la producción literaria masculina expresaba el resentimiento de jóvenes frustrados, soñadores de mujeres hermosas de posición superior a la suya, fracasos matrimoniales mediocremente compensados por "absurdas aventuras sexuales en las que juega importante papel la prostitución" (J.M. Castellet, Op. cit., pag. 46). Dinero y sexo eran las pulsiones primarias, vitales y esenciales, diferentemente reelaboradas por mujeres y hombres. La ciudad no actuaba apenas como agente de cultura, sobreañadiendo el espíritu a la carne o a la codicia. No había elevación del individuo a persona ni transformación de la criatura en ser hu-

-mano. En su libro único, Ciudades en España, aquel gran escritor y sociólogo avant la lettre, capaz de observaciones de una rara profundidad en las psicologías ciudadanas, y del cual queda hoy solamente el nombre de un premio comercial de novela, Eugenio Nadal, decía de una de esas enormes ciudades aldeanas:

"Vida y personalidad nada deben a lo extraño y poco a la cultura. Sus formas de vida nacen de la propia entraña, cerradas y completas. (...) Un niño alemán, por ejemplo, es física y moralmente lo puro indeterminado, que la educación y el ejercicio dirigido moldearán hasta formar un individuo; los niños de / aquí el nombre de la región/ son miniatura y maqueta exacta del hombre que han de ser. En el transcurso de la vida nada cambiará (...) su perfil moral. Cuanto sobreponga la educación quedará eclipsado por el vigor de la actitud originaria ante las cosas". (Eugenio Nadal, Ciudades en España, Barcelona, 1943, editorial Yunque, pag. 35).

La sobriedad de las palabras tamiza la centralidad del pensamiento: educación y ejercicio dirigido; o en otros términos, algo aparentemente artificial por encima de lo tribal; y sin embargo, el artificio era lo humano inexistente, lo genuino humano.

Claro es que en la segunda mitad del decenio de 1941 a 1950 había, también en Barcelona, quienes consideraban todo ésto con un ascético, desnudo escepticismo. La educación y el ejercicio dirigido habían enviado millones de adolescentes alemanes a la muerte, y habían fabricado los perros guardianes de los campos de concentración. La idea que dice que la historia es una sucesión de errores, la crónica del cretinismo o la estupidez, aparece reiterativamente también en las páginas de Destino. Carlos Soldevila había tenido un gran prestigio burgués en la Barcelona de antes de la Guerra civil, y ahora escribía en Destino y presidía una pequeña tertulia de intelectuales en un café del Paseo de Gracia. Los llamaban "els de la Lligueta", diminutivo de la Lliga Regionalista de Cambó, de la que (según parece) habían sido una escisión. Esta pequeña colectividad de d'orsianos entristecidos por la experiencia del país y de las diversas guerras, conectaba bien con la reflexión autodidacta de muchos varones de la clase media. Eugenio D'Ors había terminado un memorable artículo sobre Persia y el Derecho (Persia era entonces el nombre oficial del actual Irán) con esta frase terrible:

"Ay, Persia, Persia, cuán lúcidamente creía tu Zoroastro en la objetividad del Mal ! " (Eugenio d'Ors, "Persia", La Vanguardia 22 marzo 1946).

Esta era la inmanencia de la concepción conservadora de la acción política, antagonista de toda ilusión angelizadora del animal humano. Aquí ya no se trataba de religión y del dualismo del Oriente; se hablaba de Persia en el Derecho y en la rebotica del cerebro se estaba pensando en el país del más vital entorno. Como D'Ors cuando analiza una pintura plebeya de Goya: "Esa mirada de zafio sublime viene de la prehistoria y va derecha a la revolución". Ahora bien, escribiendo en un semanario de éxito publicitario, verde planta espontánea en los lindes de la muralla oficial, Carlos Soldevila pone sus cuatro extremidades en tierra. Habla un lenguaje materialista y crudo, apto para la época y el contexto, tierra urbana agusanada por la codicia. Sus lectores probablemente tendrían que mirar un diccionario para enterarse, en caso de ser agujijoneados por una curiosidad más bien extranjera por esta tierra, quién era aquel Zoroastro. Carlos Soldevila deja su testamento moral en términos transparentes para tenderos, horteras, menestrales, y auxiliares de instituto o de Facultad:

"Parto del principio de que cuanto se hace y se deshace en una nación no es nunca obra estrictamente individual. (...) Cuando todo bicho viviente va sin escrúpulos a su avío, cuando todos los habitantes del país o su abrumadora mayoría son inmorales, cuando (...) la nación ha dejado de existir (...) entonces sucede que los mismos que chillan y patalean contra los usufructuarios del poder, contra los beneficiarios del momio, contra el prevaricador y el concusionario, no lo hacen por obedecer a un robusto imperativo de su conciencia, sino por pura y sobreexcitada envidia. ¿Comprenden ustedes?".

(Carlos Soldevila, "La ballena y sus rémoras", en el semanario Destino, Barcelona, 15 septiembre 1951).

Todo un quintal de connotaciones en aquel ¿Comprenden ustedes?.

Et nunc erudimini.

C) . Una frase con pretensiones de concepto, resume ciertas representaciones colectivas de la burguesía y las clases medias acomodadas que fueron vigentes entre 1940 y 1955. No me refiero solamente a conversaciones entre intelectuales. La idea, altamente compleja, estaba socialmente extendida. Y como de costumbre en el país, era de origen transpirenaico, primero alemán, y luego inglés.

Entre junio de 1940 y noviembre de 1942 la inmensa mayoría de los observadores burgueses y pequeño-burgueses en este país, creyeron sincera y aproblemáticamente que el Tercer Reich era para muchos decenios la Potencia victoriosa que iba a ordenar y dirigir lo que por entonces ya se definió como Nuevo Orden Mundial (plus ça change...). La cuestión era, como puede verse por unos cuantos artículos en el semanario Destino, en particular bajo el pseudónimo de "Romano" (Manuel Brunet, un antiguo colaborador de Cambó y miembro de la Lliga, conocido editoria- lista de La Veu de Catalunya antes de la Guerra civil) que había que reflexionar con algunas reservas sobre el orden social, antes o en lugar del, presunto nuevo orden mundial. Los nacionalsocialistas alemanes eran inequívocamente anticomunistas, o quizá más anti-eslavos que anti- comunistas, porque algunas de sus prácticas y de sus normas legales en el Gran Reich tendían más bien a debilitar a las clases medias comercian- tes y urbanas. Los fuertes impuestos sobre las herencias, la colectiviza- ción de algunas fábricas o su intervención por poderes estatales o regionales, la militarización del proletariado industrial, la nacionaliza- ción de los Bancos, presentaban aspectos de incompleta defensa frente al virus, o así sanitariamente bautizado, del programa comunista. ¿Es que las clases medias que habían conducido al poder en Alemania a los nacionalsocialistas, iban a ser las grandes perdedoras con el triunfo universal de Alemania?

Esta pregunta, en esos mismos términos o casi idénticos, se la oí a un empresario farmacéutico. Era la primavera de 1942 y repetía una preocupación que también había captado mi padre en uno de sus últimos viajes a Barcelona. Las clases medias estaban amenazadas por la alianza entre la Gran Burguesía y un proletariado militarizado (i.e., disciplinado pero contento, porque tenía todas sus necesidades materiales satisfechas y además participaba del orgullo de ser la primera potencia mundial).

Pronto llegó (1945) la victoria militar anglosajona y, con

ella, el triunfo del Labour en las elecciones británicas. En Italia y en Francia aparecieron fuertes Partidos comunistas con relaciones de dominación sobre las organizaciones sindicales mayoritarias. En toda Europa occidental, pero particularmente en Inglaterra, era visible la decadencia de las clases medias tradicionales: éstas habían hecho sacrificios realmente históricos para ganar la guerra y pagar sus gastos, estaban endeudadas, algunos decían que lo estaban para la eternidad, y los primogénitos supervivientes se hallaban en la imperiosa urgencia de tomar trabajos asalariados por cuenta ajena: los negocios paternos habían desaparecido o estaban moribundos, acosados por unos niveles de salarios y unas reivindicaciones sindicales insostenibles. Había por doquier una emergente moral permisiva que ridiculizaba los tabúes de la moral tradicional vertebrada por principios religiosos. La clase obrera industrial recibía nuevos privilegios (o así percibidos) en materia de educación y de derechos colectivos frente a los empresarios. Todos estos procesos sociales concurrían en dar al pseudoconcepto de proletarización de las clases medias una dimensión de irreversible verdad histórica. Podría aducir docenas de textos del periodo 1945 a 1950, no únicamente en Inglaterra sino también Francia e Italia. En Barcelona se copió y recopió hasta la saciedad esta representación colectiva, fuese por algunos colaboradores de La Vanguardia, o por editorialistas del semanario Destino. Con una diferencia cualitativa respecto al mismo eco en Madrid: y es que en la capital del Estado el discurso antisocialista estaba inscrito dentro de un discurso general anti-europeo (y más precisamente anti-inglés), en tanto que en Barcelona no había el menor rastro de antieuropeísmo. El economista Salvador Millet y Bel, gran cerebro ideológico del periodo, había estudiado antes de la Guerra en la London School of Economics, y era un sincero, quasi fanático, admirador de las doctrinas liberal-conservadoras anglosajonas.

En general, en las familias de clase media tradicional se sintió como algo poco menos que vergonzoso, socialmente hablando, que el padre o el hijo mayor tuviesen que tomar un empleo asalariado por cuenta ajena (ésto es, dependiendo personalmente de un patrón que, con toda probabilidad, había ascendido por manejos poco claros desde una posición social inferior). Esto fué así no sólo en provincias, sino asimismo en el

universo de la burguesía media barcelonesa y catalana, un mundo con múltiples diferenciaciones íntimas, obligadamente discreto a la vez que traspasado de tensiones no previstas. "Lo más difícil en la vida no es llegar a ser, sino seguir siendo"; esta frase codifica muy bien una situación social, una visión de las cosas, y una exigencia de acción. Aquí no eran comunes los recursos de la clase media-alta y de la burguesía agraria en la mitad septentrional de España, cuando los hijos podían eludir el trabajo asalariado por cuenta ajena porque el padre se las ingeniaba para extraer el máximo rendimiento de sus relaciones con renteros, aparceros, medieros, u otras formas contractuales, complementando las rentas monetarias con prestaciones en especie, o menguando las tierras de cereal para incrementar los pastos y algo de ganadería, o asociándose con comerciantes que trabajaban en las lindes del negocio legal y del mercado negro. En el mundo gran urbano de Barcelona había que luchar individualmente. Y en un contexto cultural de predominio comercial e industrial, ésto implicaba a menudo la creación de nuevas empresas, pequeños negocios con ambiciones enormes y recursos escasos. El aislamiento respecto al exterior propició un derroche de esfuerzos empresariales que se materializaron en empresas de vida breve en las cuales, a pesar del bajo nivel de salarios, cada obrero (u obrera) era sentido como un enemigo. Nunca fué tan poderosa, tan arraigada en el subconsciente, la imagen de la relación salarios / beneficios como un sistema de suma cero.

Aquí no hemos tenido novelistas que captasen en su riqueza social, cultural y humana, el complejo laberinto. La apariencia del capital patrimonial era tan importante o más que la disponibilidad de liquidez. Se conservaban con cuidado, más interesado que genuinamente amoroso, tapices, muebles antiguos, joyeros y joyas, libros raros, bibelots y caprichos femeninos, títulos de la Deuda mexicana de la época de Don Porfirio, regalos de corresponsales cubanos... Y al mismo tiempo tomaba cuerpo en el seno de cada familia una especie de división esquizoide: el varón luchador individual, necesariamente joven, gladiador comercial o industrial en una arena que para él era nueva, asumía una amoralidad glacial, a veces inhumana, animal de presa o especie depredadora, estimulado por necesidades de día a día. Y por el contrario, las muchachas debían retornar a una moral estricta y pudibunda, en contraste con lo que muchas adolescentes habían conocido durante la República o en los años de exilio en Italia durante la Guerra civil. La virginidad devenía a su vez capital capitalizable. "Esta niña está pasando la línea de demarcación": de ese modo una abuela rígida cortó definiti-

-vamente no sólo la simpatía que me otorgaba una muchacha unos años mayor que yo, sino también toda relación con ella.

Cuando el status social de una familia no está amenazado es posible practicar una tolerancia respecto a comportamientos que en el lenguaje de la época se definían, más bien impropriamente, como de cierta frivolidad. Pero cuando el status social de la familia está amenazado, toda libertad ha de ser vigilada, incluyendo lenguajes de resonancia castrense, como el de la citada abuela.

Ahora bien, en el mundo masculino la lucha por frenar la decadencia social relativa, o en términos técnicos, la movilidad social descendente, tuvo como sorprendente subproducto un rasgo que hoy conocemos muy bien: la indiferencia moral. Aquella corrupción quasi generalizada de que hablaba Carlos Soldevila, implicaba que lo solo importante en la vida era hacer dinero y hacerlo lo más pronto posible. Los varones debían, primero, poner entre paréntesis las convicciones o criterios morales recibidos del corazón mismo de la familia de clase media o media-alta; y segundo, olvidarlos. Entonces devenían generosa, amplísimamente tolerantes respecto a todo y a todos. Así emergió socialmente una tolerancia de un género nuevo y diferente. En lugar de la tolerancia liberal y civilizada, producto de un cierto nivel de cultura y de personalización, ésto es, el respeto por las convicciones de los demás y los valores del otro, sin tener que negar uno mismo los valores propios, lo que advino fué la indiferencia a todos los valores. Se era tolerante con todo porque uno se había hecho indiferente en materia moral. Dos tolerancias de naturaleza distinta, dos mundos.

D) . Uno de los efectos de la pluralidad de códigos auto-fabricados por la gente, es la desorientación. Entre la derrota de las Potencias fascistas, que se suponía generalmente prelude de la caída del Régimen, y los acuerdos sucesivos con la Iglesia Romana y con los Estados Unidos de América (agosto y septiembre 1953), hubo casi nueve años de percepciones, representaciones, profecías, y argumentos, parciales e incoherentes. El término desorientación describe bien aquellos esfuerzos individuales, al margen de prensa y radio, para orientarse en el caos. Poseer una cierta seguridad sobre el futuro, al menos inmediato, es una de las necesidades más perentorias en el contexto social y económico industrial y mercantil. La otra necesidad es la libertad. Dos motivaciones en parte contradictorias y que codifican tantos conflictos íntimos en hombres de las clases medias y de la burguesía media, en particular la empresarial. No siendo actores políticos (atributo que habían perdido ya con la Segunda República), carecían de un principio de identidad superior a la red cotidiana de comportamientos económicos profesionales. Pero, siendo humanos y miembros de una sociedad como la catalana, con una dramática experiencia histórica, se esforzaban al mismo tiempo en pensar, prever, profetizar, adaptar sus códigos. Y lo hacían de un modo anarcoide, individual, con lenguajes caseros e inadecuados. Cosa que obligaba (o nos obligaba) a continuas traducciones a un nivel semántico-lógico superior.

La situación esquizoide en el seno de las familias, con la parte femenina replegada en torno a la moral más puritana y tradicional, y los hombres descubriendo capacidades audaces y liberando instintos hasta entonces reprimidos, constituye solamente una dimensión privada de una situación esquizoide pública y más general. Se quería a la vez la estabilidad y la libertad. La retirada voluntaria del dictador y la garantía de que el orden social se mantendría igual. La posibilidad de viajar a París para ver y oír a 'la Patachou', pero la continuación del cierre de la frontera para comunistas, anarcosindicalistas, y sus publicaciones. La libertad para importar autos americanos, y el mantenimiento del proteccionismo más riguroso frente a los tejidos ingleses y del Imperio británico. Y en fin, en el ámbito extra-institucional, se quería a la vez poder hacer fructíferos negocios dudosos con individuos a los que apenas se había conocido una semana antes y que eran intrínsecamente dudosos, y que las letras descontadas a docenas y docenas en el Banco o los Bancos no resultasen impagadas.

Lévi-Strauss ha hablado en más de una ocasión sobre las precauciones con las cuales hay que tratar, para no engañarse, los fenómenos culturales y sociales regresivos. En el análisis de una cultura o de una sociedad no deben tomarse por rasgos constitutivos o permanentes los que son, de hecho, productos de una lenta descomposición social o de una degradación de los recursos materiales, la cual empobrece tanto al colectivo como a las individualidades. Los años de que estoy hablando, entre la Segunda Guerra Mundial y la nueva expansión económica e industrial a finales del decenio de 1951 a 1960, están penetrados íntimamente de procesos regresivos, a veces en una misma generación, y más frecuentemente transgeneracionales. Ahora bien, esta clase de regresiones se vivieron de modo muy distinto en Barcelona y en otros contextos sociales del resto de España. Cosas que a su vez tienen efectos decenios más tarde, a través de mecanismos de transmisión o de reproducción histórica que conocemos mal.

Barcelona era el gran centro mundial de producción literaria en castellano. Había aquí unos hábitos de lectura que eran apenas manifiestos en otras partes del país, o mejor dicho, que la barbarie clerical anuló allí pero no pudo anular aquí. También en Barcelona una parte de las clases altas habían sostenido, imitando las opiniones de Thiers en la secuela de las revoluciones francesas de 1848, que la escuela es un lujo. Todavía en uno de los congresos de la Lliga antes de la Guerra civil, Joan Estelrich se había permitido el elitismo de clamar a favor del numerus clausus en las universidades, con el argumento de que la educación de alto nivel debe reservarse a los jóvenes bien formados moralmente, a los que no alucine o emborrache una instrucción provocadora de ambiciones en vez de vocaciones. Pero estas actitudes eran ya muy minoritarias, y en Barcelona siguió habiendo, en amplios sectores de las clases medias y de las clases altas, un genuino amor por los libros y por la cultura europea. Y esto a pesar del fenómeno al cual quiero referirme más en detalle: el de creciente des-intelectualización de los varones que luchaban por mantener un status económico, base del social.

Los padres habían leído, y gustado, páginas de Eugenio d'Ors, de Carles Soldevila, de 'Gaziel' (algunas de éstas, de antología, singular timón ideológico-político, como me consta a través de mi padre), de Josep Pla, de Manuel Brunet, Julio Camba, el Dr Gregorio Marañón,

y quizá algo (poco) de Unamuno y de Ortega. Los hijos varones rebajaron su curiosidad intelectual, satisfaciéndola (o saturándola) con las crónicas internacionales de Augusto Assia (pseudónimo) y José María Massip, enviadas respectivamente a La Vanguardia y al Diario de Barcelona desde diversos países del Occidente europeo y los Estados Unidos. Crónicas eventualmente complementadas por las de Oriol de Montsant (pseudónimo) desde Buenos Aires, porque empresas y problemas argentinos hallaban todavía un profundo eco entre no pocas familias de la burguesía barcelonesa. Todos eran periodistas de talento y de buen savoir-faire; sólo más tarde, si uno vivía (no como ocasional turista) en los países respectivos, uno se daba cuenta de que las imágenes por entonces transmitidas eran en gran parte fabricaciones ideológicas, hábiles constructs. El nuevo internacionalismo barcelonés era algo bastante distinto del antiguo cosmopolitismo. La reelaboración cultural autónoma que enriquece al sujeto aunque éste sea de una ciudad periférica, es de orden distinto que la ingurgitación de objetos manufacturados por expertos en la buena imagen de cada país central.

La cosa no llegó en los años cincuenta, con todo, a aquellos extremos ridículos de los sesenta y los setenta, cuando eminentes snobs y tontos de la progresía entraban en estado de melancolía cada vez que había elecciones presidenciales norteamericanas, porque ellos se sentían sentimentales ciudadanos americanos y no súbditos españoles, y hubiesen deseado votar (votar, incluso sin moverse del Ensanche barcelonés). También en el Barrio Norte en Buenos Aires y en Miraflores en Lima había (y sigue habiendo) los correspondientes ejemplares transnacionales de esa exquisita fauna con patria remota y adoptiva. Pero en los años finales de los cuarenta y durante todo el decenio de los cincuenta, en Barcelona el internacionalismo era otra cosa: la reducción a esqueleto decalcificado del vigoroso cosmopolitismo de una parte de la clase media-alta durante los felices veinte; era una regresión más que una renovación. Había entonces demasiados problemas económicos y de subsistencia empresarial, a la vez que la ofensiva social de los desclasados de origen más inferior que, gracias al mercado negro, aparecían a la puerta de casa, pisando fuerte, buscando asociarse con alguna familia de nombre respetable pero venida a menos!

(Asociación que podía ser preludio del saqueo de los restos, o excepcionalmente hypergamia masculina, vía matrimonio con una de las hijas, si era inteligente, lo bastante materialista, y de apariencia mundana -- dentro de los morales cánones de la mundanidad de la época).

El proceso de desintelectualización de los varones estaba quizá inscrito en ese humano, misterioso, híbrido genético y socio-cultural que gobierna, por unos neurocircuitos, nuestros comportamientos. Tenía en todo caso precedentes. Muchas de estas familias habían ido a Italia durante la Guerra civil, tantas que en un artículo en Destino Santiago Nadal escribió que hubo un momento en que "toda Barcelona estaba en Roma". Sin embargo, se apropiaron de una magnitud más bien exigua de testimonios de lo que era entonces la modernidad italiana, admirada incluso en París o en Londres. Solamente en casa de un empresario textil encontré que se había traído una Treccani, casi completa, con los volúmenes bien lucientes en la biblioteca. Y nunca ví que nadie estuviese suscrito a publicaciones italianas como, por ej., la Domenica del Corriere, que era ya un éxito intelectual y publicitario que empezaba a desbordar el Norte de Italia. Durante un tiempo las mujeres leyeron y releieron variadamente, en función de sus sucesivos y contrastantes estados de ánimo, a Alba de Céspedes. Aquellas descripciones, convencionales pero prodigiosamente frivolidadas o dramatizadas, según cada destino individual en un grupo de muchachas italianas, fascinaron durante años y años a una cantidad de señoritas barcelonesas y a sus mamás y sus tietas solteras (no tanto a las abuelas, que habían quizá olvidado que la libertad era atributo de los antiguos). Nessuno torna indietro (Nadie vuelve atrás, en la traducción de Santiago Nadal) se convirtió en un best-seller sobre todo, pero no sólo, femenino. Hasta el punto de que el editor Lluís Miracle se encontró con que los censores en Madrid, honestos reprimidos sexuales, jóvenes sin ganas de trabajar descendientes de cultivadores de pimientos en La Rioja, ex-seminaristas navarros, o vástagos excedentarios de familias acomodadas que vivían de las piaras de chanchos en Extremadura, le tomaron gusto a la tarea de irle recortando a la novela todo aquello que diferenciase el comportamiento de una jovencita universitaria romana de una piadosa congregante de Acción Católica en Tudela o en Badajoz. La última edición de la novela tenía varias páginas menos que la primera traducción española en 1940. Luego, casi sucesivamente, con la dureza de los

tiempos se escindió generacionalmente el colectivo femenino de clase media educada: las chicas más jóvenes aprendían del realismo y la dureza del mundo alemán bajo la República de Weimar, reflejados en novelas de Hans Fallada, en tanto que sus mayores retrocedían a la nostálgica reconstrucción de avatares familiares ingleses en novelas de Baring y de Galsworthy. En cuanto a las mujeres de clase media sumariamente instruidas y no educadas, y las de clase media-baja, entraron con una disponibilidad propia de su instrucción nada educativa en la escucha de los seriales radiofónicos de Radio Barcelona: un pasto emotivo saturado de sórdidas intrigas intra e inter-familiares, sin negocios petroleros ni jungla de asfalto (no había TV), con hijos ilegítimos nacidos ya con una tara hereditaria, maridos infieles, mujeres sufridas y santas y mujeres pérfidas y superperversas, herencias disputadas y fratricidas... Durante casi quince años, dos horas cada mañana, la actividad doméstica quedaba suspendida a la escucha de episodios del serial, y cuando concluían abruptamente en un suspense imposible, las mujeres se precipitaban a la ventana de la cocina para gritar a la vecina: ¡Madre de Dios! ¿Ha visto usted qué situación? ¿Qué va a pasar ahora? (Plus ça change... Parece que cuando escribo esto, acontece algo análogo en Moscú, San Petersburgo, Kiev o Volgograd, con los episodios de "Los ricos también lloran"). La misma mujer que en 1936, en vísperas de la Guerra civil, educaba a su hijo pequeño en la escucha, al menos media hora cada día, de Radio Toulouse, a fin de familiarizar al niño con el francés hablado, esa misma mujer apenas un decenio y medio más tarde estaba delante del aparato de radio, emocionalmente drogada, conteniendo las lágrimas, mientras seguía un serial del señor Sautier Casaseca. El éxito de este monstruo fué de tal envergadura, que se atrevió a dar forma teatral a un par de sus seriales para representarlos en pleno centro cultural de Barcelona, en el Teatro Comedia. Un grupo de jóvenes universitarios, haciendo suyas las lamentaciones de Néstor Luján en Destino, trataron de interrumpir una representación y abuchearon al público de horteras (esto era ya en 1961). Y entonces ocurrió algo impredecible, y es que los soi-disant progresistas, nuestros narodniki del período, los presuntos marxistas, los filocomunistas, se volvieron contra los universitarios y, bajo la consigna "el pueblo no se equivoca nunca", salieron en defensa de Sautier Casaseca y de sus hipnotizadas clientelas. Yo tuve una discusión portentosa, lamentable,

que me daba ganas de vomitar cada vez que la he recordado durante años y años, con dos "prestigiosos" intelectuales que sostenían que había que estar a favor de los seriales porque "ese es el gusto del pueblo, y el pueblo no se equivoca nunca". (Por supuesto: el pueblo no se equivoca nunca, la humanidad no se equivoca nunca, el Partido no se equivoca nunca, la historia no se equivoca nunca.... remakes de Franco no se equivoca nunca, el Fúhrer no se equivoca nunca, y la raza aria no se equivoca nunca, y las leyes de la historia no se equivocan nunca, y los charlatanes no se equivocan nunca; es suficiente ir cambiando el sujeto de la oración e ir poniendo alguno de aquellos abstractos abstraídos de sus concretos que tanto indignaban al joven Marx, entes verbales que son como los monèmes-éponge, carecen de cerebro y de corazón; ergo, nunca se pueden equivocar. Cosa que los caballeros progres de por estos pagos hispánicos y mediterráneos, incapaces de distanciarse de su propia espontaneidad verbal, todavía no han entendido).

Bien es verdad que en política ocurre en el siglo XX lo mismo que ya Boileau observó en la comedia humana del XVIII:

Un sot trouve toujours un autre sot qui l'admire.

E) . Recursos. Ser capaz de transformar recursos. Esta es la clave por la cual una clase social mantiene su protagonismo. Cuando se desvalorizan recursos simbólicos y culturales, se movilizan recursos materiales que permanecían latentes. Cuando se posee solamente un poco de influencia y nada de poder político, se sacan del patrimonio acumulado recursos monetarios, quasi-monetarios, se crea otro entorno más favorable.

Así dicho, queda resumido algo que aconteció en la burguesía industrial en el decenio de 1950, algo que no estaba al alcance de las clases medias educadas, más intelectuales pero menos ricas, más frágilmente simbólicas.

Fué la alta burguesía industrial la que desproletarizó a Barcelona. Simplemente, cerraron las fábricas que poblaban el casco urbano, incluidas manzanas de la izquierda del Ensanche, y vendieron los terrenos o los edificaron para oficinas y viviendas.

Mi primera observación directa de una gran huelga obrera fué a principios de 1936, antes de la Guerra civil, cuando las trabajadoras de la fábrica textil que los Miró-Sans tenían en la calle Casanova, entre la Gran Vía y Diputación, sacaron sus sillas de anea a la acera, se pusieron allí a hacer calceta rodeadas de carteles de protesta, y armaban un coro de gritos varias veces a lo largo de la jornada. La cosa duró varias semanas. La gente contemplaba el espectáculo desde la otra acera, frente a aquel enorme edificio de piedra gris, imitación de tantas industrias inglesas del siglo anterior.

Poco después, en la calle siguiente, Villarroel, también entre la Gran Vía y Diputación, hubo otra huelga, más de cuello blanco, masculina, por parte de los empleados de la United Shoe Machinery and Company, una empresa mixta de capital americano y catalán. Era también un enorme edificio, más moderno que la fábrica de los Miró-Sans.

Entre la Gran Vía y la Avenida Mistral había una gran fábrica, las Hilaturas Caralt-Pérez, con una atrevida, altísima chimenea que nos enviaba su humo negro hacia la Gran Vía si soplabo viento desde el mar hacia la montaña.

Incluso en barrios residenciales como San Gervasio había

talleres y fábricas que ocupaban espacio entre casitas de planta baja, un piso y jardín trasero, o entre las torres rodeadas de auténtico, amaestrado jardín, con palmera y cactus. Se iba a visitar a una muchacha, se podía gozar bien del silencio civilizado, denso e intemporal, bien del voluntarista aprendizaje de piano por otra muchacha en la casa vecina.... Y de pronto todo quedaba sumergido por un estruendo hiperrealista e histórico: una docena o dos de telares poniéndose simultáneamente en movimiento, lanzando su ruidoso testimonio productivo a través de unas claraboyas una treintena de metros más allá. Te sentías súbitamente desorientado, molesto, extranjero, o culpable por ser miembro de otra clase (o de ninguna), en todo caso por vivir (según decían ya) de la explotación indirecta del trabajo manual de los otros. (Mejor dicho: otras, pues la industria textil era sobre todo femenina).

Por otras partes de Barcelona, sea la Avenida de Roma, o la Avenida Gaudí, había en los años 50 apenas viviendas; era una sucesión de solares y fábricas. Los proletarizadores de la ciudad la fueron desproletarizando lentamente, y al final, ya en los setenta, emigraron incluso las empresas directamente vinculadas al mundo simbólico e intelectual. La gran Tipografía Emporium, la colosal imprenta de la Lliga Regionalista y de las ediciones de la Bernat Metge, donde fabricábamos cuando podíamos los números de Leonardo, las Ideas y las Formas, aquella especie de sinagoga austera e industrial que ocupaba un espacio enorme en la calle Ferlandina, en pleno barrio viejo cerca de un conocido meublá, aquella tesorería simbólica de recuerdos burgueses siempre aptos a emerger en medio de una conversación nostálgica con el senyor Cantijoch o el senyor Alzamora, emigró al fin a Santa Coloma, postrer viaje de una caravana constituida por individualidades autónomas, cuya coherencia como fenómeno social solamente se capta por la perspectiva histórica.

Los recursos monetarios producto de la venta de los solares o de las nuevas viviendas, trajeron consigo una autoafirmación de la independencia privada frente a la coacción política pública. Hasta los años finales de la Segunda Guerra Mundial un gran retrato mural del General Franco (obra de un conocido fotógrafo de Zaragoza) presidía los despachos u oficinas de muchas empresas. Pero cuando se hizo obvio que España ni entraba ni entraría en la Guerra Mundial

(cosa que toda la población contraria a nuevas improvisaciones militares agradeció en el fondo de su corazón), las expectativas privadas se ilusionaron con un futuro más hedonista y menos autoritario; así los murales con el retrato del General Franco fueron substituidos por la Virgen de Montserrat, o por reproducciones de carteles de textiles o de vinos espumosos, debidos a pintores y dibujantes que empezaban a ser bien cotizados en el último decenio de la Monarquía. Con una rapidez de vértigo se pasó de unos años en que aquí eran franquistas hasta las ratas, a otros años en que ya nadie tenía nada que agradecer a nadie. Fueron los años más sombríos del Régimen, desde 1945 a 1951.

Años de hambre, de cartillas de racionamiento, cortes de tres o cuatro días de energía eléctrica cada semana, instalación particular de grupos electrógenos, taxis cargados de un aparato llamado gasógeno que quemaba cáscara de almendra, avenidas urbanas semivacías en las cuales cuando volvías por la noche del cine, caminando lentamente y respirando el aire húmedo con una mezcla de congoja y de juventud, te cruzabas con las pequeñas brigadas de la Compañía de Gas que iban apagando, uno a uno, los faroles de alumbrado público: cada empleado vestía una blusa de rayas azules y llevaba al hombro un larguísimo palo con un capuchón de algún tejido no inflamable: con el palo abría la ventanilla del farol y con el capuchón extinguía las luces dejando solamente la llama central (que aquella Compañía de nombre francés designaba como bec de gaz y era como un bulbo luminoso, algo así como la miniatura de la cabeza del protagonista de un comic alemán, el Doktor Nimbus). Entonces quedaban los edificios iluminados por una débil luz azul o, de pronto, por los focos fortísimos de algún auto particular largo y solitario como un torpedero, un "haiga" según se decía vulgarmente (i.e., un cochazo de importación americana. Haiga era la perversión lingüística que los murcianos, o sus descendientes, habían hecho de "hay ganancia", y por tanto designaba la insultante berlina de un estraperlista). Aquella era la hora mágica nocturna, cuando todavía tribunas, balcones o ventanales proyectaban luz desde arriba y la piedra recibía contrastes desde abajo. Entonces era posible valorar hasta qué punto la ciudad era hermosa allí donde se había mantenido una cierta disciplina arquitectónica, o en otros términos, allí donde los arquitectos eran conscientes de la existencia de una clase dirigente a la que debían servir (no explotar).

Me . había . habituado a ir, al menos una vez al mes, a un cine llamado Lido, que estaba en la parte baja del Paseo San Juan y tenía, en sesión continua, programas atípicos, fuera de circuitos comerciales, con recuperación de films antiguos. Podías llegar a las siete de la tarde y salir no demasiado avanzada la noche; volvíamos desde la Plaza Tetuán a lo largo de la Gran Vía, paseando en el seno de una ciudad silenciosa, y si había brisa marina nos llegaban las campanas de la Catedral con las once de la noche, más o menos cruzando el Paseo de Gracia (cruce que entonces era peatonal y familiar, no ese anfiteatro hidráulico, deshabitado y peligroso que es ahora). (Precisamente en ese cruce, años antes, me habían echado un día a mediodía una de las broncas más duras de las que he recibido en mi vida. Yo llevaba en la mano un ensayo de Guillermo Díaz-Plaja titulado El Engaño a los Ojos, y me encuentro con Emilio de Castellarnau, médico, que bajaba hacia su consultorio sito al principio de la calle Trafalgar. Me preguntó ¿Qué es éso?, señalando el libro. Le contesté que era de un ensayista de éxito y que se estaba poniendo de moda. Emilio de Castellarnau era un solterón, un gigante con aspecto de bon vivant, pero tanto él como su hermano --también médico-- adherían a cánones bastante rigurosos. Se lanzó a una requisitoria contra ensayismo y ensayistas, especie de sinvergüenzas que pretendían hacerse famosos habiendo estudiado los temas sólo superficialmente. Me dijo que si quería ser alguien en la vida debía abandonar aquellas lecturas y estudiar Menéndez Pelayo y los clásicos griegos y latinos de la Bernat Metge). El país estaba lleno de fascinantes contradicciones, tanto en los hombres como en los edificios de la Gran Vía: entre la Plaza Tetuán y la Rambla de Cataluña cada uno se erguía diferente del vecino, cada uno con su personalidad, algunos dejando entrever muebles y arañas de desafiante riqueza burguesa, y otros portadores en la propia piedra de la sobria elegancia testimonial de un pasado reciente, tan reciente que la ciudad vivía todavía de él y, con aquellas familias, se mantenía en forma. Existía aún

el Oro del Rhin, ya en su agonía, con su terciopelo raído y su piano de imposible resurrección. El Oro del Rhin se comportaba como un viejo copiador de Goethe: albergaba todavía, mimaba, alguna madura belleza inteligente y cosmopolita, víctima de sus propias contradicciones, esas que hacen humana la hermosa animalidad cuando ésta deviene a la vez cárcel y esclava del espíritu. Pues son los fanáticos los que nunca tienen contradicciones y te repiten sus veinticuatro horas siempre el mismo rollo, seguros como están de su particular empresa mesiánica, nacional y única. Era también la época de la soledad y de la búsqueda, cuando la mirada joven se estremece porque ...

La forza d'un bel volto al ciel mi sprona.

Las chicas nacidas antes de 1930 eran raramente hermosas, pero habían recibido una educación cosmopolita y más bien liberal, lo cual las hacía inteligentes. Y en un rostro femenino la huella manifiesta de la inteligencia era más valiosa que la belleza, expresión anárquica de múltiples cánones estéticos. Por esto en Barcelona se impuso en tan altísima intensidad, no solamente entre los muchachos y los jóvenes varones sino también entre algunas muchachas, el arquetipo maravilloso, un tanto aristocrático, a veces soberbiamente glacial, a veces humanamente irónico, siempre cerebral, que encarnó Katherine Hepburn. De las pantallas habían desaparecido Anny Ondra, Ida Lupino, Jean Harlow, Mae West, y apenas empezaba a hablarse de Rita Hayworth. En la subcultura cinematográfica existían vacíos cronológicos espectaculares, y si en aquella época se hubiesen hecho encuestas sociológicas se habrían descubierto hechos sorprendentes, como heridas abiertas en la memoria de las gentes. Para algunos menestrales agobiados por el pluriempleo y que llevaban años sin poder asistir a una sala de cinema, el arco iris de actores y actrices terminaba con Fred Astaire y Ginger Rogers; luego, súbitamente, se recompuso y reinició con féminas monumentales como Sarita Montiel y Soffa Loren. Entre medio, nada. Ni Kristina Söderbaum, ni Leslie Howard, ni

Ethel Barrymore, cada nombre portador de su propio mundo artístico, nacional, moral, político, y cultural, preñado de atributos, recuerdos, ideas, valores añadidos a los cinematográficos.

Pues el cine era, además de los libros de moda, el temario indefinido, ilimitado y precioso, de las conversaciones entre chicos y chicas. Era la fuente de tests sobre afinidades electivas, tests improvisados sobre la marcha, empirismo cordial, aleatoriamente perverso. La difamación mundana, pretexto para la manifestación de la virtud hipócritamente ofendida, era asunto de la generación femenina más vieja. La política debía ser tratada de manera distante y fugaz, como un tizón encendido entre unas tenazas. Quizá la familia de la chica era todavía ferozmente germanófila. Quizá tenían, por el contrario, un tío paterno o materno, o un abuelo, personaje de talla intelectual, en el exilio en Buenos Aires o en México. Parece, de todos modos, que los antagonismos en los años cuarenta no fueron aquí más que una diluida sombra de los bandos guerreros que separaron a germanófilos y aliadófilos durante la que aún solía designarse como "La Guerra del Catorce". Pues había un denominador común: cuidado con el retorno del comunista o del anarquista. Esta actitud perduró mucho tiempo. Ya a mediados del decenio de los cincuenta, en una reunión me presentaron a uno de los oligarcas de la industria textil, y el otro empresario que estaba a su lado le murmuró al oído, en catalán, lo suficientemente alto (empero) para que yo lo oyese pero no lo entendiese: "Cuidado, éste es de la repartidora". (La repartidora: codificación elemental y sintética, general y archicomprendensiva, de la supuesta pretensión de repartirse los bienes, industrias, cuentas corrientes, y mujeres, de los ricos).

Y es que, a diferencia de París, Londres, Nueva York, o Buenos Aires, aquí en Barcelona se había conocido la verdadera revolución social. En las otras capitales la revolución rusa y sus criaturas eran objeto literario, materia de libros, nobles rusos en exilio, personajes pintorescos, cuentos de Gorki, novelas de Henri Troyat. Aquí el objeto literario continuaba aún salpicando sangre. En una conversación no debías hablar de creaciones posteriores a las de León Tolstoi. Otro vacío, esta vez diplomático, no existencial. Pero había muchachas

que habían leído, con curiosidad y comprensión, cosas de autores (y autoras) revolucionarios, en traducciones italianas o francesas compradas en Suiza, lugar de predilección para educar las adolescentes de la buena burguesía, y ocasión de viaje para las hermanas mayores y las mamás. (Francia, Alemania, Italia, siendo lugares bastante reprobables por el momento. La moda de Irlanda y Escocia pertenece a dos decenios después). Y fué una muchacha de esa clase social la que me prestó el España de Ilya Ehrenburg, un libro quasi juvenil del gran propagandista staliniano, obra desigual en calidad, con unas cuantas descripciones y juicios morales inolvidables.

Una buena parte de las muchachas nacidas antes de 1930, fuese en la burguesía o en las clases medias ilustradas, eran agnósticas. Cuanto más alta la clase social, mayor la probabilidad de una cierta indiferencia o un cierto distanciamiento en materia religiosa. Lo cual no excluía un cumplimiento externo de una doble moral: hacerse presente en la iglesia los domingos y, desde luego, abstenerse rigurosamente del más mínimo rasgo de libertad de pensamiento en una reunión de personas mayores. Por el contrario, la pasión visceral, sentimental y combatiente, la energía que separa al pueblo elegido de las tribus malditas y ateas, fueron asunto patrimonial de las clases medias. Por lo que concierne a la clase media-baja, vivía sus supersticiones y sus devociones ocasionales, a veces con rasgos episódicos de histeria, a veces como negocio. Y el proletariado siguió, como antes y siempre, fuera de la Iglesia y de sus dogmas.

No había tertulias femeninas como las que existieron, muchos años más tarde, en el Salón Rosa. Las de la "parrilla" del Ritz no eran exclusivamente femeninas, y si por azar tuvieron este atributo por algún tiempo, lo abandonaron cuando Isabel Llorach restauró el Conferencia Club. Por entonces pertenecía ya a la historia la moda de Bernard Hilda y su Orquesta, una embriaguez neo-romántica, violines centroeuropeos con adición de opio francés, discos puestos en la gramola hasta la saciedad, insensiblemente, insensiblemente, insensiblemente, para olvidarse de todo, de la tragedia de las Guerras, de la agonía de un amigo tuberculoso, de la frustración de un amor prematuro e imposible.

Y había también, rara avis, las muchachas que podías encontrar en el bar del Fomento de las Artes Decorativas, a donde se llegaba por un ascensor a la derecha del hall del cinema Coliseum. Alguna estaba emancipada y vivía de falsificar cuadros de Utrillo e incluso de la

época azul de Picasso, trabajos encargados y pagados por un marchand (un elegante y repugnante híbrido de aristócrata decadente y de galán de cine, que almacenaba los cuadros en un sótano de la calle Regás, no lejos de un frecuentado meublé; las ventanas del sótano rasaban con la acera y tragaban el polvo de los camiones, la suciedad y el humo de la calle, instrumentos rudimentarios para envejecer las falsificaciones durante unos años, hasta su destino final en algunos salones de familias barcelonesas, o en Buenos Aires, Sao Paulo, Santiago de Chile y, quizá, alguno de los nuevos emporios urbanos en Texas). Era una muchacha de un gran talento, reflexiva, pensativa, poseedora de un realismo duro y transparente, sin concesiones, dura pero no amargada, pese a una vida reservada, independiente, truncada, por la cual había pagado -- estaba pagando-- un precio. Un día, cuando un taxista se negó a conducirnos a un meublé, ella tuvo un arranque de humor sarcástico y le ordenó que nos llevase al Rompeolas. Estuvimos aquella tarde fría, húmeda, cada vez más oscurecida por la niebla, mirando el oleaje y a un pescador inmóvil que estaba sentado en una silla de lona y madera, con la caña fija de modo milagroso, una gorra casi tapándole los oídos y las cejas... Cuando pasó tanto rato que hacía ya frío y el pescador continuaba sin moverse, y la mano de la muchacha empezó a temblar entre las mías, ella tuvo la ocurrencia de pensar (y decir) que el hombre estaba muerto. Le tiramos una piedra, y no se movió. Empezaba ya a oscurecer. La niebla nos envolvía como en una escena de un film alemán. Nos levantamos de la barandilla de piedra y salimos huyendo, estremecidos por una especie de pavor infantil. Tomamos algo caliente en el rincón de un bar al final del Paseo Nacional. Ella estaba traumatizada por una premonición. "Si hubiese vuelto la cabeza y se hubiera alzado la gorra, no habríamos visto un rostro humano: era, es, la Muerte". De momento quise reirme: la idea de la Muerte con caña al borde de una roca era grotesca. Pero casi inmediatamente yo también sentí angustia. Acababa de descubrir hasta qué punto el cosmopolitismo, la inteligencia burguesa, la educación racional y laica de pre-guerra, constituían apenas una fina película cromática, superficial y vulnerable, adherida al Ego primitivo. Primero sentí angustia por la muchacha. Luego sentí angustia por mí y por quienes vendrían después de mí. Pues, aunque yo no estaba enamorado de ella, yo la estimaba. Un día (ésto fué antes de que yo supiese en qué empleaba su tiempo y cómo ganaba su

vida) estábamos merendando, té y pasteles, en el salón del Astoria, en la penumbra de una mesita adosada a la pared encristalada desde la cual se dominaban las escaleras por las que el público descendía a la platea o ascendía hacia la calle Paris. Y aquel atardecer yo había sentido el deseo de decirle algo sencillo, cariñoso, racional, original si ésto era posible, ni erótico ni fraterno, algo distinto de ambas cosas, algo que empezaba y terminaba en sí mismo porque lo decía todo, una concepción del mundo y del lugar del ser humano en el mundo. "Estoy contento de que exista una persona como tú". Y de pronto, ahora, las cosas revelaban otra identidad, nada sencilla, nada racional. Ella tenía miedo. Tenía los labios apretados. Miraba lejos, hacia el muelle. Había en ambos, me pareció, una profunda frustración. Llegó frente al bar un 64, que por entonces era un gran tranvía limpio, moderno, con las dos B mayúsculas bien marcadas: Barceloneta - Bonanova. Paró un rato, vacío. Lo tomamos. Acompañé a la muchacha en silencio hasta la calle Muntaner, poco antes de la Diagonal. El cobrador, ocioso y con las piernas sobre el respaldo del asiento delantero, leía un periódico con noticias bélicas sobre el que era ya visiblemente (excepto para los fanáticos) el Gran Ocaso de los Dioses Alemanes. Cuando nos despedimos, ella me miró verdaderamente como a un extraño.

Dos días después yo tenía que volver a Soria, porque estaba sin dinero. Mi tutor estaba harto de mi libertad y de mis viajes, algunos mal interpretados. También para él, que me conocía desde la niñez, yo era ahora como un extraño. Decidió emanciparme legalmente, aprovechando una legislación entonces muy favorable a los jóvenes, tramitó el papeleo con insólita rapidez en la Audiencia de Burgos, y me dijo que ya podía asumir mis propias responsabilidades. Fué el comienzo de casi dos años de crisis espiritual, preguntas irresolubles, lecturas del Kempis, una fuite en avant fuera de la biografía coherente con el espacio y el tiempo, y a la vez un retroceso a un mundo históricamente cerrado, religioso, de inocencia infantil, con una angustia agresiva despertándote en lo más profundo de la noche. Y luego, ya avanzada la post-guerra, vino el rápido descubrimiento de que lo que uno creía una experiencia espiritual poco menos que única, era algo que habían sufrido, o estaban aún sufriendo, otros jóvenes también navegantes en el cruce de tres espacios: un poder económico insuficiente o casi nulo, un patrimonio cultural denso y extenso, y una situación familiar con problemas.

Yo no sé, y supongo que nadie sabe, cuál es la explicación de que fuese sobre todo en Barcelona (entre el final de la Guerra Mundial y las teatrales manifestaciones de la Iglesia y del Régimen: la Santa Misión y el Congreso Eucarístico Internacional) donde hubo con tanta acuidad aquellos episodios aparentemente muy personales de conversión al catolicismo o de reencuentro religioso. Quizá es que aquí se sentía más dolorosamente, como algo propio, la destrucción de Europa. Quizá fué también porque aquí la cultura era algo vital y que se tomaba en serio, no algo puramente escénico, un mero pretexto mundano. Quizá porque aquí la religión no era un modus vivendi para individuos que apenas podían ocultar su cinismo o su vileza. Quizá porque el entorno oficial y de los medios de comunicación, desde que los católicos de la Santa Casa monopolizaban el poder en el gobierno en Madrid, se hizo tan implacable y totalitario, que la antigua libertad (incluida la de los disidentes falangistas) fué sentida como algo culpabilizante. En fin, quizá porque del mismo modo que algunos no podíamos tragar las óperas de Wagner, sin embargo no nos reíamos de ellas.

En todo caso, las crisis espirituales fueron efímeras y solamente en algunos desembocaron en genuinas catástrofes. El poeta Manuel Segalá, que venía (hablo de 1946 o 1947) por la redacción de Leonardo, las ideas y las formas, y que según decían, era un gran poeta, se suicidó. Algunos jóvenes alemanes que habían escapado a la muerte en el frente del Este y que acompañaron a sus padres a un transitorio exilio en Barcelona, tuvieron espectaculares conversiones a la Iglesia Romana. Y algunos jóvenes, ya más bien maduros, de algunas familias de la burguesía barcelonesa, descubrieron un cierto asco por la vida tal como nos rodeaba en los años del hambre, el estraperlo, la prostitución, y decidieron entrar rápidamente en alguna Orden. Lo que dió lugar, por lo menos en dos casos que han quedado en mi memoria, a conflictos familiares de una violencia inaudita, inhumana. Las familias estaban dispuestas a aceptar que el hijo (ya no un adolescente) entrase en religión, pero a condición de que se hiciese miembro de una Orden históricamente prestigiosa por su jerarquía y sus teólogos: benedictino, dominico, jesuita. Ser "un fraile harapiento" era algo que no se podía consentir.

Las crisis espirituales fueron asimismo efímeras porque aconteció con ellas algo análogo a lo que Max Weber ya había predicho a los profesionales radicales de las utopías revolucionarias: no son vencidos por los enemigos, sino por la trivialización de la vida cotidiana. Y muchos años después uno aprende que estas cosas las habían a

su vez aprendido gentes que nunca oyeron hablar de Max Weber (y tampoco de Walter Rathenau, quien decía en un lenguaje berlinés menos académico cosas lógicamente derivadas de las primeras). "La rutina acaba con el amor; los curas, con la fé; y las medias de seda y los abrigos de pieles, con la revolución". La frase era del veterinario del pueblo, personaje digno de Gogol, despiadado usurero, afanoso depredador rural obsesionado con matrimoniar a sus hijas en la altura donde se olvida el origen del dinero.

Las muchachas ideales y únicas se convirtieron en madres de criaturas lloronas y supermimadas. Los mandos de las Armas de Infantería y Caballería que siempre habían vivido en guarniciones de provincias y que en los años cuarenta proyectaron sobre las grandes urbes, sin éxito, su mentalidad de clase media tradicional propia de ciudades pequeñas, levíticas y castrenses, se recluyeron en sus acuartelamientos o en sus domicilios, llevando la digna pobreza que les era impuesta por los sucesivos Ministros de Hacienda, todos ortodoxamente avaros de los dineros públicos. Los funcionarios relacionados con Abastecimientos y Transportes se enriquecieron discretamente, sin ascender por ello de clase social ni de nivel cultural. Sus hijas tenían en casa sólo tres libros: La mujer ideal de Andrés Revesz, La perfecta casada de Fray Luis de León, y el Misal del Padre Colunga, uno de los fabulosos negocios del señor Vallés en Barcelona, con mercado para su editorial en toda la Península, Ultramar, y Protectorados y colonias de Africa. Tres libros con función esencial escenográfica, pues no eran objeto de interiorización sino de representación. La obra de Revesz (un escritor magyar en el exilio, colaborador de semanarios de Madrid y de Barcelona) se basaba en experiencias femeninas de mujeres de la pre-guerra, más bien independientes e intelectuales (como demuestran las cartas publicadas en apéndice), un modelo femenino enérgicamente recusado por la clase media tradicional y por los curas-párrocos y otros directores espirituales en ambas Mesetas, La Rioja y Navarra. En lo que concierne a Fray Luis de León, se tenía el libro a la vista para tranquilidad moral del inocente pretendiente, una vez que éste era recibido en casa por los papás... En cuanto al Misal, más grueso a cada nueva edición, era obviamente para ser llevado en mano cuando la muchacha, ojos bajos, paso lento, atravesaba el domingo el atrio de la iglesia, entre dos filas de fumadores y charlatanas renuentes a sumergirse en silencio en la nave parroquial. La muchacha no se levantaba los días laborables hasta las once y media o las doce, aunque un sol espléndido bañase la casa, la huerta y las colinas; recibía a la

peinadora y, con ella, las murmuraciones del pueblo en ese día o en el día inmediatamente anterior, se europeizaba simbólicamente con perfumes de etiqueta francesa elaborados en algun obrador de Barcelona o de Valencia, pasaba otra media hora con el rimmel azul ornando unos ojos que eran enormes relativamente a su vacía inexpresividad, se probaba dos o tres vestidos para el paseo de la tarde, no sabía bien qué debía hacer hasta entonces, excepto escuchar a la mamá ambiguas, a veces venenosas quejas contra el papá (el cual no podía oír las porque había salido temprano con la escopeta, los perros de caza y algun amigo no demasiado motivado por la competitividad ni por la envidia). Por su parte la mamá tampoco leía un libro, si bien tenía sobre la mesilla de noche ¿Por qué te engaña tu marido?, otro best-seller de la época que dió cantidad de dinero a don Wenceslao Fernández-Flórez, autor entonces famoso y hoy también olvidado; recurso estratégico más bien proclive al fracaso, porque el papá llegaba tarde en la noche después de estar jugando al mus en el café, y en la alcoba ya un tanto oscura nadie podía inquietarse por una cosa tan estúpida e inútil como el título de un libro usado como una acusación muda.... Así perdí yo una edición original de El Metal de los Muertos de Concha Espina, uno de los raros, apasionantes y mejores ejemplos de realismo social, obra tardamente reivindicada merced a su éxito nórdico en una traducción alemana: presté la novela a la muchacha a las 7 de la tarde, la mamá se apoderó del libro antes de las 10 de la noche, y el cura-párroco, director espiritual y etc., lo recibió antes del mediodía siguiente, poniéndolo fin a lo que en otro país habría podido ser un circuito inteligente. La muchacha nunca fué capaz de enunciar una palabra sobre Concha Espina, ni sobre las tragedias de los mineros, ni sobre el paradero del libro. Finalmente comprendí que el cura había practicado un auto da fe contra un objeto que no podía por sí mismo justificar su existencia, defenderse ni convertirse.

Era un terrorista moral. Hijo natural de una pastora de ovejas, ingresado todavía niño en el seminario de Burgo de Osma, tenía un doble fanatismo: la erradicación del pecado y la vindicación de su madre. Sus sermones versaban compulsiva, inevitablemente, sobre el Sexto Mandamiento. La primera vez que había visto un centenar de libros, no religiosos, en un domicilio privado, fué cuando vino a casa unos días antes de la muerte de mi padre. Había una antecámara con estanterías de libros, previo paso a la alcoba: abrió la primera puerta, se quedó atónito, exclamó "¡Libros!", igual que hubiese podido

exclamar "¡Ratas!". Y se volvió atrás. Pero estaban los hermanos Castellarnau, Emilio y Joaquín, ambos médicos, y se metió al fin en el dormitorio de mi padre. Unas semanas después, en aquel agosto africano, paseando al atardecer bajo los álamos, me preguntó si aquellos libros eran obras toleradas por nuestra Santa Madre la Iglesia. Obviamente, lo eran. Me hizo un discurso sobre el pecado. "Hay pruebas sobrenaturales, sobrenaturales o sea irrefutables, de que en el infierno hay niños de cinco años. Y están allí para toda la eternidad". Era un enfermo, y si su dominio sobre la feligresía local y otros pueblos vecinos, hubiese durado más tiempo, aquel enfermo habría sido un fabricante de enfermos. Hacia 1960 lo enviaron a Venezuela, y de allí volvió con una osteoporosis, convertido en un tullido. Me dicen que ha muerto no hace mucho. De algunas de sus atrocidades ha quedado constancia oral o escrita, no lo sé, entre la progresía y la gauche divine catalana e italiana, pues en los años terminales del decenio de los cincuenta y los primerizos de los sesenta hubo viajes recíprocos entre intelectuales italianos y quienes en Barcelona habíamos hecho las revistas Cuadrante y Laye; y no era inusual, al final de una cena, que uno contase episodios de la Celtiberia, a veces trágicos, a veces bufos. Elio Vittorini encontró delicioso (y amargo) uno de ellos, protagonizado por el fervor inquisitorial de mi cura-párroco, episodio que no puedo repetir aquí (quizá J.M. Castellet lo recuerde bien) porque los adolescentes que lo sufrieron viven (y de vez en cuando leen lo que yo escribo).

Lo fundamental no es la anécdota, sino esto otro: hubo en España después de la Guerra civil una caída abismal del nivel intelectual del clero. Para reponer las siete mil u ocho mil vacantes causadas por los asesinatos, se recurrió a ordenaciones sumarias con jóvenes que no sabían ni Historia de la Iglesia, ni Patrística, ni Psicología, etc. Para ellos todos los problemas se reducían a comportamientos de individuos sueltos ante un catálogo de prohibiciones. La mujer y el hombre, sobre todo jóvenes, no eran otra cosa que pecadores potenciales o actuales. Se cumplían las prohibiciones o no se cumplían. No existía la menor complejidad humana, la menor noción de que la ética es, ante todo, la conciencia de la existencia de otro (y otros) seres humanos, con sus derechos y sus deberes. No había más que la relación entre el individuo y el catálogo. Y de este modo, un comportamiento ético no era producto ni del conocimiento ni del razonamiento, de pensar sobre el otro, sobre el daño que se le podía hacer, o sobre su capacidad humana no desarrollada, o sobre sus caminos complicados, o sobre su eventual miseria. Eventualmente todo esto podía, acaso, depender de unos buenos sentimientos más o menos innatos. Y este es uno

de los rasgos indelebles y primitivos de la soberbia española: la creencia de que un comportamiento ético no es producto de la interacción con el Otro, del ejercicio de la reflexión en los problemas de la relación humana, un fruto cualitativo de la razón o de la inteligencia; por el contrario, se cree que un comportamiento humano deriva de unos buenos sentimientos innatos. Es una especie de soberbia a priori, anterior a la humanización, a la cultura y a la vida civilizada. Cuando una mujer o un hombre adultos tienen algún comportamiento bondadoso, se dice de ellos que nacieron con un buen corazón. Obviamente, la contrapartida es que hay individuos que nacieron con un mal corazón, y que en el infierno están para siempre niños menores de cinco años. Más adelante ampliaré esta crítica de juicios tan esquemáticos.

Una de las consecuencias no previstas por el cura-párroco era el recurso colectivo a la mentira. Todos mentían, sobre sí mismos y sobre los demás. En primer lugar, para defenderse del permanente acoso moralizante del cura. En segundo lugar, siguiendo la fundada presunción de que la defensa podía convertirse en activa, se practicaba la difamación más innoble contra otros clanes familiares u otras personas consideradas como enemigos (difamadores) actuales o potenciales. Los hombres y mujeres trabajadores del campo, fuesen pequeños propietarios, aparceros, asalariados, y sus hijos e hijas, no tenían tiempo de meterse en esta clase de laberintos. Los adolescentes estaban al tanto de lo que es la reproducción sexual, puesto que convivían con animales domésticos, ganadería, etc. Las clases más altas escapaban a la campana de vidrio infernal, por una parte porque vivían en la aldea o en la villa discontinuamente y tenían residencia en Madrid, Zaragoza, Barcelona, Bilbao, al mismo tiempo que su escala de valores, más extensa, desbordaba las estrechas capacidades intelectuales del cura. Eran las clases medias, las mujeres de Acción Católica, las esposas de comerciantes y de funcionarios, las que empleaban su tiempo en la delación y el chisme. En cuanto a algunas de sus hijas, hasta poco antes del matrimonio creían verdaderamente que los niños los trae de París una cigüeña; por lo que concierne a los hijos, eran asiduos de burdeles madrileños, incluido uno que más tarde fué conocido por "el Palacio de la Sífilis".

En los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil, estos hábitos se complicaron con los ajustes de cuentas políticos. Los que habían sido "rojos", aunque no tuviesen otro eventual delito que el de opinión, debían pagar su mal corazón. En mi familia hubo el caso dramá-

-tico de un pequeño propietario que cuando le tocaba, a las 2 o las 3 de la madrugada, la así llamada "suerte" de regadío, se encontraba invariablemente con que otro propietario más poderoso y más ortodoxo, unos metros más arriba en la acequia, le quitaba el agua; luego se presentaba el regante de más abajo, y mi pariente se quedaba sin regar apenas (o nada) su terreno. Parece que en la España del s. XVII eran ya muy comunes estas cosas:

"Se combina la rapiña y el despojo de las víctimas con un pretendido celo por la pureza de la creencia".

(Américo Castro, España en su historia, Buenos Aires, 1948, Edit. Losada, pag. 548).

Sin duda hoy, a finales del siglo XX, uno de los más sangrientos, inhumanos y crueles en la historia de la humanidad, estos actos de despotismo y despojo resultan quasi inocentes. Ahora bien, en el momento conducían a situaciones sin otra salida que la emigración. Había otro factor diferencial que es preciso mencionar. Acosados por esa peste que es la división creciente de los patrimonios familiares (con testamento o sin él, a veces incluso pre-testamento mediando violencias inauditas) los pequeños propietarios terminaron por encontrarse, ya a mediados de los años cincuenta, en situaciones económicamente invivibles. Aún no había llegado la bombona de butano, que fué el remedio milagroso a la deforestación, al expolio del bosque para leña (no sólo en invierno). Aún no había llegado la concentración parcelaria: como mucho empezaba a hablarse de la idea, y la primera acogida de la gente fué más bien hostil: ¿cómo iban a intercambiar su parcela con la de un hermano-enemigo? El exceso de población respecto a las posibilidades económicas de cultivos que eran en mayoría de secano, con pocos recursos para fertilizantes, para mejoras de regadío, o para piensos y estabulación de ganado, generó la conciencia de un entorno irremediamente hostil. Y, dado que la interacción entre contexto y conciencia es un proceso permanente en la condición humana, la parálisis en las decisiones estuvo a su vez en el núcleo de una especie de paranoia bifronte : contra los demás herederos, muy concretos, y contra una divina providencia abstracta. Ergo, luchas fratricidas y asimismo la interiorización de un sentimiento trágico de la vida.

"Toda mi vida fué un duelo.
Aquí al fin encontré consuelo".
RIP.

El cura-párroco que pastoreaba a los niños rurales, los llevaba de vez en

cuando al cementerio para que modelasen sus almas con estas edificantes inscripciones en las lápidas. Al parecer, esta pedagogía necrológica era considerada más directa y eficaz que los libros.

Se comprende la ácida fruición con que, a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta, leíamos en el semanario Destino las colaboraciones de Josep Pla y de Carmen Laforet dirigidas a ridiculizar las formas más agresivas de aquel sentimiento trágico de la vida. Hay artículos de Josep Pla y de Carmen Laforet que son de antología, todo y teniendo en cuenta la facilidad del combate y el escaso esfuerzo intelectual que requería poner en evidencia lo absurdo de aquel culto de la muerte. Algunas descripciones de Carmen Laforet sobre las neuras (término entonces no usado, al que recorro ahora instrumentalmente) de las señoras de clase media acomodada en ciudades provincianas, dejan al lector acongojadamente rêveur. ¿Es posible que las cosas transcurriesen así? ¿Era posible que toda una clase social estuviera, o bien suicidándose de modo lento pero real, con su distanciamiento del trabajo, de los problemas humanos genuinos, o bien fascinada por su propia tontería, sumergida en un mundo de neurótica ficción? En el artículo de Carmen Laforet titulado: "Puntos de vista de una mujer: Señoras Adivinas" (en Destino, 5 enero 1952), se describía con un formidable humor una tertulia "en una antigua y pacífica ciudad" (...) "donde el único placer positivo que tienen las señoras casadas es el visiteo etiquetero y reglamentado a ciertas horas y ciertos días"-(...) señoras que... "tomaban vino y pasteles y suspiraban mucho en la conversación". Suspiraban porque cada una de ellas, en su imaginación, estaba ya anticipando la muerte del marido, acumulaban la ropa de luto y los crespones, y la dueña de la casa sacaba las prendas "de una cómoda en secreto". Carmen Laforet terminaba el artículo con lo que hoy definiríamos como un gag : al final de la tertulia aparece el presunto difunto, un señor "rollizo y colorado, lleno de seguridad y pisando fuerte":

"Nunca olvidaré (...) la espeluznante sensación que tenía yo al ver la tranquila inocencia de aquel hombre para cuyo luto el talento previsor y zahorí de su mujer ya tenía preparados los menores detalles". (Carmen Laforet, loc. cit.)

(En nota al final de capítulo transcribiré alguna otra cosa de los "Puntos de vista de una mujer", publicados discontinuamente en Destino entre 1950 y 1953).

Por su parte Josep Pla recurría más bien a la seriedad erudita y al debate filosófico. En uno de sus "Calendarios sin fechas", con el título "Las rosas en la poesía castellana" (Destino, 21 de mayo 1949), Pla ironizaba sobre "la fosforescencia mística" (sic) de algunos poetas mesetarios, su "ascetismo, su pesimismo seco, su irreparable melancolía". Y añade:

"Frente a toda esta corriente se levanta el Teorema LXVII de Spinoza que dice:

"El hombre libre no piensa en nada menos que en la muerte y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida".

"Este teorema es la quintaesencia del occidentalismo".

Con una sola frase Pla excluía de Europa una proclividad psicológica (digo bien psicológica, más que propiamente espiritual), que sin embargo también formaba parte de algunos momentos de la historia europea, pero que Pla no reconocía como propia porque en aquel artículo (como en otros análogos) bajo la apariencia literaria estaba librando un colosal combate político. (No habían llegado a España todavía algunos films de Bergmann, o de Dreyer, etc). Las cosas eran muchísimo más complejas y no se reducían al antagonismo entre vitalismo y melancolía. Hubo también una especie de intelectualismo religioso, coetáneo de la Reforma y de Erasmo, opuesto a métodos afectivos y sentimentales. En un artículo de sumo interés, un gran artículo por su precisión y su contenido, escrito por Juan Perucho en fecha ya muy tardía ("Santa Teresa y las corrientes erasmistas", La Vanguardia, 9 de agosto 1962), está muy bien descrita la encrucijada de opciones y cómo la renuncia a la profundización en los textos y en los libros para sumergirse en la mera oración vocal, representó un empobrecimiento espiritual.

Cabe asimismo admitir que alguno de aquellos artículos podía hallarse destinado a otros mundos rurales no castellanos: también en la Cataluña rural hubo episodios similares, pero fueron más locales, no tan generales, ni tan continuos ni de tan larga duración. En el verano de 1951 estábamos unos días, en las afueras de Hostalets de Balenyá, los miembros del grupo que empezaba a hacer navegar la revis-

-ta Laye y que, además, manteníamos una especie de subversión intelectual con los seminarios vespertinos en el Instituto de Estudios Hispánicos y en otros lugares de la gran urbe. Había unos niños jugando, cerca de donde nosotros estábamos conversando sentados en la hierba. De pronto salió de una masía vecina una mujer, muy indignada, agarró a uno de los chiquillos rociándolo con una ducha de recriminaciones, y se lo llevó hacia la casa, arrastrándolo por el brazo. El chico se revolvía, y de pronto la madre exclamó como argumento definitivo: "Si no fas bondat et posaré a estudi". En nuestro grupo, Pedro Gómez de Santamaría comentó: "Vaya: ya ha llegado hasta aquí la idea de que el libro es un instrumento de tortura".

Y uno retornaba a Barcelona con el recuerdo del viejo dictum alemán: Stadtluft macht frei. (El aire de la ciudad hace libre).

Claro que por entonces uno no podía imaginar que, apenas nueve años más tarde, un efímero instante en la vida colectiva, resultaría lo que casi nadie, excepto unos pervertidos hedonistas, podía haber auspiciado. El gran negocio del país consistía en Sun, Sand, Sea, Sex: the Spanish Silver Square !

I I I . 2. - Saber ser hombre de alguien ;
y ser señor de otro .

A) . Antes de pasar a cosas más serias, primero hablaré de algunas aparentemente frívolas.

En el Régimen coexistían, no tanto como síntesis sino más bien como sumación, tendencias ideológicas y comportamientos heteróclitos. La mística religiosa de la Contrarreforma, el elitismo antidemocrático importado de la Action Française, la mimesis del fascismo italiano, y al principio un poderoso renacimiento de ideas semánticamente carlistas, dieron mucho más tarde paso a una ideología liberal capitalista apenas atenuada por la confusa promiscuidad de las leyes de paternalismo social y obrero con el intervencionismo estatal, económico, un tanto grueso y nada inteligente.

En los años cincuenta, ya periclitada la mimesis de los fascismos europeos, el componente religioso fué el cemento dominante en aquel frustrado híbrido político.

En Barcelona uno de sus efectos consistió en lo siguiente: se acabaron, entre las clases altas, las extravagancias individuales, sumamente divertidas, que habían caracterizado los comportamientos de algunos miembros de esas clases durante los años veinte y principios de los treinta. Las conductas atípicas, capaces de épater le bourgeois, la clerecía, y las damas bienpensantes, pasaron a ser atributo de los nuevos ricos, los estraperlistas. Dado que el semanario satírico La Codorniz, elaborado con una gran astucia y preñado de destellos a veces

geniales, ni quería ni podía ser un equivalente a los semanarios satíricos catalanes (barceloneses) de la pre-guerra, las clases altas no se veían obligadas a defenderse. El humor de La Codorniz correspondía a otra coyuntura de la vida intelectual, ideológica y política, en la cual el Régimen había decretado que se acabó la lucha de clases. Era un humor dirigido sobre todo contra la cursilería de algunos ambientes madrileños, contra la ineptia gramatical de algunos ministros y personajes subordinados dentro de la pirámide del Poder político, y contra el arcaísmo tradicionalista. Nada comparable al humor sangriento y los sarcasmos contra las clases altas, y particularmente contra la Iglesia y el clero, que caracterizaron a los semanarios populares barceloneses en los años previos a la Guerra Civil. La Codorniz entraba en muchos hogares de familias burguesas, rebosantes de buena conciencia y de felicidad pan-europeas; por el contrario, aquellos semanarios, escritos en catalán, plagados de caricaturas gruesas, estaban rigurosamente prohibidos en las casas del Ensanche e incluso en las oficinas de muchas empresas textiles de las que poblaban el espacio urbano entre la calle Trafalgar y la calle Aragón. El jefe de personal (o su análogo en la época) vigilaba que en el pupitre del contable o del amanuense no estuviese escondido un ejemplar del Be Negro o de la Esquilla de la Torratxa. (Digo bien el pupitre en vez de la mesa de oficina, pues en la mayoría de las oficinas de grandes empresas textiles los contables trabajaban encaramados en un taburete frente a un pupitre de madera, un mueble enorme comparativamente hablando respecto a los pupitres escolares).

Los estraperlistas recibieron de La Codorniz un tratamiento crítico raramente agresivo, sólo superficial y abstracto. El estraperlista no era caracterizado tanto por sus episódicas, quasi desconocidas extravagancias, cuanto por sus signos de opulencia privada en medio de la miseria pública: ésto es, el Buick o el Cadillac paseándose por unas avenidas frecuentadas de tarde en tarde únicamente por los tranvías y algun taxi.

Y ~~sin~~ embargo, hubo estraperlistas audaces que cometieron, con dimensiones vulgares propias de la clase media-baja de la cual habían salido, actos incluso más dispendiosos y ofensivos que los que se narraban con una sonrisa, veinte o treinta años antes, en torno a unas tazas de té y unos pasteles, en un salón burgués en uno de cuyos rincones había un entristecido, miniaturado, antropoide tití llamado "Darwin", que asistía en silencio a la tertulia de los señores,

las señoras, y los adolescentes rigurosamente callados, muy conscientes de que estaban aprendiendo cosas de la vida. (No sé de dónde vino la efímera moda del tití en los años veinte o principios de los treinta. En París no se designaba por ese sustantivo a un pequeño antropoide doméstico, sino a una particular especie de niños tontos de la aristocracia decadente. Uno de los titís sobrevivió al 19 de julio y cayó, en la torre de Sarriá donde vivía, bajo la protección de unos milicianos de la FAI. Como éstos no sabían que el tití se llamaba "Darwin", le pusieron por nombre Pío Once, título del Pontífice de Roma por aquel entonces. El tití no hacía el menor caso, pero terminó por reaccionar cuando le llamaban, a grito pelado, !Once!. Verdaderamente, en este país incluso los novelistas carecen de imaginación).

Hacia . . . 1950, con el asesinato de Carmen Broto, una hetaira de lujo que tenía un apartamento en la parte alta del Paseo San Juan, empezaron a hacerse públicos algunos rasgos de los nuevos hedonistas barceloneses. Poco después se supo que un gran estraperlista había habilitado una torre en San Gervasio, para su amiga, con una piscina interior y luz ultravioleta (que entonces era una costosa rareza).

Continuando con esta discreta aplicación del método comparativo histórico y etnológico, diré que durante los años de extraordinaria prosperidad y de prestigio mundial (europeo e iberoamericano) de la burguesía barcelonesa, las extravagancias fueron hábil y sutilmente controladas dentro de las propias clases altas: eran comportamientos que debían mantenerse en el secreto (siempre relativo) de las familias, reducirse al ámbito individual, y no producir deterioro en el patrimonio. El primogénito que debía aprender a dirigir, y un día heredar, las empresas familiares, no podía ni debía esperar una tolerancia cultural y "moderna". Ahora bien: alguno de los hermanos menores, o tal vez algún sobrino portador de singulares proclividades bohemias o artísticas, podía quizá confiar en que se le tolerasen. Siempre que no resultaran, ni demasiado públicas, ni demasiado caras. Al joven se le otorgaban unas rentas de cuantía bien definida y con límites estrictos, y se le excluía de participar en tomas de decisiones. A veces sucedía que el joven exigía adelantos anuales para satisfacer sus extravagancias, generalmente en París. (Esta tendencia reapareció en 1951 o 1952, una vez que fué reabierto la frontera francesa y en París reinaban, por un lado, los existencialistas, y por otro "la Patachou"). No sólo hubo París. En mi memoria infantil,

menos aún que adolescente, quedó registrada la anécdota (relatada con años de distancia) del jovencito que pidió un adelanto de sus rentas por lo menos suficiente para viajar con su pequeño clan de amigos hasta Venecia y asistir, tripulando una góndola, a los faraónicos funerales de Diaghiliev.

Dicho de otro modo: había un cierto savoir-faire cultural y elitista, y fué precisamente esta faceta simpática y más bien inocente, la que desapareció durante los años cincuenta. En los años veinte y treinta, cuando las relaciones entre Barcelona y Buenos Aires eran muy intensas, los hijos de empresarios barceloneses y, desde luego, sus padres, no se interesaban en modo alguno por el folklore porteño. No se les ocurría hacer excursiones clandestinas a La Boca o a Avellaneda o a Quilmes; habitaban en los alrededores de la Plaza San Martín, frecuentaban los clubs de la calle Florida, y como mucho se acercaban a los balnearios de San Fernando o El Tigre y jugaban al tennis. En los años cincuenta, por el contrario, volvían a Barcelona rezumando cultura de tango y argumentos patéticamente eróticos (una especie de autovacuna frente a la codicia de mujeres emancipadas, bonitas, jóvenes, astutas, y ambiciosas). Este rebajamiento de nivel hubiera sido inconcebible en la época en que don Francisco Cambó y sus asociados en la Lliga controlaban grandes empresas eléctricas y de transporte urbano no sólo en Buenos Aires sino también en otras ciudades argentinas. Satélites disjuntos y en órbitas autónomas respecto a París, las élites de Buenos Aires y de Barcelona nunca compartieron un intelectualismo recíproco (que cada una profesaba a su modo). Había además una diferencia cualitativa, producto de la vieja capitalidad de Buenos Aires y del provincianismo de Barcelona hasta el fantástico castillo de fuegos artificiales que elevó a la gran urbe catalana en los años de dinero fácil bajo el gobierno de Primo de Rivera. Cuando se leen biografías de personajes de la élite porteña como Silvina Ocampo y el que fué su marido, Adolfo Bioy Casares, uno queda impactado por la intensidad del conocimiento de la cultura clásica europea, la frecuentación en el hogar de textos en las lenguas originales, la enseñanza directa por los padres, por ejemplo de textos de Erasmo o de Montaigne... en fin, más cerca, el dominio de la filosofía alemana (sobre todo Schopenhauer) por Jorge-Luis Borges. Todo ésto no minimiza la importancia de las relaciones de intelectuales barceloneses que viajaban con alguna frecuencia al Río de La Plata, algunos bien eminentes como Eugenio D'Ors y José Pijoan. Con un

matiz adicional que reenvía a una diferencia cuantitativa en el abanico de recursos respectivos, a saber: que los del Cono Sur saltaban de órbita cuando les convenía y se satelizaban respecto a otro centro (Londres) leyendo cuidadosamente cada semana The Economist y alguno de los suplementos de The Times, hábito que por aquí sólo adoptaron unos minoritarios, exiguos e irrelevantes universitarios hacia finales de los cincuenta y principios de los sesenta.

Exige la verdad que este poliedro descriptivo quede completado por dos superficies que faltan.

Como he escrito y explicado en otro lugar (+) los centros saben que, para seguir siendo centros, deben explotar discontinuamente sus periferias, incluidos aspectos insospechados. Decenios después de la época de la cual he estado hablando, cuando yo vivía en París me contaron el sistema de las 4 B. Este signo que hoy sugiere una tarjeta de crédito interbancaria, designaba un lamentable parcheo ejercido por la (o los) responsables de una red de clandés de lujo cuyo centro estaba en París en los años veinte y treinta. Cuando alguna belleza había tenido un, digamos, accidente, no reparable con las terapias de la época, se la transformaba en una Madame de gestión y se la enviaba a los clandés periféricos de alguna de las 4 B, a saber: Bucarest, Beirut, Barcelona, Buenos Aires. En aquellos tiempos el asunto se doblaba con dimensiones políticas y diplomáticas, en particular en el Este de Europa y el Próximo Oriente, lugares donde los franceses debían hallarse muy alerta para prevenir (o al menos conocer) proyectos secretos de políticos locales. También hubo jefes de gobierno franceses, como Herriot o Sarraut, que gozaban la oportunidad de los viajes a Bucarest para sus personales extravagancias de unas pocas horas, imposibles en Lyon, en París, o en alguna divina mansión cerca de Auteuil.

Y en fin: si había algo común a las élites intelectuales de Barcelona y Buenos Aires, era el desconocimiento de España. Esta carencia la reparó mucho más tarde don Eugenio D'Ors, por su cuenta y con instrumentos más que discutibles. Pero en los años veinte y treinta, y podría afirmarse que todavía en los cuarenta, España era meramente

(+) - Crisis y anticrisis de la sociología, segunda edición, Barcelona, 1989, Edit. Barcanova Temas Universitarios, pag. 4 a 7. Cf. el texto de Daniel Lerner allí citado. En otros libros, comentando pasajes de Costa, Menéndez Pelayo, etc, he insistido sobre el tema.

etiquetada, bien por los esperpentos de Valle Inclán, bien por los angustiosos cantos de fé y de dolor de don Miguel de Unamuno, o por las frases a veces ingeniosas de Ramón Gómez de la Serna o, en último término, las astracanadas de Jardiel Poncela. Por debajo de las élites hubo asimismo un continuo ir y venir de sindicalistas y revolucionarios anarcos; con la particularidad de que, estuviesen en el Río de La Plata o en el Paralelo en Barcelona, casi todos ellos vivían encastrosados en su propia utopía, enterándose bastante poco de las realidades culturales, institucionales, y en definitiva burguesas e internacionales, de cada contexto. En la obra del americano Brademas sobre el anarcosindicalismo en Cataluña, hay un párrafo revelador y transparente, extraído de un discurso del jefe de la CNT, García Oliver:

"Desconocen los de la A.I.T. completamente a España. (...) ¿Qué saben ellos de España? ¡Si nosotros mismos andamos a tientas! ¿Qué sabe de España Unamuno, qué sabe de España Ganivet, qué sabe de España Azorín?. Nada. Y sin embargo, pretenden saberlo estos compañeros de Berlín".

(John Brademas, Anarcosindicalismo y Revolución en España, 1930 - 1937, Barcelona, 1974, Editorial Ariel, pag. 68).

"¡Si nosotros mismos andamos a tientas!" La expresión podía haberla pronunciado cualquier intelectual catalán (y desde luego barcelonés) a mediados de los decenios del 40 o del 50. Aquí no se leyó verdadera, rígorosamente, a Ortega, hasta que en medio del aburrimiento generalizado llegaron los ensayos orteguianos sobre estética, sobre Velázquez y Goya, sobre la soi-disant teoría de Andalucía. Los trabajos científicos de Ortega, ya tardíos, por ej. sobre Leibniz, aquí fueron ignorados. En los años inmediatamente siguientes a su muerte hubo un fervor orteguiano muy típicamente propio de una ciudad como Barcelona, en hartazgo efímero de cada moda para olvidarla al quinquenio siguiente. Dije antes que el desconocimiento del resto de España se dió no menos que antes, en el decenio de los cuarenta. Es difícil transmitir al lector actual la imagen vigente de un país sumido en un proceso de degeneración y de retorno a una nueva forma de barbarie, distinta de la de los anarquistas. Una parte de la población vivía de expedientes, cambalaches, estraperlo, o sexo mercenario. Los intelectuales ignoraban el mundo del trabajo, la lucha día a día de hombres y mujeres para salir de la miseria, la muerte en la mina, la muchacha del herrero ayudando a su padre en la fragua, el agua parva traída con esfuerzo hasta el huerto en la hora de cordial esperanza que precede

al alba. Angela Figuera se interrogaba en un poema...

¿Esto queda del hombre tras la furia del hombre?

Y don Eugenio D'Ors ya en el lindero de la muerte, repetía desde Madrid: hay que civilizar, civilizar, civilizar. Incluso un patriota optimista como Santiago Nadal, durante decenios miembro del equipo directivo de Destino, jefe de la sección de Extranjero de La Vanguardia, autor de un libro de éxito sobre el rey Felipe II, participaba de la imagen de un país que se pudre por su cuerpo, en una especie de cáncer moral y social del que eran inconscientes las clases medias ilustradas y las que debieran ser (y raramente fueron) clases dirigentes. En mis archivos constan los apuntes de una conferencia que Santiago Nadal dió en el Círculo Artístico de Lérida en 17 de abril 1949 bajo el título "Visión española desde el Museo del Prado". Era una disertación sobre El Greco, Velázquez, y Goya, y al final resume la historia moderna vista a través de la pintura:

"En El Greco no hay mujeres. Velázquez pinta honradas damas españolas con sus virtudes domésticas. Goya pinta prostitutas procaces".

La rudeza de esta conclusión ha de justificarse por el contexto en que se escribía. Poco tiempo más tarde Josep Pla dedica uno de sus "Calendarios sin fechas", su colaboración semanal en Destino, a la actividad autodestructora y crítica de los españoles:

".... la irritación general que secreta la existencia ajena por el mero hecho de ser. Este es un país poblado por personas que se destruyen constante y mutuamente. En esta labor no queda títere con cabeza. Es una especie de tendencia de todos y cada uno a monopolizar el aire disponible. Es una lucha feroz, implacable, deprimente". (Destino, 24 febrero 1951).

La contrapartida era un papanatismo paneuropeo radicalmente provinciano, una constante fuite vers l'Europe, búsqueda angustiada de la ciudad ideal, imaginación de unas sociedades europeas armoniosas, humanas, perfectas, autoconstruidas en los cerebros de las marginales minorías intelectuales barcelonesas. Algo

conmover : un híbrido inmaduro, quasi adolescente, en el que se cruzaban sentimental (pero antitéticamente) una nostalgia de paraíso perdido y la imaginación ideológica de una polis no conflictiva, una polis ideal, liberal, y más que liberal: liberada del Mal. Una ciudad solidaria, sin gendarmes, ordenada, amorosa, siempre juvenil, con muchachas hermosas y virtuosas, ciudad de la que nunca habría que huir.

Et in Arcadia ego.

Este imago (no psicoanalítico) se hallaba en diametral antagonismo con el que tenían de Europa quienes habían nacido 25 o 30 años antes que nosotros. Quienes, siquiera indirectos, fueron testigos de la ferocidad de las guerras balcánicas de 1911-1912, y de la gratuita crueldad de las guerras coloniales e imperialistas (las de Inglaterra en Africa del Sur, la de los belgas en el Congo, de Italia en Tripolitania, de Francia en el Maghreb, el exterminio de la población nativa de los Hereros por colonizadores alemanes en el país hoy llamado Namibia, etc. etc), y sobre todo quienes habían alcanzado a vivir la "Guerra del Catorce", y habían visto imágenes de la guerra de gases en las trincheras, toda esa gente profesaban en muy poco la mitificación de Europa. Ni de Europa ni del animal humano. Eran burgueses porque no podían ser otra cosa. Pero sabían. Sabían y pensaban. Y reían a carcajadas cuando oían cosas sobre la armonía federal o sobre el altruismo imaginado à la Kropotkin. No menos que quienes apenas sabían ni pensaban, porque su métier consistía en calcular, multiplicar y dividir. Cuántas cosas uno aprendió sobre España y sobre Europa, oyendo los comentarios de personas que en julio de 1921 habían visto cambiar un dólar americano por 76 marcos alemanes, y en noviembre de 1923 por 4.200.000.000.000 marcos (4.2. seguido de once ceros), y que una £ esterlina que valía 104 francos franceses en mayo de 1925, se cambiaba por 245 francos en julio de 1926 poco antes de volver Poincaré al poder. Y de tarde en tarde uno podía además, supremo regalo de la ciudad burguesa y de los tiempos, oír a quienes leían las obras fundamentales (generalmente por entonces en francés) que trataban del caos financiero, del desorden político correlativo al brillo estelar de una industria inmoral de la fascinación y del despilfarro, y contaban la corrupción de los políticos, la incompetencia de los diplomáticos, el fracaso de la democracia parlamentaria, obras como las de Bertrand de Jouvenel (La décomposition de l'Europe libérale) y la famosa

(+)
 de André Tardieu (La crise de l'État) producto de una amarga, más bien breve, experiencia como primer ministro francés. (Incidentalmente añadiré que mi padre era un simpatizante de Tardieu, cuyas opiniones quizá sólo conocía a través de resúmenes y artículos en La Vanguardia. Por el contrario, sentía un curioso desprecio por el ex-presidente Millerand, quien cada quince días o cada tres semanas ocupaba, con un largo artículo traducido, media página de La Vanguardia de entonces, superficie impresa mucho más considerable que la actual). Había en la época una doble memoria, la personal y la colectiva. No era patrimonio de los burgueses; también la clase obrera tenía grabadas en el alma las imágenes de sus luchas. No existía la TV y se leía mucho; por tanto no actuaban los irresistibles agentes que fabrican emociones superficiales de caducidad semanal, al mismo tiempo que generan una especie de amnesia colectiva.

Había que ser frío y poco, o nada, sentimental. Más tarde, cuando me dieron uno de los premios del cincuentenario de Cánovas del Castillo, dos personas del grupo me dijeron a escasos días de distancia una misma cosa: "la indignación no es un sentimiento político". Más tarde descubrí que la frase normativa venía de Bismarck.

Quizá lo que querían decirme era más bien lo que ya sabía el joven Goethe,

Sei gefuhllos !
 Ein leichtbewegtes Herz
 Ist ein elend Gut
 Auf der wankenden Erde.

Pero ¿qué hacer cuando se ha venido al mundo con un corazón demasiado frívolo?

====

(+) - Desde pequeño siempre oí hablar de "la crisis del Estado", tema recurrente con contenidos variables: el bloqueo del sistema de decisiones (Tardieu), la incapacidad de regular el sistema económico y la necesidad de una intervención en economía (Jouvenel), hasta la crisis fiscal del Estado-Providencia (James O'Connor). Descubren el Mediterráneo quienes ahora hablan, además, como Massaryk o como Otto Bauer en vísperas de la quiebra de la Doble Monarquía.

B) . Para los pelagatos intelectuales que aquí se satisfacen recopiando clichés de algunos semanarios americanos (que ellos toman por ejemplos de sabiduría clásica, cosa que sólo sucede por afortunado y fortuito azar), pondré unas aserciones en serie, con la esperanza (sin duda vana) de que alguien en la tribu se decida a pensarlas:

- (a) La memoria es selectiva;
- (b) La memoria recuerda lo que la ideología le permite;
- (c) Quien posee un principio de realidad, posee una memoria factual, una orientación observacional positiva, poco ideológica;
- (d) El principio de realidad y la memoria factual no implican necesariamente una capacidad pragmática, utilitaria, un astuto realismo.
- (e) La inteligencia, la madurez de la razón racional, es otra cosa, una dimensión superior más bien escasa, aquí y en todas partes. Ésta sí que es condición necesaria para que la historia del mundo se componga de algo más que de ruido y furia, contados por un imbécil, según el dictum shakespeariano.

Vivíamos en aquellos años buscando principios de acción factuales y nada sentimentales. Pero carecíamos del astuto realismo. Veíamos la falsedad y la ridiculez de las nostalgias del Imperio, la aberración vital y la falsedad moral de la pretendida restauración del orden de la Contrarreforma, la ficción institucional de la autocracia, profundamente deseducadora del civismo y de la convivencia públicas. Teníamos valores que eran otros y más universales, pero que en gran medida nacían y actuaban en nosotros como contra-valores; eran valores antagonistas de otros, a su vez contextuales.

Esta compleja coyuntura conducía no pocas veces al escepticismo. Era algo que estaba enraizado en una parte de la burguesía empresarial y comercial catalana desde hacía decenios, y que explica (en parte) su impotencia política (o más precisamente que sus valores tratasen

de realizarlos mediando organismos y autoridades que eran a su vez de otros sujetos económicos y políticos, con el riesgo de desnaturalización y de pagar un precio).

Ahora bien, la orientación factual era muy importante. Era la propia de hombres que, en el interior de sus empresas, sabían que para conseguir determinados resultados debían dar a sus subordinados instrucciones claras y precisas. Un trabajo intelectual en los antípodas de la niebla que caracteriza las frases de los políticos: generales, ambiguas, abstracciones abstraídas de abstractos (como muy bien vió el joven Marx, contemporáneo del nacimiento de los lenguajes delirantes de tantas pseudo-élites europeas desde el primer tercio del siglo XIX hasta nuestros días). Estos hombres que poseían orientaciones factuales, que sabían lo que son instrucciones claras y precisas, tenían asimismo cierta conciencia de los límites de su poder. Por ello luchaban mucho más contra la burocracia que contra la autocracia. Solamente en años ya tardíos, en vísperas de lo que se suponía (otra vez) crisis final del Régimen, causada por la crisis financiera, el agotamiento de las divisas, y la inflación, hubo uno que saltó a la arena política con una alternativa inmediata. Fué Juan-Claudio Güell, fundador y financiador de la revista Reino. Este órgano de unos monárquicos a la vez conservadores y demócrata-cristianos (véase sobre todo el num. 2 con una primera plana ocupada por una gran foto del Canciller Adenauer, y con artículos de crítica fiscal y otros detalles de inspiración empresarial catalana), se difundía desde Madrid (como correspondía a su ambición política más general). Tuvo corta vida: el Plan de Estabilización que empezó a gestarse ya entrado el año 1958, condenó la oportunidad de la alternativa.

Mientras tanto, dos decenios en que había que saber distanciarse del escepticismo para no caer en una especie de pirronismo (véase un art. de Josep Pla sobre Pirro, Destino 6 de mayo 1950). (Y permítase que cite alguna cosa mía publicada en Laye, y reproducida por el Prof. Laureano Bonet en su libro sobre nosotros, Antología de Laye, Barcelona, 1988, Ediciones Península) :

"... las minorías seguirán debatiéndose en el vacío con una realidad inasible, la realidad in-social, que concluirá siempre por esterilizarlas. En este sentido todos, todos nosotros, revolucionarios y contrarrevolucionarios, estamos ceñidos por la misma cuerda. A todos nos amenaza el mismo futuro de indiferencia".

Yo no había leído por entonces a Montaigne, y suponía que la política era asunto de proyectos racionales para la comunidad, unos con mayor énfasis sobre determinados intereses particulares supuestamente cruciales para el país, otros con su énfasis en un interés distributivo general, pero todos dentro de un universo reconocible y decente. Yo no sabía aún que la politique, c'est le commerce des hommes. En el Manifiesto de las generaciones ajenas a la Guerra civil (+) yo había escrito que en este país todo hombre tenía un precio; pero yo hablaba en el sentido de que para el Régimen cada hombre, desde el banquero al enlace sindical, podía ser pasible de compra. Que esta vulnerabilidad pudiera devenir hábito más general, lo ví claramente en Italia del sur, en otoño de 1962, cuando participé en una misión francesa. Ahora bien, en los años finales de los cuarenta y todos los cincuenta, tanto mis amigos del centro-derecha como los de izquierda, creíamos en Barcelona que la acción política debía ser algo más bien noble, un ideal con los pies sobre una realidad. Primero de todo, crear el orden estatal mínimo, exigible y necesario, para garantizar a los ciudadanos la libertad, la seguridad, y la equidad. Y en cuanto a la realidad básica común a todos, ésta era la ética del trabajo y de producción de riqueza para sacar al país de la miseria. La industrialización había traído históricamente la lucha de clases y el antagonismo entre propiedad y trabajo. Pero después de la experiencia de algo que entonces era demasiado sensible, cercano y complejo para ser definido brevemente (y que Oriol Bohigas ha nombrado en el primer volumen de sus Memorias como "el círculo vicioso de la destrucción"), era obvio que la industrialización exigía a su vez la institucionalización del conflicto, vínculos sociales permanentes, previsiones fiables para planear a plazo medio el ciclo industrial y el consumo, una inteligencia en la gestión de las fluctuaciones económicas y las diferencias sociales. Confieso ahora por vez primera que yo empecé a desconfiar de los progres (ante todo moralmente, después políticamen-

(+) 1956. Reproducido al fin íntegro en En Menos de la Libertad (1989) .

-te) cuando ví que notorios dandies recién salidos de las Milicias Universitarias, usaban los seminarios del Instituto de Estudios Hispánicos y algunos apéndices culturales en la universidad, con la pretensión de ayudarnos a cambiar el Régimen, cuando de hecho sus sesiones consistían en loas de textos de Baudelaire y de Verlaine. Tener por práctica política revolucionaria la recitación de ciertas estrofas a un grupo de niñas de la burguesía y de la clase media-alta, nacidas después de 1940, era poco coherente con los ideales de la ética del trabajo, una organización social más eficaz, más transparente, menos corrompida, más equitativa. Y pensar que la cognición del animal humano y la comprensión de la sociedad burguesa habían de conseguirse a través de la lectura de Les fleurs du Mal, era intrínsecamente decadente, anticipación lamentable de una progresía barcelonesa ulterior que ha hecho de este país (como he escrito en otro lugar) una especie de burdel generalizado.

Por todo ello, volviendo atrás, me adhiero al recuerdo de quienes tenían memoria factual, criterios factuales, sabían lo que exige e implica dar a los subordinados instrucciones claras y precisas, estaban presentes en su fábrica o en su oficina ya antes de las nueve de la mañana, se respetaban entre ellos (inter-pares) la palabra dada, tenían tasas lo más altas posible de autofinanciación de sus empresas, huían como podían del capital financiero, se contentaban con relaciones familiares con pequeñas casas de Banca locales, practicaban como norma social abstenerse de la ostentación de su riqueza, desconfiaban de las mujeres brillantes de la gran urbe procedentes de familias desconocidas y preferían la endogamia dentro del colectivo empresarial más inmediato... Y todo ésto, a pesar de no pocos aspectos conexos y no tan valiosos: la méfiance permanente ante un rostro intelectual joven y ambicioso, la atracción por el pequeño mundo rural donde estaban sus fábricas, la indispensabilidad de un proteccionismo quasi integral, el temor a la innovación y al cambio, la precariedad intelectual con la que apenas podían explicarte (quienes habían tenido orígenes carlistas) algo más elaborado e inteligible que el teorema de la separación entre Soberanía y Representación. Y en fin, sobre todo, que tuviesen la costumbre de dejarle a uno "planchado" (como se dice ahora) cortándote en seco en una conversación mediante el recurso d'orsiano inserto en su lenguaje quasi popular: "Jóven,

en este país los experimentos, con gaseosa".

Los criterios factuales se manifestaban asimismo en algunas muchachas hijas de empresarios atípicos, por ej. un padre a la vez editor e intelectual. Y esa manifestación tomaba la forma de autodisciplina. La conciencia del valor del tiempo. Una especie de repugnancia innata por el vacío ocioso en el que no hay ni deseos, ni dudas, ni proyectos otros que el hallazgo del príncipe millonario. La distinción entre plaisir y joie, distinción que a su vez implicaba algo fundamental: la felicidad se fundamenta en la joie, un multi-valor que podía reconocerse en experiencias diferentes: oyendo un disco de Furtwängler, ensayando al piano un experimento de Satie, comprendiendo claramente un teorema del texto de Física, cruzándose en el patio de la universidad con una sonrisa humana. (Decía el joven Chéjov, estudiante de medicina, que una sonrisa de una muchacha en los pasillos de la Facultad, era para él como el sonido de un violín). En tanto que el plaisir, satisfacción de una necesidad específica y más concreta, era unilateral y no verdadero fundamento de la felicidad.

Una muchacha que vivía en Sant Cugat me escribía un verano a Soria que había dejado de jugar al golf porque veía que era hora de ordenar sus horarios y "sistematizar las lecturas". Solamente por la noche se permitía estar hasta tarde oyendo emisoras centroeuropeas (i.e. alemanas o de capitales dominadas por los alemanes) con su música clásica, su premonición del ocaso de los dioses, hasta que su madre subía a la habitación y le desconectaba la radio. En otra carta me decía algo terrible: "hoy una muchacha que tenga inteligencia, debe ocultar cuidadosamente que es inteligente".

// La he llamado por teléfono para decirle que voy a citar su párrafo. En los años cincuenta y sesenta influyó quizá, bajo un pseudónimo colectivo, en avatares individuales de una cantidad de jóvenes, solteras y casadas, en la medida en que la censura se lo permitía a través de un consultorio en una emisora popular. Ahora es abuela, alguno de sus nietos va a un colegio del Opus Dei, es una excelente abuela, y a cincuenta años de distancia piensa que el país ha avanzado mucho: una muchacha ya no necesita ocultar su inteligencia. //

Ciertamente, si después de la industrialización, la urbanización y el gran negocio turístico, ha habido en este país una genuina revolución, ella consiste en lo siguiente: hoy son más las mujeres inteligentes, y además son también más que entonces las que son bonitas, y son también más las que abandonaron (o ya nunca tuvieron) la idea de que el trabajo es una maldición y que por tanto el solo negocio de una joven en este país es el matrimonio. Revolución verdaderamente de magnitudes gigantes-cas, un milagro de la naturaleza si se compara con tanta chapuza en otros ámbitos presuntamente muy serios, donde a cada chapuza suceden luego la segunda y la tercera destinadas a enmendar la primera, ilusión cuando todas son producto del sueño de la Razón.

Todo esto tiene sus necesarios precedentes, conoce sus años de activa creatividad, y luego degenera cuando la inteligencia cede su imperio al de la astucia instrumental.

La libertad creadora y humanizadora se recuperó en el país (y muy particularmente en Cataluña) cuando se daba la simultaneidad de tres procesos:

- más urbanización, ergo más apertura de perspectivas, más libertades para conocer, leer, recibir ideas transpirenaicas, elevarse por encima de la ruralidad;

- más industrialización, ergo creación de jerarquías de organización y ejecución, lo que implica vínculos sociales permanentes, el respeto por el que sabe mandar con instrucciones claras y precisas, y la valoración privada y pública del que sabe ejecutar una obra bien hecha;

- un marco ~~institucional~~ político arcaico, que ya no representa la sociedad tradicional pero sí su ficción, consintiendo al mismo tiempo todo cuanto implican urbanización e industrialización, menos el asalto al poder.

La gente madura entonces su inteligencia, a través de una libertad cada vez más extensa, privada, dejando o confiando a unos pocos profesionales codiciosos de poder, la tarea de derrumbar el marco institucional.

Pero si hay urbanización sin industrialización (como era

el caso bajo la Segunda República y en los años cuarenta y cincuenta bajo el franquismo), entonces a lo que se aplica la libertad privada es al incremento de sí misma. Este incremento le es necesario a cada uno en la lucha, sea por la supervivencia, sea por el éxito. Y no tiene por qué ser positivamente trascendente a la organización social.

En contra de lo que muchos creen por herencia no consciente de ideas gruesas pseudomarxistas o liberales, el marco institucional político sólo de modo coyuntural excepcional es la variable independiente cuya acción domina todas las demás, públicas o privadas. Como bien percibió el joven Marx frente a los burgueses liberales (por un lado) y frente a los anarcos (por otro) la organización institucional política que modernamente designamos por Estado, no se halla ahí por generación volitiva o espontánea, como antagonista nato de la sociedad civil, sino que es su emanación. (Hoy diríamos que es uno de sus emergentes). Y hay una continua interacción del emergente con su base. La cual raras veces es sincrónica: más bien es diacrónica, e incluso discrónica, sea por el lado del arcaísmo, sea por el lado de un modernismo. El emergente es a su vez plural y sensible a las libertades. No tan fácilmente lo es a la inteligencia y a su institucionalización estable en funciones necesarias y exigibles. Unas veces reprime su base civil, otras la estimula, otras la reprime pero la educa, otras la reprime pero no la educa. Y la situación peor es cuando el emergente se sume, o en la inercia por sus contradicciones propias, o en una espiral hacia abajo, hacia lo peor y más corrompido de la sociedad civil, su madre. En la Segunda República el emergente se desintegró en el caos, en cuanto resultó que mandaban todos y ninguno. Bajo el franquismo en sus dos primeros decenios, había Régimen pero no Estado (razón racional institucionalizada), clanes de aduladores de la autocracia. Ahora, una vez que han huido a refugiarse en sus hogares los eventuales portadores de la razón racional, hay de nuevo la espiral hacia abajo: el Poder es el negocio de unos carreristas y charlatanes.

Después de un periodo de esplendor de la libertad y de la inteligencia, se vuelve a la miseria intelectual y moral con que se satisface la ruda razón instrumental.

Cada uno persigue la realización de sus objetivos particulares (o insertos en corporativos muy concretos) mediando el dinero o mediando la violencia, sea latente o manifiesta. Cada negociador permanece insatisfecho, y sólo acepta transacciones o compromisos en la medida en que incrementen en algo su poder fraccional. La astucia, contra-valor privado, desprecia la pretensión de la inteligencia de ejercerse alguna vez como virtud pública. Las minorías ilustradas devienen recitadoras de monsergas que no dan dinero. Y las mujeres inteligentes son atributos del Zeitgeist, testimonio de la súbita belleza de los tiempos. Sus inteligencias también son, como ciertos documentos financieros, intransferibles.

++++

C) . Los criterios factuales y el realismo en las familias con tradición empresarial, no excluían dos cosas: una, que de modo episódico irrumpiese la indignación política, no en función de cualquier problema particular sino en función de un sentimiento más colectivo; la otra, clasificable en el extremo opuesto, la ilusión. Me refiero a un rasgo psicológico-económico: la tendencia a instalarse cómodamente en una coyuntura feliz, cuyos indefinidos componentes pudieran estabilizarse.

La indignación. Comprendí otro aspecto de la complejidad humana cuando un fabricante (como se les designaba por entonces) que era visceralmente opuesto a cualquier liberalización o democratización del Régimen (fuese con el General Franco, con Fal Conde al que había visitado en su ostracismo en Mallorca, o sin Franco ni Fal Conde) hizo ante mí y otra persona una crítica sarcástica de aquella tesis de "los cien años de atraso y de abandono que nos han precedido" (uno de los leit-motive en discursos del General Franco en sus viajes por ciudades de la piel de toro). Lo que podía estar justificado quizá, como crítica de la política antecedente, fuese en Cáceres, en Lugo o en Teruel, no era pertinente en Barcelona. No era de recibo calificar como abandono político una gestión que desde finales de siglo había ido transformando a Barcelona en gran urbe europea. Quienes habían visto las obras para ampliar una calle que yo no conocí pero que creo que se llamaba Argüelles y abrir una gran avenida que luego oficialmente se llamó de Su Majestad el Rey Alfonso XIII (i.e. la Diagonal), y después vieron su prolongación hasta Pedralbes con las fuentecillas y los jardines en el lado montaña y las pistas de equitación en el lado mar, quienes fueron coetáneos de las obras del Metro, y vieron el barrido de monte bajo y de roquedales, de cabras y ovejas, barracas de madera y perros, gigantesco escobazo a que se sometió toda la montaña de Montjuich para erigir los palacios, las fuentes luminosas, el estadio, las piscinas, incluso el pastiche del Pueblo Español, los hoteles y las torres de la Plaza de España, los museos de arte y de ciencia, las bibliotecas públicas por doquier... aquella gente de lo que eran conscientes era de un cambio cada vez más acelerado, con dimensiones múltiples y vitales además de las urbanísticas. Hasta el punto de que algunos estimaban que

había comportamientos que habían ido demasiado lejos (tema que abordaré luego). Ciñéndome ahora a la contradicción que implicaba la indignación política en personas cordialmente conservadoras, y usando otra vez la técnica chejoviana de sugerir lo importante a partir de lo aparentemente nimio, pondré un ejemplo. Con la prosperidad de los años veinte ya hubo en la ciudad un problema de droga. Este afectó, sea a minorías marginales en el área baja portuaria, sea a vástagos decadentes u osados dentro de la propia burguesía. Ignoro cómo fué el modus operandi para eliminar el problema. Por entonces se hablaba bastante de la "higienización psíquica" (sic) de las grandes urbes. Un médico barcelonés hoy olvidado pero del cual (muchos años más tarde) se me dijo que era hombre riguroso científicamente y con anticipaciones geniales, el Dr Busquet Teixidor, asegura en un librito que publicó poco antes de la caída de la Monarquía, que en Barcelona se consiguió reducir la cuestión de la droga a magnitudes insignificantes. (Un inesperado elogio de algunos funcionarios públicos por parte de un ciudadano más bien progresista y regionalista catalán). Que el General Franco viniese ahora a declamar contra los cien años de desidia y de abandono, resultaba en Barcelona contrafactual, y por ende inadmisibile.

La ilusión. En 1956 un empresario catalán que luego poseería notoriedad periodística y financiera como propietario de una de las empresas farmacéuticas más importantes del país, don Juan Abelló Pascual, era presidente de la Cámara de Comercio de Madrid. Ese organismo llevaba una vida más bien dormilona. Y ello a pesar de que Madrid constituía el paradigma ibérico del capitalismo comercial (Magerit, derivado según dicen de magus o mercado temporal, espacio de contacto entre "la Castilla rubia y europea y la Castilla morena y afroasiática" (sic) según se escribió en una Memoria de la Cámara). Don Juan Abelló extrajo la Casa de su quietismo burocrático y en la plaza pública compareció con un grueso volumen sobre La Economía de Madrid, 1955-1956, un peso pesado bibliográfico, en el que además de estadísticas de toda índole hay no pocos datos comparativos entre Madrid y Barcelona, y Madrid y el resto de España, . que a veces se remontan a antes de la Guerra civil o, por lo menos, al año 1951, el cual fué todavía un

año negro. En aquel heteróclito volúmen se incluían 47 pags. (99 a 146) con extractos de lo que en la época fué probablemente la más extensa, sino la primera gran encuesta de marketing textil en España. El trabajo, encargado por los grandes tejedores de algodón catalanes, alberga para un lector atento y que sepa penetrar entre las cifras, enseñanzas inequívocas sobre el umbral de expansión o crisis (depende de la gestión) a que había llegado la industria textil. Era ya el techo de una situación en que se conseguía una magnitud aceptable de beneficio con una capacidad instalada no expansiva desde hacía decenios; el beneficio no era una magnitud maximizada en lo posible, sino una especie de continuidad aproblemática. Beneficio seguro aunque mediocre. Al mismo tiempo las cifras muestran (en los contextos históricos de otras páginas vecinas) la creciente dependencia de la industria de las continuas alzas de salarios decretadas por el Gobierno. Solamente los incrementos salariales creaban un mercado expansivo (y se usaba entonces la capacidad instalada eventualmente ociosa). En fin, el estudio muestra el altísimo grado de concentración de las ventas en dos grandes firmas, que un producto alcanzan al 98 % de toda la venta en Madrid. Asimismo, la importancia ya cuantitativa, no sólo cualitativa, de una producción de calidad para una minoría cuyo volúmen de consumo era relativamente superior a su magnitud social como población.

Creer que no se había alcanzado un umbral y que el mercado seguiría siendo expansivo, fuese por alzas de salarios generales o por el crecimiento relativo más fuerte de la minoría acomodada, fué uno de los cómodos errores al que indujo la tendencia a prolongar la coyuntura feliz. Josep Pla publicó en Destino pocos años después un largo artículo con el título "La industria textil y don Francisco Cambó" (Destino, 21 noviembre 1959). Había llegado el Plan de Estabilización, el congelamiento de salarios y del crédito bancario, una fiscalidad mucho más agresiva que la que se conocía desde que don José Larraz fué Ministro de Hacienda, y la industria estaba en crisis. Josep Pla arremetía con frases durísimas contra el individualismo y "el fondo anarcoide burgués del país", y contra la tendencia de cada empresario a buscar su solución particular.

Otras frases de Pla contra "el anarquista de smoking" más

dañoso para el país que "el anarquista de Farrasa" investivado en su tiempo por don Francisco Cambó, reenvían en el fondo a un fenómeno sin el cual una gran parte del artículo resulta poco comprensible: la aparición en el propio seno del grupo empresarial textil algodonero de microgrupos de privilegio bastante cerrados. Los decenios de proteccionismo habían favorecido una diferenciación interna: en lo alto de la pirámide los grandes hiladores algodoneros, una especie de casta aristocrática, con sus despachos amueblados con un gusto exquisito y su gran litografía de la Bolsa del Algodón de Liverpool a finales del siglo XIX; y abajo de todo, los tejedores llamados "a manos", que ponían su mano de obra en comunidades rurales o en suburbios de Barcelona, recibiendo materia prima de un tejedor más importante. En la frontera del colectivo se hallaba otro grupo privilegiado, las más de las veces **caucionador** y temido por casi todos: los corredores de algodón en bruto, un clan **voluntariamente** cerrado.

El fin de la ilusión del segundo quinquenio de los cincuenta, trajo asimismo una ilusión retrospectiva que se refleja en frases de Josep Fla:

"...en el ambiente textil más difuso y genérico existe flotando como una añoranza del señor Cambó, añoranza que se manifiesta en la profusión de las exclamaciones que oye uno formular por doquier en este ambiente, reflexiones de este tipo: ¡Ah, si el señor Cambó viviera! ¡Ah, si el señor Cambó pudiera ocuparse de estas cosas y resolver estos problemas! ¡Ah, si el señor Cambó esto y si el señor Cambó aquéllo! " (loc. cit).

++++

D) . Amaban la gran ciudad y al mismo tiempo tenían miedo de ella.

Relaciones ambivalentes entre los fabricantes y Barcelona:

-- amaban el confort moderno, los muebles isabelinos, los cuadros de tamaño enorme y argumentos bucólicos o funerarios, destinados más a épater las visitas que a inversión de valor diferido;

-- amaban la accesibilidad de cosas como el teatro, una cocina más internacional, unas mujeres discretas de media virtud, para cuyo encuentro no era preciso ir (como un hortera) a ciertas escaleras señaladas en el barrio viejo con una bombilla roja;

-- amaban la proximidad vecinal urbana, distinta de la coexistencia rural, con otros fabricantes integrantes del gremio;

-- amaban leer en la prensa conservadora inteligente, artículos en defensa de la propiedad privada y del trabajo, de los altos aranceles, de la industrialización, incluida la industrialización del resto de España, porque ésto implicaba suspender la inmigración a Barcelona de gentes marginales y la creación de una capacidad de consumo en el mundo agrario.

Y al mismo tiempo, en el otro lado de la ambivalencia:

-- tenían miedo a la ciudad, miedo a un proletariado para ellos radicalmente diferente a los trabajadores y trabajadoras de la fábrica sita al pié del Llobregat u otro hermano menor comarcal, gente parroquiana relativamente conocida, deudores de un pariente que tenía tienda en el pueblo, etc.

-- tenían miedo a la disponibilidad de sus propios hijos para otros proyectos que la ampliación o la conservación de la vida empresarial. Una vez que los jóvenes se habían convertido en animales plenamente urbanos, ya no querían subir hasta la fábrica más que en visitas excepcionales. Desde la primavera, pre-

--ferían ir a la Costa o a Mallorca. En invierno perdían la última clase en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles (que estaba en Balmes -- Consejo de Ciento) para bajar a los bares de la Gran Vía contiguos a la Plaza de la Universidad, donde entre 1944 y 1946 hormigueaban estudiantes españoles y muchachas alemanas (hijas de familias huidas del Tercer Reich y de otros países europeos perdidos por los ejércitos hitlerianos). Y aunque la frecuentación de las nórdicas en exilio era ocultada cuando se volvía a casa a primeras horas de la tarde, cruzando el Paseo de Gracia, los padres y las madres olfateaban un riesgo indefinido. Desde el siglo ñoño y ramplón existía la orientación de las mamás burguesas a proteger de la vida, y de los papás a preparar para la vida. Una dicotomía que no hizo sino acentuarse en años ulteriores.

-- tenían miedo a los anticlericales, incendiarios potenciales o actuales, y no tanto porque su fé católica estuviese hondamente enraizada, o sentida, o razonada, sino más bien porque amaban sensorialmente la liturgia: los cantos de los escolanos, el perfume del incienso; para la educación de los no creyentes el escenario era más persuasivo que el dogma.

-- odiaban las circulares del SMT (Sindicato nacional textil) y de los Gremios fiscales, las reuniones no se sabía si formales o informales en Via Layetana 32, lugar a la vez conflictivo y colaborativo de la burocracia sindical y de los representantes de la Patronal, caos semántico donde en un cuarto de hora se pasaba de percepciones lúcidas y de largo alcance sobre la crisis, a debates sobre los reales con que había que aumentar el salario horario de una operaria de selfactina.

-- odiaban a los intelectuales no orgánicos, i.e., ante todo a los escritores que no querían embellecer las cosas. Claro es que aquí (ni en Barcelona ni en Sevilla) jamás se llegó a los cánticos wagnerianos de aquellos nacionalistas irlandeses que, huyendo del páramo helado que parece salido de un salivazo de Satanás (la expresión es de W.B. Yeats) se pusieron en el últi-

-mo tercio del s. XIX a crear un olimpo céltico de nibelungos de imitación, ni tampoco se dieron, pasando al extremo sur de Europa, cosas como aquel Elogio del Latifundio que escribió un alcalde de Palermo (Lucio Tasca) adalid de un feudalismo paternalista, alimentos frugales, sopa de maiz, oración, y matrimonio temprano: el austero idilio de una clase dominante con un campesinado todavía no mafioso. Aquí hubo un sincero, admirable en ciertos aspectos, realismo burgunés. Las relaciones de dependencia personal no excluían un cierto gusto por la vida, ni la emancipación (relativa) de los portadores de una ética del trabajo y del ahorro y de la obediencia fabril.

-- odiaban particularmente la pintura de un empresario de Tarrasa que aparece en Lola, espejo oscuro, una novela de Darío Fernández-Florez cuya primera edición es de 1949. Esta obra, que sigue reeditándose en un negocio sin límites, pasó de modo milagroso por la censura clerical. El señor de Tarrasa tenía la triste suerte, nada común entre el colectivo urbano burgunés egarense, de morir por una prostituta. Obviamente, el autor no sabía lo que era un industrial de Tarrasa, y lo había confundido con un estraperlista de Cartagena.

-- odiaban asimismo a los pseudointelectuales de la gran urbe que ocupaban espacios desmesuradamente baratos en el escenario ciudadano, ensuciándolo todo, desplazando a quienes de verdad pensaban y construían. Con toda razón sentían un reflejo antagónico, casi visceral, cuando alguien de aquella tribu sentenciaba "Som país de poca gent i mal avinguda". Pues ésto recordaba los odios políticos de anteguerra, que ahora se percibían como tensiones más bien artificiales. Y en la postguerra, cuando por aquí empezaron a circular algunas frases (las frases sobre todo, no los libros) de una nueva vedette de la filosofía llamado Jean-Paul Sartre, en particular la frase que dice "el infierno, son los otros", se quedaban primero perplejos y a continuación manifestaban o su decepción o su hostilidad. ¿Cómo podían ser "los otros" el infierno, cuando eran los compradores y consumidores, los miembros de familias con las que se estaba tejiendo una alianza matrimonial y patrimonial para unir dos

firmas? ¿Cómo podían ser un infierno "los otros", cuando una parte substancial de ese "otros" incluía el próximo y valioso subconjunto de las mujeres con conciencia y experiencia, que eran quienes construían murallas defensivas para proteger a los vástagos más jóvenes del acoso de atrevidas y hermosas rapinyeras (i.e., en castellano, busconas, aduladoras unas, aparentemente devotas otras, todas con ningún dinero y con mucha ambición social)? . ¿Cómo podían ser "un infierno" los conocidos de siempre que uno encontraba en el "Círculo Ecuestre", en el "Círculo del Liceo", en el "Círculo de la Unión Mercantil Hispano-Americana", o en fin, en el "Círculo Artístico"? El infierno estuvo en los años en que la ciudad fué ocupada por orates y otros "tocats del bolet": esperantistas, espiritistas, espartakistas, evangelistas, eugenistas, eutróficos, eurobudistas, eutanasistas, eslavófilos, estrenadores de esperpentos, elocutores de epigramas esotéricos, esquerranos egocéntricos, epileptoides, **energúmenos exitosos y extravagantes enfermos** de la enfermedad de esperar enmendar eternamente las enfermedades europeas. Pero ahora se había practicado la dolorosa, inevitable, desrratización, y la mayoría de aquellos "otros" estaban callados o desengañados. (Obviamente, algunos entre los más jóvenes, y algunos entre los viejos con nostalgias liberales, pensaban a veces que la desrratización había ido demasiado lejos o duraba ya demasiado tiempo).

-- cuando viajaban a Madrid odiaban tener que pagar tráficos de influencias a jóvenes señoritos que sostenían sobre sus esqueletos trajes exquisitamente cortados y planchados: de bebés **amamantados** por nodriza, de adolescentes mimados por criadas mercenarias, de estudiantes beneficiarios de la recomendación del papá o la mamá unos días antes de los exámenes, y una vez licenciados en Derecho, máquinas parlantes de diálogos anodinos que alternaban con sentencias de un patriotismo superficial y jaranero.

-- cuando viajaban a Sevilla (etapa en el viaje a los nuevos cultivos de algodón en el Plan Badajoz para calibrar y apreciar la fibra), despreciaban a los señoritos petulantes noctámbulos en bares de lujo, dedicados a admirarse unos a otros, más patriotas ingleses que los propios ingleses, seres tristes en el último rincón oculto de sus almas.

-- y (hélas) en verdad se sentían hastiados de los libros que pretendían obligar a pensar. Cuando la Editorial Aguilar lanzó su Biblioteca de Economía, compraron la Economía de la Empresa de Herbert Joseph Davenport, un manual americano de gran éxito en los dos primeros decenios del siglo y que aquí apareció cuatro más tarde con un prólogo de don Manuel de Torres (1953). Esta obra estaba en los despachos de una infinidad de gerentes textiles, fuesen algodoneros, laneros, o sederos. Otra cosa es que fuese leída. Quizá alguno llegó a las páginas finales, allí donde se pone en irónica solfa la creencia en una providencial autorregulación del sistema burgués, la autotransformación del dividendo privado en dividendo social, la idea de que para resolver cualquier problema no hay sino que ampliar la libertad (de los poderosos, claro), mágica transubstanciación del egoísmo en altruismo. Todo este apéndice crítico, quasi socialdemócrata, lo hubiesen encontrado más bien shocking. Eran los tiempos en que el economista Salvador Millet y Bel opinaba, en una serie de tertulias privadas, que el General Franco era un peligroso socialista. Y en definitiva, ¿cómo Davenport, que había sido un excelente apologeta del capitalismo, podía a la vez escribir aquéllo? Únicamente unos pocos comprendieron que H.J. Davenport era asimismo un honesto observador de los crímenes de su tiempo -- crímenes que se recompensaban ya cada vez menos con condecoraciones militares y cada vez más con dinero.

.....

E) . - "Mire, joven: éste no es un país de lealtades institucionales. Es un país de lealtades personales".

La observación no era original, pero era pertinente. Con el tiempo comprendí que era, por añadidura, una observación desde cuya reflexión podían iluminarse muchos problemas. (Y entender por qué ofrecían una incommovible resistencia a ser resueltos).

1955 y 1956 fueron años de frivolidad monetaria, en los que se echó por la borda la miniestabilización conseguida en 1951 por el ministro Gómez de Llano, activo enemigo de la inflación. En 1956 terminé de dar forma a una especie de obra colectiva, elaboración de los trabajos de un pequeño grupo al cual me he referido en otros libros. Un día el jurista que actuaba de director intelectual del proyecto, llevó el manuscrito al Prof. Vicens Vives. Este lo leyó, dijo que estaba muy bien razonado, pero que era una construcción ideal "a la francesa". Aquí la articulación social (catalana) y la desarticulación social (española) exigen otra cosa.

La frivolidad monetaria siguió su curso, y los poderosos incrementaron sus cuentas en Bancos suizos. El Plan de Estabilización de 1959 aportó consigo algunas, pocas pero importantes, lealtades institucionales. Y fueron, más que al Régimen, a una cierta idea del sistema político y del Estado modernos.

Por lo que concierne a las lealtades personales, es necesario asimismo introducir una dimensión que no se halla explícita en la frase antes citada. En 1954 apareció Noticia de Catalunya, la obra de J. Vicens Vives objeto de puntuales controversias durante el quinquenio siguiente en seminarios y tertulias (algunas semipúblicas, como las que se organizaban en un salón debajo de la planta principal de la "Casa del Libro"). Las lealtades personales debían ser comprendidas, en el caso de la "articulación social" (sic) catalana, dentro de la unidad patrimonial y contextual que era la Casa, hogar familiar y centro de trabajo. "El hombre hace la casa, y la Casa hace al hombre". Por tanto, se trataba de algo distinto del individualismo comercial de Madrid, que solamente

necesita compradores y vendedores de mercancías (incluyendo el dinero que ha devenido mercancía). Las lealtades personales que se inscriben en una jerarquía (tanto patrimonial como social) son de naturaleza diferente a las relaciones de clientela con las que se estabilizan, a veces durablemente, ciertas lealtades entre comprador y vendedor.

Por ello hay otra idea, que es más que una frase, que constituye necesario complemento a la que cité al principio. Y con la cual se resume una parte de la historia catalana, y barcelonesa, de la primera mitad del siglo:

"Hay que saber ser hombre de alguien. Y ser señor de otro".

Precepto normativo que en sí mismo no aparenta contener más que una carga anti-igualitaria (lo cual no dejaría de ser importante, para la vertebración social, en un país en desmesura orientado hacia la nivelación por abajo). Precepto normativo que en sí mismo podría reenviar, regresivamente, a un orden burgués hoy en descomposición, residuo histórico. Por el contrario, precepto que cabe asumir para superarlo (en el sentido analógico hegeliano). Es cuando las lealtades personales propias de determinados contextos sociales y culturales, son como las palabras disponibles para recibir las reglas de la sintaxis. Reglas que pueden funcionar (si se sabe hacerlas funcionar) como emergentes, umbrales de lealtades institucionales.

Too late ?

++++

Referencias bibliográficas, notas y aclaraciones
sobre la Parte Tercera.

I. - Bibliografía adicional. - Otros escritos del autor. -

(Los textos de E.P.L.H. que puedan ser útiles para ampliar puntos de vista sobre cada momento, están en orden cronológico de redacción. En algunos casos su edición ha podido ser muy posterior. Textos de otros autores se incluyen ocasionalmente en relación a las sucesivas descripciones que van apareciendo a lo largo de la Parte Tercera). (No se incluyen trabajos de metodología, lógica de la investigación científica, etc., sin conexión con la historia social y cultural de Barcelona ni de España).

I. 1.

- E.P.L.H. - Seis conversiones al catolicismo, en Leonardo, Revista de las Ideas y las Formas, vol. III, Barcelona, junio 1945, editorial Alejo Climent.
- Comentarios a la Historia del liberalismo, en la revista citada, vol. IV, Julio 1945.
 - Pensar - Sentir - Ser, en revista citada, vol. VIII, Noviembre 1945.
 - Memorias de un hombre cualquiera, en la revista citada, volumen X, Enero 1946.
 - Crítica a Maurice Baring, en la rev. cit., vol. XI, Febrero 1946.
 - El eterno retorno de Europa, en la revista cit., volumen XIII, Octubre 1946.
 - Ciencias políticas: comentarios a Hans Freyer y a Salvador Lissarrague, en la revista citada, volumen XIII, Octubre 1946.
 - Notas diversas en Cuadrante, los universitarios hablan, revista de aparición discontinua, 1946-47, Barcelona y Sabadell. Véase En menos de la libertad, Barcelona, 1989, Ediciones Anthropos.
 - Notas apasionadas sobre España, serie de ensayos en la revista Laye, Barcelona, 1950-1954, publicada por la Delegación de Educación Nacional. (Véase bibliografía de J.F. Marsal y de L. Bonet).

- El pensamiento político de Cánovas, artículo objeto de una mención y premio en el concurso del cincuentenario de la muerte de Cánovas del Castillo, convocado por la revista Leonardo: las Ideas y las Formas, y por el semanario Destino. Publicado en este último, 31 enero de 1948, Barcelona.

- Joaquín Costa, ensayo para la Enciclopedia Política "Argos", inédito, reproducido en En menos de la libertad, Barcelona, 1989, ediciones Anthropos.

- La España intermedia, colección de estudios sobre las pequeñas ciudades españolas, inédito, 1956, publicado como apéndice en En menos de la libertad, Barcelona, 1989, ediciones Anthropos.

- Manifiesto de las generaciones ajenas a la Guerra civil, inédito, en la clandestinidad, 1955-56, publicado en En menos de la libertad, Barcelona, 1989, edic. Anthropos.

- Crise de la société rurale espagnole, comunicación a un seminario organizado en Dubrovnik por el Centre de Sociologie Européenne y la Asociación Yugoslava de Sociología, mimeografiado, documento IX-D. Archivos del C.S.E. y del autor. (1965).

- Organización social, Poder, y alienación, ensayo, en el volúmen "Libertad y Organización" de la revista Tiempo de España, Madrid, 1963, ediciones Insula.

- Social Organization, Power and Alienation, versión inglesa del trabajo anterior, publicada por la revista Arena, num. 19, Londres, 1964, the PEN Centre for Writers in Exile.

- El concepto de comunidad en la sociología alemana y en la sociología norteamericana. Análisis de la comunidad según funciones sociales, ensayo publicado en el "Boletín del Instituto de Estudios Norteamericanos", num. 4, Barcelona, enero 1960.

- Comentario a La España del Sur de Alfonso C. Comín, en Revista Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 1966, Centro de Sociología Comparada del Instituto Di Tella, vol. II, num. 3, noviembre 1966.

- Con el pseudónimo "Steparius": Cambios estructurales en la sociedad española, dos ensayos en la revista Mañana: Tribuna democrática de España, nums. 9 y 10, respectivamente Noviembre y Diciembre 1965.

- Apuntes para una Sociología del Ocio y del turista, public. en la revista Cuadernos de Arquitectura, num. 64, Barcelona, 1966, Colegio de Arquitectos de Barcelona.
- Procesos de cambio en la sociedad española contemporánea, comunicación a los seminarios de trabajo del Centro de Sociología Comparada del Instituto Di Tella, Buenos Aires, 15 de Diciembre 1966. Mimeografiado. (Archivos del CSC y del autor).
- España, una sociedad de diacronías, en un número extraordinario, vol. I, de Ruedo Ibérico, Paris, 1966-67.
- Los empresarios y el desarrollo capitalista: el caso catalán, (edición ampliada), Barcelona, 1968, ediciones Península.
- Las ideologías en la España de hoy, contribución a un seminario en la Universidad Autónoma de Madrid, publicada en 1972 por Seminarios & Ediciones, Madrid. (Obra colectiva).
- De la revolución liberal a la revolución cultural, en la revista Mundo Nuevo, nums. 26 - 27, Buenos Aires y Montevideo, 1968, Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales.
- Schema sur rapports de classe, comunicación a un seminario de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études, Sciences économiques et sociales, Paris, 1968, mimeografiado. (Archivos del autor).
- Immigració i mobilitat social a Catalunya, Institut catòlic d'estudis socials de Barcelona & Fundació Jaume Bofill, 5 vols., Barcelona, 1973-1976.
- Movimientos intra e intersectoriales en el mercado de trabajo del Área Metropolitana de Barcelona, comunicación a la segunda reunión de Estudios Regionales, Islas Canarias, Mayo 1975, publicada en Estudios Regionales, Madrid, 1976, Instituto Nacional de Prospectiva y Desarrollo Económico.
- La latencia de conflicto social en una sociedad receptora de inmigrantes, comunicación a un seminario sobre el tema, Universidad de Barcelona, Abril 1974, mimeografiado por el Laboratorio de Sociología. (Archivos del autor). (Referencias y respuestas en la revista Perspectiva Social, Barcelona, 1975).
- Una reconsideración: la inmigración y la política en Cataluña, publicado en La Vanguardia, Barcelona, Martes 26 de Abril 1977.
- Autonomía institucional, pluralismo cultural, y participación política en Cataluña, conferencia dentro del ciclo sobre 'Federalismo y autonomías en Europa', organizado por Instituto Alemán, Instituto Italiano, Universidad Autónoma de Barcelona, en el Instituto Alemán, 7 diciembre 1977. (Archivos del Deutsches Kulturinstitut, en grabación de la conferencia y

- L'educació general bàsica a Catalunya: dades essencials per a una política educativa (en colab. con J.M. Masjuan y Jordi Vives), Barcelona, 1979, Editorial Blume.
- Enfermos, médicos y hospitales: una investigación sociológica sobre los problemas de la autoridad, la autonomía y la dependencia en Medicina hospitalaria (en colab. con R. Vidal Teixidor), Barcelona, 1977, Departamento de Medicina de Ciba-Geigy.
- Estudios sobre cambio social y estructuras sociales en Cataluña, Madrid, 1979, Centro de Investigaciones Sociológicas. Monografías nums. 16 y 17.
- Respuestas y sugerencias, en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Madrid, num. 7, Julio - Septiembre 1979.
- La política de la cocinera, en El País, Madrid, 3 Marzo 1983.
- El final del franquismo: Ocaso en la mediocridad, public. en la revista El Ciervo, Barcelona, 1985, num. 415.
- La investigación paralela: Un testimonio crítico 1949-1984, en la obra colectiva Dibujo de España, Alicante, 1987, Instituto de Estudios J. Gil Albert.
- En menos de la libertad, Barcelona, 1989, Edic. Anthropos, colección Pensamiento crítico num. 50.
- En el periodo 1976 - 1983, ocasionalmente cuestiones catalanas y sobre empresa privada y pública, en artículos en los periódicos Mundo Diario, El Correo Catalán, Telexpres (Barcelona), y Diario 16 (Madrid).

I.

④

④

- Gino Germani, Socialización política de la juventud en regimenes fascistas: Italia y España, en Revista Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 1969, Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato di Tella, vol. V, n.º 3.

- Salvador Giner, "Virtudes e indigencias de la sociología española", en la obra colectiva La cultura bajo el franquismo, Barcelona, 1977, Ediciones de Bolsillo.
- Estrella Revenga Arranz, Comentario a Estudios sobre cambio social y estructuras sociales en Cataluña, en la Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Madrid, num. 7, año 1979.
- Domingo Comas Arnau, Comentario a L'educació general bàsica a Catalunya, en la Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Madrid, num. 12, año 1980.
- Barry Jordan, "Laye": els intel·lectuals i el compromís, en la revista Els Marges, num. 17, Barcelona, 1980, edicions Curial. (Incluye bibliografía norteamericana en la cual hay referencias al grupo "Laye").
- Lluís Fina, ¿Un mercado de trabajo dual? El caso de Cataluña, comunicación a la reunión en Zaragoza (1980) de la Asociación Española de Ciencia Regional, en Estudios Regionales, Madrid, 1982, Instituto de Prospectiva y Desarrollo Económico.
- Laureano Bonet, La revista 'Laye': estudio y antología, Barcelona, 1988, Ediciones Península.

Hay referencias, menciones, algunos comentarios episódicos de interés para la historia social, a través de trabajos de E.P.L.H., en textos cuya temática es más general. De entre otros muchos, merecen mencionarse los tres siguientes:

- Margaret Scotford Archer & Salvador Giner, capítulo titulado Spain, en la obra Contemporary Europe: Class, Status and Power, Londres, 1971, primera edición, edit. Weidenfeld & Nicolson.
- Elías Díaz, Pensamiento español 1939 - 1973, Madrid, 1974, Divulgación Universitaria, editorial Cuadernos para el Diálogo. (Hay una segunda edición ampliada).
- Rafael López-Pintor, Sociología Industrial, Madrid, 1986, Alianza Universidad, edit. Alianza.

I I . - Notas y aclaraciones sobre cuestiones tratadas o evocadas en la Parte Tercera.

(El simple orden serial corresponde a su aparición en el texto).

1. - Algunos de los aspectos comunes a la mentalidad de los pedagogos republicanos y de los empresarios catalanes.

A través del personaje de mi tutor he tratado de dar énfasis a una convergencia que creo era relativamente espontánea (no dirigida) entre ética del trabajo, culto a la razón racional, y europeísmo. Es preciso especificar y matizar algunas cosas.

Los modelos de representaciones colectivas más comunes en la España del primer tercio del siglo XX, eran todavía en gran medida de origen francés de la segunda mitad del XIX. Hablo de su vulgarización (pues en el extremadamente minoritario ámbito de eruditos y especialistas, la influencia alemana era de rigor canónico, así como los viajes a alguna universidad germánica). Taine seguía siendo aquí, consciente o inconscientemente, el gran paradigma para la explicación del proceso histórico y de las especificidades locales. La trilogía: la race, le milieu, le moment, constituía el cemento conceptual fundamental para todos aquéllos que no fuesen militantes activos (ideológicos) sea en la derecha tradicionalista, sea en la izquierda socialista (que por entonces era más leninista que socialista).

Renan había sido traducido al español (por editoriales de Madrid) ya a finales del s. XIX; algunas de sus ideas sobre la reforma intelectual y moral aplicables a Francia, podían haber sido extendidas al caso español en los decenios anteriores a la dictadura de Primo de Rivera. No fué así. Ni en Madrid ni en Barcelona se concedió atención a Renan. Para los católicos era un escritor blasfemo cuya Vie de Jésus estaba en el Índice

pontificio de obras prohibidas. Para los socialistas, los sindicalistas, anarcos, y los proto-comunistas, Renan era un pensador burgués y de derechas.

Otro autor francés de la segunda mitad del XIX que aquí hubiese sido altamente pertinente conocer (no simplemente leer), y que ahora, en pleno delirio de frases abstractas sobre "la sociedad", resulta mucho más actual de lo que aquí nadie podría pensar, era Flaubert. No el Flaubert de Madame Bovary, sino el Flaubert de Bouvard et Pécuchet, el diccionario de lugares comunes y (salvando distancias de ambiente y temperamento) L'éducation sentimentale. Los declamadores de clichés que ellos creen "progres" y de dernier cri en las tertulias políticas radiofónicas de emisoras de Madrid y Barcelona (un fenómeno únicamente español, sin paralelo en otros países donde se otorga un respeto a la razón racional y al conocimiento) no saben hasta qué punto repiten cosas puestas en solfa por Flaubert y que eran lugares comunes en el periodo revolucionario en Francia entre 1830 y 1852.

A lo que parece, aquí se estimó a Flaubert únicamente como novelista. Un malentendido. En cuanto a los adoradores de Baudelaire a los que hice referencia (en el texto) mucho más adelante, ignoraban hasta qué punto ese poeta era un seguidor de ideas políticas reaccionarias de De Maistre, un contrarrevolucionario, apasionado por un odio no solamente hacia el pueblo y la democracia, sino incluso por el animal humano.

En la biblioteca de mi tutor (y ahora en la mía) había una obra de un venezolano titulada Psicopatología del soñador, publicada por Editorial Araluce, Barcelona. Desde el punto de vista científico, el texto poco riguroso y típico de reflexiones que eran ya "retro" en los años veinte; pero muy útil para la radiografía intelectual de las hordas de charlatanes que se han investido del papel de salvadores del mundo a base de unas pocas ideas rudimentarias. "No hay más que...." Etc.

Los criterios factuales en el empresariado catalán, y los morales en los pedagogos republicanos no catalanes, coincidían en un amor por la belleza de la razón racional, el pensamiento riguroso y sistemático, la demostración bien hecha, y además (en un modo imperfecto, primario, pues no existía apenas

la filosofía analítica del lenguaje) un cierto distanciamiento de la retórica y de las frases. Lo cual incluía una capacidad ex novo, emergente y crítica: saber tomar distancia de la espontaneidad que tiene la apariencia de reflexión racional porque se adhiere a las reglas meramente sintácticas, con ignorancia de toda dimensión racional, conceptual, y lógica. Este era todavía el fenómeno del "psitacismo" español, denunciado ad nauseam en el siglo XIX por los precursores de los regeneracionistas.

En el plano de las opiniones y juicios políticos, esta actitud, llena de sanidad y buen sentido, se manifestaba en la aprobación con la cual gentes en Barcelona que nunca habían leído a Ortega, y gentes en Castilla que a lo sumo conocían de él algún artículo en Crisol, coincidían en la clasificación que Ortega hizo de los diputados en el parlamento republicano: "tenores, jabalíes, y payasos".

Dado que la mayoría de ellos eran abogados metidos a políticos, se difundió por el país (sobre todo entre las clases que en el lenguaje del tiempo se definían como "productoras") una actitud de desprecio y de desconfianza hacia los abogados (estrictamente hablando: i.e., no los juristas de algún prestigio: los Trias de Bes, Sánchez-Román, Ossorio y Gallardo, Jiménez de Asúa, Pérez Serrano, etc).

Esta actitud contra los abogados no era nueva. Es preciso distinguir, empero, entre la protagonizada por economistas e industrializadores, ingenieros y organizadores de grupos empresariales, y otra actitud mucho más antigua y atávica, típicamente castellana, que venía desde la Baja Edad Media. Que los industrializadores y los ingenieros estimasen despectivamente a los abogados (con pocos pleitos y mucha ambición) una peste social parásita, es ya visible en el programa político de Guillermo Graell escrito en 1917. El historiador y ejecutivo del Fomento del Trabajo Nacional escribió genuinas diatribas sobre el caso. (Cf. en particular Programa Económico, social y político para después de la Guerra, Barcelona, 1917, Imp. Casanovas, donde añade datos a otros que transcribe de su libro anterior La cuestión catalana). El exaltador de la bendita industrialización, no era un sociólogo, pero había varias cosas en las que no erraba:

la industrialización transforma una clase media tradicional que sufre un exceso de funcionarios, en una clase media productiva y moderna; además, la organización social industrial contribuye, en otras clases, a crear en sus miembros identidades personales más estables, base necesaria para una cierta madurez de carácter. (Implícitamente, Guillermo Graell estaba percibiendo el gran problema social, cultural y político que constituía en el país la población de clase media-baja, sin profesionalización, sin ética del trabajo, itinerante de unos empleos a otros, con bajísima cultura, desprecio por la ciencia, etc).

El odio a los abogados era en Castilla de otro origen. El Padre Feijóo se lo encontró ya formado y un tanto vigente cuando habla de "esos salteadores de haciendas ajenas" que salían de lo que en el siglo XVIII era, en la Universidad de Salamanca, el equivalente funcional de las actuales Facultades de Derecho. El fenómeno era mucho más antiguo. Julio Caro Baroja lo pone al descubierto en una publicación suya de 1954 (la cual, dicho sea incidentalmente, era como otras cosas escritas por Julio Caro Baroja en la época, un modo análogo al de Josep Pla de combatir sutilmente el aparato burocrático e ideológico franquista). En un texto sobre Una visión de la vida medieval : Glosa al Canciller Ayala (cf. revista Clavileño, Madrid, n. 29, Septiembre - Octubre 1954), transcribe con largueza estrofas del Canciller contra abogados, recaudadores fiscales venales, etc., y más en particular contra los "letrados":

Si quisieres parar mientes como pasan los doctores

Maguer han mucha sciencia, mucho caen en errores,

Ca en el dinnero tienen todos sus finos amores,

El alma han oluidado, della han pocos dolores.

Por aquellos años del decenio de 1950 en los cuales Caro Baroja exponía sus agravios históricos, y mi tutor los suyos, se producen por otros sujetos de reflexión algunos escritos que, de ser pertinentes en su veracidad, corresponderían a una estructura de relaciones diferentes (en Cataluña) en cuanto concierne al equilibrio de fuerzas entre poder institucional político, de una parte, y de otra los municipios y los letrados. En vez de ir cada uno por su cuenta, en busca de privilegios propios, todos a costa del poder monárquico y de las clases bajas, en Cataluña habría existido una mayor sujeción de los municipios al poder real (dinástico), i.e., lo contrario de los municipios permanentemente levantiscos en Castilla (tesis de F. Elías de Tejada), y habría existido una tendencia de los letrados al pactismo y a tomar en cuenta intereses superiores a los suyos corporativos (tesis de J. Vallet de Coytisoló expuesta - o publicada - años después en una, en su momento, impactante obra colectiva de juristas y notarios de Barcelona, en homenaje al que fué gran Notario barcelonés, Dr Roca Sastre). Dado que no soy experto en estos asuntos, me limito a mencionar la existencia de textos hoy olvidados.

Hay otro punto que creo de importancia, de retorno a la cuestión fundamental inicial: industrialización, pedagogía colectiva, organización social estable, madurez de carácter, identidades maduras y constructivas.

El caso de mi tutor era más bien atípico entre los pedagogos republicanos. Y lo era precisamente en su visión del trabajo, coincidente con la de la casi totalidad de empresarios catalanes, fuesen grandes o pequeños. Otros pedagogos pasaban de largo sobre la necesidad de la industrialización. Otros consideraban al trabajo como fuente de derechos políticos frente a la propiedad privada (ideología cada vez más extensa e intensa a medida que se iba hacia la Guerra). Pienso que sería sostenible \longrightarrow la hipótesis de que los pedagogos con menor inserción en los problemas económicos y sociales del país, estaban más inseguros en su propia identidad como sujetos sociales. Se sentían más pro-

-clives a la reducción individualista, la des-esperanza, la autocrítica, la búsqueda de una certeza o una creencia personales. Este tipo de problemas eran ajenos a mi tutor (que además, casi con seguridad, fué agnóstico, mero asistente ocasional a Misa). En Leonardo, las Ideas y las Formas, publicamos un poema de Gerardo Diego, catedrático de segunda enseñanza en Soria y al cual mi tutor había tratado con alguna frecuencia. Ese poema (titulado Soria) ilustra y, más aún, ejemplifica, el drama de los pedagogos no implicados, no comprometidos, política ni socialmente, con la transformación de las clases que estaban por debajo de ellos. Es la reducción individual en medio de un país que se escapa por doquier, un enigma humano:

Decídme, amigos, decídmelo,
que sueño y verdad confundo. _

siglos envueltos en siglos,
santorales entre juncos,
decídme, amigos, decídmelo,
tú, Duero verde y maduro,
que yo -- está todo tan lejos --
niebla en la niebla, me busco.

Mientras uno se buscaba en la niebla, hubo otro eminente versificador que, cincuenta años más tarde, puso final mortal a sus episódicos problemas de identidad decidiendo ser enterrado en un cementerio inglés en la archicapitalista Costa del Sol. Parece, pues, que ésto de las crisis de identidad, sea en el país de allá, o en el de aquí, o en todo el conjunto, es asunto recurrente, una especie de enfermedad crónica. La cual no afecta, empero, a las aves de rapiña.

2. - La transmisión intergeneracional de la experiencia.

Las generaciones actuales tienen escasa idea del capital humano que va creándose cuando se establece una transmisión de conocimiento que es de naturaleza diferente a lo que ofrecen los libros (y en especial los resúmenes históricos en libros de texto, tantas veces constitutivos de anti-conocimiento).

Es gracias a la escucha de diálogos entre los adultos como uno podía dar forma, y nombre, a hechos, imágenes, fugaces esbozos de experiencia, que de otro modo se hubiesen perdido a través de la selección y renovación de la propia memoria infantil. Recuperar, dar forma y nombre: por tanto algo distinto del endoctrinamiento. (Ahora se huye de escuchar al adulto, en cuanto se supone que él no tiene otro interés que 'lavarte el coco', i.e., es un enemigo de tu identidad. Y si el enemigo no posee un apartamento en la Costa del Sol y un yate en las Bahamas, la prueba está clara: es tonto. ¿Para qué escucharlo?).

En otro nivel se halla el problema del aprendizaje colectivo. El individualismo metodológico americano, empirista sobre bases filosóficas más que discutibles (i.e., distinto del empirismo clásico angloescocés), no admite la posibilidad de un learning colectivo. Mis hipótesis positivas en el libro sobre el empresariado catalán (1968) fueron en principio bien recibidas por algunos investigadores en México, y poco después (bajo la crítica americana) se les dió carpetazo. Yo no he sostenido nunca la hipótesis de un sujeto colectivo consciente. Lo que digo es que en las organizaciones e instituciones se aprende de su propia historia, se conocen errores precedentes, se sitúan los directivos y ejecutivos respecto a sus modos de acción, comparativamente a los modos de acción de dirigentes anteriores. Y que ésto constituye, en no pocos casos, learning colectivo.

Resolver el problema diciendo que los hombres cometen siempre los mismos errores, con palabras distintas; o bien que solamente los individuos son capaces de aprender, no las organizaciones, son para mí aserciones rudimentarias, ejemplo de la parvedad que tiene la ciencia social (o su posibilidad) en algunos departamentos universitarios.

3. - Prohibición de la co-educación.

La separación obligatoria de sexos ya en la escuela primaria, aboliendo la co-educación establecida por la República, es anterior a la investidura del General Franco como jefe del gobierno (en Burgos). Procede de un Decreto, num. 127, de la Junta de Defensa Nacional, en 23 septiembre 1936. La legislación posterior incorporó el principio.

4. - Novelística espontánea y hospicios.

La costumbre en familias de clase media-alta, de hacer amamantar a los bebés por nodriza, duró hasta el decenio de 1940 inclusive. La nodriza era asimismo obligada en el caso de hipergamia femenina cuando el marido daba prioridad a la conservación de la belleza de la esposa. Estas cosas eran posibles por la existencia de hospicios en los cuales las madres solteras (inmediatamente contratadas como nodrizas) abandonaban a sus criaturas. El edificio del hospicio era en algunas ciudades provincianas de tamaño enorme. Véase como ejemplo la obra de Sanz Artibucilla sobre la ciudad de Tarazona (dos volúmenes, Madrid, 1929), donde se incluye un plano urbano. Constataciones similares en textos de geografía urbana y etnografía en los que a menudo se incluían planos de pequeñas ciudades (Manuel de Terán, Julio Caro Baroja, etc). El hospicio era a veces de tamaño (superficie urbana) mayor que el hospital provincial (es el caso de Tarazona antes citado, cf. tomo I, pags. 48 - 49).

A diferencia de lo que acontece ahora, en que el bebé está sometido desde temprano a toda clase de estímulos externos, en aquella época los bebés estaban conservados en su cuna, a oscuras y en silencio, casi hasta que tenían un año de edad. Obviamente, ni en el proletariado urbano ni en los hogares de campesinos pobres, podían cumplirse estos hábitos típicos de clase media-alta.

5. - Una oportunidad perdida: los análisis comparativos.

El libro de Eugenio Nadal Ciudades en España contiene una cantidad de observaciones susceptibles de ser clasificadas para ponerlas en correspondencia con las de otros autores sobre la Italia del Sur. Leyendo los textos de Norman Douglas sobre Calabria, de Ernesto de Martino sobre la Lucania, de Sanfield sobre el familismo amoral, de Corrado Alvaro sobre el reflejo de la vida del Mezzogiorno en la literatura, etc., y cotejando analíticamente con experiencias españolas, sea mediante vida o mediante lectura, sería factible construir tablas de concordancia y de diferencia. A estas alturas el trabajo se vuelve muy problemático, por la velocidad de los cambios. Creo que, en términos generales, el proceso de desintegración de la sociedad tradicional estaba ya mucho más avanzado en España que en Italia en el decenio de 1930. El individualismo y el capitalismo comercial eran aquí ya intensos, en medio rural, en vísperas de la Guerra civil.

Por lo que atañe a decenios posteriores, antes de la industrialización en gran escala 1955-1975, hay asimismo observaciones analíticas comparativas con otros lugares sociales no mediterráneos. La formación de una clase media sin ética del trabajo, con muchas pretensiones sociales, ninguna profesionalización, comportamientos predatorios, generaciones jóvenes amorales, que está descrita en el libro de Oscar Lewis sobre México (Antropología de la pobreza, Cinco familias, segunda edición, México 1962, Fondo de Cultura Económica; el último capítulo, pp. 259 - 302, Zona residencial: la familia Castro) es trasladable a procesos análogos en Madrid, Sevilla, Valencia, e incluso a algunos barrios de Barcelona, periodo a mediados del decenio de 1950. Es suficiente hacer abstracción negativa de las particularidades lingüísticas locales.

6 . - El libro sobre España por Ilya Ehrenburg.

Tal como digo en el texto, este libro me fué prestado (y lo devolví, hábito que me fué enseñado por mi padre, y hábito no cumplido en la inmensa mayoría de los casos en los que fui yo quien prestaba un libro). Conservo apuntes y una vívida memoria del impacto que me causó. El periodista y ensayista soviético se había paseado por el país con motivo del advenimiento de la República. La traducción española fué publicada en la Biblioteca Excelsior de la Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1934. El nombre del autor aparece sin h intercalada, Erenburg. La traducción era de Rovinski-Arensburg. El que fué en su tiempo gran propagandista staliniano y que, al morir Stalin, jugó un papel en la transición hacia una cierta liberalización (cf. mi ensayo sobre Stalin en En Menos de la Libertad, Barcelona, 1989, Ediciones Anthropos), era un penetrante observador social. Frente al espectáculo de Madrid, se pregunta ¿cómo aparecieron estos rascacielos en medio del desierto? En medio del desierto gentes refinadas toman vermouth y hablan de política y de cine. (...) Ante la miseria rural y ante las legiones de soñadores de clase media, dice que, por su desorden, por sus ideas soñadoras, por su hastío, España recuerda a menudo a la Rusia pre-revolucionaria. (...) Aporta asimismo observaciones sobre las mujeres (no las obreras ni las trabajadoras del campo) que concuerdan con las de Nina Epton veinticinco años más tarde. Las mujeres no se ocupan más que de encontrar novio. Las canciones populares españolas, bellísimas, han quedado para los etnógrafos. Hoy sólo se oye foxtrot (sic) por todas partes. El impudor (de lenguaje) en las mujeres (de clase media-baja) no implica una gran capacidad amorosa; su capacidad erótica es más bien baja. (Lo mismo en Nina Epton, sobre las mujeres andaluzas a mediados del decenio de 1950). Ehrenburg tiene párrafos de rara interrogación en un periodista, sobre las carencias de la superestructura objetiva cultural: ¿cómo no ha habido coincidencia entre la música de la Reforma y la seca austeridad castellana? (...) Algunos párrafos sobre el señoritismo, corresponden ^{con} cosas escritas mucho después por Josep Pla, la decadencia de la aristo-

-cracia, en particular la andaluza. Etc.

7. . - Dos concepciones de la libertad.

Es ya clásica la diferenciación entre libertad de y libertad para. Esta última, libertad activa, es susceptible de análisis en dimensiones fundamentales, hasta ahora poco tratadas. Cuando se venía a Barcelona y se vivía aquí, se paladeaba otra dimensión de la libertad: la libertad como estilo de vida. Lo he dicho en mis conclusiones a Estudios sobre cambio social y estructuras sociales en Cataluña (Madrid, 1979, Centro Investigaciones Sociológicas). Durante el franquismo Barcelona constituyó, en un conjunto de aspectos, un oasis de libertad. No política: ningún privilegio. Era la libertad como estilo de vida, la capacidad de autoorganizarse en los comportamientos, de elegir entre una oferta cultural variable y transnacional. No era la libertad de salir al campo a arrancar frutos ajenos, ni la libertad externa, predatoria; era una libertad interior actualizable mediante comportamientos electivos, relativamente libres en el contexto de los tiempos.

8 . . - Los 'Puntos de vista de una mujer', de Carmen Laforet.

De entre las colaboraciones para Destino por Carmen Laforet, debo singularizar la que lleva el título "Supervivientes" (18 Agosto 1950). Describe la decadencia económica de una familia de clase media acomodada que no ha sabido adaptarse al contexto histórico. Un mundo que hace estragos en las conciencias de mujeres que han sido "bellas y adorables", y en muchachas que saben piano y que no pueden ponerse a traba-

-jar porque "las proposiciones iban acompañadas de otras imposibles de aceptar por muchachas honestas".

La autora empieza su artículo admitiendo que las descripciones que realizaba podrían ser menos pertinentes en Cataluña, porque "esta tierra tiene un sentido sumamente claro de lo real" (sic).

El cuadro compuesto por Carmen Laforet está algo sesgado por el humor sarcástico, y en este aspecto se diferencia de pinturas análogas hechas por Katherine Mansfield en los años veinte. Queda el hecho de que cada línea es valiosa para comprender el suicidio de una de las fracciones de clase media que habían sido incondicionales del franquismo. Vivían ahora una especie de fuite en arrière, en la cotidiana esperanza de un milagro histórico.

No conozco nada similar escrito por un hombre sobre las generaciones de muchachos españoles de esa misma clase social en aquel tiempo. Me refiero al periodo anterior al de aparición de los que se llamaron "niños ye-yés". Superprotegidos por mamás abnegadas (unas) o dominadoras (otras), caminaron hacia una vida adulta de solteros sin responsabilidades, en una especie de limbo intelectual, ni masculino ni femenino.

Casi dos decenios después, Nina Epton tiene observaciones complementarias (digo complementarias, no idénticas) sobre unos muchachos poco viriles, mujeres más masculinas que los hombres y más prácticas a pesar de un nivel cultural (objetivo, libresco) muy inferior, etc.

9. - Del terciario productivo al terciario regresivo.

Hay que tener en cuenta que en la literatura científica de la época se conocía bien la agresión económica que, contra el proletariado, implicaba la expansión de una clase media-baja con "besoins de riche et ressources de pauvre". Pero no se había estudiado la agresión de esa nueva clase en expansión, contra fracciones de clases medias tradicionales. (Sobre la expansión del terciario y fenómenos conexos, cf. Alfred Sauvy, Théorie générale de la population, Paris, 1956, Presses Universitaires de France, tomo I, p. 353, tomo I, p. 115, tomo II, p. 277 y sigts., tomo II, p. 282: la expansión de los terciarios poco calificados). Estos análisis, siquiera esquemáticos, contienen materia de reflexión ahora en que tantos cantan las excelencias de la sociedad post-industrial, e incluso de la des-industrialización de ciertos países, en favor de una especialización de localizaciones del trabajo a nivel mundial. (Argumento diferente del que basaba la división internacional del trabajo en una teoría de costos comparativos). Para las generaciones jóvenes de clase media-baja (e incluso de clases medias residuo de las tradicionales) en países de tradición anti-científica y anti-intelectual como España, no es necesario estudiar. Si hasta Kekulé descubrió la estructura del benceno mediante un sueño! Luego, a esperar el sueño productivo.

10. - Una información sobre la revista 'Leonardo'.

El director de la revista era Tristán La Rosa. Había una pequeña subvención de un grupo no colaboracionista de la "Lliga", cuyo jefe político era el ex-ministro don Juan Ventosa y Calvell. La Tipografía Emporium (que estaba en la calle Ferlandina, 9 al 11) cobraba facturas de tarde en tarde. La Emporium había sido la gran imprenta de la "Lliga" antes de la Guerra civil, y era un centro de artes gráficas de extraordinaria calidad (la edición de los clásicos Bernat Metge, etc).

11. - El cambio de coyuntura económica.

En Cataluña la transición de una fase profundamente depresiva a otra más expansiva, fué más tardía que en Madrid y en el resto de España. Con todo, en 1953 era ya perceptible la presión de las clases más altas sobre el Gobierno, para conseguir algunas mejoras en infraestructuras que les eran necesarias en sus comportamientos como clase alta. (Otro ítem poco estudiado: hasta qué punto los gobiernos escuchan presiones, no por la miseria

de las clases más bajas, sino por las demandas de clases altas que están en proceso de adquisición de nueva fuerza -- se acompañe ésta, o no, de incremento de su magnitud relativa como colectivo). Una lectura atenta de la prensa en 1953 informa sobre aspectos inequívocos: la ampliación del aeropuerto de Barcelona (acuerdo de Consejo de Ministros en 20 febrero de ese año), la reapertura y ampliación del Aero-Club de Sabadell, la extensión y diversidad que alcanzan en los periódicos las ofertas de viajes al exterior (desbordando los austeros precedentes que sólo ofrecían peregrinaciones a Fátima y a Lourdes), los anuncios de compañías aéreas extranjeras , y sobre todo, la expansión del mercado del automóvil (o 'Bolsa del automóvil' en el periódico La Vanguardia), submercado que hasta hacía pocos años se había insertado, indiferenciado, con todo otro género de anuncios por palabras.

En 1953 estaban ya en el mercado de trabajo en Barcelona, los hijos de una generación anterior de inmigrantes: gentes de un cierto nivel económico, pequeños propietarios rurales, que habían vendido sus tierras para venir al suburbio barcelonés. No habían sido braceros. En la obra colectiva Poemas desde el Bajo Llobregat (Barcelona, 1977, prólogo de J. Lentini, epílogo de Ignasi Riera), hay un "poeta" espontáneo -- Francisco M. Camacho-- del cual se transcribe un poema escrito en Cornellá de Llobregat en Julio de 1950. A él pertenecen estas estrofas:

Mi hacienda he vendido,
 Conmigo se acaba todo lo que fuimos,
 Labradores viejos, mi abuelo y su hijo.
 Yo quedé estancado a medio camino.
 Ahora mis hijos hablan de cilindros,
 De ruedas de coches, fábricas de vidrio,
 De cines y playas, de fiestas en domingo.

(Op. cit., pag. 121).